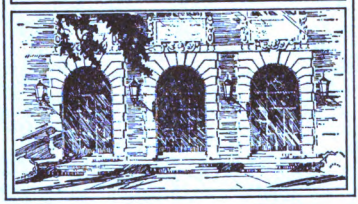
CAMPOAMOR

POESIAS

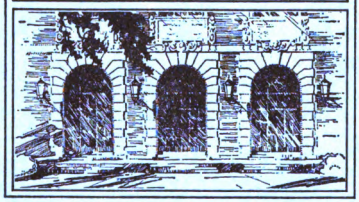
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN

865C15
K1889



LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN

865C15
K1889



200

POESÍAS ESCOGIDAS

DE

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

ES PROPIEDAD

POESÍAS ESCOGIDAS

DE

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

ILUSTRACIÓN DE

H. GOMEZ SOLER

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO y C.ª Calle de Pallars (Salón S. Juan)

1889

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª

865C15
K1889

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Si la biografía es la determinación del carácter y obras de un personaje, hemos de convenir en que no se ha escrito hasta ahora la de este inmortal poeta.

Y no es que hayan faltado biógrafos y críticos que se ocupasen de su persona y de sus obras: de pocos hombres se ha hablado tanto como de Campoamor, y debemos confesar que algunas veces fué maltratado por *críticos* que así comprenden el vuelo del águila en los abismos del espacio, como el vuelo del genio en ese otro abismo que se llama el corazón humano.

No vamos nosotros á llenar aquel vacío, que sería arrogancia, dada la humildad de medios con que para ello contamos. Con estos ligeros apuntes vamos sólo, en cumplimiento de un deber que nos honra, á rendir tributo de respetuoso cariño al hombre y de justa admiración al sabio, cuya gloria merecida es título de envanecimiento para nuestra patria, y singularmente para los que, como él, hemos visto la luz en el hermoso país asturiano.

*
* *

El Excmo. Sr. D. Ramón María de las Mercedes de Campoamor y Campoosorio nació en Navia (Oviedo) el día 24 de Setiembre de 1817. La casa en que vió la luz, convertida hoy en Consistoriales, es uno de los más sólidos edificios de la villa.

Estudió humanidades en Vega, pequeño puerto próximo, en el cual falleció el inmortal D. Melchor Gaspar de Jovellanos. Fué su profesor de latín el célebre D. Benito de *El Personalismo*.

Muy joven perdió á su padre; y su madre, virtuosa y distinguida señora, á quien todavía lloran los pobres de aquella comarca, decidió enviarle á Madrid, recomendándole el estudio de la Medicina.

Aún hay quien recuerda al estudiante, sentado en los bancos del aula, ó de pié, junto á la mesa del anfiteatro, hacer el inventario del cuerpo humano, disecando con rara habilidad, y sin previa maceración, los órganos del ojo especialmente.

Era de ver á aquel joven de corte aristocrático, de semblante bello, sin ser afeminado, y de maneras distinguidas, observar los maravillosos resortes de la vida; hacer saltar la caja del cráneo para examinar los cien laberínticos surcos de la masa cerebral, y herir ese músculo carnoso y hueco, también de laberíntica estructura, que palpita en nuestro pecho y reparte oleadas de vida por todo el organismo.

Cuando sentía en su mano delicada la impresión de frío marmóreo del cadáver, ó cuando en el difunto rostro de alguna joven veía las huellas de esperanzas muertas, ó el surco de la postrer lágrima vertida, nublábase la frente del poeta, entristecíase su mirada y huía de aquel lugar profundamente conmovido.

Buscaba en el cerebro algo más que la materia, y

en el corazón algo, impalpable, que no encontraba nunca. Y él, que era todo espíritu y todo sentimiento, hallaba sólo la rigidez del cadáver, la fosa de las lágrimas, el lugar de las palpitaciones y de los dolores, el desierto escenario de las ideas, todo pasado, todo frío, todo muerto!

Así es que cuando, *ahito de carne*, volvía á su casa, arrojaba el libro al lado de un cráneo que sobre la mesa tenia y, tomando la pluma, cantaba, mejor dicho lloraba, con la voz apasionada del poeta, endechas tiernas, melancólicas pesadumbres, amargas soledades, ansias desconocidas, tristes nostalgias, y mandaba, con acentos arrancados del fondo del alma, á su madre, esta amantísima promesa:

«¡Cuánto lloras mi mal! Á cuenta de eso,
para estampar en tu anchurosa frente,
además de otros mil, te guardo un beso.»

*
* *

Su esmerada educación, su carácter amable y su indisputable talento hiciéronle bien pronto lugar en los círculos literarios y en las tertulias de la alta sociedad, donde se granjeó innumerables simpatías, conquistando con sus *Ternezas y Flores*, sus *Ayes del Alma* y sus *Fábulas morales y políticas*, merecida fama de poeta eminente, cuando apenas cumplía veintitrés años.

Olvidóse de la Medicina para repartir su tiempo entre la Literatura, la Filosofía y la Política, cultivándolas con éxito cada día más creciente.

Nombrado gobernador de Castellón, de Alicante y Valencia, es hoy el día en que estas hermosas provincias recuerdan con cariño el nombre de Campoamor, como el de uno de los más probos y justificados jefes que tuvieron. Así lo reconocen amigos y adversa-

rios, y todos le profesan desde entonces entrañable afecto.

Probáronselo Alicante y Castellón dando el nombre de Campoamor á una calle y una plaza de dichas capitales. En cambio, Navia no se acuerda de que es poseedora de la casa donde nació el gran poeta!

Diputado en casi todas las legislaturas, desde que entró en la vida pública, demostró que era tan excelente orador parlamentario como inspirado vate.

Desde el periódico *El Estado* sostuvo brillantemente las polémicas con Castelar y otros, á propósito de la *Fórmula del Progreso,* defendiendo con entusiasmo la doctrina moderada, y distinguiéndose en estas luchas por su inquebrantable constancia en la defensa de sus ideas, por la inflexible lógica del razonamiento y por el delicado epigrama con que, á veces, *procuraba afear un poco el rostro del contrario.* Los artículos de esta célebre polémica, coleccionados en 1862, forman un libro que es tratado completo de derecho político y administrativo.

No batalló nunca aguijoneado por el demonio de la ambición, ni excitado por la fiebre de mezquinas pasiones. Luchó por las ideas, no por los hombres; luchó por la ciencia, no por el propio medro; luchó por convicción profunda de la bondad de sus ideas, no por adular á los poderes llenando el oficio de cortesano. Si alguna vez lo fué, cortesano fué de la desgracia.

Todos reconocen en él una gran virtud, rara en estos tiempos: la virtud de la lealtad y de la consecuencia.

La restauración le llevó á la Dirección general de Beneficencia y Sanidad, y luego al Consejo de Estado, hasta que más tarde le fué admitida la dimisión.

Esta ha sido su carrera política.

*
* *

La literaria es una serie inacabable de triunfos, desde el humilde aplauso del periodista hasta la aureola de inmortalidad con que la opinión general le ha envuelto y coronado. ¿Quién no ha leído su magnico poema *Colón?* ¿Quién no conoce las *Doloras* y los *Pequeños poemas*, obras que no tienen representante en ninguna literatura del mundo, ni rival entre sus muchos imitadores, líricos, algunos de ellos, eminentes?

Si basta una sola dolora para inmortalizar el nombre de un poeta, ¿qué palabras expresarán la plenitud de la gloria de Campoamor, que escribió centenares de doloras á cual más delicadas y á cual más originales?

Empero, si á su fama no bastasen tantas y tan magníficas obras, el grandioso *Drama Universal* bastaría para llenar el mundo con el nombre de su autor y señalarle á las generaciones venideras como un genio de los tiempos modernos.

En Marzo de 1862 ingresó en la Academia Española, leyendo un brillante y profundísimo discurso de recepción. Más tarde ofreció á este alto Cuerpo literario la *Epístola necrológica de D. Luis González Bravo,* ruidosamente aplaudida y por unanimidad aprobada.

El Personalismo, *Lo Absoluto* y *La filosofía de las leyes* son obras, por su forma y por la profundidad de sus conceptos, capaces de hacer la reputación de un consumado maestro de filosofía.

Gran poeta, orador elocuente, hábil polemista y profundo filósofo, quedábale el teatro, y á él llevó, entre otras obras (*El Palacio de la Verdad*, *Guerra á la guerra*, *Dies iræ*, *El honor,* etc.), *Cuerdos y locos*, aplaudidísimo drama en tres actos y obra quizá la más acabada de todas las del poeta.

*
* *

Campoamor tiene la dicha, que no es pequeña, de no tener enemigos, y es feliz cuando no piensa que es desgraciado.

Por su posición desahogada, tiene cuantas comodidades puede apetecer. Las raras virtudes de su buena esposa le proporcionan la paz y el cariño del hogar, y su único deseo es vivir rodeado de las personas queridas.

Una pasión tiene tan grande como su inteligencia: la del estudio. Cuatro ó cinco años hace que asistía á las cátedras de Química, de la Escuela de Farmacia, con la modestia y aplicación de un colegial aprovechado. Hoy mismo distrae sus ocios preparando quinina, destilando jugos y fabricando, en su pequeño laboratorio, bebidas gaseosas.

Su gran corazón jamás sintió los odios envenenados que envejecen prematuramente al hombre. ¿Queréis ver el corazón de Campoamor? Por este lado es un altar del arte, del cual es gran sacerdote; palpita agitado por el fuego del genio que arde con inextinguible llama bajo las bóvedas de este santuario. Por este otro lado está el altar del amor, del cariño, de la amistad, del bien, de todos los sentimientos que conmueven, y engrandecen y subliman...

No miréis al fondo de su corazón, porque allí hay dos tumbas: en una esconde, ungido por las penas propias, el secreto de las *Doloras;* en otra guarda, entre besos y oraciones que renueva diariamente, la memoria querida de su santa madre.

B. Acevedo y Huelves.

CAMPOAMOR

I

TODAS las literaturas cuentan con genios innovadores, que señalan un cambio progresivo en las tendencias artísticas y en los ideales de su tiempo.—Truena Byron en Inglaterra contra las costumbres inveteradas de la ceremoniosa sociedad británica; rompe con las viejas tradiciones de la poesía cortesana; personifica en sí el alma entera de su siglo, y ora envuelto en la corriente de un escepticismo contagioso, exhala dolorido los amargos acentos de la duda y de la incredulidad, ambas desgarradoras, pero también invencibles; ora, henchido de un sentimiento nobilísimo, vibra en su lira el cántico de la libertad y recuerda á Grecia oprimida los hechos gloriosos de su inmortal historia y excita á sus hijos para que devuelvan su pasado esplendor y emancipen de extrañas tutelas á la inspirada madre de las artes.—Leopardi, en Italia, se aparta de las escuelas optimistas, encarna en sí la nueva dirección del pesimismo, lanza á los espacios los ayes que

se escapan de su atormentado corazón, y al mismo tiempo lamenta en patéticos tonos y pinta en conmovedores cuadros las desgracias de su patria, como para sacudirla de su sueño de muerte y hacerla levantar, redimida y una, su arrogante y hermosa cabeza, que taladraban las espinas de su martirio y su servidumbre; espectáculo grandioso que hemos visto realizarse más tarde á nuestros propios ojos, testigos ayer de su infortunio y hoy de su resurrección.—En Alemania, lucha Goëthe por identificar la poesía con la realidad, abre nuevos horizontes á la inventiva y al genio germánico, y da comienzo á una nueva era de prosperidad y de grandeza para las letras de su país.—Francia, en fin, sacude el gusto versallés y entra en derroteros artísticos hasta entonces desconocidos, gracias á la fantasía soberana de Víctor Hugo, que olvida las instituciones caducas y se inspira en los vastos problemas sociales y en la epopeya gigantesca de nuestros adelantos maravillosos.

España no podía tampoco permanecer inmutable entre este universal renacimiento, y así como en el siglo XVI, Boscán primero y Garcilaso después introducen en la decadente poesía nacional las formas métricas de la escuela italiana y dan principio al mayor período de esplendor que por entonces alcanzara la lírica española, así también en los albores de nuestra centuria resuena potente la voz de Quintana, que maldice los torpes ídolos de un absolutismo degradante y entona himnos exaltados en loor de las modernas conquistas; y más adelante fulgura el estro de Espronceda, que marca otra dirección á nuestro inquieto pensamiento y expresa un nuevo aspecto del vacilante espíritu de nuestra época renovadora.

Después, no ha quedado estacionaria tampoco la poética castellana: más jóvenes y peregrinos ingenios diéronle gallardo impulso, consagrando su vida á esta

empresa meritoria; y hoy, mientras escucha nuestro oído embelesado los acordes armoniosos de sus aureas arpas, tributamos á su inspiración nuestros aplausos y rendimos á su genio el homenaje de nuestro entusiasmo.

II

Don Ramón de Campoamor es uno de los representantes más ilustres de esta pléyade de insignes poetas. En su juventud dióse á conocer en el antiguo Liceo de Madrid con algunas delicadas composiciones, llenas de fantasía por una parte y de primores de rima por otra. Después las reunió en colección, y aparecieron sus *Ternezas y flores* y sus *Ayes del alma*. La imaginación meridional del autor se revela en ellas en toda su riqueza; lanza su inspirada lira sones cadenciosos de incomparable armonía, todos espontáneos, todos naturales, y las imágenes florecidas, y los conceptos elegantes y las galas más bellas, forman el conjunto admirable de estas obras afiligranadas. Unas son alegres y risueñas, escritas con todo el fuego del amor impetuoso de los primeros años; otras reflejan ya una nueva faz del alma del cantor, menos crédula que antes y más herida por los pesares.

De estos libros elegimos sus silvas *A la Luz*, para presentar á Campoamor como poeta descriptivo en sus ensayos juveniles.—En la tercera de ellas pinta el declinar de la tarde, y luego añade:

> «Los árboles sus cúpulas frondosas
> con verde pompa y majestad inclinan,
> á impulso de las auras sonorosas
> que hacia el ocaso tras la luz caminan.

Si alza la noche su atezado manto,
la luz, huyendo, sus horrores dobla;
si gime un ave en dolorido canto,
el eco gime, y su plañir redobla.
Quejas levanta al murmurar doliente
fugaz el aura en apacibles giros,
y al trasmontar la luz, son de la fuente
las aguas llanto, y el rumor suspiros.
¡Ay! no es así cuando á los frescos llanos
bajan al alba en celestial decoro
sílfides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñen con guirnaldas de oro.
Plácida entonces sin rumor aspira
ligera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respira
amor la selva, y la pradera amores.
La niebla entonces por el manso viento
se adorna de los rayos matutinos,
y entonces se oyen con sabroso acento,
en vez de quejas, amorosos trinos.»

De las facultades del autor en el género festivo, que también ha cultivado, pueden dar idea las siguientes quintillas, dedicadas *A una Beata de máscara*, y que rebosan picaresca gracia:

«La del enlutado manto,
la de la toca de encaje,
la de mil hombres encanto,
¿cuánto va á que no es tan santo
tu pecho como el ropaje?
En vano ocultarnos trata
de tus ojos los destellos
el lienzo que te recata;
y por Dios que son, beata,
para ser santos, muy bellos.
Sobre tu nevado seno
pesa la cruz de un rosario,
y aunque humilde *nazareno*
muriera de gozo lleno
en tan hermoso calvario.»

Campoamor compuso también una serie de *Fábulas*, políticas, religiosas, morales y filosóficas, en las cuales, entre rasgos de ingenio, estampa máximas y consejos de provecho para la vida.

Hasta aquí, Campoamor era ya un poeta muy distinguido; pero aún podía acrecentar su fama con empeños más altos y obras de mayores vuelos; y en efecto, avanzando el tiempo inicia en sus aptitudes una nueva tendencia filosófica y un nuevo y superior progreso, y da a las prensas su poema en diez y seis cantos titulado *Colón;* otro en ocho jornadas que denomina *El drama universal;* y la colección inestimable de sus *Cantares*, verdaderos poemas de ternura, intención y sentimiento.

El primero es notabilísimo, tanto en la versificación como en la idea; lo mismo cuando pregunta por los atrevidos navegantes que componían la expedición al Nuevo continente, y dice:

«—¿Que quiénes son?—Nadie su nombre ha oído.
—¿Que á dónde van?—¡Á donde nadie ha ido!»

y cuando expresa el pensamiento del protagonista con esta frase:

«—¿Os espantáis? Yo en vuestro espanto abundo:
Marcha á borrar los límites del mundo;»

que en los cantos *La Atlántida, Las nubes* y todos los otros.

El drama universal merece también subidos encomios por su pensamiento y por su desarrollo: aquel es digno del ingenio que lo concibiera, y así hacemos su mayor elogio; éste se halla de igual modo á la altura de las mejores obras del autor, y al decir de un distinguido publicista, abunda en detalles admirables.

En cuanto á sus *Cantares*, los tiene bellísimos: Campoamor es uno de los poetas que con más éxito han cultivado este género, logrando presentarnos gran número de aquellos en los cuales aparece limpia de defectos la forma de las coplas populares, reuniendo á la vez un fondo profundo, que pocas veces se halla en las que son producto espontáneo de la musa desaliñada de los indoctos.

Citaremos sólo unos pocos, para no alargar en demasía este estudio, y enseguida entraremos de lleno en la parte principal y más importante del mismo.

De los siguientes, pertenecen los dos primeros á la sección de los epigramáticos, y el último á la de los filosófico-morales:

«Mira que ya el mundo advierte
que al mirarnos de pasada,
tú te pones colorada,
yo pálido cual la muerte.
Cuando pasas por mi lado
sin tenderme una mirada,
¿no te acuerdas de mí nada
ó te acuerdas demasiado?
El tiempo á todos consuela;
sólo mi mal acibara,
pues si estoy triste se pára,
y si soy dichoso, vuela.»

III

Enumeradas ya algunas de las obras por las cuales disfruta Campoamor de justa nombradía, tócanos ahora tratar de aquellas de sus creaciones que constituyen los más brillantes timbres de su gloria. Tales son las *Doloras* y los *Pequeños poemas*.

Con ellas, Campoamor ha operado una profunda revolución en el campo de nuestra lírica. Así como Becquer, por ejemplo, encontró en sus *Rimas* el modelo de la poesía del corazón, halló aquél en estas producciones la fórmula de la poesía filosófica; y poniendo al servicio del arte las investigaciones y las conquistas de la ciencia, y adornando á ésta con el hermoso ropaje de la forma artística, realizó á la par dos empresas grandiosas: dar á la poesía verdadera trascendencia, y presentar los descubrimientos modernos bajo el aspecto más agradable y simpático. Todos los problemas de la filosofía los convierte en temas para sus canciones, y los adorna con los primores de la versificación.

Esto ha hecho decir á la crítica que Campoamor es uno de los poetas castellanos que mejor pudieran sufrir una traducción en prosa á cualquier lengua extranjera. Ciertamente, la idea domina sobre todo en sus obras, y las hace más sustanciosas y nutridas de pensamiento que las de otros ingenios, dados á la armonía del ritmo más que á la intención é importancia del argumento. Campoamor, por el contrario, procura hermanar ambas cualidades; y porque lo consigue, es proclamado poeta insigne.

En cuanto á la originalidad de Campoamor, está ya fuera de duda. Las polémicas suscitadas con este motivo hace algún tiempo, concluyeron dilucidándola claramente, y hoy no es puesta por nadie en tela de juicio. Las *Doloras*, tal como él las ha concebido y realizado, forman un género nuevo, que habrá de prevalecer en lo sucesivo. Podrá encontrarse en las obras de ciertos escritores antiguos, alguna que otra poesía á ellas comparable; existirá entre ambas semejanza, y quizá parezcan informadas por la misma tendencia; mas estas inspiraciones sueltas de autores diversos, nunca llegaron á sujetarse á un plan determinado, y

la gloria de haber reducido á *sistema* estos elementos dispersos, y de haber constituído con ellos una escuela, corresponde toda entera á Campoamor. Los *Pequeños poemas* se encuentran también en igual caso: lo mismo Heine que Musset, lo mismo Byron que Hugo, cultivaron en sus países este género y le hicieron adquirir gran importancia; pero en nuestra patria, Campoamor es el que los funda, el que los crea, el que les da vida; y además, logra que los suyos á ningunos otros se parezcan y que sean completamente propios y originales.

Ahora podremos preguntar qué es la *Dolora*, y lo primero que saltará á nuestra vista, será el neologismo de la palabra. Campoamor la inventó para designar esta clase de poesías á él debidas, y al frente de la primera edición expuso las razones en que hubo de fundarse para ello. Definiéndola, el autor dice que la *Dolora* es «una composición poética en la cual *se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento y la concisión con la importancia filosófica.*» Otros escritores han tratado de explicarla también: Ruiz Aguilera opina que es «una composición poética en la cual debe hallarse *constantemente* unida á un sentimiento melancólico, más ó menos acerbo, cierta importancia filosófica»; Laverde Ruiz la considera «una composición didáctico-simbólica en verso, en la que armonizan el corte ligero y gracioso del epigrama y el melancólico sentimiento de la endecha, la exposición rápida y concisa de la balada y la intención moral ó filosófica del apólogo ó de la parábola»; para Revilla, en fin, es «una composición poética, de forma épica ó dramática, y de fondo lírico, que, en tono á la vez ligero y melancólico, expresa un pensamiento trascendental.» Como se ve, todas estas definiciones convienen en el fondo.

Los temas que Campoamor desenvuelve en sus *Doloras*, con ser tan varios, se distinguen casi siempre

por su tendencia pesimista, la cual establece una línea divisoria entre sus inspiraciones de los primeros años y sus obras de la edad madura, joviales y placenteras aquellas, impregnadas éstas de cierto desencanto y cierta tristeza, que retratan el estado de su alma y á la par reflejan el de su época. Uno de sus biógrafos ha escrito, que Campoamor va dejando cada día que pasa un girón de sus creencias, que expone en sus *Doloras;* y según la opinión de otro crítico célebre, su escepticismo es aún «más amargo, más desconsolador y más peligroso que el de Espronceda, por lo mismo que es más sereno y razonado. El de éste revela una época en que la duda era un tormento para el espíritu; el de Campoamor anuncia un estado social en que ya nos hemos connaturalizado con la duda. Aquél arranca del corazón, y es hijo de los desengaños; éste nace de la cabeza, y es fruto de serena y fría reflexión. El primero denuncia una existencia atormentada y dolorosa; el segundo la vida tranquila de un espíritu á quien no molesta gran cosa la falta de creencias. Campoamor no se limita á renegar de los hombres, sino que su duda alcanza á las ideas; no se circunscribe á negar el amor, la poesía y la amistad por virtud de añejos desengaños, sino que lo niega todo, inclusa la realidad del conocimiento. Y lo niega con imperturbable calma, con serenidad pasmosa, á veces nublada por ligero tinte de tristeza.»

No hay más que leer las *Doloras* de Campoamor, para convencerse de la exactitud de estos asertos; en ellas dice *que son humo las glorias de la vida;* que *vivir es olvidar;* que *todo es sombra, ceniza y viento;* que *tarde ó temprano es infalible el mal;* que *el bienestar del hombre es la muerte;* que *todo se pierde;* que *al hombre sólo le afectan el calor y el frío;* que *no hay honor ni virtud más que en la lengua;* que *el placer es la fuente del hastío;* que *el variar de destino sólo es variar de dolor;* y en fin,

«Que en este mundo traidor
nada es verdad ni mentira.
Todo es según el color
del cristal con que se mira.»

Véase, como cuadro completo, la *Dolora* titulada *Amor y gloria*, que elegimos por su corta extensión:

«¡ Sobre arena y sobre viento
lo ha fundado el cielo todo!
lo mismo el mundo del lodo,
que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimiento
sólo aire y arena son.
¡ Torres con que la ilusión
mundo y corazones llena,
las del mundo sois arena
y aire las del corazón!»

No há mucho que se ha publicado la 15.ª edición de las *Doloras*, y este número elevado, tan poco frecuente en nuestro país, prueba de cumplido modo la gran acogida dispensada por el público al vate esclarecido de quien tratamos. En esta colección reciente aparecen treinta *Doloras* nuevas, las cuales son gallardo testimonio de que su autor no envejece nunca: la fantasía de Campoamor es eternamente joven, eternamente lozana y vigorosa; los armoniosos acentos de su lira suenan cada día con más cadencia, y bien puede asegurarse que el tiempo, en vez de marchitar, pule y abrillanta las ricas galas de su fecunda imaginación.

Por su brevedad citaremos dos de estas nuevas y preciosas *Doloras:*

ROSAS Y FRESAS

Porque lleno de amor te mandé un día
una rosa entre fresas, Juana mía,
tu boca, con que á todos embelesas,
besó la rosa sin comer las fresas.

—

Al mes de tu pasión, una mañana
te envié otra rosa entre las fresas, Juana;
mas tu boca, con ansia, y no amorosa,
comió las fresas sin besar la rosa.»

Según se ve, aun de los asuntos más sencillos sabe sacar Campoamor el partido posible, y es siempre en ellos el mismo ingenio intencionado.

La otra *Dolora* es todavía más corta, pero no por eso menos sustanciosa. Consta de dos solos versos, á saber:

«AMOR AL MAL

Por más que me avergüenza y que lo lloro,
no te amé buena, y pérfida te adoro.»

Pero no resistimos á la idea de transcribir la titulada *Contrastes*, aunque sean mayores sus proporciones. Recordamos haberla leído tiempo atrás y que nos produjo singular encanto. Ahora no la tenemos á la vista; pero tal como en nuestra memoria se conserva, hela aquí:

« Mucho le amaste y te amó;
¿recuerdas por quién lo digo?
Era tu amante y mi amigo,
amaba, sufrió y murió.
Cuando su entierro pasó
todos te oyeron gemir;
mas yo, Inés, al presentir
que le habías de olvidar,
sentí, viéndote llorar,
la tentación de reir.

—

Al año justo ¡oh traición!
al baile fuí de tu boda,
y allí, cual la villa toda,
ví el gozo en tu corazón.
¿Y el muerto?—¡En el panteón!
¡Ay! cuando olvidada de él
á otro jurabas ser fiel,

yo al verte reir, gemí,
y dos lágrimas vertí
amargas como la hiel.

—

Primero amor, luego olvido:
aquí tienes explicado
por qué en el baile he llorado,
y en el entierro he reído;
siempre este contraste ha sido
ley del sentir y el pensar;
por eso no hay que extrañar
que quien lee en lo porvenir,
vaya á un entierro á reir
y acuda á un baile á llorar.»

Algunas veces Campoamor ha hecho vibrar también en su lira la cuerda del sentimiento, y entre sus mismas *Doloras*—prescindiendo de los *Poemas*, que en seguida juzgaremos—las hay muy bellas y delicadas, como la que se denomina *¡ Quién supiera escribir !* Tan magistral y admirable nos parece, que creeríamos no proceder justamente si dejásemos de trasladarla íntegra:

—Escribidme una carta, señor cura.
—Ya sé para quién es.
—¿ Sabéis quién es, porque una noche oscura
nos visteis juntos ?—Pues.
—Perdonad; mas...—No extraño ese tropiezo.
La noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo.
Mi querido Ramón:
—¿ Querido ?... Pero, en fin, ya lo habéis puesto...
—¿ Si no queréis ?...—¡ Sí, sí !
—¡ Qué triste estoy ! ¿ No es eso ?—Por supuesto.
—¡ Qué triste estoy sin ti !
—*Una congoja al empezar me viene...*
—¿ Cómo sabéis mi mal ?
—Para un viejo, una niña siempre tiene
el pecho de cristal.

—*¿ Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.*
¿ Y contigo? Un edén.
—Haced la letra clara, señor cura,
que lo entienda eso bien.
—*El beso aquel que de marchar á punto*
te di...—¿ Cómo sabéis?...
—Cuando se va y se viene y se está junto,
siempre... no os afrentéis.
Y si volver tu afecto no procura
tanto me harás sufrir...
—¿ Sufrir y nada más? No, señor cura:
¡ que me voy á morir!
—¿ Morir? ¿ Sabéis que es ofender al cielo?
—Pues, sí señor, ¡ morir!
—Yo no pongo *morir*.—¡ Qué hombre de hielo!
¡ Quién supiera escribir!
Señor rector, señor rector, en vano
me queréis complacer,
si no encarnan los signos de la mano
todo el sér de mi sér.
Escribidle por Dios, que el alma mía
ya en mí no quiere estar;
que la pena no me ahoga cada día...
porque puedo llorar.
Que mis labios, las rosas de su aliento,
no se saben abrir;
que olvidan de la risa el movimiento
á fuerza de sentir.
Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
cargados con mi afán,
como no tienen quien se mire en ellos
cerrados siempre están.
Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
la ausencia el más atroz;
que es un perpetuo sueño de mi oído
el eco de su voz...
Que siendo por su causa, el alma mía
¡ goza tanto en sufrir!...
Dios mío, ¡ cuántas cosas le diría
si supiera escribir!...»

Después de esto, parécenos ya hora de hablar de los *Pequeños poemas*, en número aparte y con el debido detenimiento.

IV

Á veinte asciende el número de estas joyas preciosas, publicadas en la última edición madrileña. Al frente de la misma expone el autor los fundamentos de su doctrina literaria, en un extenso *Prólogo;* y si no á copiarlo, dadas sus dimensiones, vamos al menos á extractar algunos de sus puntos más esenciales.

El propósito de Campoamor al escribir estos *Poemas*, ha sido, según él mismo dice, «dar forma á unas composiciones que reunieran todos los géneros poéticos, desde el epigrama y el madrigal, hasta la oda y la epopeya.» Su procedimiento, «exclusivamente personal, consiste en hacer de toda poesía un drama, procurando basar éste sobre una idea que sea trascendental y que pueda universalizarse.» «Es necesario, añade, poner las ciencias al servicio del arte, agrandando su esfera con esa magnífica irrupción de ideas, de frases y de giros que en forma de literatura prosaica, de filosofía y de ciencias naturales, van elevando cada vez más el nivel del espíritu humano.» Además, es preciso que «en toda obra artística haya una idea clave, sin la cual aquella se vendría abajo. Versificar ideas todas iguales en importancia, sin categorías, sin someterlas á un principio único de concepción, es hacinar, pero no es componer; es formar un montón de piedras informes, sin ensambladura ni objeto arquitectural.»

Para Campoamor, «lo principal es el argumento y la acción.» Según él, «después de inventar la idea generadora, base del asunto, hay necesidad de dramatizarla, de sujetarla á un plan.» Dice, en fin, que «la poesía verdaderamente lírica, debe reflejar los senti-

mientos personales del autor, en relación con los problemas propios de su época.»

Una vez expuesta esta teoría, Campoamor habla en su *Prólogo* de lo que él llama «el paganismo en el arte» y censura á «la mojigatocracia literaria y á la gazmoñería moderna, que quieren tener á nuestra sociedad en babia y reducir al hombre á un sér neutro ó á la condición del eunuco; término incoloro, á que tienden á limitarnos todos los entendimientos vulgares.» Discúlpase de los ataques que se le dirigen por su escepticismo, y asegura que «creyendo en lo constitucional, lo demás para el artista es reglamentario, como se dice en política. Luego trata de «la inutilidad de las reglas de la retórica para formarse un estilo,» y asegura que ésta, «con sus preceptos antiguos y con su estructura fósil,» es, aplicada al arte moderno, «una vieja remilgada y presumida que siempre le ha dado frío. Después de muchos años de amamantarse un joven á los pechos de esa momia, sobreviene la tisis intelectual y el joven muere.» Por último, llama «dialecto poético» al usado por algunos clásicos, aboga por la naturalidad en el lenguaje, sin afectación ni hinchazones (combatiendo también el extremo contrario), y afirma que «la poesía es la representación rítmica de un pensamiento por medio de una imagen, expresado en un lenguaje que no se pueda decir en prosa ni con más naturalidad ni con menos palabras.»

Si Campoamor ha conseguido ó no el propósito que le moviera á componer sus *Poemas*, revélalo elocuentemente el éxito por ellos alcanzado y la fama de que disfrutan. El ingenio peregrino del autor manifiéstase en los mismos en toda su pujanza y en toda su variedad: al lado de descripciones de primer orden, hállanse observaciones delicadísimas y detalles admirables de sentimiento: la pluma del poeta es un pincel maravilloso de inimitable colorido, que diseña en cuatro

rasgos un cuadro de singular belleza; y al propio tiempo, es también atrevido escalpelo que remueve las fibras más hondas del alma humana y penetra y descubre sus secretos más íntimos.

La serie inapreciable de los *Pequeños poemas*, es acaso el florón más brillante de la corona de poeta de Campoamor. Bien dicen algunos comentadores suyos, que una colección de composiciones de esa índole, escritas con la naturalidad, la elevación y la filosofía de estas, es un fenómeno literario, del cual no hay ejemplo en ninguna literatura del mundo, ni antigua ni moderma. A la verdad, la apreciación sola de las cualidades que resaltan en dichas obras, daría lugar á largas consideraciones: tal es la abundancia con que en ellas se prodigan las galas más bellas de dicción, de rima y de pensamiento. ¿Quién como nuestro autor, por ejemplo, sabe expresar los más peligrosos y resbaladizos conceptos, con una habilidad tan exquisita que todos los escollos quedan salvados y todas las dificultades vencidas, hasta el punto de convertirse en los más primorosos pasajes aquellos que parecían llenos de sirtes, para perder sin remedio al ingenio osado que en su derredor se aventurara? A este propósito, escribe cierto crítico—y es exactísimo—que Campoamor suele hablar de las mujeres más apasionadas, con el mismo, á veces con más pudor que lo hacen nuestros místicos al tratar de las vírgenes en algunas de sus descripciones extáticas. En *Las tres rosas* se encuentra un terceto que puede servir de prueba, en apoyo de esta opinión. Dice así:

> « Al llegar el instante de la hora
> en que se hunde aquel puente que separa
> á Eva inocente de Eva pecadora...»

Creemos que no es posible llevar á más alto grado la perfección para velar discretamente la forma, y ex-

presar la crítica situación que se insinúa de la manera más diestra y poética.

El tren expreso, *La novia y el nido*, *Los grandes problemas*, *Dulces cadenas*, *La lira rota* y *Por dónde viene la muerte*, son sin duda los más valiosos de los *Pequeños poemas*.

El primero luce en todas sus partes un lirismo inagotable, y unas veces encanta por su sencillez y otras maravilla por su grandilocuencia. Es la historia de un amor tan rápido en sus accidentes como perdurable en sus efectos, entre dos seres infortunados que se hallan juntos por una hora y luego se recuerdan y lloran durante toda la existencia.

Ella es

> «una joven hermosa,
> alta, rubia, delgada y muy graciosa,
> digna de ser morena y sevillana.»

La casualidad la junta con el autor en el fondo de un coche del tren ; y es de ver la manera cómo sus almas empiezan á comunicarse y la corriente de simpatía que entre ellas se establece. Cuéntanse ambos los hechos de su vida, revélanse mutuamente el estado de sus corazones, doloridos por anteriores desengaños y sienten nacer un nuevo amor en sus pechos sensibles y comienzan de nuevo á alentar sus desmayados espíritus. Mas ella necesita reposo, como dice en feliz frase :

> «La tierra está cansada de dar flores.»

y la cita queda prometida para dentro de un año.

Sin embargo, ¡qué desdicha tan inmensa! á vuelta de algunas páginas de oro, el poeta refiere el desenlace, y este no es otro que la muerte de la heroína. Unas estrofas escritas por la más inspirada de las musas, relatan este desgraciado fin :

« — Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,
cuenta os dará de la memoria mía.
Aquel fantasma soy, que, por gustaros,
probó á estar viva á vuestro lado un día.
Cuando lleve esta carta á vuestro oído
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo unas flores.
Por no dar fin á la ventura mía,
la escribo larga... casi interminable!...
¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable!
Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.
Me rebelo á morir, pero es preciso...
¡el triste vive y el dichoso muere!
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
cuando quiero vivir, Dios no lo quiere!
Os amo, sí! Dejadme que habladora
me repita esta voz tan repetida;
que las cosas más íntimas ahora
se escapan de mis labios con mi vida.
Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
la idea de los celos me importuna;
¡juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna!
Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡yo os hubiera también amado tanto!...
Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida á la estación postrera.
¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el día,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mía.
Pues yo desde ella os estaré mirando;
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando
que Dios de par en par el cielo os abra.

¡Nunca olvidéis á esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!...
¡Oh Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdón al alma mía!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas;
mas sufrí por más tiempo todavía!
¡Adiós, adiós! como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero!
¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba, y que me muero!»

En *La novia y el nido* se cuentan las dudas de una niña inocente que se halla perpleja ante el problema de averiguar para qué sirve el blando albergue de dos golondrinas, que en su propio cuarto cuelgan su vivienda. Pregúntase con sorpresa por el objeto de un nido, cuestión oscura que no acierta á resolver; y pensando, pensando, abísmase en un mar de confusiones, y apenas puede á la noche conciliar el sueño. Al día siguiente vuelve á su tema, mira con afán la amorosa pareja de los pájaros, y acabando al fin por descubrirlo,

«ve en las aves del nido dos esposos
y en su canto una música de besos.

—

De su lecho de pluma
salió Isabel cual Venus de la espuma;
después, mirando al techo,
vibró su corazón dentro del pecho
al ver la golondrina que cubría
en forma de abanico á sus hijuelos,
y al padre que en el pico les traía
pan de la tierra y besos de los cielos.
Tan grande amor su corazón inflama;
y en sus ojos, con fuego inusitado,
arde una pura y transparente llama
al ver en los hijuelos desatado
el nudo misterioso de aquel drama.

Espantada, el misterio comprendiendo,
casi vuelve á gemir y casi reza;
y unas veces rezando, otras gimiendo,
entrando de repente en la tristeza,
ya marchitas sus puras alegrías,
la niña acaba y la mujer empieza;
y más cuando la tímida nidada
de aquel nido, asomándose á la entrada,
parece que le dice: —¡buenos días!—
y más aún, cuando á los hijos viendo,
suspirando responde: —¡ya lo entiendo!—
Y encendido su rostro, cual la frente
de una mujer culpable y candorosa,
sobre sus ojos pudorosamente
deja caer sus párpados de rosa.»

Los grandes problemas se reducen á las tres confesiones de una mujer, primero niña á los diez años, luego adulta á los veinte, y por último casada y en la edad madura al cumplir los treinta. Al principio llena de candor infantil,

«Mirando al confesor con inocencia,
cual si fuesen sus ojos unas puntas
que hundiese del anciano en la conciencia,
fué haciéndole la niña unas preguntas,
como ésta por ejemplo,
capaz de hacer estremecerse á un templo:
—Vos ¿sabéis lo que es malo, señor cura?
—Yo de todo, hija mía, estoy al cabo,—
respondió el sacerdote con premura,
lo cual no era verdad, mas lo creía
porque el breviario con afán leía
á la luz de un candil colgado á un clavo.

—

Y del amor ya viendo lontananzas,
con sus ojos tan llenos de esperanzas,
en su candor intrépido del todo
sigue ella preguntando de este modo:
—El dejarse besar es malo ó bueno?—
De confusión y de sorpresa lleno,

se turbó el cura, como el hombre que antes
de haber cazado un pájaro, lo vende
y sin poder cumplir lo prometido,
se queda, al fin, como el lector comprende,
el cazador corrido,
el comprador burlado,
y el pájaro vendido y no cazado.
Echó al cielo una olímpica mirada,
buscando la respuesta en las estrellas;
mas como nada le dijeron ellas,
el cura del Pilar no dijo nada.

—

Con misterio después ella se inclina
hacia el cura que la oye fascinado,
y prosigue: — Me ha dicho mi madrina,
que el que bese á mi primo es un pecado;
y mi primo ha jurado
que él me habrá de besar, pese á quien pese,
pues cree que á mí me gusta que me bese.»

Y así continúa en el mismo tono, hasta hacer exclamar al sacerdote:

«— ¡Primera confesión; primer problema!»

Pero Teodora, que tal se llama ella, no pára aquí; prosigue refiriendo otra porción de pecadillos veniales, y algunos ponen al buen párroco en tal aprieto, que al terminar murmura entre dientes:

«— Son el diablo estos ángeles de niñas.»

La segunda confesión, es otro problema: el primo se halla lejos, y la enamorada doncella le tiene consagrado su corazón; la familia, sin embargo (la madre especialmente), pretende que se case con *un hombre muy de bien, pero sin gracia alguna*. Ella no quiere violentarse, y al mismo tiempo teme no ser obediente á los mandatos superiores; y en este apurado extremo, recurre otra vez al sacerdote, y le dice:

« — ..... Vuestro favor imploro;
prestadme ayuda en tan difícil paso:
de uno me río y por el otro lloro;
éste me hiela y por aquél me abraso.
No amo al presente y al ausente adoro;
¿qué hago, señor, me caso ó no me caso?»

En el tercer canto aparece ya la esposa, y la esposa atribulada; dió su mano al hombre que le impusieron, el primo ha regresado de su larga expedición, y ella se encuentra enferma. El confesor, al escuchar la narración de sus desventuras, al oirle referir sus vacilaciones y congojas, cree sorprender en ella algún rasgo de demencia; pero entonces

« Agarrándole bien con la mirada,
— No soy loca, es que estoy enamorada —
siguió la esposa — y lo que quiero, quiero;
vuestra piedad, no vuestra fe reclamo:
si le amo, vivo; si no le amo, muero;
respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo?
Aguzando el oído,
y azorado de miedo como un gamo
que oye en el bosque de repente un ruido,
el cura sorprendido
dice cayendo en postración extrema:
— ¡Tercera confesión, tercer problema!... »

Y efectivamente, la disyuntiva es grave: como ella ha dicho antes,

« — No hay remedio; ó vencer ó ser vencida;
ó perder la virtud ó dar la vida. — »

Teodora muere, y el poema acaba; pero ahora al concluir, como antes al desarrollarse, ¡qué toques tan magistrales y qué poesía tan encantadora! Nosotros, enamorados de joya tan primorosa, hemos necesitado hacer no pocos esfuerzos para contener nuestros impulsos de entusiasmo y no trasladar aquí enteras sin

faltar un verso, todas las páginas de que el poema consta.

Por no hacer interminables nuestras citas, dejamos de presentar al lector algunos fragmentos de los otros poemas titulados *Dulces cadenas* y *La lira rota*, y hasta prescindimos, en este caso, de referir el argumento, que tanto pierde siempre en colorido y en belleza, cuando se extracta en prosa desaliñada lo que tan galantemente se halla expresado en preciosos versos; pero no por eso hemos de escasearles en este lugar nuestros elogios incondicionales.

Por último, de todos los *Poemas* que hemos mencionado con preferencia, quédanos que hablar del que se intitula *Por dónde viene la muerte;* y en atención á su fecha más reciente—pues en cuanto á méritos todos están á la misma altura,—nos detendremos un instante en apreciarlo. Compónese de un solo canto, y todo en él es notable. Un sabio médico, el doctor Prieto, tiene una hija joven, bella, soñadora, á quien ama como el más cariñoso de los padres. Sus teorías científicas, no obstante, le inclinan á un materialismo inflexible, y creyendo

> «que es el alma el ensueño de un delirio,
> y el fruto de este sueño el pensamiento,»

sólo acepta que puedan producir el aniquilamiento de la vida los fenómenos externos, las fuerzas y los agentes físicos. Por eso cuida bien de resguardar á su hija de esas influencias perniciosas y la pone al abrigo de causas tan funestas de destrucción; mas ¡ah! que Eugenia, la hermosa joven de ojos azules y de hechicero rostro, llega á la pubertad, hállase con el espíritu en el aislamiento y en el vacío, ¡ella, que necesitaba á su lado un sér amante, joven y apasionado, que satisfaciera las ansias vehementes de su tierno corazón!

Y entonces le asaltan deseos vagos é informes, y llenan su cabeza fantasmas locos y visiones extrañas:

« Siente Eugenia impaciencias sin objeto;
mas no quiere estudiar el doctor Prieto
el gran misterio que su pecho encierra;
pues como hombre discreto
cree que toda mujer tiene un secreto,
que nada importa al cielo ni á la tierra;
y no ve que, en su estado visionario,
Eugenia, en la región del firmamento,
da citas en un parque imaginario,
á un novio que creó su pensamiento.
¿Quién detener podría la corriente
de ideas hechiceras
que brotan de la frente
de una mujer que en su exaltada mente
conduce diez legiones de quimeras?
Hay seres en amar de tal constancia
y de alma tan ardiente y abstraída,
que sacan de sí propios la sustancia
con que tejen la tela de su vida.
Así Eugenia, soñando y más soñando,
de hablar tanto con ellas
fué creando, creando
un lenguaje especial con las estrellas;
y de mirar la joven extasiada
á la celeste esfera,
como era de esperar, quedó extenuada...
Mas la niña hechicera,
por su padre adorada,
¿qué tiene enfermo? Nada:
el pensamiento, esto es, ¡la vida entera!»

El doctor de nada se apercibe, cuidando, en cambio, de abrigar á su hija para que no le causen perjuicio los aires fríos; y satisfecho ya de sí mismo y confiado en su ciencia, ningún miedo tiene de que pueda llegarle la muerte, porque él sabe por dónde ha de venir:

« Mas lo triste es que un día
nuestra Eugenia del sueño en que dormía

inquieta despertó de tal manera,
que su alma empezó á amar como debía
y su cuerpo á sentir como lo que era.
Y Eugenia sin amante ¿á quién amaba?
Al amor ¡qué sé yo! misterios de ellas.
El caso es que, aquel tipo que adoraba,
¡oh fuerza de los sueños! habitaba
muy cerca... más allá de las estrellas.
Y es natural: un alma cuando es pura
y vive en un estado visionario,
como no tiene objeto su ternura
lo aplica ¿á quién? á un sér imaginario.»

El padre advierte ya algunos síntomas de la enfermedad de su hija,

«Y como es una fruta la experiencia
que está sin madurar ó está podrida,
apelando el dolor á su conciencia,
recuerda que en la edad de los placeres
se murieron por él muchas mujeres
que vivieron después toda su vida;
. . . . . .
y al deducir, por la doctrina impura
de sus principios, de malicia llenos,
que muchos platonismos de ternura
no acaban en Platón, ni mucho menos,»

el doctor aleja de su lado á un primo de Eugenia, por si éste podría causar sus pesares; y tomando precauciones verdaderamente infantiles, cubre una estatua de Cupido, desnuda sobre una mesa, y da libertad á dos jilgueros, por si ella observaba sus besos de amor. Inútil todo; Eugenia no mejora,

«Y cuando, al fin, con ansia verdadera
nota el doctor cuán presto
lleva á Eugenia hacia un término funesto
la casta consunción de una quimera,
ya, aunque muy tarde, á comprender alcanza
que es la niña adorable
una enferma incurable,
del santo malestar de la esperanza.»

Prieto ve al cabo extinguirse la vida de la joven, y al abandonar ésta el mundo dejándolo sumiso en llanto, el padre exclama tristemente:

« — Ten por Dios! ten por Dios, ídolo mío,
quieta la mente, el corazón en calma;
no matan sólo la humedad y el frío;
¡viene también la muerte por el alma! »

Quizá nos hemos extendido demasiado, prodigando la traslación de tanto fragmento: sírvanos de atenuante que éstos serán ya los últimos que transcribamos en el presente trabajo, y además la belleza irresistible de esos hermosos versos, que atraen como el imán y seducen como la tentación. ¡Ah! Campoamor es un gran poeta, un vate egregio, y sus obras inmortales causan purísimo deleite en todas las almas que las comprenden y las sienten.

Los otros *Pequeños poemas* que hemos dejado de examinar por no pecar de prolijos, son los siguientes: *Historia de muchas cartas*, *El quinto no matar*, *La calumnia*, *Don Juan*, *Las tres rosas*, *Dichas sin nombre*, *Las flores vuelan*, *El trompo y la muñeca*, *La gloria de los Austrias*, *Los amores en la luna*, *La música*, *Los caminos de la dicha*, y *El amor y el río Piedra* (1).

Por lo demás, los *Pequeños poemas* responden á una necesidad de nuestros tiempos: si se reconoce que la vida exuberante de esta sociedad y de este siglo es demasiado vasta y compleja para abarcarla en una síntesis, para retratarla en un cuadro, para compendiarla en una sola obra, estos poemas de cortas dimensiones sirven al objeto de presentar en cada uno

(1) Después de escrito lo anterior, se han publicado otros nuevos, entre ellos *Los buenos y los sabios*, que ha juzgado la crítica como una de las creaciones más acabadas del genio del poeta, si no la mejor; pero no podemos detenernos en su análisis, sin incurrir en la falta apuntada.

de ellos el aspecto determinado de uno de nuestros problemas, de una de las fases de nuestro modo de ser contemporáneo; y así, lo que no cabe en un marco único, lo que se resiste á ser encerrado en una sola concepción, podrá retratarse parcialmente en varias ó en numerosas producciones, de tal modo que el conjunto brillante de todas las que brotaran de las liras más inspiradas, sea como el reflejo exacto y como la copia fiel de los espectáculos en que intervenimos y de la época en que nos encontramos.....

¡Sublime destino y victoria soberana la del genio! Él nos alboroza con sus creaciones; él hace, al cantar sus propias impresiones é ideas, el proceso de las de su generación; él, en fin, es aclamado por las sucesivas como orgullo de su patria y como timbre imperecedero de gloria, y consigue legarles en las concepciones maravillosas de su fantasía y de su inteligencia, un monumento en que hallan retratados los sentimientos de las edades á que estas pertenecen y en que encuentran palpitantes las dudas, las creencias y todo el cúmulo de pensamientos y de acciones que á las mismas agitaran con impulso poderoso!

V

Campoamor es también escritor en prosa de elevados vuelos; acaso en su forma, sobre todo tratando de ciertos asuntos, tiene alguna semejanza con Valera, cuyo ingenio corre parejas con el de nuestro autor, en el tono zumbón y maleante de sus disquisiciones y en la intención penetrante y fina de sus conceptos; pero esto, que depende de la índole genial de sus caracteres, presta á sus obras un encanto singular, y las

torna en buenas y amigables compañeras del que lee, lejos de repelerle con acentos altisonantes y enfáticos. Sin embargo, Campoamor se manifiesta en otras producciones seria y profundamente preocupado con los temas que embargan su ánimo, y entonces aparece en toda su plenitud el pensador reflexivo.

Sus más importantes libros de este género, son: la *Historia crítica de las Cortes reformadoras;* la *Filosofía de las leyes;* los *Pensamientos;* su discurso de recepción en la Academia Española, en el cual desenvuelve la tesis de que *La metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje;* y en fin, *El personalismo* y *Lo Absoluto*, obras filosóficas que, en opinión de Revilla, son *dos Doloras de bastante mérito.* También tiene publicado el autor un tomo que titula *Las polémicas*, y que no es más que una serie de trabajos de propaganda política, cuyo juicio crítico no es de este lugar (1).

Como poeta dramático, Campoamor escribió hace algún tiempo para el teatro varias comedias: *El Palacio de la verdad, Guerra á la Guerra, Dies iræ, Cuerdos y locos* y *El honor.* Como hombre público se halla afiliado al partido conservador, y ha sido muchas veces Diputado á Cortes, en las que ha pronunciado notables discursos.

Nosotros sólo vemos en él al autor famoso de las *Doloras* y los *Pequeños poemas;* al ingenio peregrino que, según ha dicho un escritor distinguido, puede enorgullecerse con justicia de ser el más poeta de nuestros filósofos y el más filósofo de nuestros poetas.

P. LANGLE.

---

(1) Á última hora se anuncia la publicación de *La Poética*, llamada á producir gran resonancia.

DEDICATORIA

Al ilustre político EXCMO. SR. D. FRANCISCO ROMERO ROBLEDO, *el mejor de los amigos y el más bueno de los hombres.*

Campoamor

LIBRO PRIMERO

TERNEZAS Y FLORES

LA NIÑA Y LA MARIPOSA

Va una mariposa bella
volando de rosa en rosa,
y de una en otra afanosa
corre una niña tras ella.

Su curso, alegre y festiva,
sigue con pueril afán,
y con airoso ademán
la mariposa se esquiva.

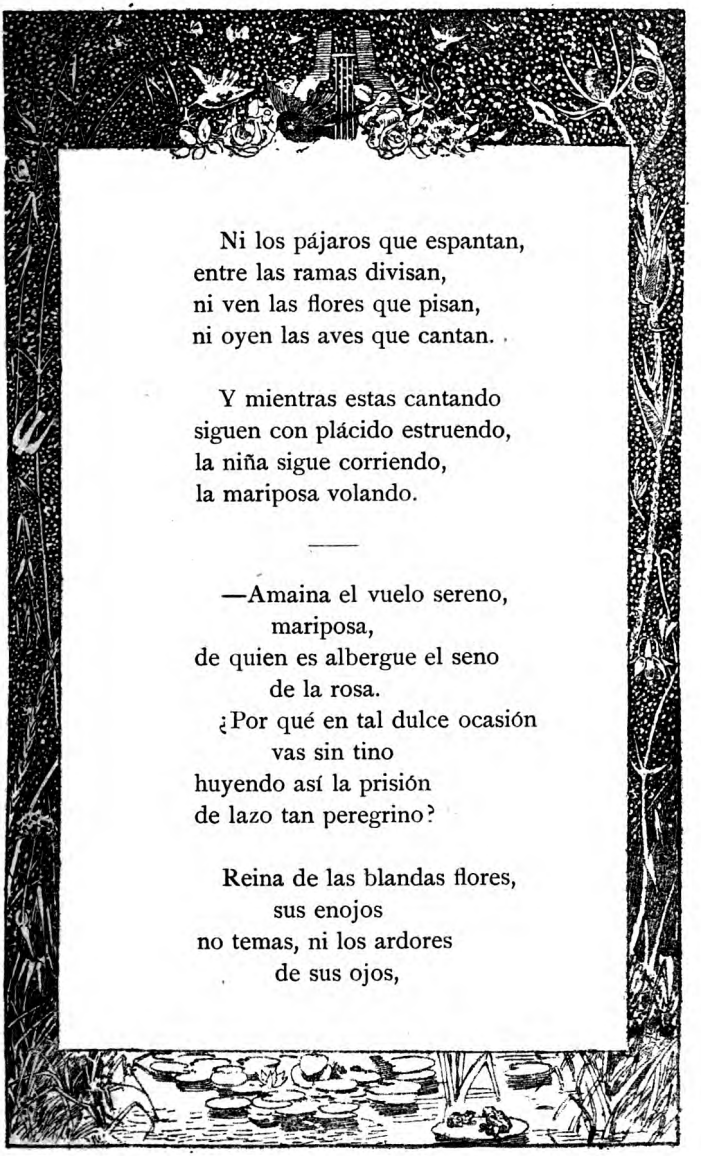
A veces con loco intento
quiere hacer presa en sus galas,
y, en vez de tocar sus alas,
toca las alas del viento.

Y su empeño duplicando,
cuanto más corre afanosa,
más leda la mariposa
va su inocencia burlando.

La ciñe en rápido giro,
y al ir á cogerla esbelta,
por cada vez que se suelta,
suelta la niña un suspiro.

Mas, sin ceder en su anhelo,
presta una, y la otra ligera,
ni una acorta su carrera,
ni la otra amaina su vuelo.

Y vagan embebecidas,
sin sentir indiferentes
ni el són de las claras fuentes,
ni el de las auras perdidas.

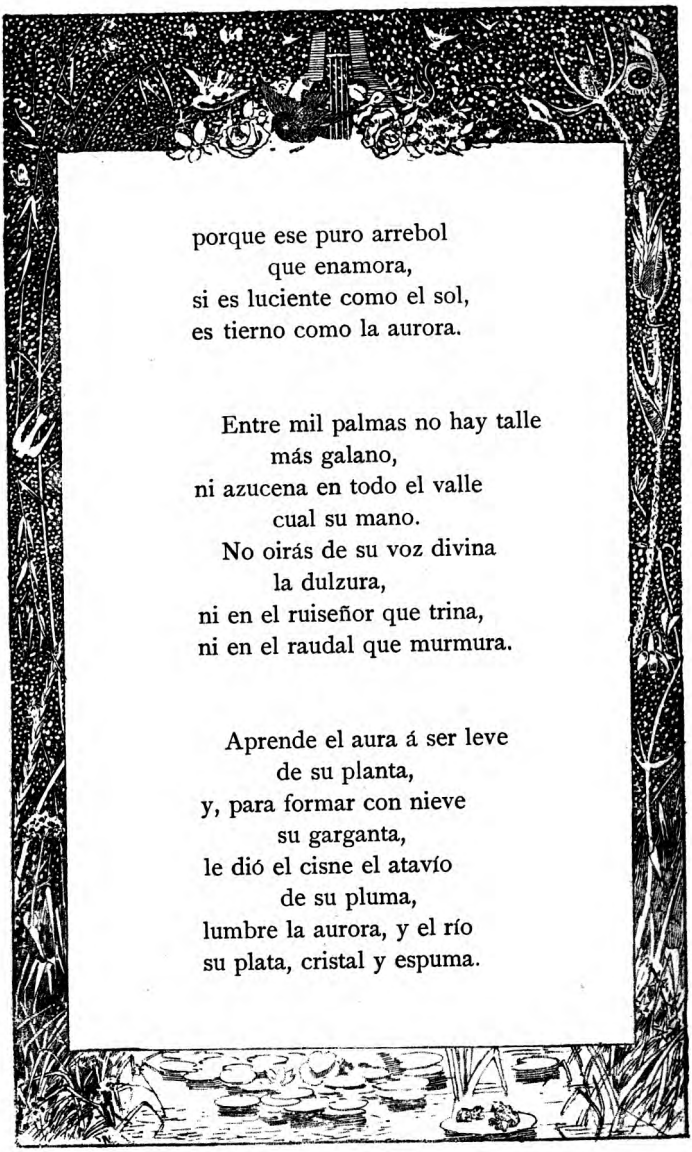


Ni los pájaros que espantan,
entre las ramas divisan,
ni ven las flores que pisan,
ni oyen las aves que cantan.

Y mientras estas cantando
siguen con plácido estruendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

—Amaina el vuelo sereno,
mariposa,
de quien es albergue el seno
de la rosa.
¿Por qué en tal dulce ocasión
vas sin tino
huyendo así la prisión
de lazo tan peregrino?

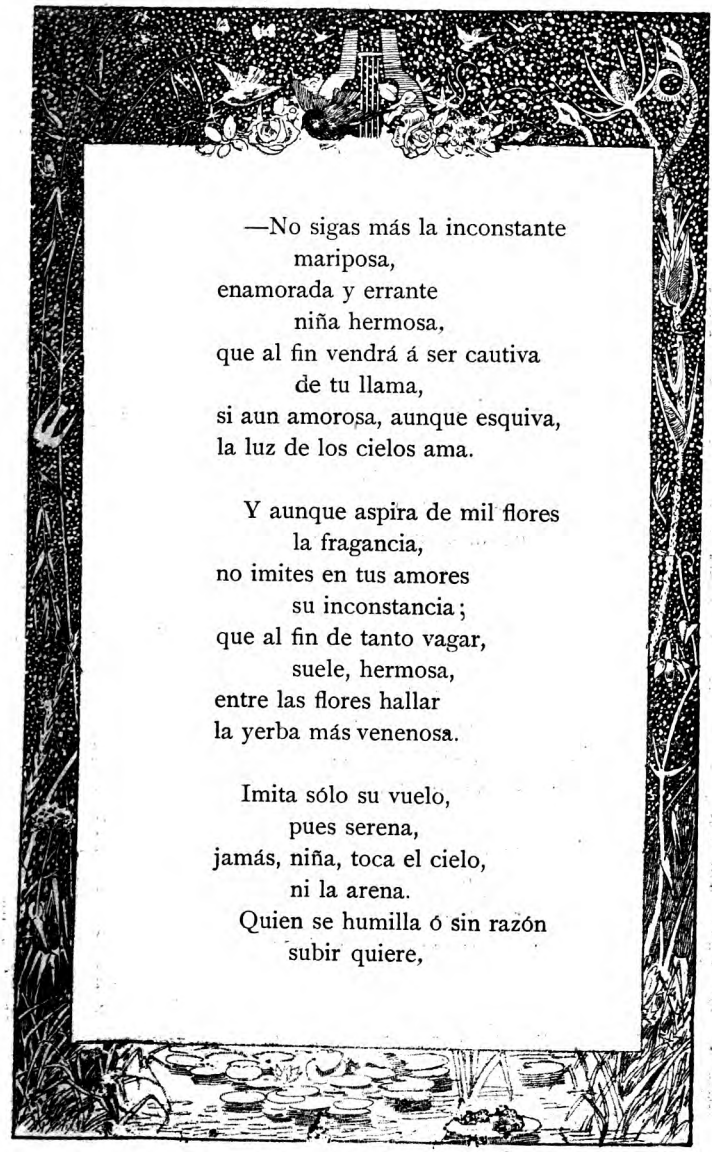
Reina de las blandas flores,
sus enojos
no temas, ni los ardores
de sus ojos,



porque ese puro arrebol
que enamora,
si es luciente como el sol,
es tierno como la aurora.

Entre mil palmas no hay talle
más galano,
ni azucena en todo el valle
cual su mano.
No oirás de su voz divina
la dulzura,
ni en el ruiseñor que trina,
ni en el raudal que murmura.

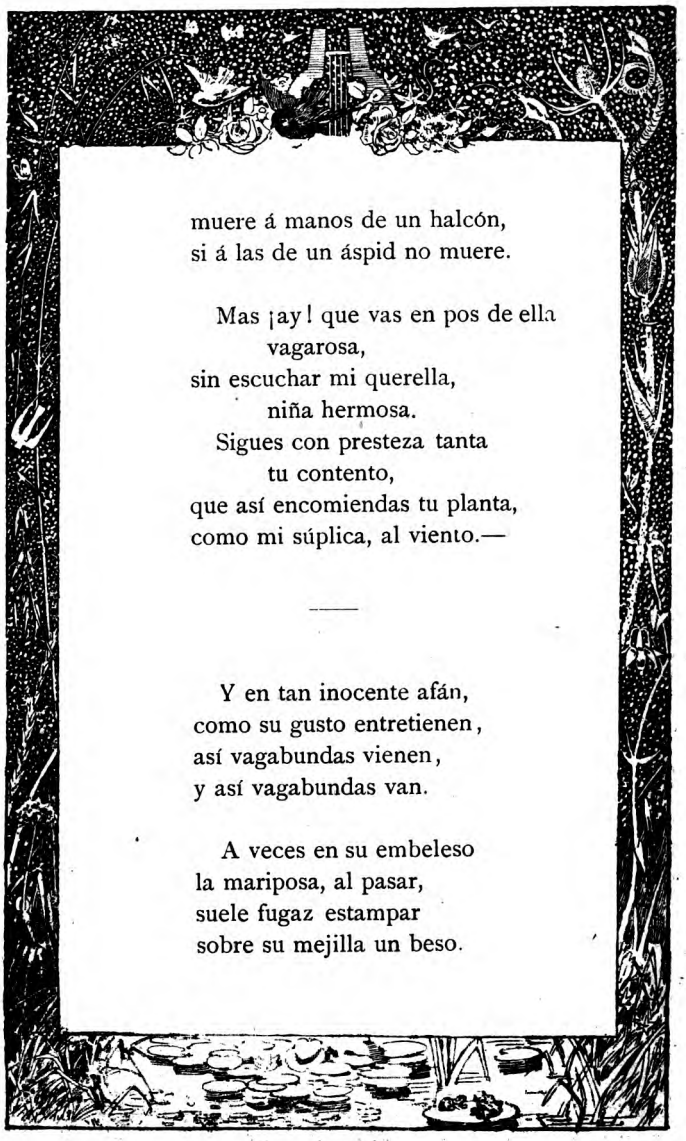
Aprende el aura á ser leve
de su planta,
y, para formar con nieve
su garganta,
le dió el cisne el atavío
de su pluma,
lumbre la aurora, y el río
su plata, cristal y espuma.



—No sigas más la inconstante
mariposa,
enamorada y errante
niña hermosa,
que al fin vendrá á ser cautiva
de tu llama,
si aun amorosa, aunque esquiva,
la luz de los cielos ama.

Y aunque aspira de mil flores
la fragancia,
no imites en tus amores
su inconstancia;
que al fin de tanto vagar,
suele, hermosa,
entre las flores hallar
la yerba más venenosa.

Imita sólo su vuelo,
pues serena,
jamás, niña, toca el cielo,
ni la arena.
Quien se humilla ó sin razón
subir quiere,

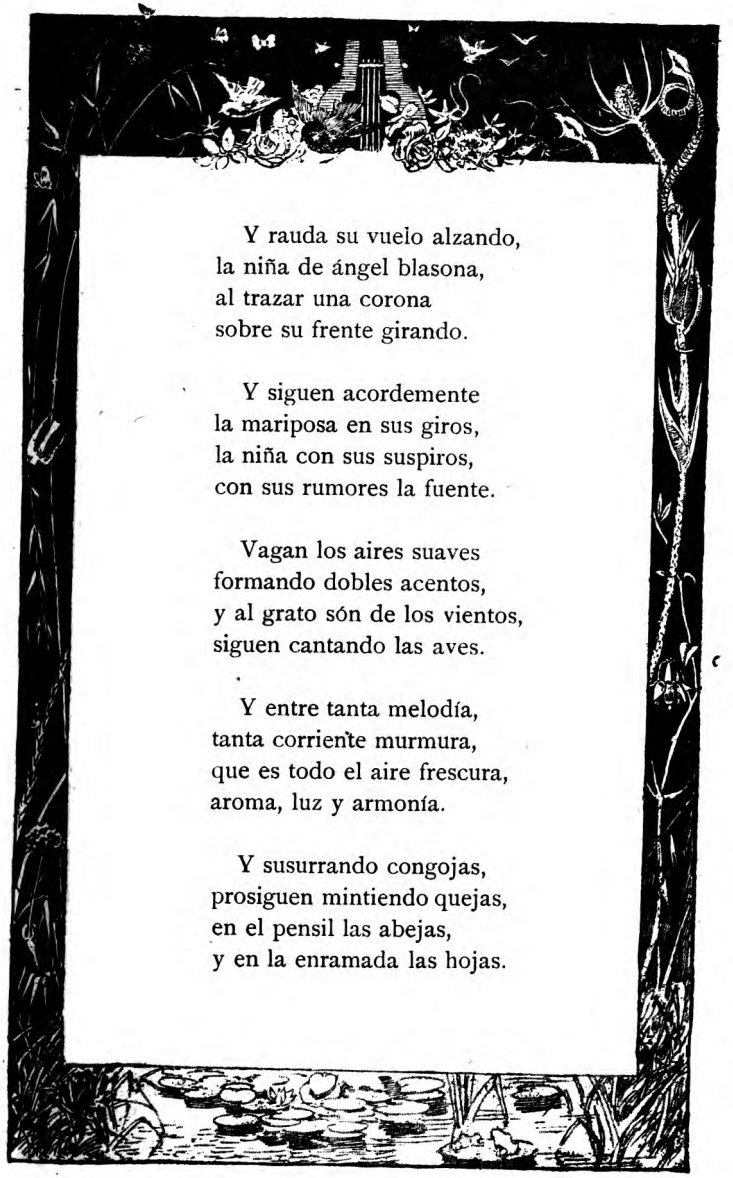


muere á manos de un halcón,
si á las de un áspid no muere.

Mas ¡ay! que vas en pos de ella
vagarosa,
sin escuchar mi querella,
niña hermosa.
Sigues con presteza tanta
tu contento,
que así encomiendas tu planta,
como mi súplica, al viento.—

Y en tan inocente afán,
como su gusto entretienen,
así vagabundas vienen,
y así vagabundas van.

A veces en su embeleso
la mariposa, al pasar,
suele fugaz estampar
sobre su mejilla un beso.



Y rauda su vuelo alzando,
la niña de ángel blasona,
al trazar una corona
sobre su frente girando.

Y siguen acordemente
la mariposa en sus giros,
la niña con sus suspiros,
con sus rumores la fuente.

Vagan los aires suaves
formando dobles acentos,
y al grato són de los vientos,
siguen cantando las aves.

Y entre tanta melodía,
tanta corriente murmura,
que es todo el aire frescura,
aroma, luz y armonía.

Y susurrando congojas,
prosiguen mintiendo quejas,
en el pensil las abejas,
y en la enramada las hojas.

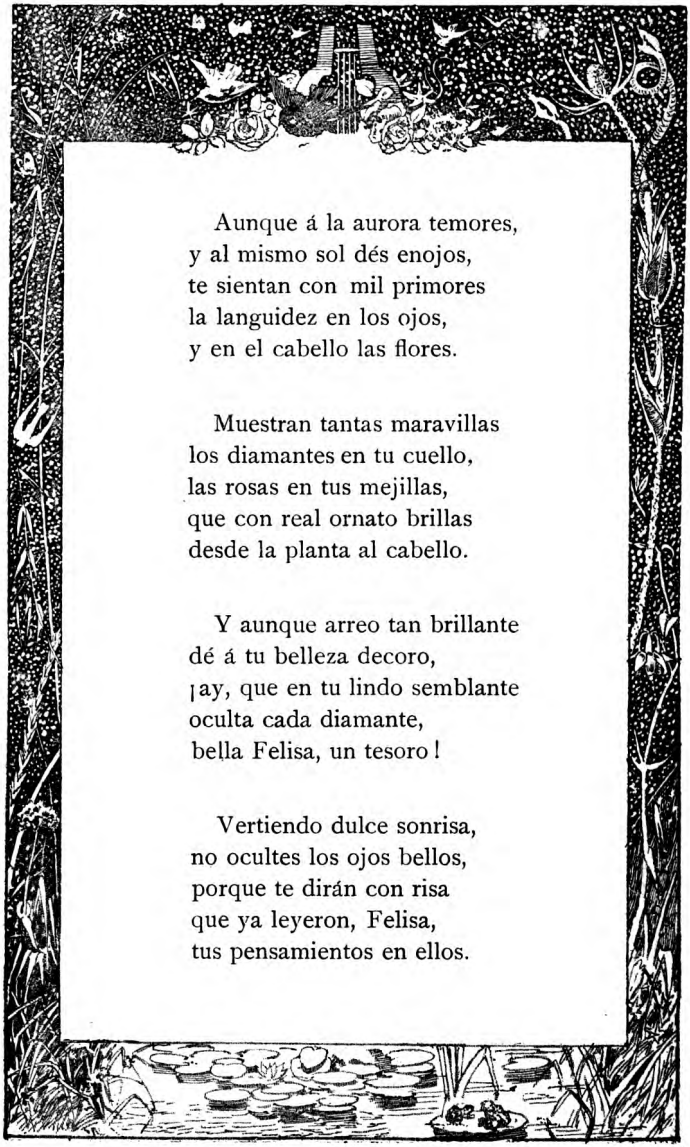
Y tiernas flores hollando,
y frescas auras batiendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

Á FELISA

EL DÍA DE SU CASAMIENTO

CON

D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA

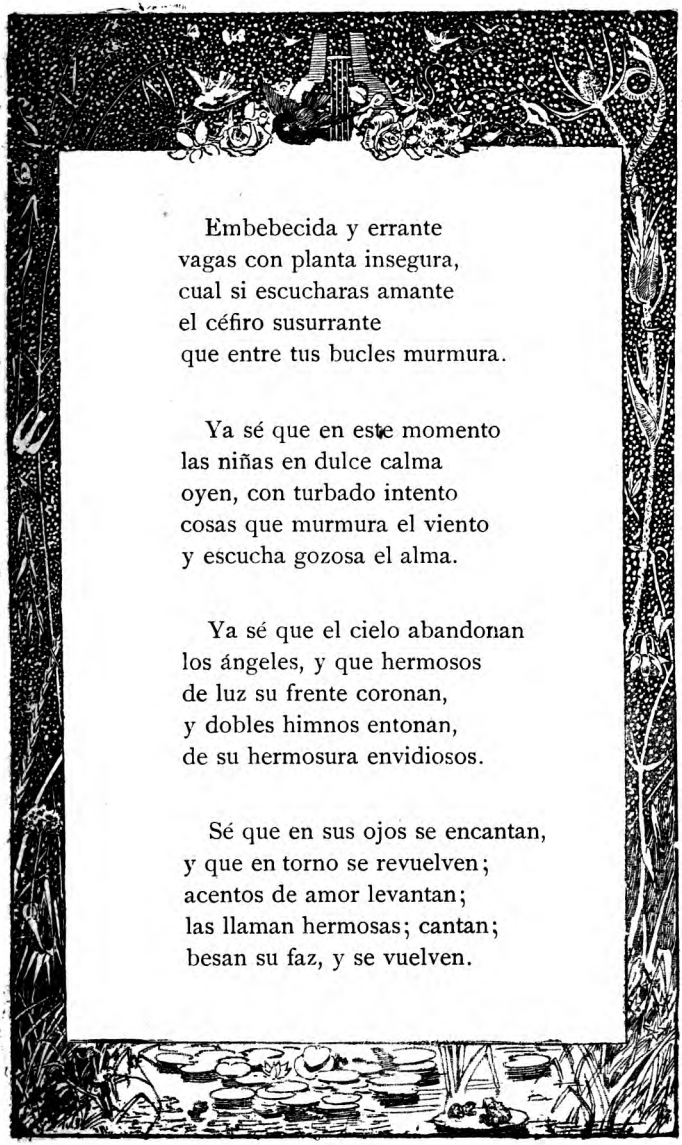


Aunque á la aurora temores,
y al mismo sol dés enojos,
te sientan con mil primores
la languidez en los ojos,
y en el cabello las flores.

Muestran tantas maravillas
los diamantes en tu cuello,
las rosas en tus mejillas,
que con real ornato brillas
desde la planta al cabello.

Y aunque arreo tan brillante
dé á tu belleza decoro,
¡ay, que en tu lindo semblante
oculta cada diamante,
bella Felisa, un tesoro!

Vertiendo dulce sonrisa,
no ocultes los ojos bellos,
porque te dirán con risa
que ya leyeron, Felisa,
tus pensamientos en ellos.

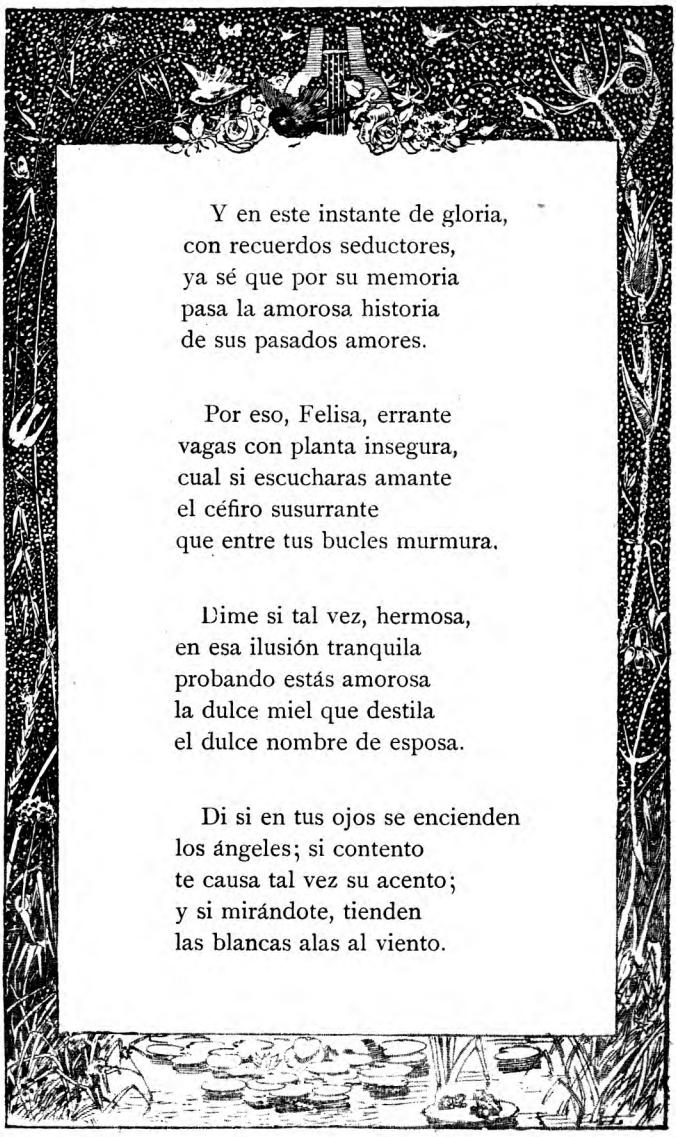


Embebecida y errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Ya sé que en este momento
las niñas en dulce calma
oyen, con turbado intento
cosas que murmura el viento
y escucha gozosa el alma.

Ya sé que el cielo abandonan
los ángeles, y que hermosos
de luz su frente coronan,
y dobles himnos entonan,
de su hermosura envidiosos.

Sé que en sus ojos se encantan,
y que en torno se revuelven;
acentos de amor levantan;
las llaman hermosas; cantan;
besan su faz, y se vuelven.

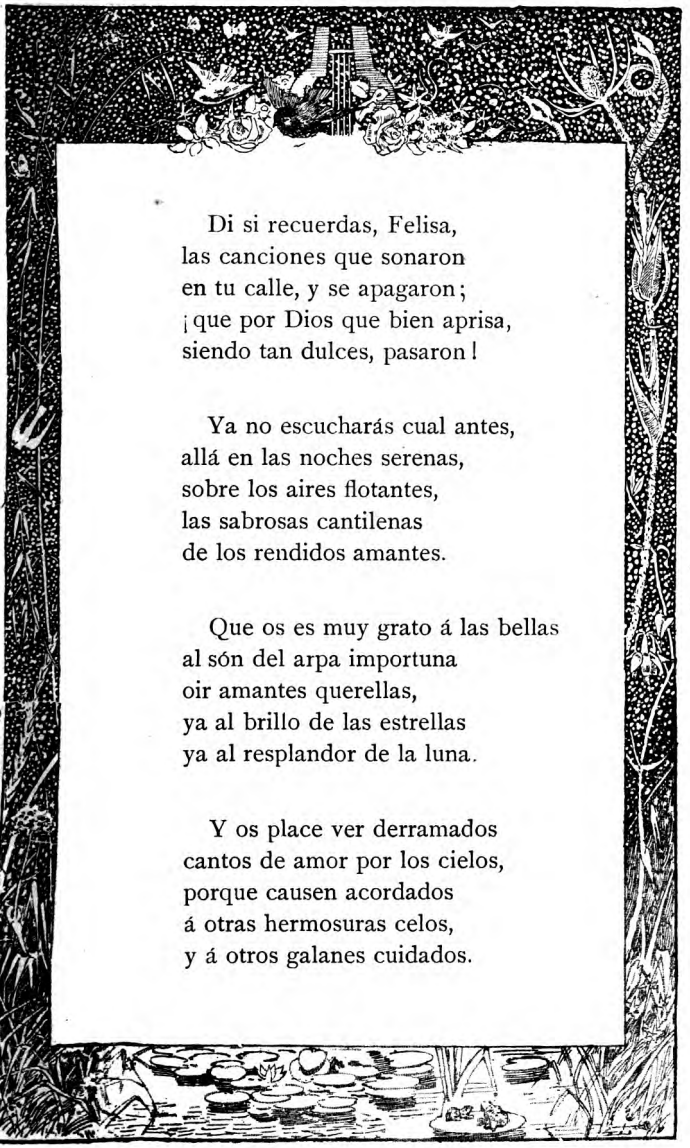


Y en este instante de gloria,
con recuerdos seductores,
ya sé que por su memoria
pasa la amorosa historia
de sus pasados amores.

Por eso, Felisa, errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Dime si tal vez, hermosa,
en esa ilusión tranquila
probando estás amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

Di si en tus ojos se encienden
los ángeles; si contento
te causa tal vez su acento;
y si mirándote, tienden
las blancas alas al viento.

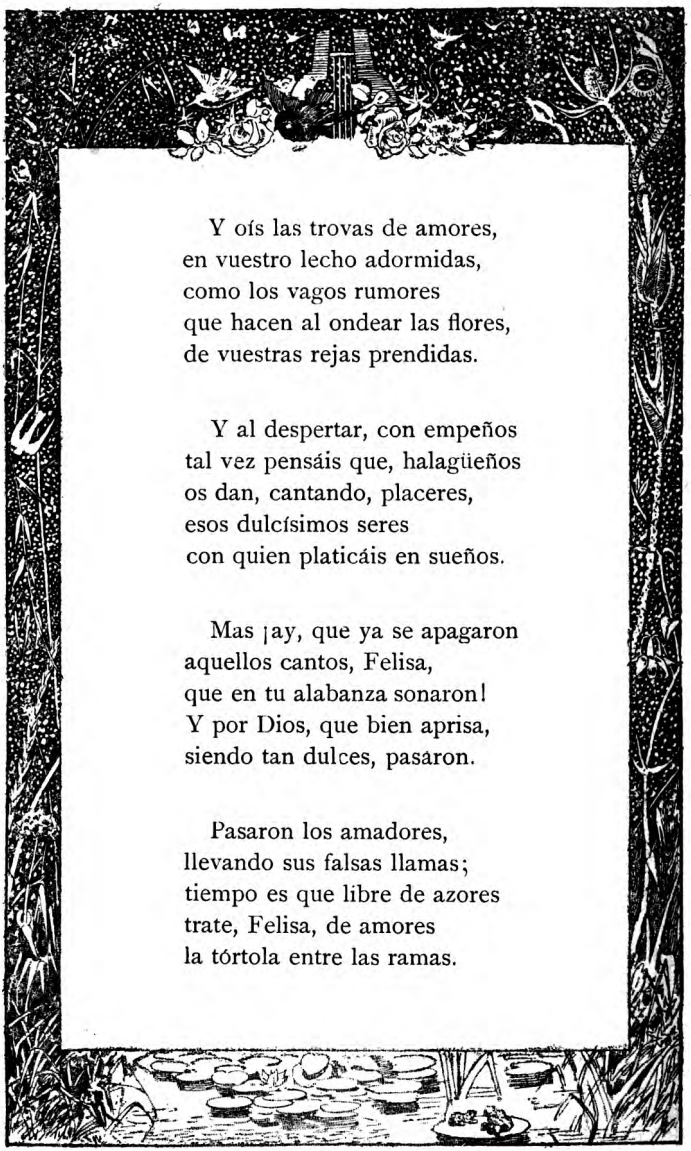


Di si recuerdas, Felisa,
las canciones que sonaron
en tu calle, y se apagaron;
¡que por Dios que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron!

Ya no escucharás cual antes,
allá en las noches serenas,
sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Que os es muy grato á las bellas
al són del arpa importuna
oir amantes querellas,
ya al brillo de las estrellas
ya al resplandor de la luna.

Y os place ver derramados
cantos de amor por los cielos,
porque causen acordados
á otras hermosuras celos,
y á otros galanes cuidados.

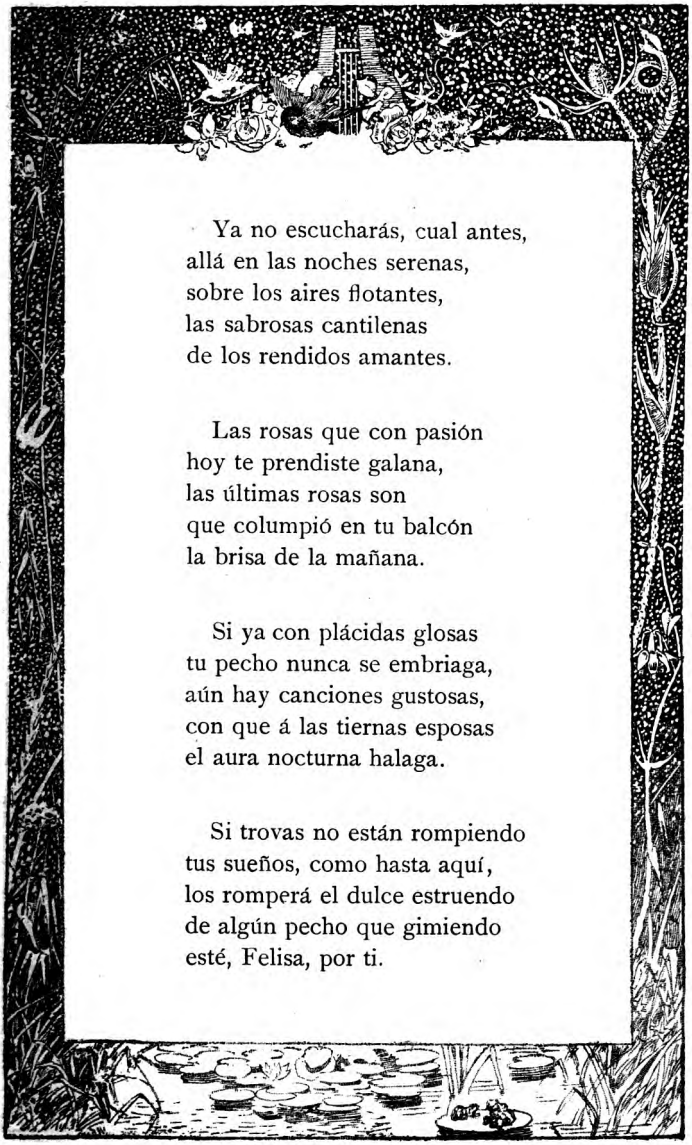


Y oís las trovas de amores,
en vuestro lecho adormidas,
como los vagos rumores
que hacen al ondear las flores,
de vuestras rejas prendidas.

Y al despertar, con empeños
tal vez pensáis que, halagüeños
os dan, cantando, placeres,
esos dulcísimos seres
con quien platicáis en sueños.

Mas ¡ay, que ya se apagaron
aquellos cantos, Felisa,
que en tu alabanza sonaron!
Y por Dios, que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron.

Pasaron los amadores,
llevando sus falsas llamas;
tiempo es que libre de azores
trate, Felisa, de amores
la tórtola entre las ramas.



Ya no escucharás, cual antes,
allá en las noches serenas,
sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Las rosas que con pasión
hoy te prendiste galana,
las últimas rosas son
que columpió en tu balcón
la brisa de la mañana.

Si ya con plácidas glosas
tu pecho nunca se embriaga,
aún hay canciones gustosas,
con que á las tiernas esposas
el aura nocturna halaga.

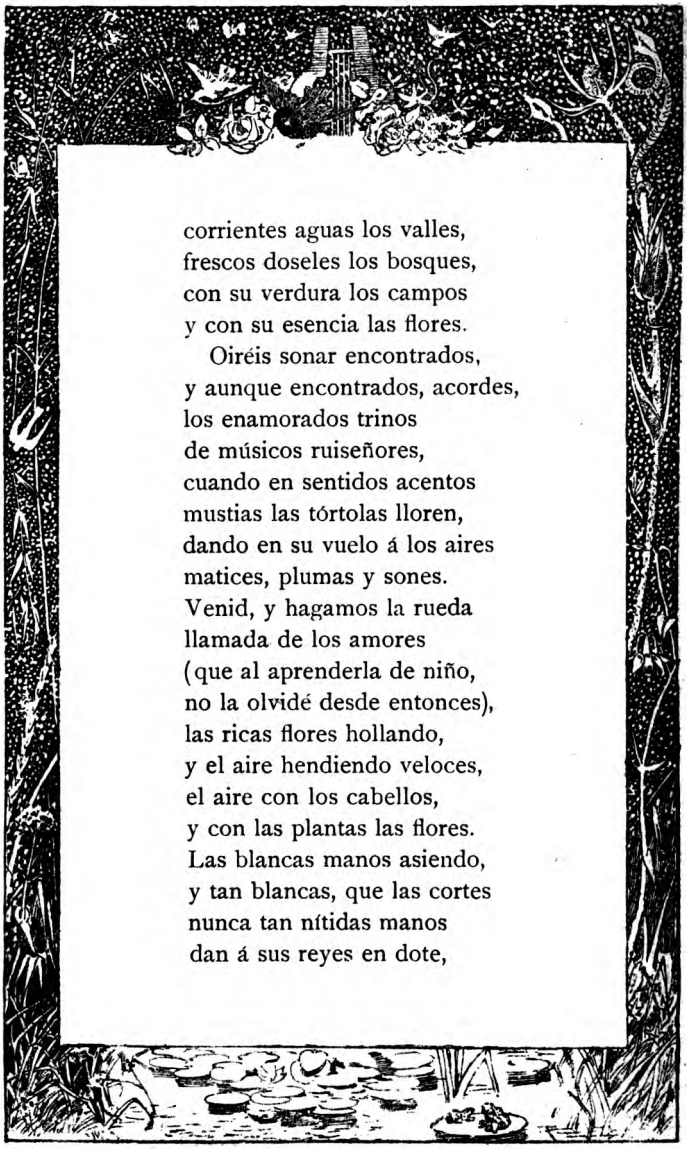
Si trovas no están rompiendo
tus sueños, como hasta aquí,
los romperá el dulce estruendo
de algún pecho que gimiendo
esté, Felisa, por ti.

Y unos sones muy callados
oirás cruzar por los cielos,
sin que causen, acordados,
ni á otras hermosuras, celos,
ni á otros amantes, cuidados.

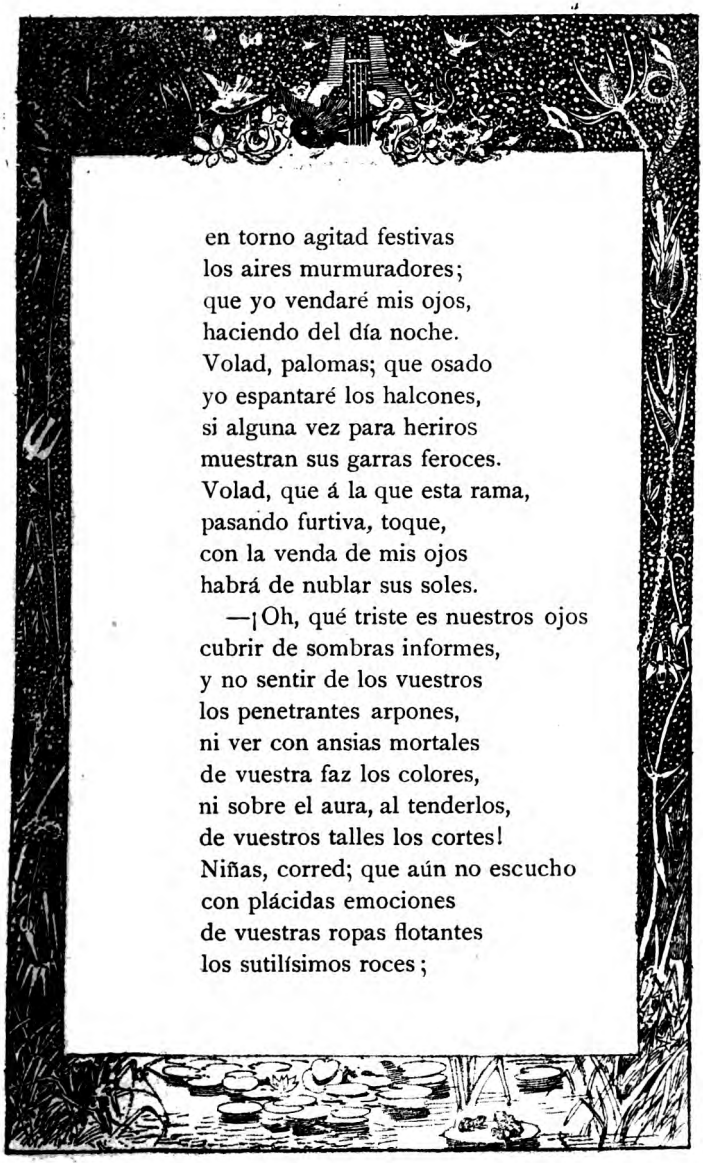
Y á cada momento, hermosa,
en grata ilusión tranquila,
podrás probar amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

LA RUEDA DEL AMOR

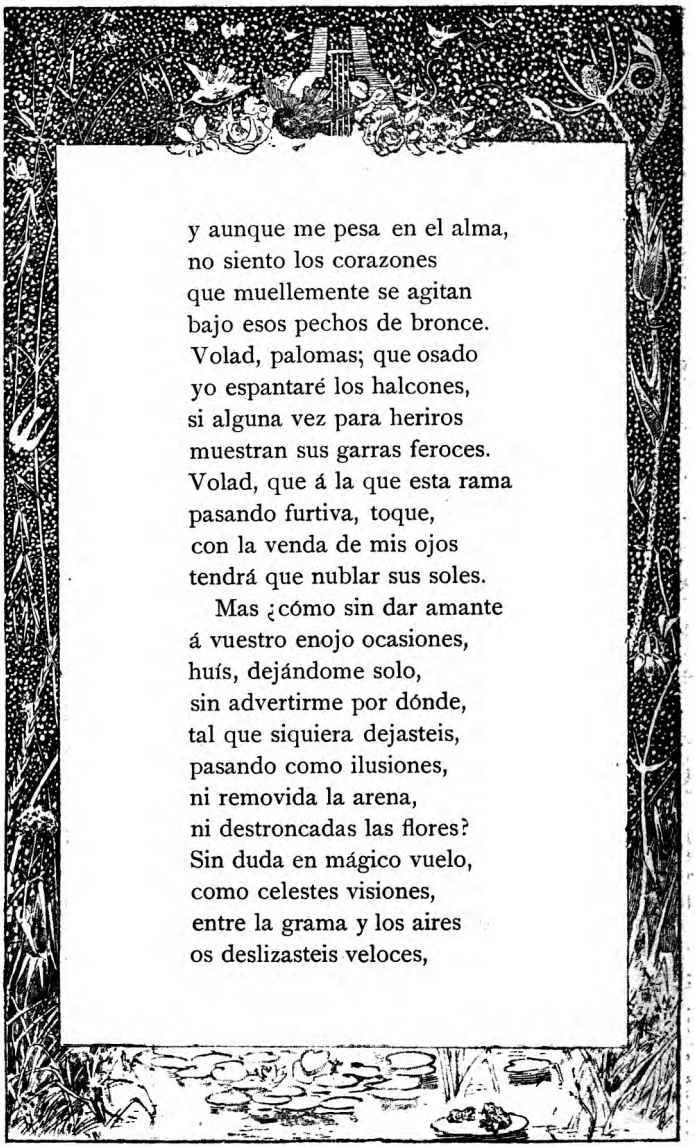
Aquellas niñas hermosas
que en suma beldad conformes,
teniendo la tez cual nieve,
tengan los ojos cual soles,
y el alma sintiendo, tiernas,
herida de mal de amores,
tanto les falte de esquivas,
cuanto de bellas les sobre,
salgan al campo conmigo
ricas de gracias, adonde
favor al Mayo risueño
las brinden, con gracias dobles,



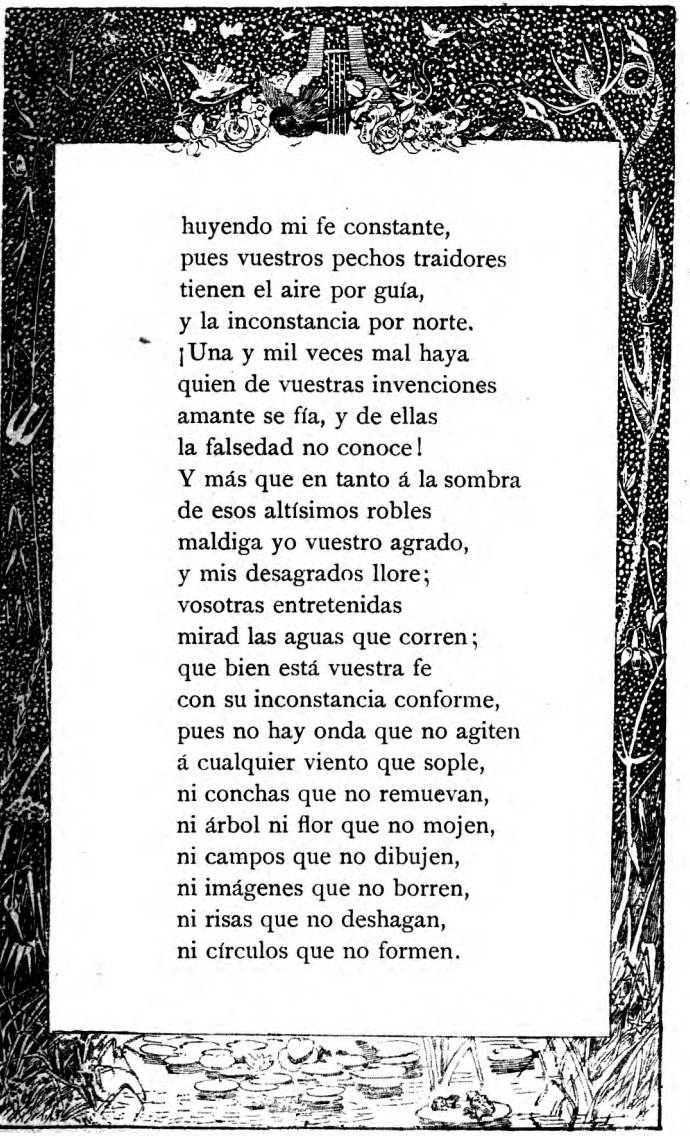
corrientes aguas los valles,
frescos doseles los bosques,
con su verdura los campos
y con su esencia las flores.
Oiréis sonar encontrados,
y aunque encontrados, acordes,
los enamorados trinos
de músicos ruiseñores,
cuando en sentidos acentos
mustias las tórtolas lloren,
dando en su vuelo á los aires
matices, plumas y sones.
Venid, y hagamos la rueda
llamada de los amores
(que al aprenderla de niño,
no la olvidé desde entonces),
las ricas flores hollando,
y el aire hendiendo veloces,
el aire con los cabellos,
y con las plantas las flores.
Las blancas manos asiendo,
y tan blancas, que las cortes
nunca tan nítidas manos
dan á sus reyes en dote,



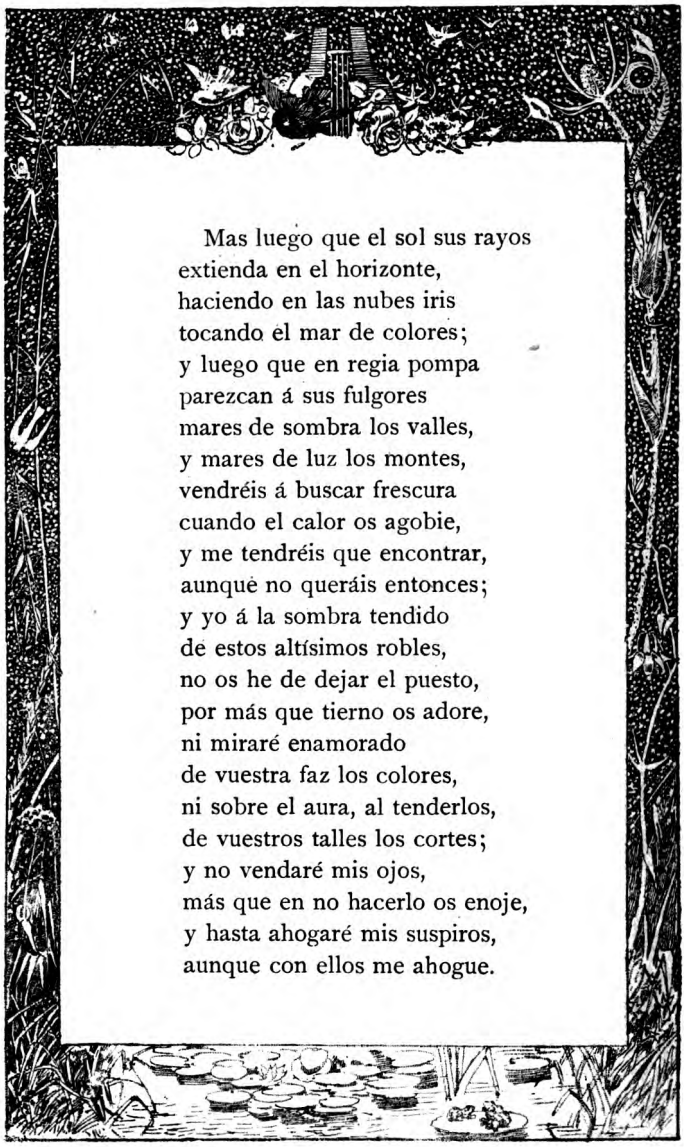
en torno agitad festivas
los aires murmuradores;
que yo vendaré mis ojos,
haciendo del día noche.
Volad, palomas; que osado
yo espantaré los halcones,
si alguna vez para heriros
muestran sus garras feroces.
Volad, que á la que esta rama,
pasando furtiva, toque,
con la venda de mis ojos
habrá de nublar sus soles.
—¡Oh, qué triste es nuestros ojos
cubrir de sombras informes,
y no sentir de los vuestros
los penetrantes arpones,
ni ver con ansias mortales
de vuestra faz los colores,
ni sobre el aura, al tenderlos,
de vuestros talles los cortes!
Niñas, corred; que aún no escucho
con plácidas emociones
de vuestras ropas flotantes
los sutilísimos roces;



y aunque me pesa en el alma,
no siento los corazones
que muellemente se agitan
bajo esos pechos de bronce.
Volad, palomas; que osado
yo espantaré los halcones,
si alguna vez para heriros
muestran sus garras feroces.
Volad, que á la que esta rama
pasando furtiva, toque,
con la venda de mis ojos
tendrá que nublar sus soles.
Mas ¿cómo sin dar amante
á vuestro enojo ocasiones,
huís, dejándome solo,
sin advertirme por dónde,
tal que siquiera dejasteis,
pasando como ilusiones,
ni removida la arena,
ni destroncadas las flores?
Sin duda en mágico vuelo,
como celestes visiones,
entre la grama y los aires
os deslizasteis veloces,



huyendo mi fe constante,
pues vuestros pechos traidores
tienen el aire por guía,
y la inconstancia por norte.
¡Una y mil veces mal haya
quien de vuestras invenciones
amante se fía, y de ellas
la falsedad no conoce!
Y más que en tanto á la sombra
de esos altísimos robles
maldiga yo vuestro agrado,
y mis desagrados llore;
vosotras entretenidas
mirad las aguas que corren;
que bien está vuestra fe
con su inconstancia conforme,
pues no hay onda que no agiten
á cualquier viento que sople,
ni conchas que no remuevan,
ni árbol ni flor que no mojen,
ni campos que no dibujen,
ni imágenes que no borren,
ni risas que no deshagan,
ni círculos que no formen.



Mas luego que el sol sus rayos
extienda en el horizonte,
haciendo en las nubes iris
tocando el mar de colores;
y luego que en regia pompa
parezcan á sus fulgores
mares de sombra los valles,
y mares de luz los montes,
vendréis á buscar frescura
cuando el calor os agobie,
y me tendréis que encontrar,
aunque no queráis entonces;
y yo á la sombra tendido
de estos altísimos robles,
no os he de dejar el puesto,
por más que tierno os adore,
ni miraré enamorado
de vuestra faz los colores,
ni sobre el aura, al tenderlos,
de vuestros talles los cortes;
y no vendaré mis ojos,
más que en no hacerlo os enoje,
y hasta ahogaré mis suspiros,
aunque con ellos me ahogue.

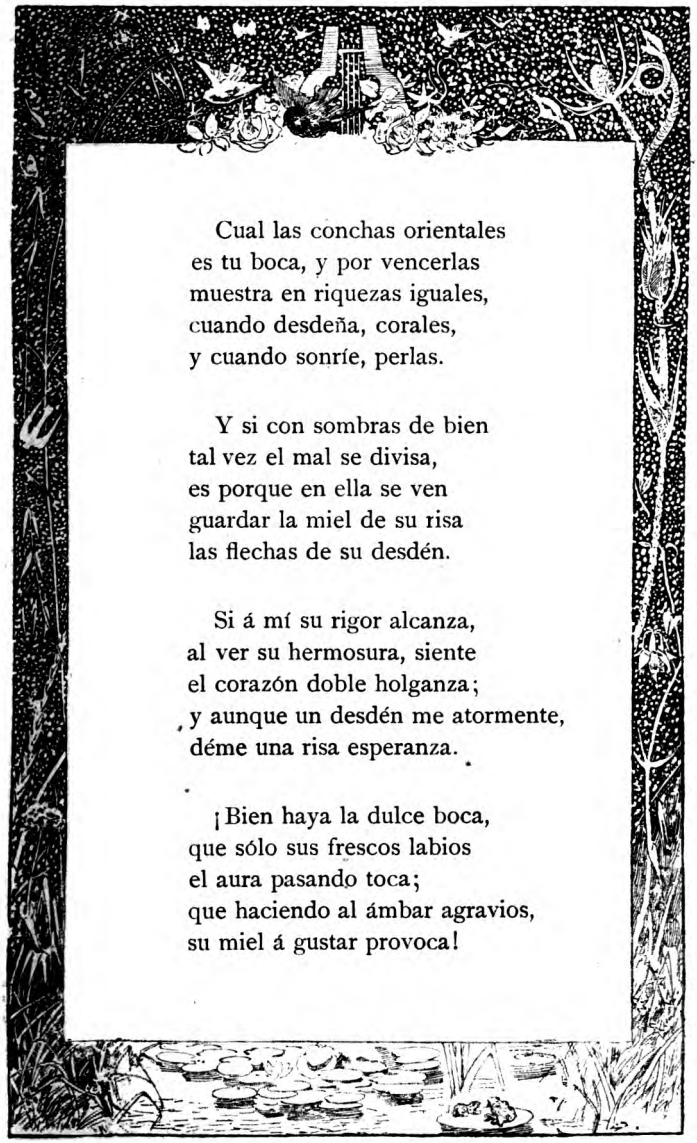
Haré todo esto que digo,
y más que veréis entonces,
y á fe de amante lo juro
por esas aguas que corren.

TU BOCA

PARA formar tan hermosa
esa boca angelical,
hubo competencia igual
entre el clavel y la rosa,
la púrpura y el coral.

Mintiendo sombras del bien,
en ella el mal se divisa,
por lo que juntos se ven
ya la apacible sonrisa,
ya el enojoso desdén.

Y en los senos abrasados
engendra con doble holganza,
ó con tormentos doblados,
cada risa una esperanza,
cada desdén mil cuidados.

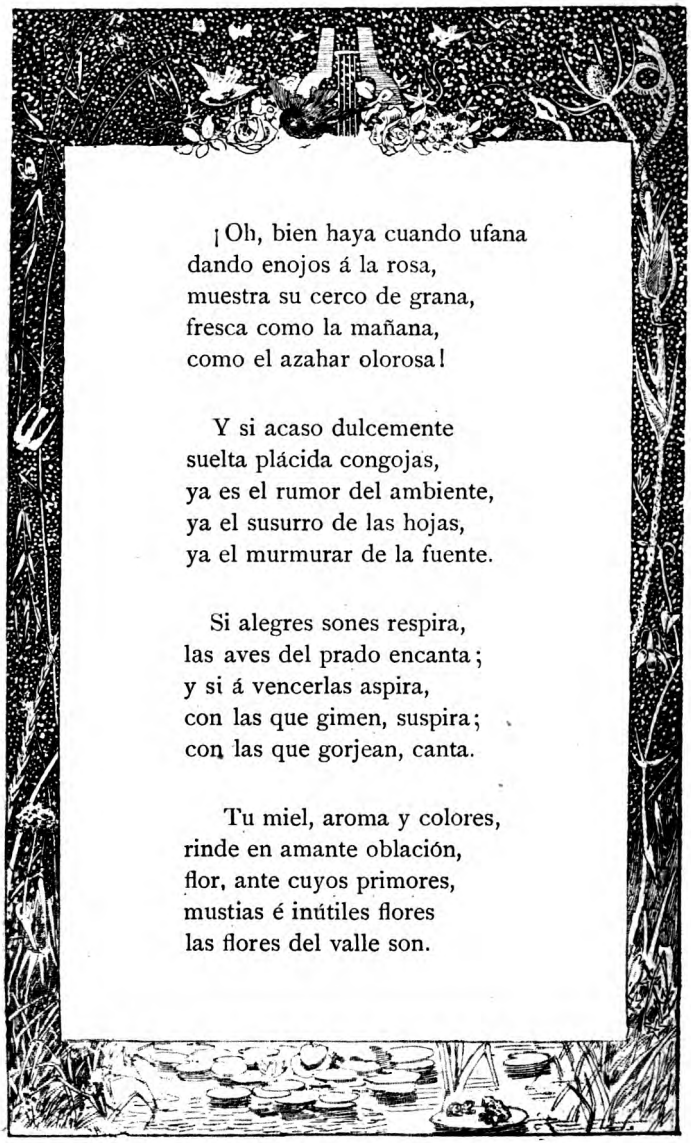


Cual las conchas orientales
es tu boca, y por vencerlas
muestra en riquezas iguales,
cuando desdeña, corales,
y cuando sonríe, perlas.

Y si con sombras de bien
tal vez el mal se divisa,
es porque en ella se ven
guardar la miel de su risa
las flechas de su desdén.

Si á mí su rigor alcanza,
al ver su hermosura, siente
el corazón doble holganza;
y aunque un desdén me atormente,
déme una risa esperanza.

¡Bien haya la dulce boca,
que sólo sus frescos labios
el aura pasando toca;
que haciendo al ámbar agravios,
su miel á gustar provoca!

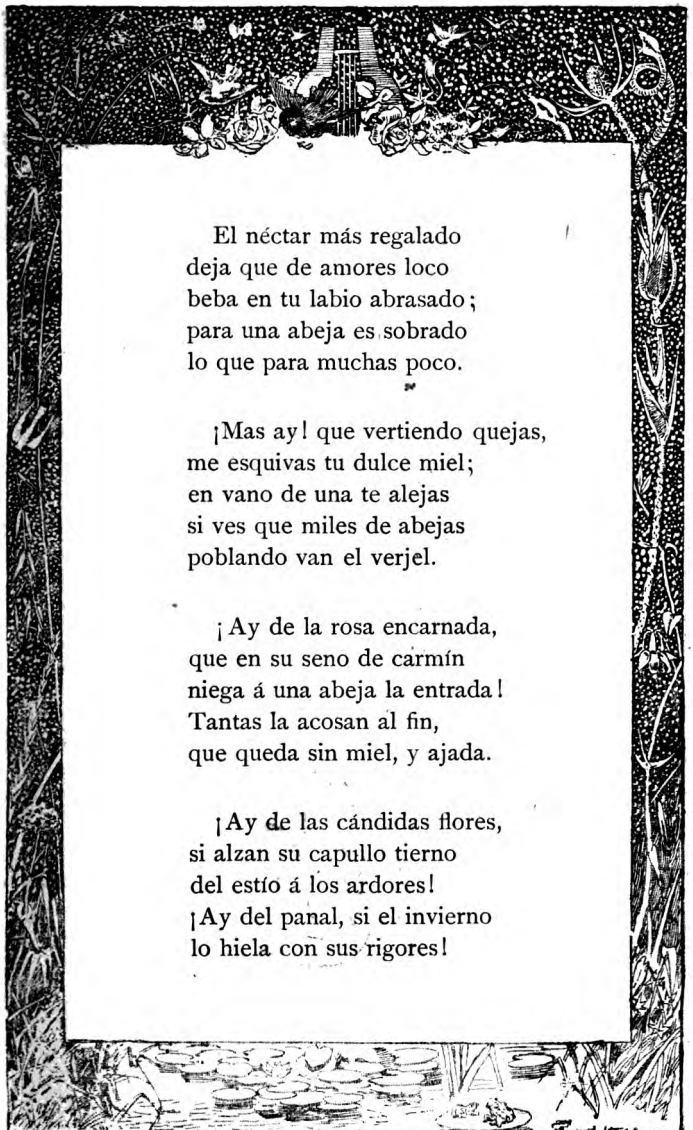


¡Oh, bien haya cuando ufana
dando enojos á la rosa,
muestra su cerco de grana,
fresca como la mañana,
como el azahar olorosa!

Y si acaso dulcemente
suelta plácida congojas,
ya es el rumor del ambiente,
ya el susurro de las hojas,
ya el murmurar de la fuente.

Si alegres sones respira,
las aves del prado encanta;
y si á vencerlas aspira,
con las que gimen, suspira;
con las que gorjean, canta.

Tu miel, aroma y colores,
rinde en amante oblación,
flor, ante cuyos primores,
mustias é inútiles flores
las flores del valle son.



El néctar más regalado
deja que de amores loco
beba en tu labio abrasado;
para una abeja es sobrado
lo que para muchas poco.

¡Mas ay! que vertiendo quejas,
me esquivas tu dulce miel;
en vano de una te alejas
si ves que miles de abejas
poblando van el verjel.

¡Ay de la rosa encarnada,
que en su seno de carmín
niega á una abeja la entrada!
Tantas la acosan al fin,
que queda sin miel, y ajada.

¡Ay de las cándidas flores,
si alzan su capullo tierno
del estío á los ardores!
¡Ay del panal, si el invierno
lo hiela con sus rigores!

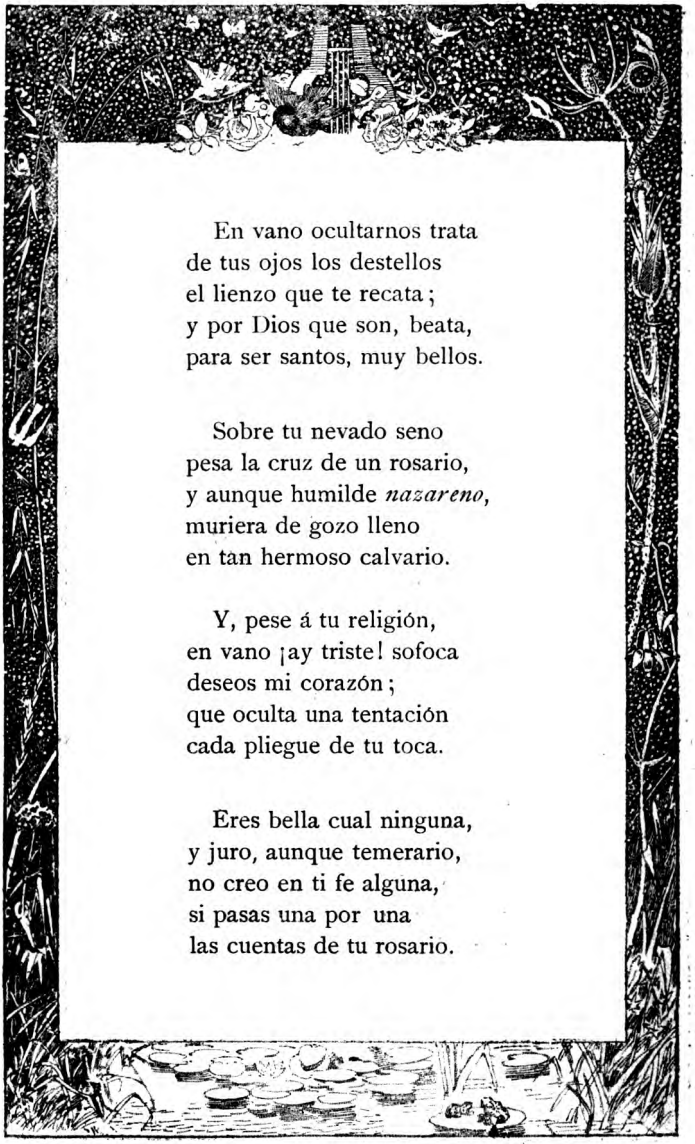
Dame los gustos sin tasa,
pues ves que el sol estival
las tiernas flores abrasa:
mira que amarga el panal
cuando de sazón se pasa.

Ríndete á mí placentera:
no te rinda con agravios
de abejas la turba fiera:
que herir esos dulces labios
herirme en el alma fuera.

De ese tesoro las llaves
dame, y sus dones ardientes
libaré en besos süaves,
sin que lo canten las aves,
ni lo murmuren las fuentes.

LA BEATA DE MÁSCARA

LA del enlutado manto,
la de la toca de encaje,
la de mil hombres encanto,
¿cuánto va á que no es tan santo
tu pecho como el ropaje?



En vano ocultarnos trata
de tus ojos los destellos
el lienzo que te recata;
y por Dios que son, beata,
para ser santos, muy bellos.

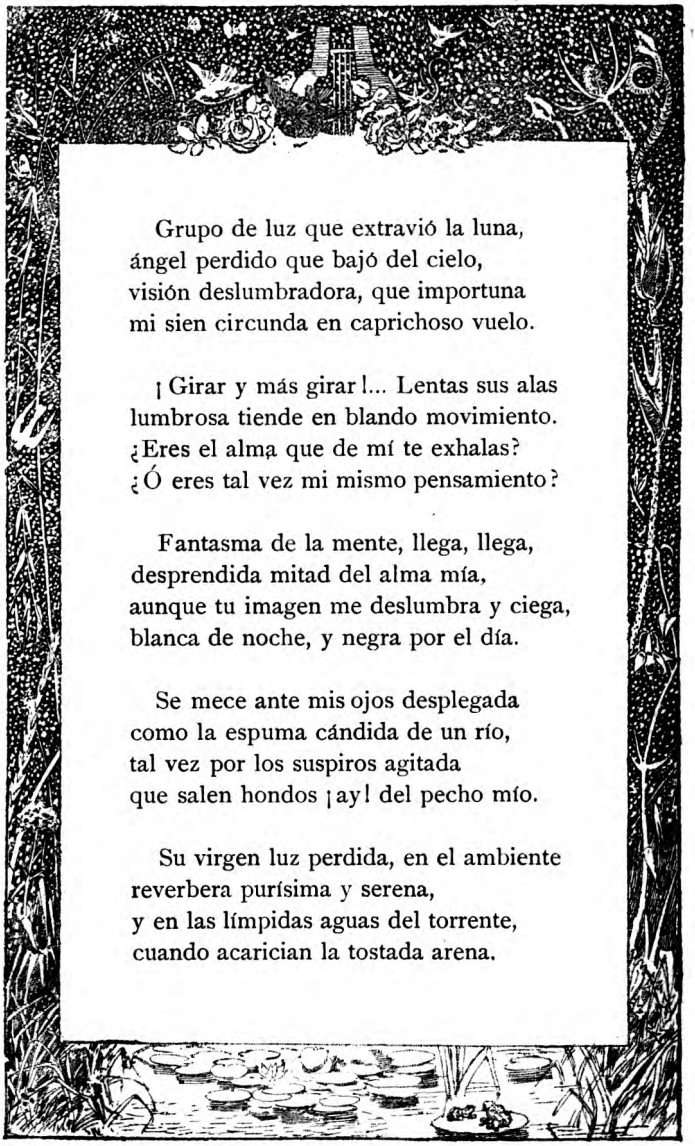
Sobre tu nevado seno
pesa la cruz de un rosario,
y aunque humilde *nazareno*,
muriera de gozo lleno
en tan hermoso calvario.

Y, pese á tu religión,
en vano ¡ay triste! sofoca
deseos mi corazón;
que oculta una tentación
cada pliegue de tu toca.

Eres bella cual ninguna,
y juro, aunque temerario,
no creo en ti fe alguna,
si pasas una por una
las cuentas de tu rosario.

SU IMAGEN

ERRANTE sol de aromas circundado
tu ardiente lumbre tenue debilita;
que ya mi corazón, de arder cansado,
negro sus alas moribundo agita.



Grupo de luz que extravió la luna,
ángel perdido que bajó del cielo,
visión deslumbradora, que importuna
mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y más girar!... Lentas sus alas
lumbrosa tiende en blando movimiento.
¿Eres el alma que de mí te exhalas?
¿Ó eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,
desprendida mitad del alma mía,
aunque tu imagen me deslumbra y ciega,
blanca de noche, y negra por el día.

Se mece ante mis ojos desplegada
como la espuma cándida de un río,
tal vez por los suspiros agitada
que salen hondos ¡ay! del pecho mío.

Su virgen luz perdida, en el ambiente
reverbera purísima y serena,
y en las límpidas aguas del torrente,
cuando acarician la tostada arena.

Sobre mi frente gira luminosa,
luciente envidia de la nieve y grana,
copia feliz de la encendida rosa,
lisonja del albor de la mañana.

En donde quiera engendra el alma mía
su imagen pura, rutilante y bella,
ante el disco del sol al medio día,
por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbre,
hidrópica mi vista fascinada,
de los astros la inmensa muchedumbre,
para verla sin fin multiplicada.

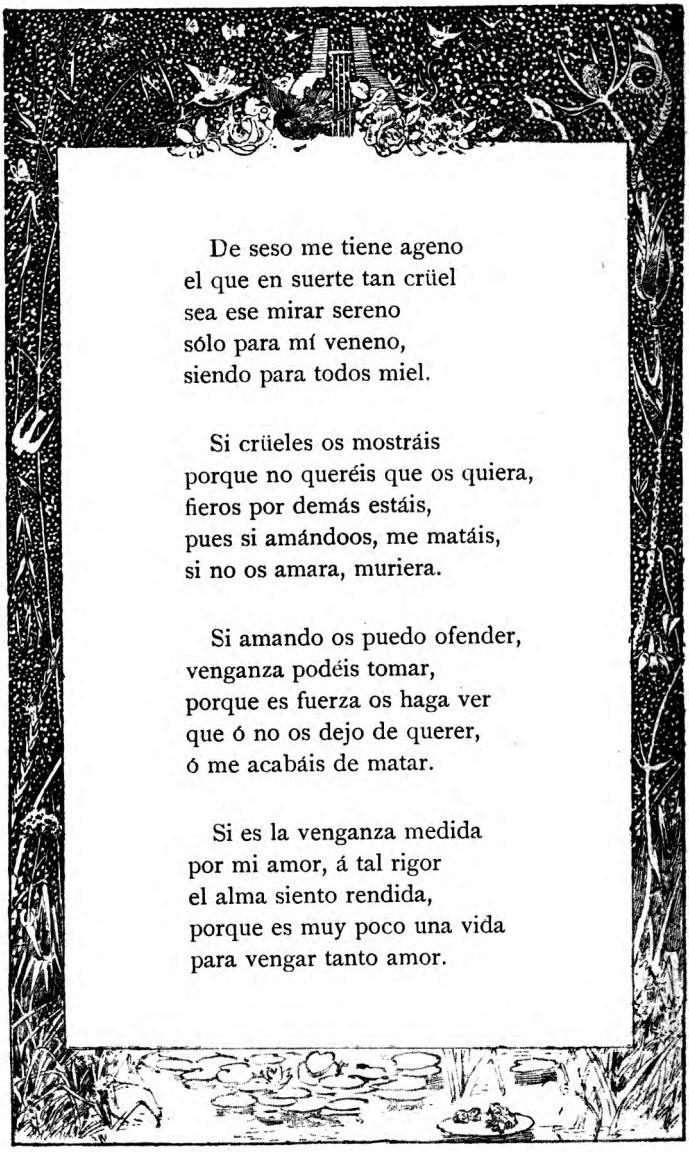
Me revela fantástica su risa
oscilando el arroyo cristalino,
y su acento el murmullo de la brisa,
y también el zumbar del torbellino.

La veo en todas partes seductora,
llevada de mi ardiente fantasía,
en cada rayo al despuntar la aurora,
en cada sombra al caducar el día.

Y despierto la miro embebecido,
animada ilusión de mi deseo;
y si cierro los ojos adormido...
yo no sé dónde está, pero la veo.

Á UNOS OJOS

¡Más dulces habéis de ser,
si me volvéis á mirar,
porque es malicia, á mi ver,
siendo fuente de placer,
causarme tanto pesar.

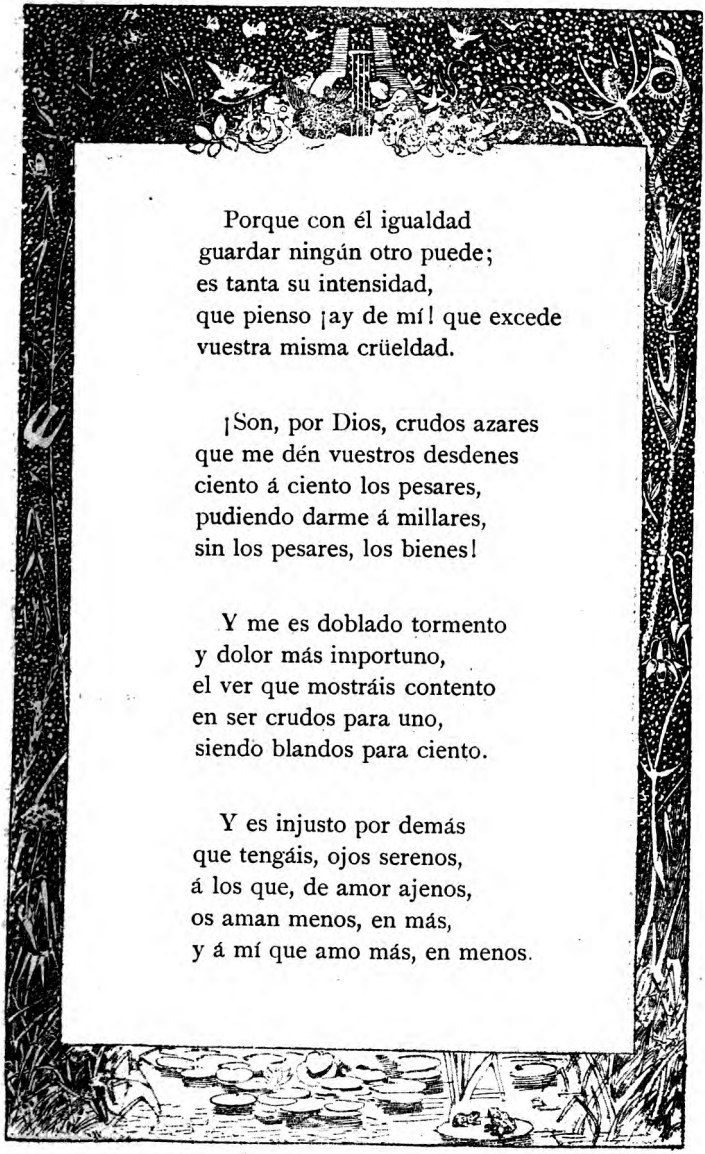


De seso me tiene ageno
el que en suerte tan crüel
sea ese mirar sereno
sólo para mí veneno,
siendo para todos miel.

Si crüeles os mostráis
porque no queréis que os quiera,
fieros por demás estáis,
pues si amándoos, me matáis,
si no os amara, muriera.

Si amando os puedo ofender,
venganza podéis tomar,
porque es fuerza os haga ver
que ó no os dejo de querer,
ó me acabáis de matar.

Si es la venganza medida
por mi amor, á tal rigor
el alma siento rendida,
porque es muy poco una vida
para vengar tanto amor.

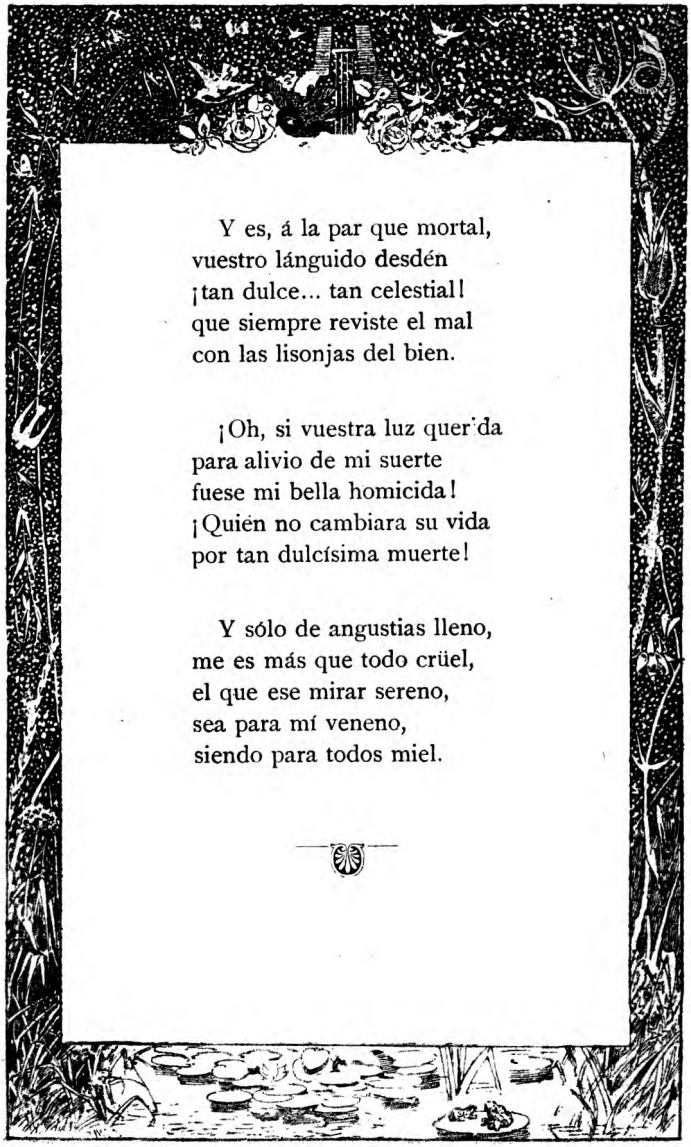


Porque con él igualdad
guardar ningún otro puede;
es tanta su intensidad,
que pienso ¡ay de mí! que excede
vuestra misma crüeldad.

¡Son, por Dios, crudos azares
que me dén vuestros desdenes
ciento á ciento los pesares,
pudiendo darme á millares,
sin los pesares, los bienes!

Y me es doblado tormento
y dolor más importuno,
el ver que mostráis contento
en ser crudos para uno,
siendo blandos para ciento.

Y es injusto por demás
que tengáis, ojos serenos,
á los que, de amor ajenos,
os aman menos, en más,
y á mí que amo más, en menos.



Y es, á la par que mortal,
vuestro lánguido desdén
¡tan dulce... tan celestial!
que siempre reviste el mal
con las lisonjas del bien.

¡Oh, si vuestra luz querida
para alivio de mi suerte
fuese mi bella homicida!
¡Quién no cambiara su vida
por tan dulcísima muerte!

Y sólo de angustias lleno,
me es más que todo crüel,
el que ese mirar sereno,
sea para mí veneno,
siendo para todos miel.

LIBRO SEGUNDO

AYES DEL ALMA

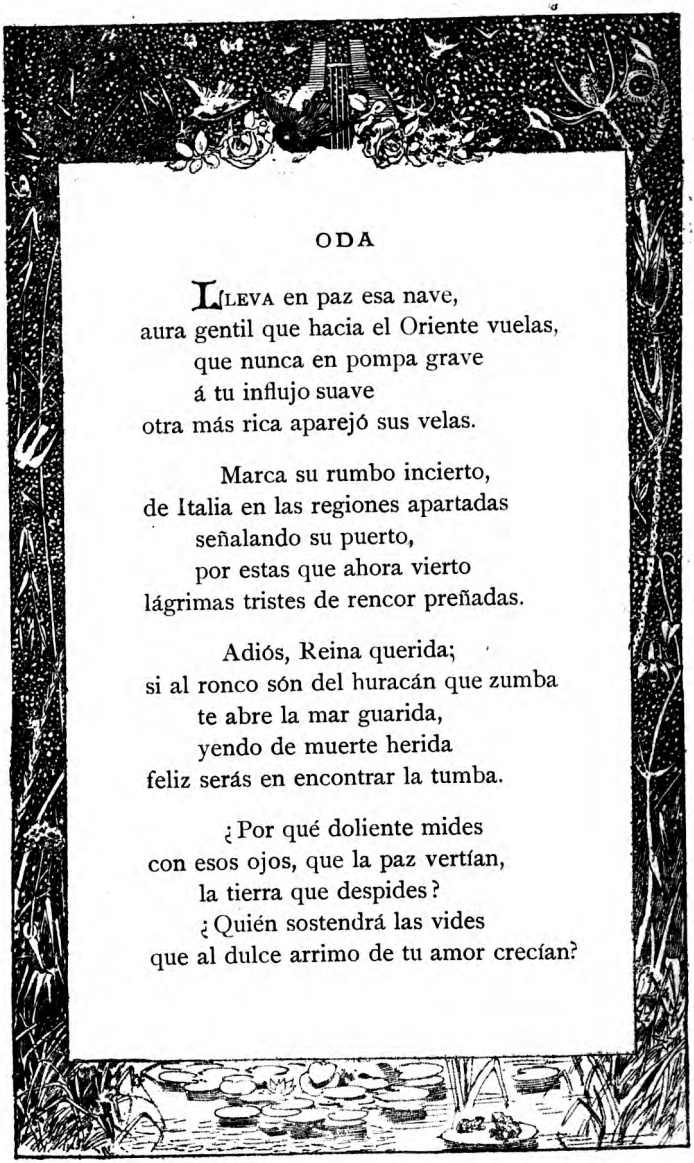
A LA REINA CRISTINA

RESTAURADORA DE LAS LIBERTADES PATRIAS

AL PARTIR PARA SU DESTIERRO

¡Italia... ¡Italia!... á tu angustiado seno
vuelve ya la deidad de ti adorada:
la trajo el iris, y la lanza el trueno,
cual hoja seca de aquilón llevada

(JUAN DONOSO CORTÉS).



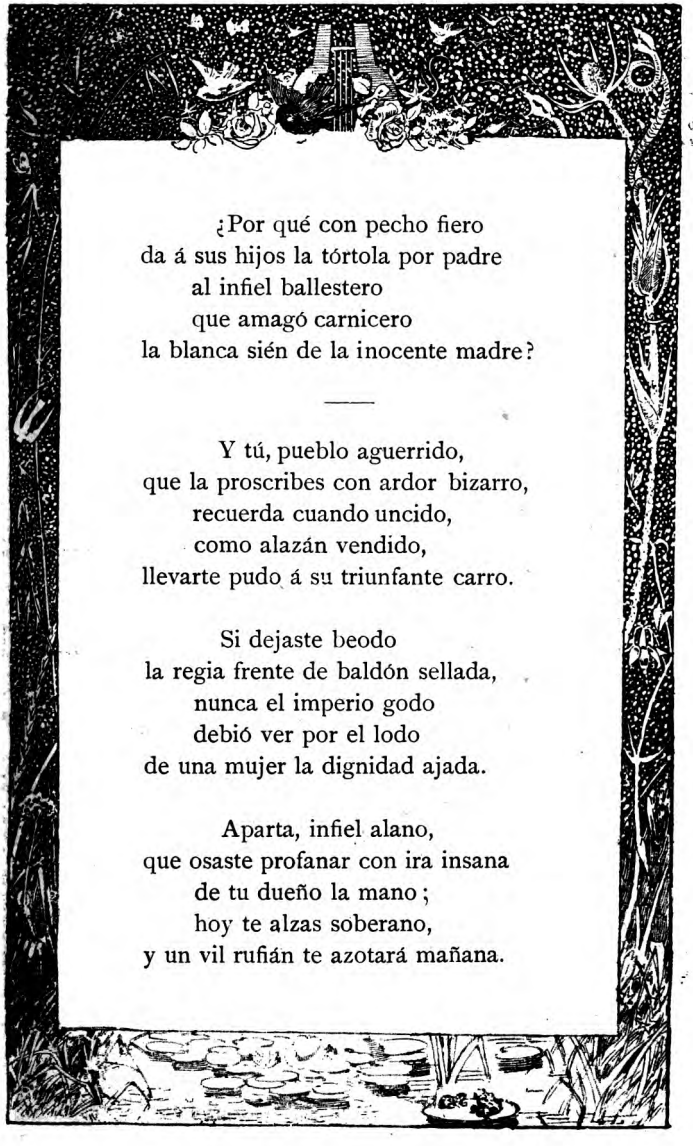
ODA

LLEVA en paz esa nave,
aura gentil que hacia el Oriente vuelas,
que nunca en pompa grave
á tu influjo suave
otra más rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,
de Italia en las regiones apartadas
señalando su puerto,
por estas que ahora vierto
lágrimas tristes de rencor preñadas.

Adiós, Reina querida;
si al ronco són del huracán que zumba
te abre la mar guarida,
yendo de muerte herida
feliz serás en encontrar la tumba.

¿Por qué doliente mides
con esos ojos, que la paz vertían,
la tierra que despides?
¿Quién sostendrá las vides
que al dulce arrimo de tu amor crecían?

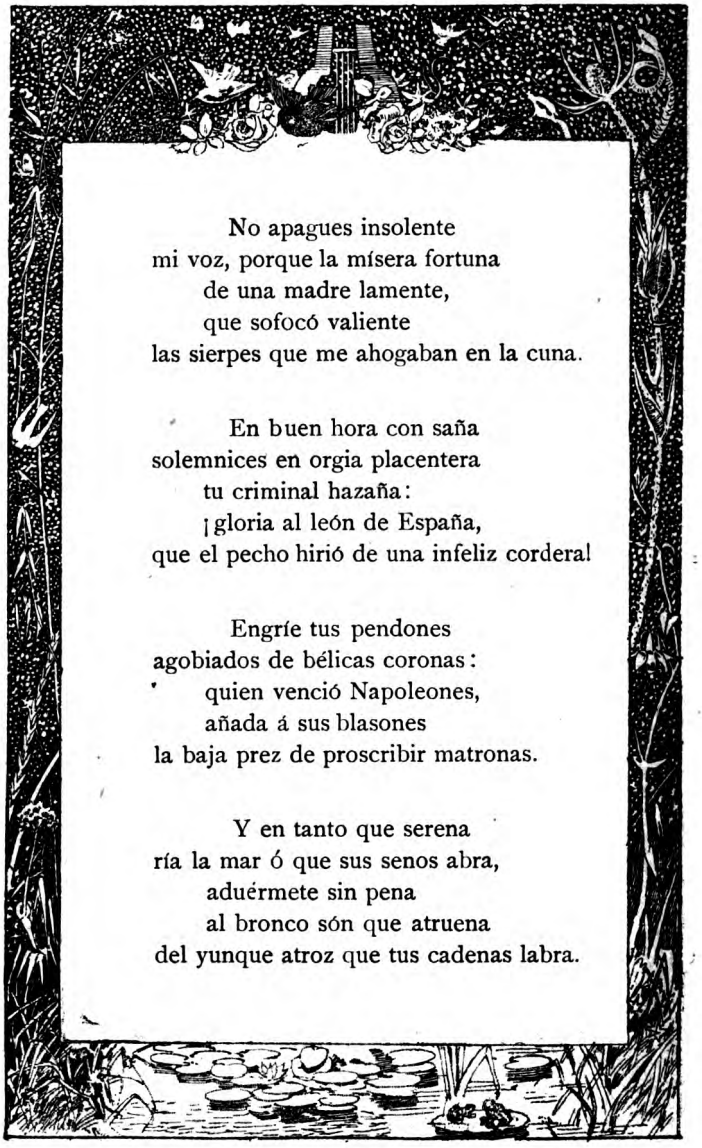


¿Por qué con pecho fiero
da á sus hijos la tórtola por padre
al infiel ballestero
que amagó carnicero
la blanca sién de la inocente madre?

Y tú, pueblo aguerrido,
que la proscribes con ardor bizarro,
recuerda cuando uncido,
como alazán vendido,
llevarte pudo á su triunfante carro.

Si dejaste beodo
la regia frente de baldón sellada,
nunca el imperio godo
debió ver por el lodo
de una mujer la dignidad ajada.

Aparta, infiel alano,
que osaste profanar con ira insana
de tu dueño la mano;
hoy te alzas soberano,
y un vil rufián te azotará mañana.



No apagues insolente
mi voz, porque la mísera fortuna
de una madre lamente,
que sofocó valiente
las sierpes que me ahogaban en la cuna.

En buen hora con saña
solemnices en orgia placentera
tu criminal hazaña:
¡gloria al león de España,
que el pecho hirió de una infeliz corderal

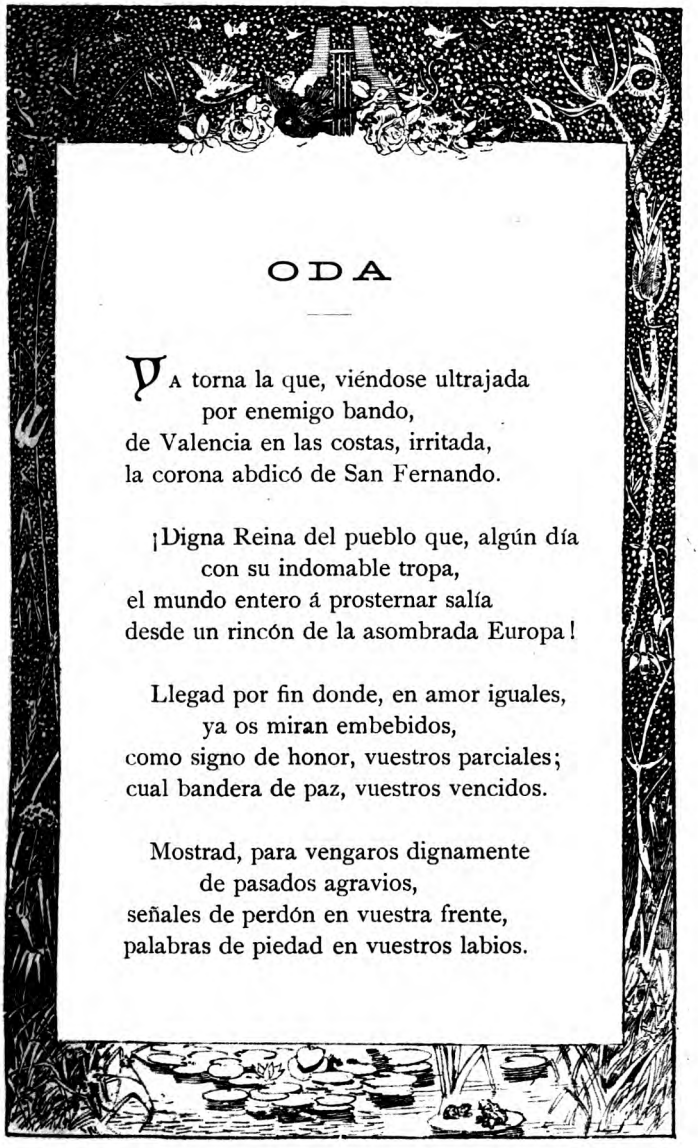
Engríe tus pendones
agobiados de bélicas coronas:
quien venció Napoleones,
añada á sus blasones
la baja prez de proscribir matronas.

Y en tanto que serena
ría la mar ó que sus senos abra,
aduérmete sin pena
al bronco són que atruena
del yunque atroz que tus cadenas labra.

¡Ya abandonó á Castilla!
Cantad, hijos del Cid, la alta victoria;
en mí fuera mancilla,
magüer que cual Padilla
me agito en sed de libertad y gloria.

AL REGRESO DE S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA



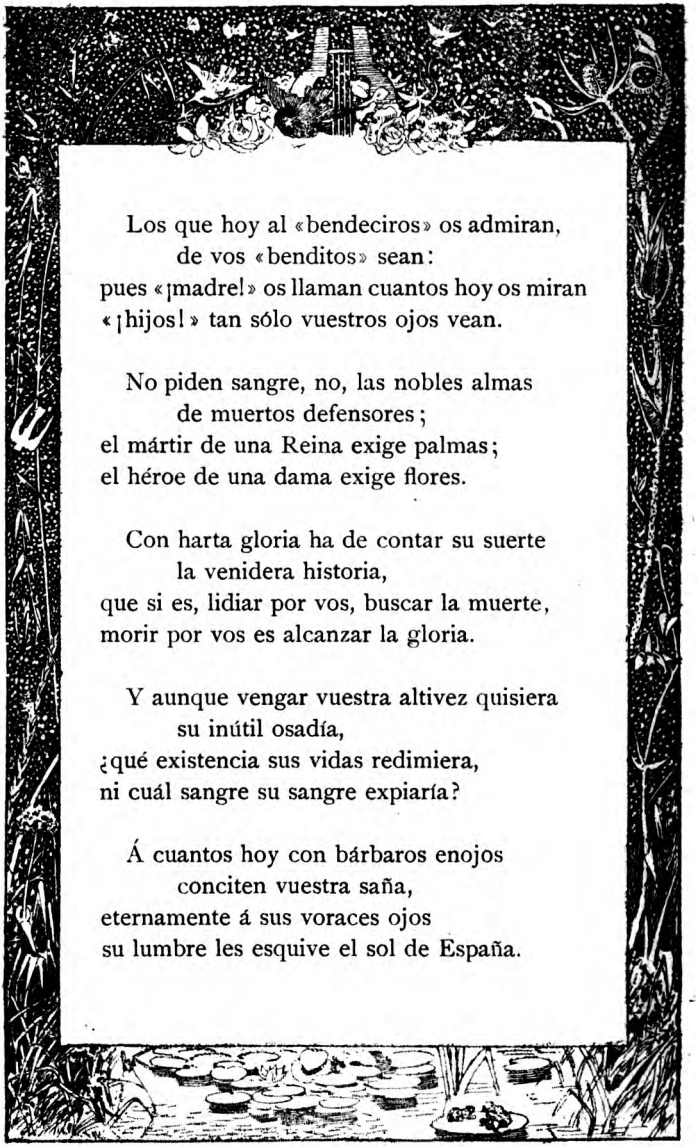
ODA

Ya torna la que, viéndose ultrajada
por enemigo bando,
de Valencia en las costas, irritada,
la corona abdicó de San Fernando.

¡Digna Reina del pueblo que, algún día
con su indomable tropa,
el mundo entero á prosternar salía
desde un rincón de la asombrada Europa!

Llegad por fin donde, en amor iguales,
ya os miran embebidos,
como signo de honor, vuestros parciales;
cual bandera de paz, vuestros vencidos.

Mostrad, para vengaros dignamente
de pasados agravios,
señales de perdón en vuestra frente,
palabras de piedad en vuestros labios.



Los que hoy al «bendeciros» os admiran,
de vos «benditos» sean:
pues «¡madre!» os llaman cuantos hoy os miran
«¡hijos!» tan sólo vuestros ojos vean.

No piden sangre, no, las nobles almas
de muertos defensores;
el mártir de una Reina exige palmas;
el héroe de una dama exige flores.

Con harta gloria ha de contar su suerte
la venidera historia,
que si es, lidiar por vos, buscar la muerte,
morir por vos es alcanzar la gloria.

Y aunque vengar vuestra altivez quisiera
su inútil osadía,
¿qué existencia sus vidas redimiera,
ni cuál sangre su sangre expiaría?

Á cuantos hoy con bárbaros enojos
conciten vuestra saña,
eternamente á sus voraces ojos
su lumbre les esquive el sol de España.

Sed, cual fueron en bélicas edades
los grandes corazones:
fuente de amor para manar bondades;
tumba inmortal para enterrar baldones.

Que no hay gloria en el mundo más cumplida
que ser, cual vos, Señora,
el genio del orgullo si vencida;
el ángel del perdón, si vencedora.

SONETOS

EL DESCREIMIENTO

Á S. M. la Reina D.ª Isabel II

Más que la luz de la razón humana,
amo la oscuridad de mi deseo,
y más que la verdad de cuanto veo,
quiero el error de mi esperanza vana.

Tenéis razón, hermosa Soberana,
que no sé cuándo dudo y cuándo creo;
si hoy, comparado á mí, todo es ateo,
tal vez de todo dudaré mañana.

Entre creer y dudar mi alma indecisa,
mientras pasa esta vida de quebranto,
que es eterna en dar fin, yendo de prisa,

El dudar y el creer confundo tanto,
que unas veces mi llanto acaba en risa,
y otras veces mi risa acaba en llanto.

LA DUDA

¡Cuánto quiero creer, que no te creo,
dicha y tormento de la vida mía;
veo tu amor tan claro como el día,
mas lo anubla una cosa que no veo.

¡Cuando mis dudas en tu frente leo,
á poderte matar, te mataría!...
¡Oh, cuán desesperada es mi alegría,
que lo que adoro aborrecer deseo!

¡Santa virtud, consolador olvido,
dadme el candor de ver, como hombre honrado
que soy con honradez correspondido!

¡Quítame, Amor, la duda que me has dado,
pues más que no creer siendo querido,
quisiera tener fe siendo engañado!

LA VIDA HUMANA

VELAS de amor en golfos de ternura
suelta mi pobre corazón al viento,
y encuentra, en lo que alcanza, su tormento,
y espera, en lo que no halla, su ventura.
Viviendo en esta humana sepultura,
engañar el pesar es mi contento,
y este cilicio atroz del pensamiento
no halla un linde entre el genio y la locura.
¡Ay! en la vida ruin que al loco embarga,
y que al cuerdo infeliz de horror consterna,
dulce en el nombre, en realidad amarga,
Sólo el dolor con el dolor alterna,
y si al contarla á días es muy larga,
midiéndola por horas es eterna.

CATÓN DE ÚTICA

RASGA su pecho el *último romano*
y exclama, deshonrando su memoria:
—Sueño es la libertad, humo la gloria,
y la austera virtud un nombre vano.—

Detén, Catón, la temeraria mano,
que en huir del dolor nunca hay victoria;
fiel á ese pueblo, mártir de la historia,
muere, si hay que morir, cara al tirano.

Torna á ganar la libertad perdida;
vuelve hacia Roma, y cuando hieran, hiere;
si cae la virtud, caiga vencida.

¿Quién su deshonra á su dolor prefiere?
En las batallas de la humana vida
sólo se mata el vil; el noble muere.

LOS EGOÍSTAS

Por no amenguar sus brillos celestiales,
los lanza el alto y los rechaza el bajo,
porque achican su horror huéspedes tales.

(14.—Canto III del INFIERNO.—*Traducción del Marqués de la Pezuela.)*

VEGETA sin sufrir, vive en mal hora,
amigo infiel y cómodo enemigo,
que, egoísta, jamás llevas contigo
la pena del tormento que se adora.

De premio indigno tu virtud traidora,
ni dignas son tus faltas de castigo:
y no hallas en la tierra un solo amigo
á quien decir ¿qué tienes? cuando llora.

Vos, los que agenos de placer y duelo,
vais dando, sin amar ni ser amados,
abrazos sin calor, besos de hielo,

Moriréis sin virtud y sin pecados,
y siendo despreciables para el cielo,
seréis en el infierno despreciados.

LOS CELOS

Ya á traición, ya á traición en el costado
me hiciste, infame, la mortal herida,
y sube este calvario de la vida
el corazón de espinas coronado.
Nombre maldito á un tiempo y nombre amado,
¡ quién pudiera no amarte maldecida!
¡ Dichoso aquel que indiferente olvida,
y puede perdonar y es perdonado!
¡ Vil homicida del amor más tierno,
que lleves quiera Dios siempre contigo
después de un grande amor, un odio eterno;
Y mueras inconfesa, y por castigo,
odiándome y odiada, en el infierno
adonde iré por ti, vivas conmigo!

AMOR CONYUGAL

Caer al río el viento un nido deja,
y al verlo un ave, en pos vuela piando,
porque dentro, sus huevos empollando,
flota embarcada su infeliz pareja.

Con el nido que, hundiéndose, se aleja,
naufraga el ave fiel que va criando,
y el esposo, después, vaga exhalando
de árbol en árbol queja tras de queja.

Creciendo sin cesar su pío, pío,
donde el nido se hundió los ojos clava,
como diciendo así: —¡Pobre amor mío!—

Y un día, al fin, que su dolor se agrava,
se esfuerza, vuela, muere, cae al río,
se sumerge, suena algo... y todo acaba.

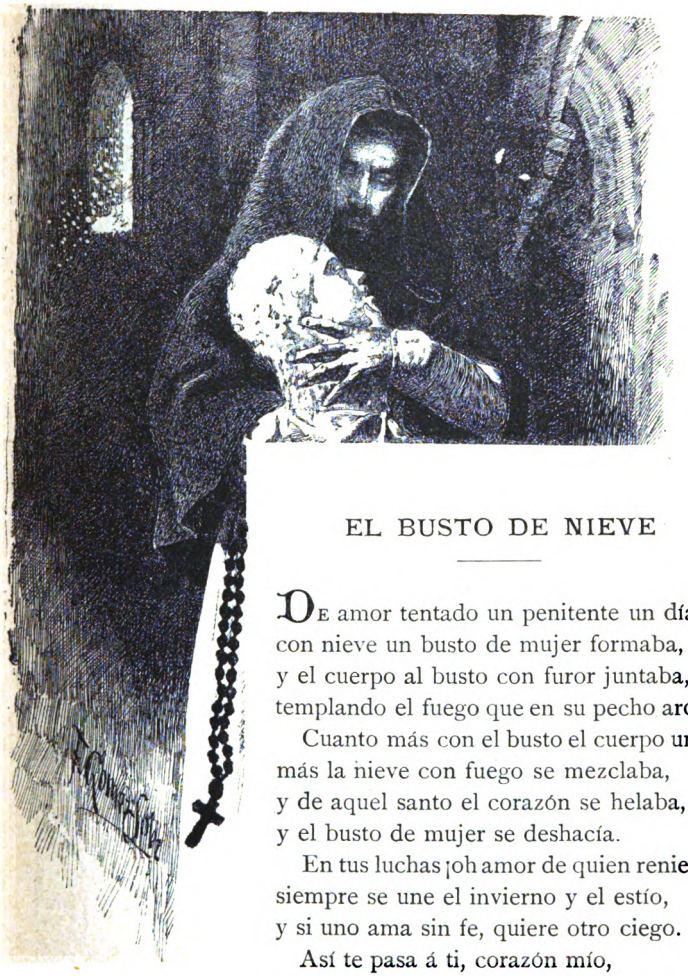
AMAR Y QUERER

A la infiel más infiel de las hermosas
un hombre la quería y yo la amaba;
y ella á un tiempo á los dos nos encantaba
con la miel de sus frases engañosas.

Mientras él, con sus flores venenosas,
queriéndola, su aliento emponzoñaba,
yo de ella ante los pies, que idolatraba,
acabadas de abrir echaba rosas.

De su favor ya en vano el aire arrecia;
mintió á los dos y sufrirá el castigo
que uno la da por vil, y otro por necia.

No hallará paz con él, ni bien conmigo:
él, que sólo la quiso, la desprecia;
yo, que tanto la amaba, la maldigo.



EL BUSTO DE NIEVE

De amor tentado un penitente un día
con nieve un busto de mujer formaba,
y el cuerpo al busto con furor juntaba,
templando el fuego que en su pecho ardía.

Cuanto más con el busto el cuerpo unía,
más la nieve con fuego se mezclaba,
y de aquel santo el corazón se helaba,
y el busto de mujer se deshacía.

En tus luchas ¡oh amor de quien reniego!
siempre se une el invierno y el estío,
y si uno ama sin fe, quiere otro ciego.

Así te pasa á ti, corazón mío,
que uniendo ella su nieve con tu fuego,
por matar de calor mueres de frío.

LOS PADRES Y LOS HIJOS

Un enjambre de pájaros metidos
en jaula de metal guardó un cabrero,
y á cuidarlos voló desde el otero
la pareja de padres afligidos.

—Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos
sus hijos á cuidar con tanto esmero,
ver cómo cuidan á los padres quiero
los hijos por amor y agradecidos.—

Deja entre redes la pareja envuelta,
la puerta abre el pastor del duro alambre,
cierra á los padres y á los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,
y como en vano se esperó su vuelta,
mató á los padres el dolor y el hambre.

LOS HIJOS Y LOS PADRES

Á MI SABIO AMIGO DON ANTONIO MARÍA SEGOVIA

Ni arrastrada un pastor llevar podía
á una cabra infeliz que oía amante
balar detrás al hijo, que inconstante,
marchar junto á la madre no quería.
—¡Necio!—al pastor un sabio le decía,
—al que llevas detrás, ponle delante;
échate el hijo al hombro, y al instante
la madre verás ir tras de la cría.—
Tal consejo el pastor creyó sencillo,
cogió la cría y se marchó corriendo
llevando al animal sobre el hatillo.
La cabra sin ramal los fué siguiendo,
mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
que los pies por detrás le iba lamiendo.

EPITAFIOS

SOBRE LA TUMBA

DE LA SEÑORA D.ª CARMEN ARANA DE GARCÍA

SU HIJA JULIA

Mientras de unirme á ti se acerca el día,
tu amor recuerdo y tu virtud imito;
tu virtud, que era inmensa, madre mía,
y tu amor maternal, que era infinito.

SOBRE LA TUMBA

DE D. JOAQUÍN FERRERES

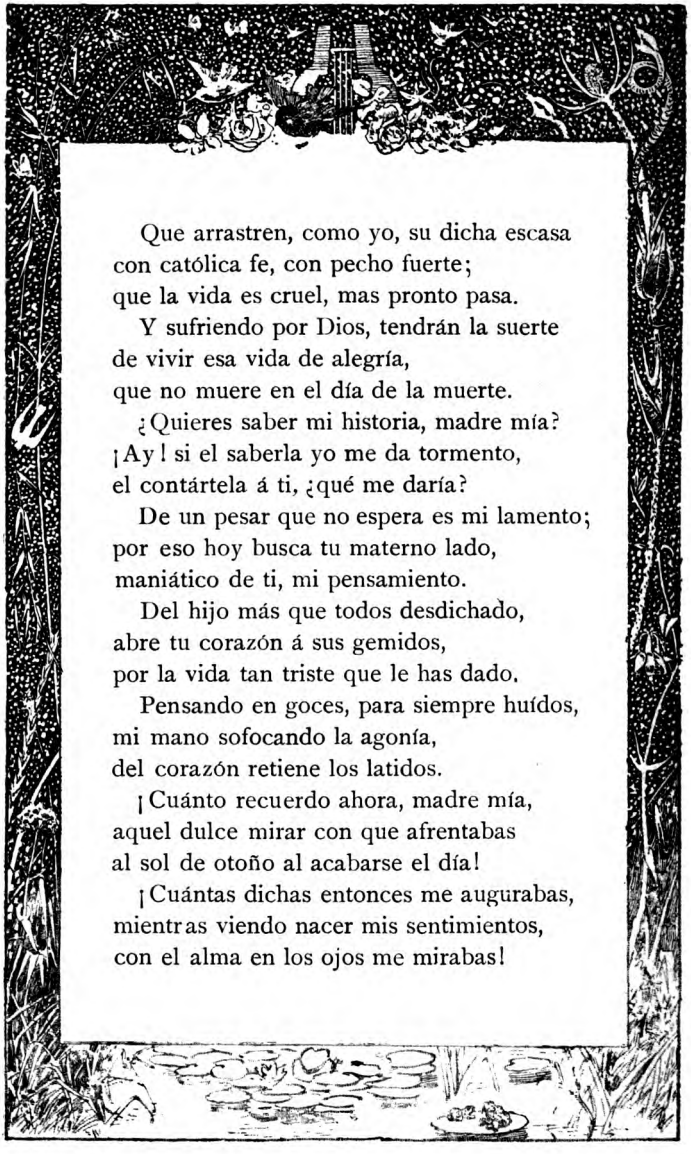
Tanto Ferreres hermanar sabía
la caridad con la altivez romana,
y, en consorcio feliz, tan bien se unía
en su alma de Catón su fe cristiana,
que si en buscar con su linterna un día,
algún hombre, otro Diógenes se afana,
vendrá á esta tumba, y al leer su nombre,
exclamará en su honor:—¡Éste era el hombre!—

EPÍSTOLAS

Á MI MADRE

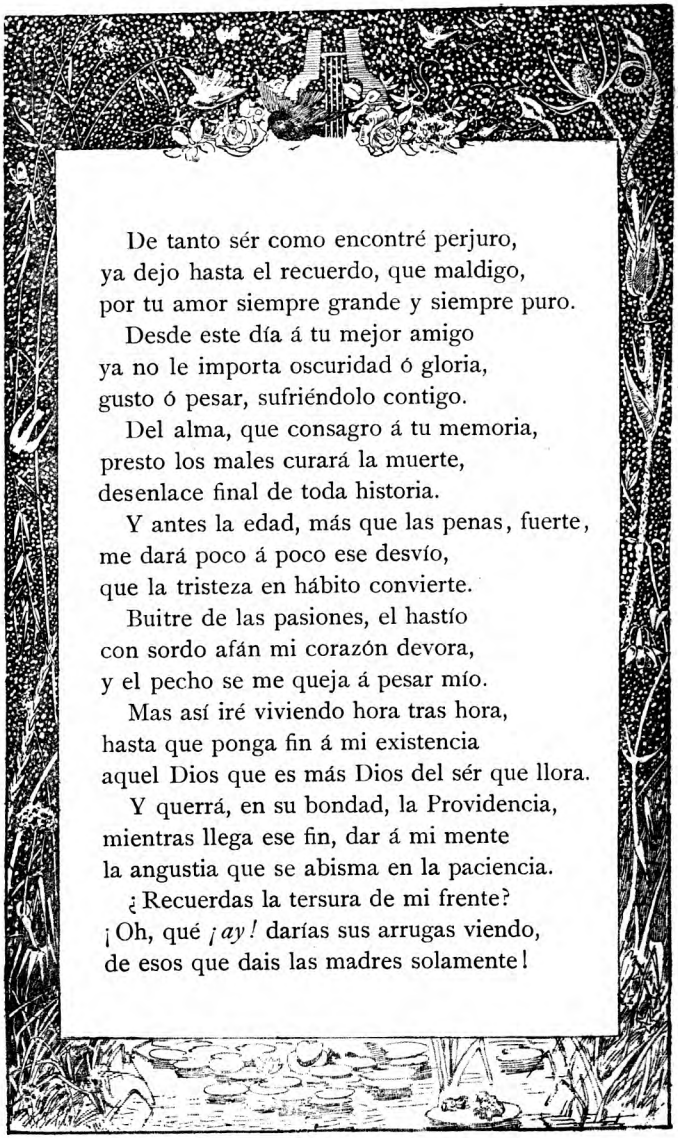
Quiedo me da el pensar lo que en mí siento,
y por eso en sus males, importuno,
sólo sabe ir á ti mi pensamiento.

Por tus renglones, que besé uno á uno,
ya sé que están en nuestra humilde casa,
todos muy bien, aunque feliz ninguno.



Que arrastren, como yo, su dicha escasa
con católica fe, con pecho fuerte;
que la vida es cruel, mas pronto pasa.
Y sufriendo por Dios, tendrán la suerte
de vivir esa vida de alegría,
que no muere en el día de la muerte.
¿Quieres saber mi historia, madre mía?
¡Ay! si el saberla yo me da tormento,
el contártela á ti, ¿qué me daría?
De un pesar que no espera es mi lamento;
por eso hoy busca tu materno lado,
maniático de ti, mi pensamiento.
Del hijo más que todos desdichado,
abre tu corazón á sus gemidos,
por la vida tan triste que le has dado.
Pensando en goces, para siempre huídos,
mi mano sofocando la agonía,
del corazón retiene los latidos.
¡Cuánto recuerdo ahora, madre mía,
aquel dulce mirar con que afrentabas
al sol de otoño al acabarse el día!
¡Cuántas dichas entonces me augurabas,
mientras viendo nacer mis sentimientos,
con el alma en los ojos me mirabas!

Y aunque las dichas se volvieron cuentos,
¡cómo, en recuerdo de tan bellos días,
hoy te besan los pies mis pensamientos!
Al fijar tus pupilas en las mías,
como es la voz del alma tu mirada,
¡qué de cosas, callando, me decías!
Ya mi mente en tu espíritu filtrada,
dejaré deslizarse mi existencia
en tu augusta belleza vinculada.
Tú sola en mi dolor me das paciencia,
pues siempre con tu imagen me acompañas,
confidente leal de mi conciencia.
Tú de luz pura el pensamiento bañas,
la infernal lobreguez trocando en cielo,
del hijo, antes feliz, de tus entrañas.
Pueda hoy contigo desahogar mi duelo,
pues sabe bien tu natural tristeza
que el placer de llorar es gran consuelo.
Turbios mis ojos, blanca mi cabeza,
perdí con la esperanza la energía,
y ya hasta tengo de vivir pereza.
Fué tan larga y terrible mi agonía,
que por tu hermosa senectud te juro
que, á no vivirme tú, me moriría.



De tanto sér como encontré perjuro,
ya dejo hasta el recuerdo, que maldigo,
por tu amor siempre grande y siempre puro.
Desde este día á tu mejor amigo
ya no le importa oscuridad ó gloria,
gusto ó pesar, sufriéndolo contigo.
Del alma, que consagro á tu memoria,
presto los males curará la muerte,
desenlace final de toda historia.
Y antes la edad, más que las penas, fuerte,
me dará poco á poco ese desvío,
que la tristeza en hábito convierte.
Buitre de las pasiones, el hastío
con sordo afán mi corazón devora,
y el pecho se me queja á pesar mío.
Mas así iré viviendo hora tras hora,
hasta que ponga fin á mi existencia
aquel Dios que es más Dios del sér que llora.
Y querrá, en su bondad, la Providencia,
mientras llega ese fin, dar á mi mente
la angustia que se abisma en la paciencia.
¿Recuerdas la tersura de mi frente?
¡Oh, qué *¡ay!* darías sus arrugas viendo,
de esos que dais las madres solamente!

Mas concluyo esta carta, porque entiendo
que lo mismo que á mí cuando te escribo,
te se caerán las lágrimas leyendo.

No llores, madre mía, pues concibo
que es pagar con un ¡ay! con mucho exceso
la ruin parte de vida que ahora vivo.

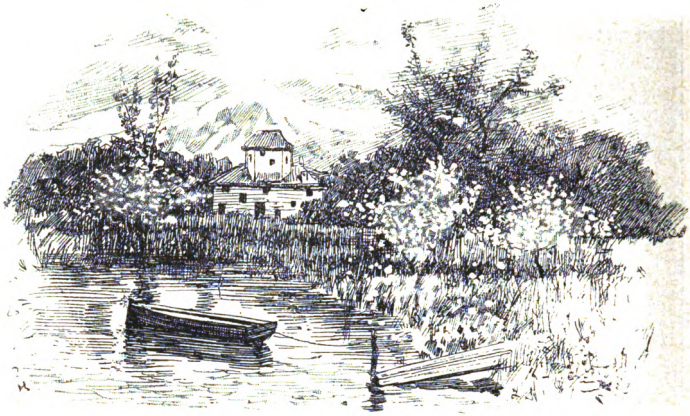
¡Cuánto lloras mi mal! Á cuenta de eso,
para estampar en tu anchurosa frente,
además de otros mil, te guardo un beso.

Dame tu bendición, que yo impaciente
á darte voy cuánto tu amor desea,
que es la ansia eterna de tenerme enfrente.

Y si Dios no permite que te vea,
de mi vida los últimos alientos
besos serán que te daré en idea.

Desde que hallé insufribles mis tormentos,
cuantas horas los días han tenido,
tuve yo para ti de pensamientos.

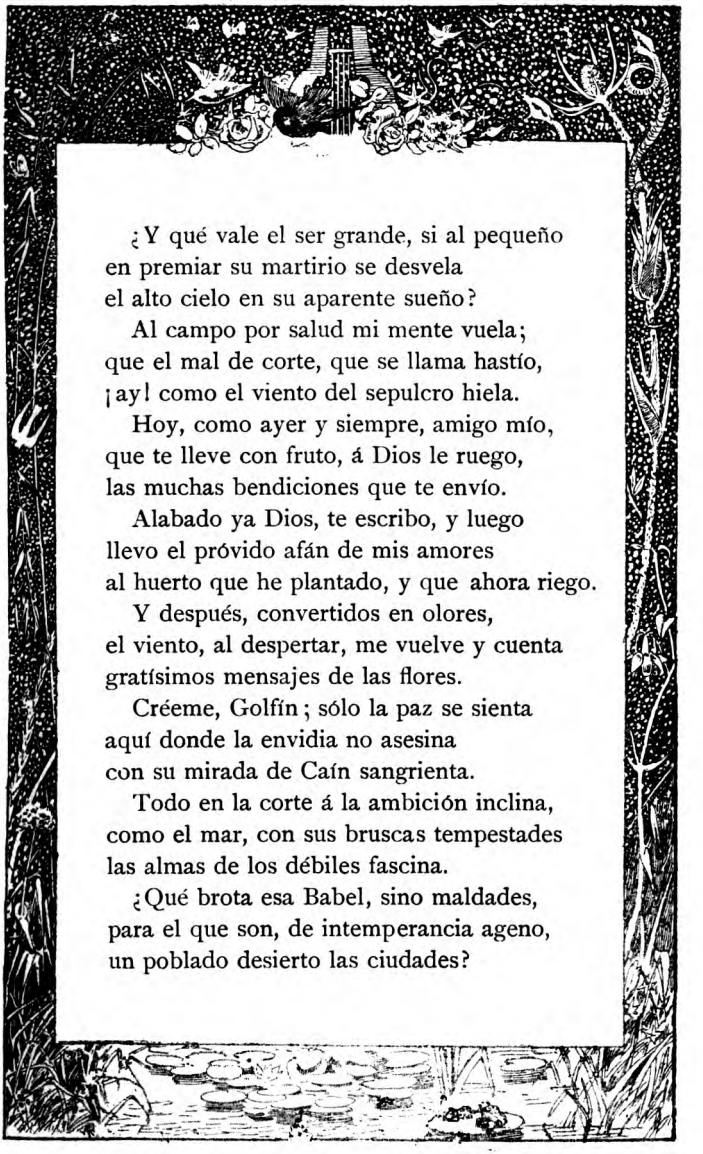
Adiós, mi santo amor; tú siempre has sido
el ángel para mí de las mujeres;
recuerda sin cesar que no te olvido,
y escríbeme á menudo que me quieres.



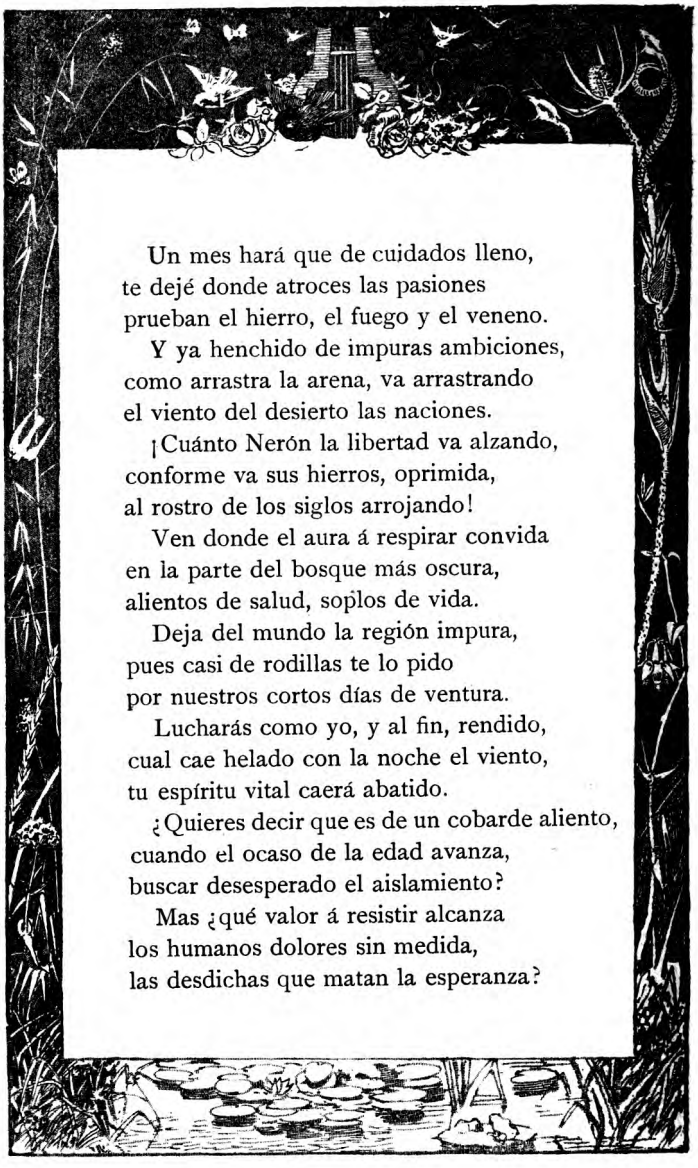
Epístola Moral

Á D. F. F. GOLFIN

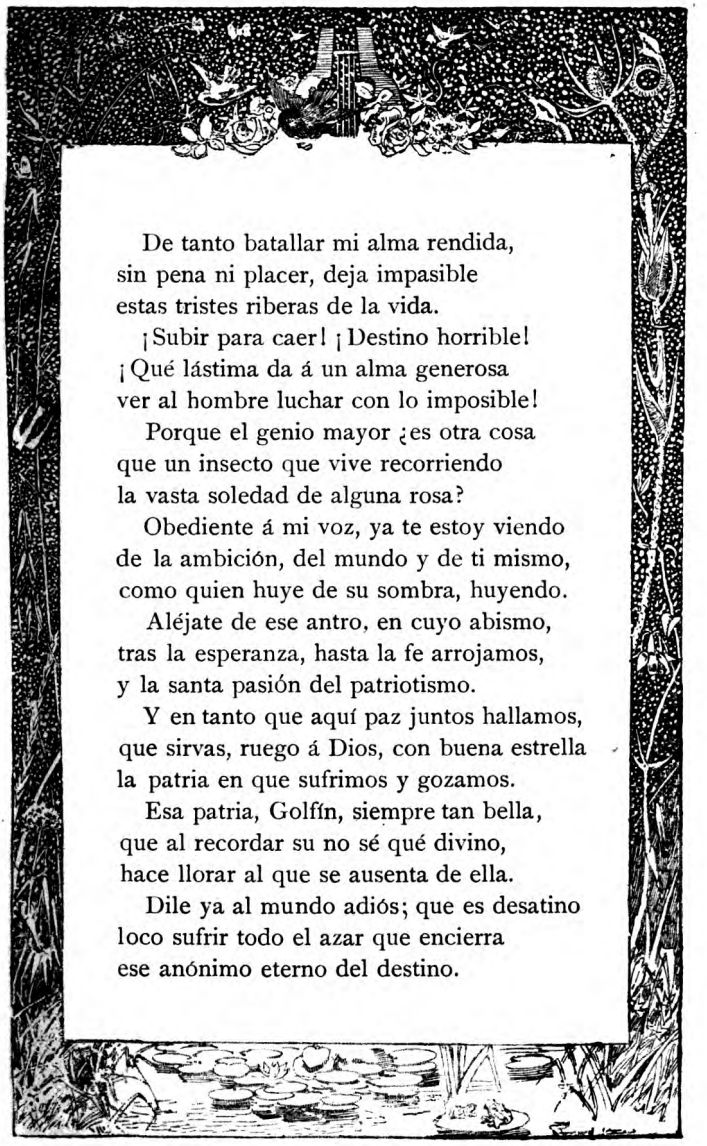
Aunque ausente de ti, Golfín amigo,
presa feliz de tu inmortal memoria,
dejo el mundo, entro en mí, y hablo contigo.
Y al recordarte mi doliente historia,
daré consejo á tus precoces canas,
diadema de tus días y tu gloria.
Mis esperanzas ¡ay! fueron tan vanas,
tanto el placer de la ciudad me hastía,
que ni de ser feliz tengo ya ganas.
Trueca tu vida por la vida mía,
ó pagarás, cual pago, la flaqueza
de creer de la corte en la alegría.
¿Ves la dicha mayor de la grandeza?
Pues es mucho más grande y más risueño
el goce con que sueña la pobreza.



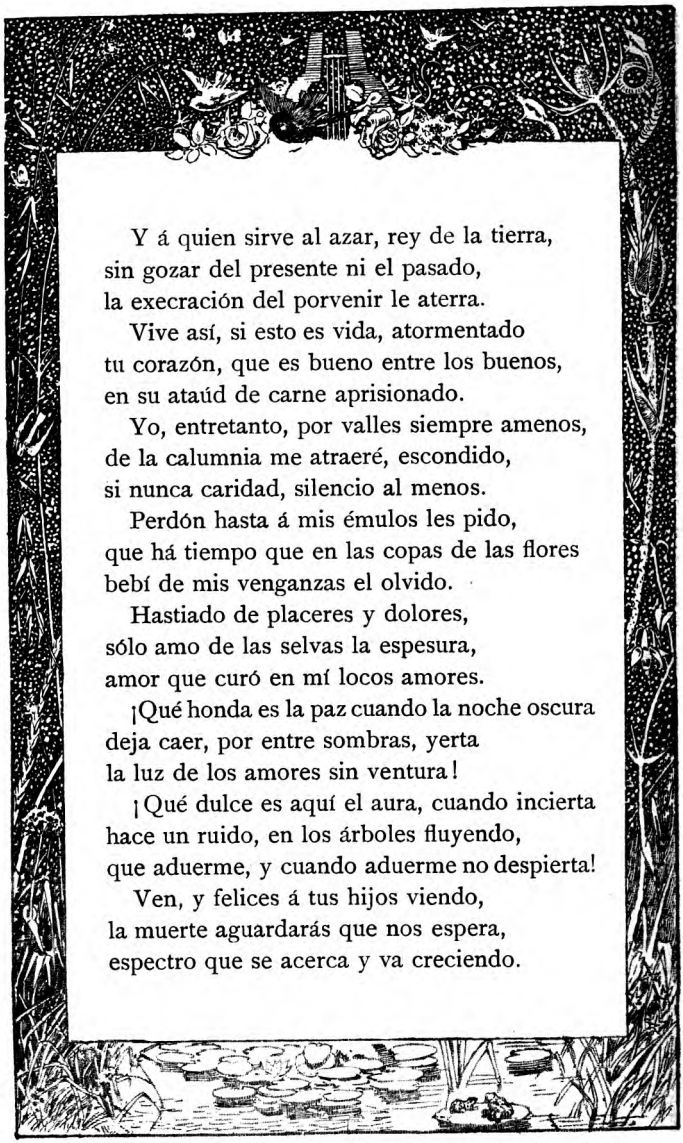
¿Y qué vale el ser grande, si al pequeño
en premiar su martirio se desvela
el alto cielo en su aparente sueño?
Al campo por salud mi mente vuela;
que el mal de corte, que se llama hastío,
¡ay! como el viento del sepulcro hiela.
Hoy, como ayer y siempre, amigo mío,
que te lleve con fruto, á Dios le ruego,
las muchas bendiciones que te envío.
Alabado ya Dios, te escribo, y luego
llevo el próvido afán de mis amores
al huerto que he plantado, y que ahora riego.
Y después, convertidos en olores,
el viento, al despertar, me vuelve y cuenta
gratísimos mensajes de las flores.
Créeme, Golfín; sólo la paz se sienta
aquí donde la envidia no asesina
con su mirada de Caín sangrienta.
Todo en la corte á la ambición inclina,
como el mar, con sus bruscas tempestades
las almas de los débiles fascina.
¿Qué brota esa Babel, sino maldades,
para el que son, de intemperancia ageno,
un poblado desierto las ciudades?



Un mes hará que de cuidados lleno,
te dejé donde atroces las pasiones
prueban el hierro, el fuego y el veneno.
Y ya henchido de impuras ambiciones,
como arrastra la arena, va arrastrando
el viento del desierto las naciones.
¡Cuánto Nerón la libertad va alzando,
conforme va sus hierros, oprimida,
al rostro de los siglos arrojando!
Ven donde el aura á respirar convida
en la parte del bosque más oscura,
alientos de salud, soplos de vida.
Deja del mundo la región impura,
pues casi de rodillas te lo pido
por nuestros cortos días de ventura.
Lucharás como yo, y al fin, rendido,
cual cae helado con la noche el viento,
tu espíritu vital caerá abatido.
¿Quieres decir que es de un cobarde aliento,
cuando el ocaso de la edad avanza,
buscar desesperado el aislamiento?
Mas ¿qué valor á resistir alcanza
los humanos dolores sin medida,
las desdichas que matan la esperanza?

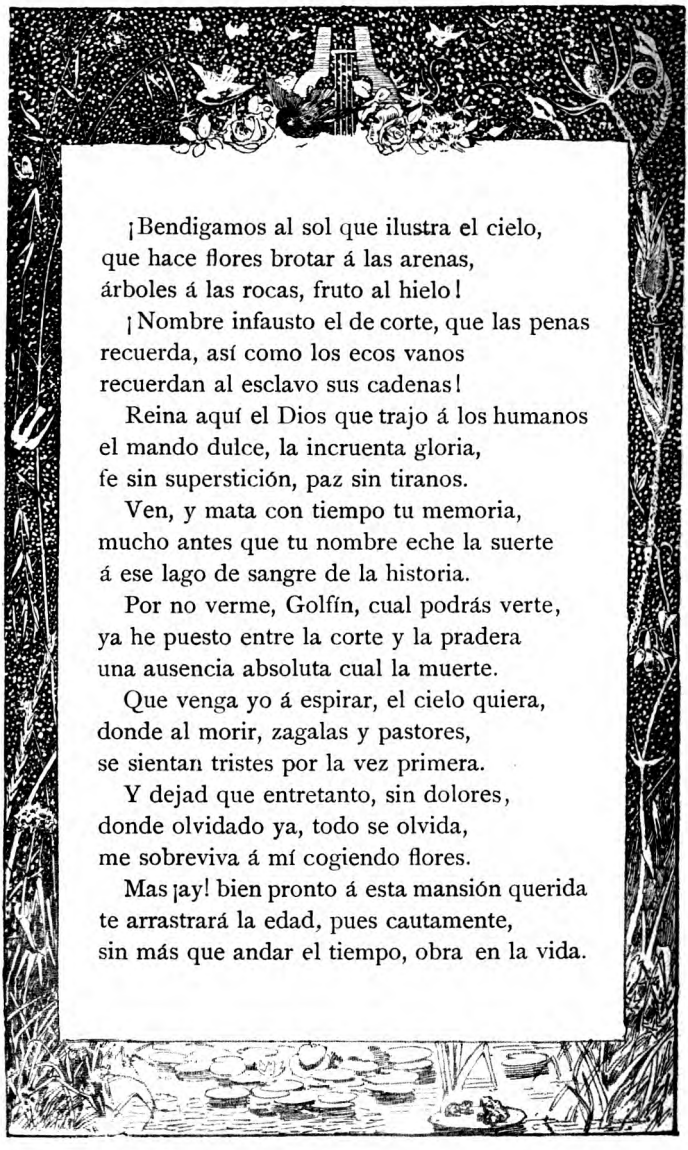


De tanto batallar mi alma rendida,
sin pena ni placer, deja impasible
estas tristes riberas de la vida.
¡Subir para caer! ¡Destino horrible!
¡Qué lástima da á un alma generosa
ver al hombre luchar con lo imposible!
Porque el genio mayor ¿es otra cosa
que un insecto que vive recorriendo
la vasta soledad de alguna rosa?
Obediente á mi voz, ya te estoy viendo
de la ambición, del mundo y de ti mismo,
como quien huye de su sombra, huyendo.
Aléjate de ese antro, en cuyo abismo,
tras la esperanza, hasta la fe arrojamos,
y la santa pasión del patriotismo.
Y en tanto que aquí paz juntos hallamos,
que sirvas, ruego á Dios, con buena estrella
la patria en que sufrimos y gozamos.
Esa patria, Golfín, siempre tan bella,
que al recordar su no sé qué divino,
hace llorar al que se ausenta de ella.
Dile ya al mundo adiós; que es desatino
loco sufrir todo el azar que encierra
ese anónimo eterno del destino.



Y á quien sirve al azar, rey de la tierra,
sin gozar del presente ni el pasado,
la execración del porvenir le aterra.
Vive así, si esto es vida, atormentado
tu corazón, que es bueno entre los buenos,
en su ataúd de carne aprisionado.
Yo, entretanto, por valles siempre amenos,
de la calumnia me atraeré, escondido,
si nunca caridad, silencio al menos.
Perdón hasta á mis émulos les pido,
que há tiempo que en las copas de las flores
bebí de mis venganzas el olvido.
Hastiado de placeres y dolores,
sólo amo de las selvas la espesura,
amor que curó en mí locos amores.
¡Qué honda es la paz cuando la noche oscura
deja caer, por entre sombras, yerta
la luz de los amores sin ventura!
¡Qué dulce es aquí el aura, cuando incierta
hace un ruido, en los árboles fluyendo,
que aduerme, y cuando aduerme no despierta!
Ven, y felices á tus hijos viendo,
la muerte aguardarás que nos espera,
espectro que se acerca y va creciendo.

Y al lado de la dulce compañera,
que, enseñándote á creer, tu fe asegura
porque nunca el que cree se desespera,
Labrando seguiréis vuestra ventura,
con el amor juntando la inocencia,
y uniendo la virtud á la ternura.
Que el bueno sabe bien por experiencia
que el que quiere tener sueños dorados,
purifica primero su conciencia.
¡Cuán venturosos son, aunque olvidados,
sin saber lo que es gloria ni riqueza,
los pastores que van por estos prados!
Hay gente tan dichosa en su pobreza,
que con escaso abrigo y pan tasado,
no recuerda ni un día de tristeza.
Mas tú vendrás, por el dolor guiado,
como las aves van, emigradoras,
á un país que no han visto y que han soñado.
Verás que en estas playas seductoras,
si agena de placer se pasa alguna,
vacías de dolor corren las horas.
¡Oh carga del poder, siempre importuna!
dando aquí Dios su gracia por consuelo,
¿qué se nos marcha al irse la fortuna?



¡Bendigamos al sol que ilustra el cielo,
que hace flores brotar á las arenas,
árboles á las rocas, fruto al hielo!
¡Nombre infausto el de corte, que las penas
recuerda, así como los ecos vanos
recuerdan al esclavo sus cadenas!
Reina aquí el Dios que trajo á los humanos
el mando dulce, la incruenta gloria,
fe sin superstición, paz sin tiranos.
Ven, y mata con tiempo tu memoria,
mucho antes que tu nombre eche la suerte
á ese lago de sangre de la historia.
Por no verme, Golfín, cual podrás verte,
ya he puesto entre la corte y la pradera
una ausencia absoluta cual la muerte.
Que venga yo á espirar, el cielo quiera,
donde al morir, zagalas y pastores,
se sientan tristes por la vez primera.
Y dejad que entretanto, sin dolores,
donde olvidado ya, todo se olvida,
me sobreviva á mí cogiendo flores.
Mas ¡ay! bien pronto á esta mansión querida
te arrastrará la edad, pues cautamente,
sin más que andar el tiempo, obra en la vida.

¡Siempre contigo, aunque de ti me ausente,
herido el corazón, mas todo entero,
te dará su amistad eternamente;
que nada inspiras tú perecedero!

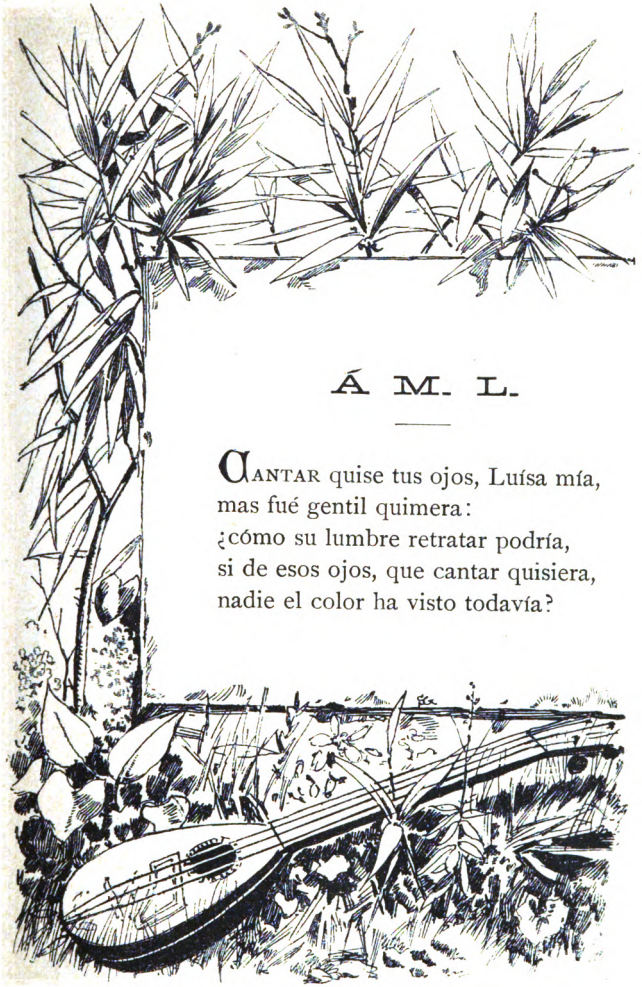
MADRIGALES

Á B.

Relámpago es el genio; á su destello,
lo triste causa horror, lo bello es bello;
cuando luce ante el sol, el día alegra,
la noche ante su luz se hace más negra.—
Esto tu madre te contaba un día,
y al contártelo así, decir quería
que, si en un alma, cual la tuya, encanta,
en un mal corazón el genio espanta.

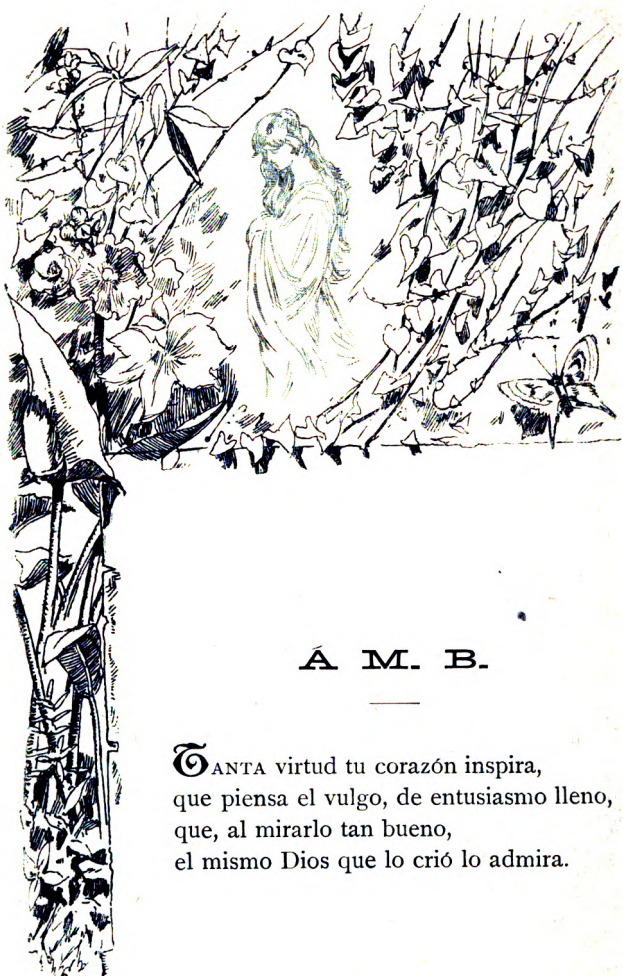
Á N.

Me asomé cierto día,
y apenas me asomé, Natalia mía,
ví atmósferas más anchas y más bellas
que esos campos cerrados por estrellas;
caos de irresistible devaneo,
de miedo, de inocencia y de deseo,
donde el término á ver jamás se alcanza
de la dicha, el placer y la esperanza.
Abismo que me atrae fascinado,
como atrae la muerte á un desgraciado,
allí mi alma aspiró, de encanto llena,
un néctar delicioso que envenena;
y allá dentro miré tímidamente,
como mira el que tiene el sol enfrente,
mil sombras, que dejaron por despojos
almas que en lo hondo asesinó tu encanto...
¿Que adónde me asomé para ver tanto?
Me asomé... á las ventanas de tus ojos.



Á M. L.

CANTAR quise tus ojos, Luísa mía,
mas fué gentil quimera:
¿cómo su lumbre retratar podría,
si de esos ojos, que cantar quisiera,
nadie el color ha visto todavía?



Á M. B.

Tanta virtud tu corazón inspira,
que piensa el vulgo, de entusiasmo lleno,
que, al mirarlo tan bueno,
el mismo Dios que lo crió lo admira.

Á L.

No sé por qué alaban tanto
tu hermosura y gentileza,
pues yo, Luz, en tu belleza
veo tu menor encanto.

Te juran por lo más santo
que tu hermosura enamora;
mi fe, que tanto te adora,
por lo más santo te jura
que, aparte de la hermosura,
eres, Luz, encantadora.

Á NATALIA Y Á GONZALO SEGOVIA

EN SUS BODAS

No ví más gentil doncella,
ni más apuesto doncel,
ni más envidiosas de ella,
ni más envidiosos de él.

LIBRO TERCERO

FÁBULAS

SECCIÓN POLÍTICA

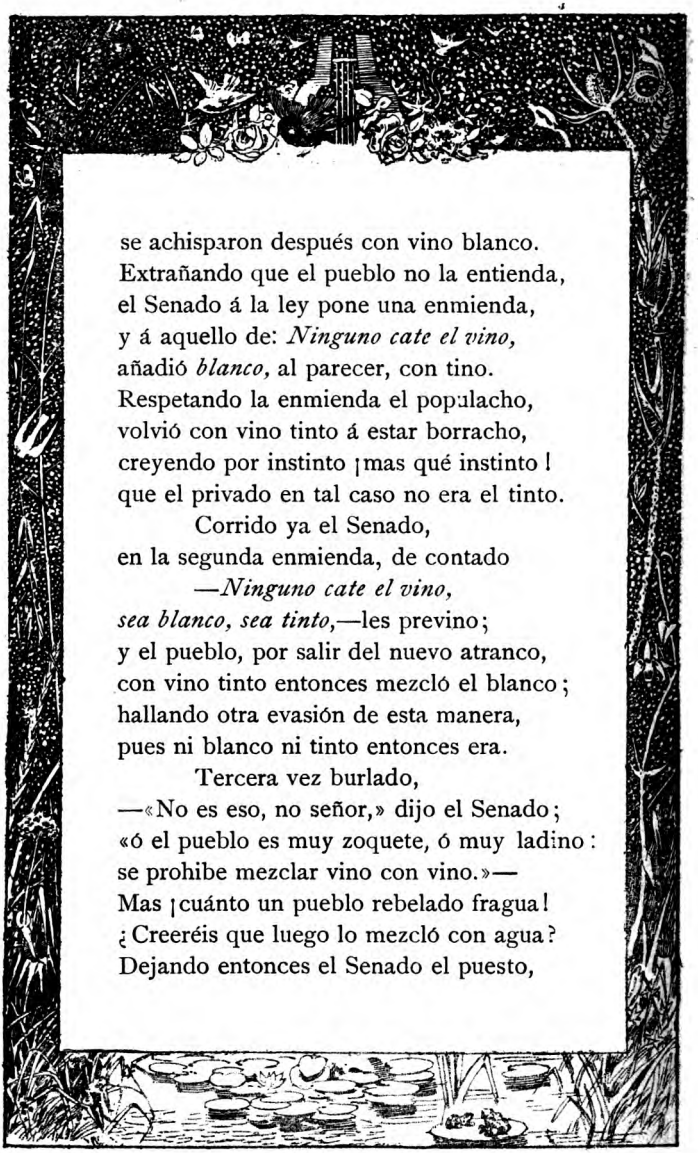
FÁBULA PRIMERA

INSUFICIENCIA DE LAS LEYES

—

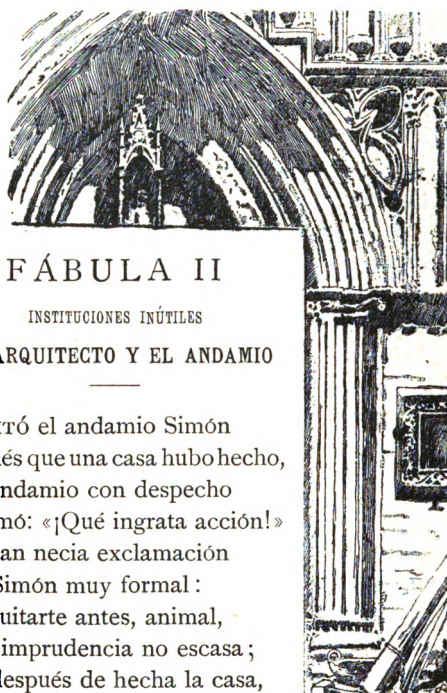
EL REINO DE LOS BEODOS

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
que se puede decir que lo eran todos,
en el cual por ley justa se previno:
—Ninguno cate el vino.—
Con júbilo el más loco
aplaudióse la ley, por costar poco:
acatarla después, ya es otro paso;
pero en fin, es el caso
que la dieron un sesgo muy distinto,
creyendo que vedaba sólo el tinto,
y del modo más franco



se achisparon después con vino blanco.
Extrañando que el pueblo no la entienda,
el Senado á la ley pone una enmienda,
y á aquello de: *Ninguno cate el vino,*
añadió *blanco,* al parecer, con tino.
Respetando la enmienda el populacho,
volvió con vino tinto á estar borracho,
creyendo por instinto ¡mas qué instinto!
que el privado en tal caso no era el tinto.
Corrido ya el Senado,
en la segunda enmienda, de contado
—*Ninguno cate el vino,*
sea blanco, sea tinto,—les previno;
y el pueblo, por salir del nuevo atranco,
con vino tinto entonces mezcló el blanco;
hallando otra evasión de esta manera,
pues ni blanco ni tinto entonces era.
Tercera vez burlado,
—«No es eso, no señor,» dijo el Senado;
«ó el pueblo es muy zoquete, ó muy ladino:
se prohibe mezclar vino con vino.»—
Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragua!
¿Creeréis que luego lo mezcló con agua?
Dejando entonces el Senado el puesto,

de este modo al cesar dió un manifiesto:
La ley es red, en la que siempre se halla
descompuesta una malla,
por donde el ruin que en su razón no fía,
se evade suspicaz... ¡Qué bien decía!
Y en lo demás colijo
que debiera decir, si no lo dijo:
Jamás la ley enfrena
al que á su infamia su malicia iguala:
si se ha de obedecer, la mala es buena;
mas si se ha de eludir, la buena es mala.



FÁBULA II

INSTITUCIONES INÚTILES

EL ARQUITECTO Y EL ANDAMIO

Quitó el andamio Simón
después que una casa hubo hecho,
y el andamio con despecho
exclamó: «¡Qué ingrata acción!»
A tan necia exclamación
dijo Simón muy formal:
—«Quitarte antes, animal,
fuera imprudencia no escasa;
mas después de hecha la casa,
¿hay cosa más natural?»—

FÁBULA III

LA IGUALDAD

LA COL Y LA ROSA

UNA col, en un cercado,
probaba á una rosa bella
que era tan buena como ella,
y aun de una tierra mejor.
«Mas aunque de cuna iguales,
dijo un pepino, ¡mastuerza!
¿dejarás tú de ser *berza*,
mientras que ella es una *flor*?»

FÁBULA IV

PELEAR POR UN MISMO FIN

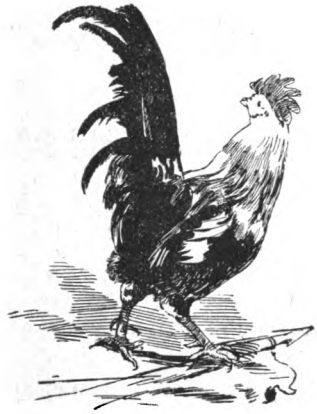
GUERRAS CIVILES

—

Era un reino infeliz en donde altivo
un partido de *olivo* un dios quería,
y otro partido que en el reino había

pidió el dios de *aceituno* en vez de olivo.
Clamando guerra en su furor activo,
al golpe asolador del hacha impía
fué tumba universal la monarquía;
de un yermo la nación fué ejemplo vivo.

Hecho el dios de aceituno á sus antojos,
un partido en sus glorias importuno,
lo encumbró sobre míseros despojos:
hasta que, el dios mirando de aceituno,
vieron por fin con desolados ojos
que aceituno y olivo era todo uno.



FÁBULA V

PERCANCES

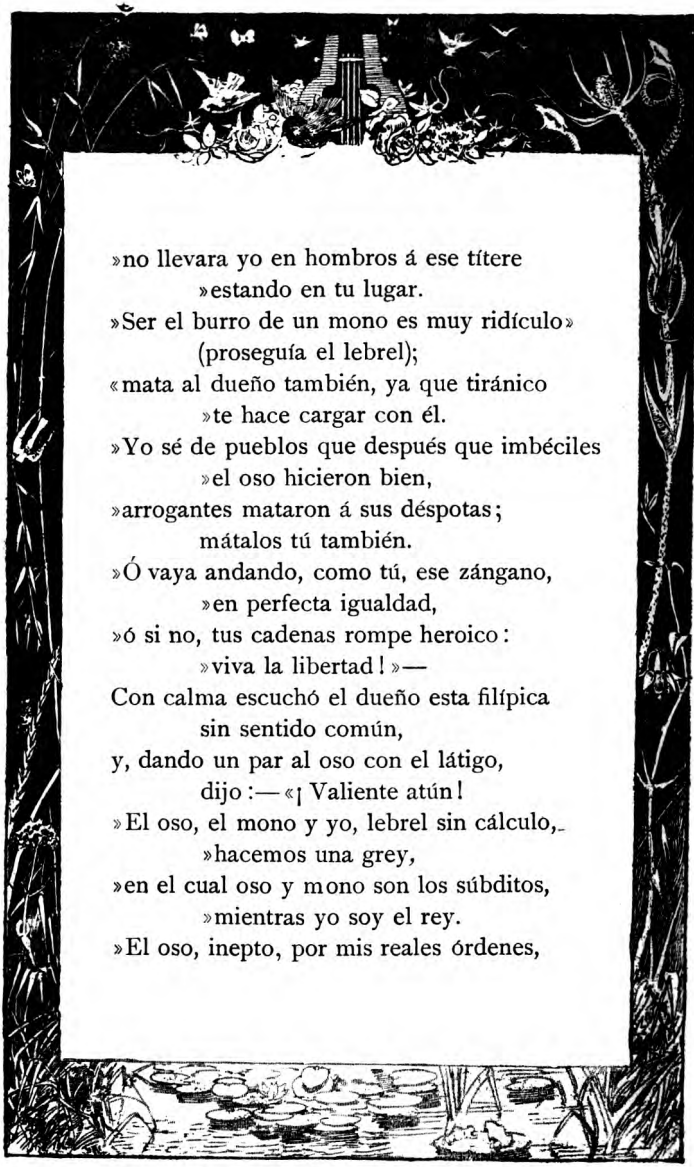
EL LADRÓN Y EL SARGENTO

De los reyes con perdón)
oculto en cuanto robaba,
en un árbol se sentaba,
como en un trono, un ladrón.
Cogió un sargento al bribón
y al árbol le ahorcó en su encono.
Sepa algún rey en su abono
que á veces Dios, y no es falso,
ya hace un trono de un cadalso,
ya hace un cadalso de un trono.

FÁBULA VI

TIRANÍAS JUSTAS

PARA qué llevas á ese mono? ¡estúpido!»
(dijo á un oso un lebrel.)
«—Porque el dueño que ves (responde el mísero)
»me hace cargar con él.»
—«Pues rómpele de un trompis los omóplatos»
(el lebrel replicó.)
Fué el oso á ejecutarlo; pero súbito
miró al dueño y tembló.
—«Muera y no temas (el lebrel famélico
le volvió á replicar);



»no llevara yo en hombros á ese títere
»estando en tu lugar.
»Ser el burro de un mono es muy ridículo»
(proseguía el lebrel);
«mata al dueño también, ya que tiránico
»te hace cargar con él.
»Yo sé de pueblos que después que imbéciles
»el oso hicieron bien,
»arrogantes mataron á sus déspotas;
mátalos tú también.
»Ó vaya andando, como tú, ese zángano,
»en perfecta igualdad,
»ó si no, tus cadenas rompe heroico:
»viva la libertad!»—
Con calma escuchó el dueño esta filípica
sin sentido común,
y, dando un par al oso con el látigo,
dijo:—«¡Valiente atún!
»El oso, el mono y yo, lebrel sin cálculo,
»hacemos una grey,
»en el cual oso y mono son los súbditos,
»mientras yo soy el rey.
»El oso, inepto, por mis reales órdenes,

»va andando con sus pies,
»y el mono va sobre él, porque su mérito
»nos mantiene á los tres.
»Justo es que sirva á mono tan benéfico
»el oso de alazán;
»pues para seres como este oso indómito
»no hay mas que *palo y pan.*
»*¡ Á los necios baldón ; gloria á los útiles !*
»esto manda la ley,
»Agur, señor lebrel; vos, oso bárbaro,
»seguid, y ¡viva el rey!»—

Yo no sé si arengó como un estólido
el patriota animal ;
pero responda el respetable público:
¿habló el dueño tan mal?

SECCIÓN RELIGIOSA

DIOS ES CAUSA DE LAS CAUSAS

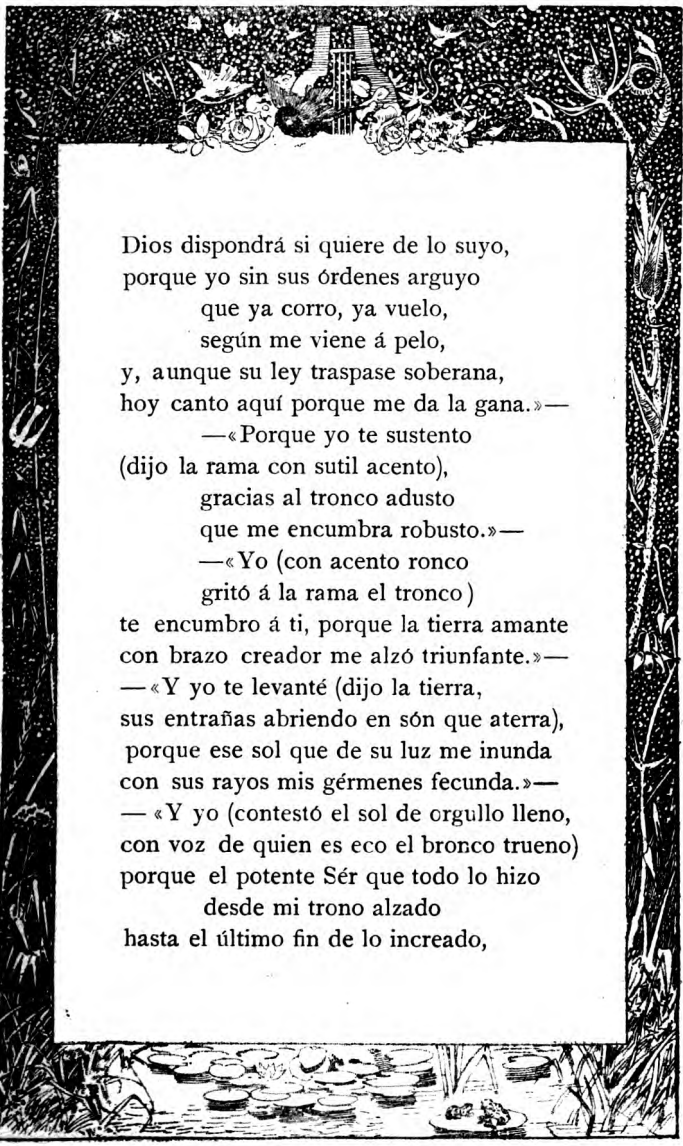
FÁBULA

LA URRACA, LA RAMA, EL ÁRBOL

LA TIERRA Y EL SOL

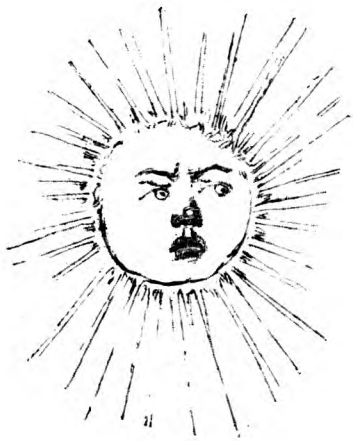
—

Al lado de una iglesia un olmo había,
desde donde una urraca escuchó un día
que un fraile predicaba de este modo:
Dios todo lo hace, y lo dispone todo.
Torciendo entonces el agudo gesto,
dijo la atea urraca:—«Por supuesto,



Dios dispondrá si quiere de lo suyo,
porque yo sin sus órdenes arguyo
que ya corro, ya vuelo,
según me viene á pelo,
y, aunque su ley traspase soberana,
hoy canto aquí porque me da la gana.»—
—«Porque yo te sustento
(dijo la rama con sutil acento),
gracias al tronco adusto
que me encumbra robusto.»—
—«Yo (con acento ronco
gritó á la rama el tronco)
te encumbro á ti, porque la tierra amante
con brazo creador me alzó triunfante.»—
—«Y yo te levanté (dijo la tierra,
sus entrañas abriendo en són que aterra),
porque ese sol que de su luz me inunda
con sus rayos mis gérmenes fecunda.»—
—«Y yo (contestó el sol de orgullo lleno,
con voz de quien es eco el bronco trueno)
porque el potente Sér que todo lo hizo
desde mi trono alzado
hasta el último fin de lo increado,

cual dón con que su alteza manifiesta
¡la clara sombra de su luz me presta!»—
Desde entonces la urraca,
con una fe que su temor aplaca,
cuando oye prorumpir en el otero:
«yo canto estas rondeñas porque quiero;»
—«cantáis porque Dios quiere ¡bachilleras!»—
(grita á sus compañeras):
—«¿cómo ultrajáis al cielo de ese modo?
Dios todo lo hace, y lo dispone todo.»



SECCIÓN MORAL

FÁBULA PRIMERA

LA CARAMBOLA

EL CHICO, EL MULO Y EL GATO

PASANDO por un pueblo un maragato
llevaba sobre un mulo atado un gato,
al que un chico, mostrando disimulo,
le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
pególe al macho un arañazo horrible;
y herido entonces el sensible macho,
pegó una coz, y derribó al muchacho.

Es el mundo, á mi ver, una cadena,
do rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena,
refluye en nuestro mal, por CARAMBOLA.

FÁBULA II

LA JUSTICIA EN UN CUENTO

EL VIEJO Y EL MENDIGO

Rodeado el tío Blas de gente,
dijo: — «vaya un cuento ahora»;—
y ya iban tres cuartos de hora,
cuando él iba en lo siguiente:

—«Aunque *pobre,* el juez prudente
le hizo justicia al momento.»—
Y un *pobre,* que oía atento,
dijo al tío Blas con malicia:
—«*Pobre,* y se le hizo justicia?
Dice usted bien: *eso es cuento.*»—

FÁBULA III

VIRTUD Y ORGULLO

LA ENCINA Y EL ROSAL

MEZQUINA es tu existencia,»—
á un humilde rosal dijo una encina,
—«pues arrastras al par de mi opulencia
»tu existencia mezquina!»—
De una santa en las fiestas placenteras
bajaron á coger unos pastores
ramaje de la encina para hogueras,
y del rosal, para la imagen, flores.

Ornó el rosal la imagen peregrina,
y entonces me presumo
que mirando en la hoguera arder la encina,
exclamó al darle el humo:

No afrentes al humilde con tu fausto:
que el día de la prueba, en acto innoble,
con ignominia doble
tal vez sirvas de incienso á su holocausto.

FÁBULA IV

EL MÉTODO

EL MANCEBO Y LOS PÁJAROS

Vió Gil de un árbol caer
cinco pájaros, y todos,
corriendo por varios modos,
los quiso á un tiempo coger.
—«Deja, buen Gil, de correr,
que no cogerás ninguno.
¿Á qué tras *cinco* ¡importuno!
á un tiempo vas con ahínco,
si para coger los *cinco*
tienes que empezar por *uno*?»—

FÁBULA V

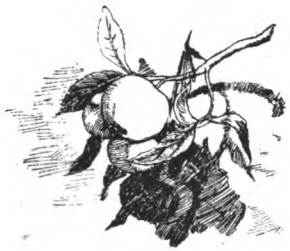
LA PIEDAD BIEN ENTENDIDA

EL MUCHACHO, EL PODADOR Y EL MANZANO

A un manzano podaba un hortelano,
y un muchacho, con íntimas querellas,
—«¿Por qué,» decía á gritos, «inhumano
del tronco á quitar vas ramas tan bellas?»—

—«Córtalas, podador,» dijo el manzano,
»que se me quiere encaramar por ellas.»—

El tal rapaz, que procuraba arguyo el bien ajeno en beneficio suyo.

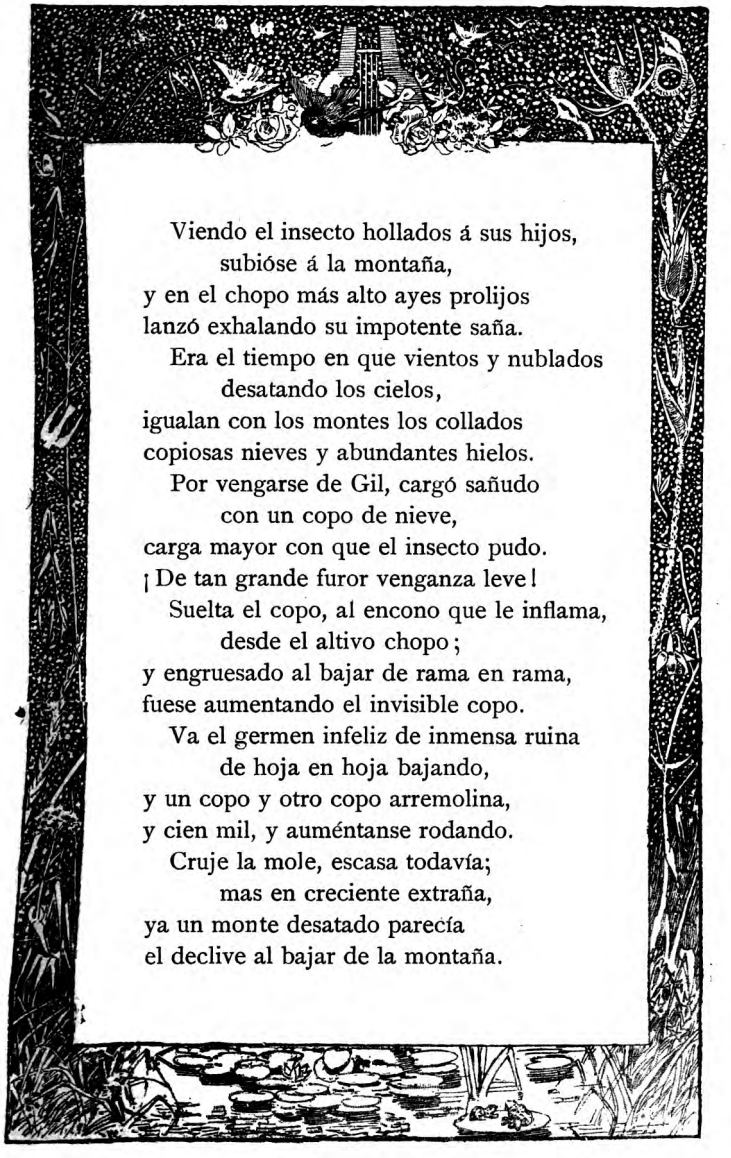


FABULA VI

DE PEQUEÑAS CAUSAS GRANDES EFECTOS

EL PASTOR Y EL INSECTO

CANTANDO Gil, vió de un insecto el nido,
y le holló con pie rudo:
y aunque oyó de mil tristes el gemido
siguió cantando de piedad desnudo.



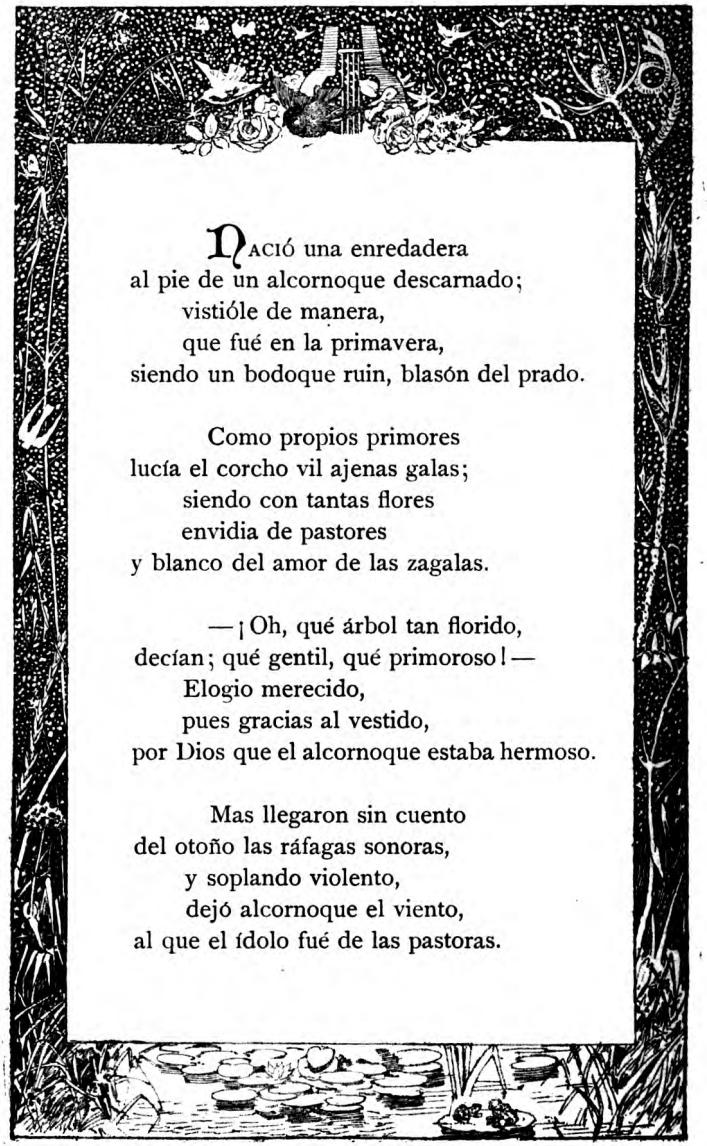
Viendo el insecto hollados á sus hijos,
subióse á la montaña,
y en el chopo más alto ayes prolijos
lanzó exhalando su impotente saña.
Era el tiempo en que vientos y nublados
desatando los cielos,
igualan con los montes los collados
copiosas nieves y abundantes hielos.
Por vengarse de Gil, cargó sañudo
con un copo de nieve,
carga mayor con que el insecto pudo.
¡De tan grande furor venganza leve!
Suelta el copo, al encono que le inflama,
desde el altivo chopo;
y engruesado al bajar de rama en rama,
fuese aumentando el invisible copo.
Va el germen infeliz de inmensa ruina
de hoja en hoja bajando,
y un copo y otro copo arremolina,
y cien mil, y auméntanse rodando.
Cruje la mole, escasa todavía;
mas en creciente extraña,
ya un monte desatado parecía
el declive al bajar de la montaña.

El alto roble y la empinada encina,
á su impulso arrollados,
amenazaban convertir en ruina
del pobre Gil apriscos y ganados.
Y al ver la mole, el insectillo en tanto,
que lo arrasaba todo,
parodiando de Gil el fiero canto,
tarareó esta canción allá á su modo:
¡No hay venganza que un ruin, si está ofendido
tomar no pueda en pago,
cuando un copo de nieve desprendido
la causa llega á ser de tanto estrago!

FÁBULA VII

AMAR POR LAS APARIENCIAS

EL ALCORNOQUE Y LA ENREDADERA



Nació una enredadera
al pie de un alcornoque descarnado;
vistióle de manera,
que fué en la primavera,
siendo un bodoque ruin, blasón del prado.

Como propios primores
lucía el corcho vil ajenas galas;
siendo con tantas flores
envidia de pastores
y blanco del amor de las zagalas.

—¡Oh, qué árbol tan florido,
decían; qué gentil, qué primoroso!—
Elogio merecido,
pues gracias al vestido,
por Dios que el alcornoque estaba hermoso.

Mas llegaron sin cuento
del otoño las ráfagas sonoras,
y soplando violento,
dejó alcornoque el viento,
al que el ídolo fué de las pastoras.

¡ Cuántas de esta manera,
Elvira, adoran á un galán bodoque,
y hasta que el aura fiera
lleva la enredadera,
no advierten que han amado á un alcornoque!

FÁBULA VIII

ACUSAR DELITOS PROPIOS

LA URRACA Y LA GALLINA

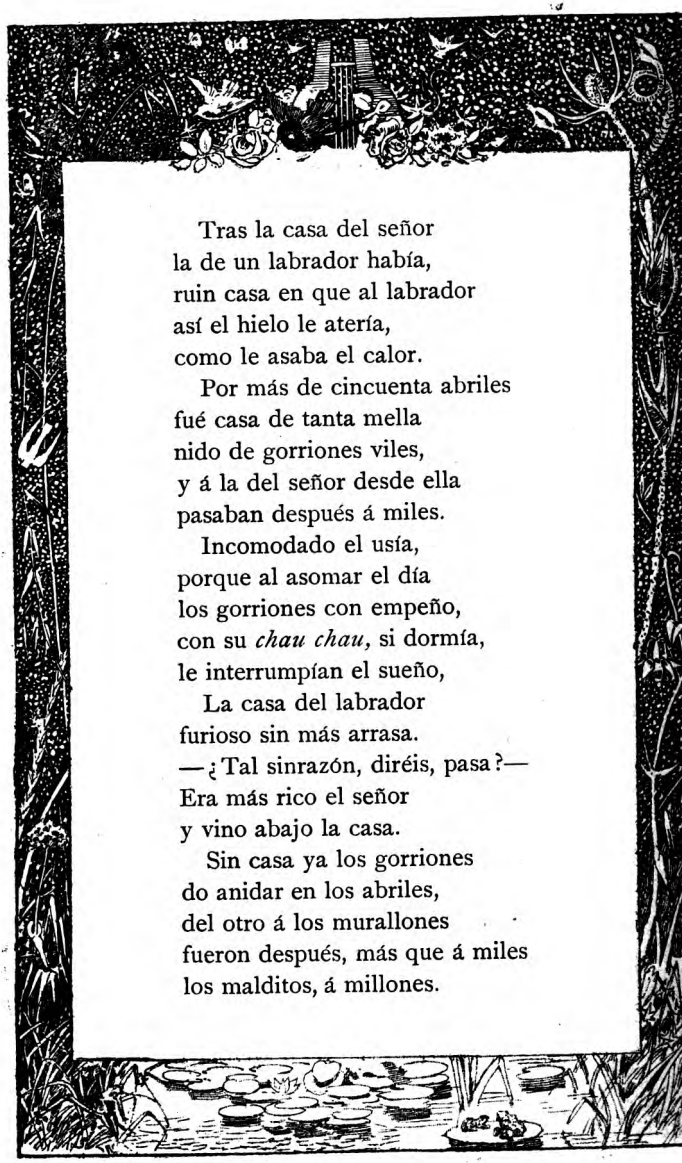
¡Qué escándalo!»—en tono fiero
una gallina decía,
á una urraca que comía
las flores de un limonero.
—«¡Que se come, jardinero,
»de las de *arriba* á destajo.»
—«Celebro tu desparpajo,»—
contestó la urraca altiva:
—«¿No he de comer las de *arriba*,
»si no has dejado una *abajo*?»—

FABULA IX

EFECTOS DE LA INJUSTICIA

EL LUGAREÑO Y EL MAGNATE

UN señor de calidad
por dar, con magia distinta,
á su vida variedad,
se iba en verano á la quinta,
y en invierno á la ciudad.



Tras la casa del señor
la de un labrador había,
ruin casa en que al labrador
así el hielo le atería,
como le asaba el calor.
Por más de cincuenta abriles
fué casa de tanta mella
nido de gorriones viles,
y á la del señor desde ella
pasaban después á miles.
Incomodado el usía,
porque al asomar el día
los gorriones con empeño,
con su *chau chau*, si dormía,
le interrumpían el sueño,
La casa del labrador
furioso sin más arrasa.
—¿Tal sinrazón, diréis, pasa?—
Era más rico el señor
y vino abajo la casa.
Sin casa ya los gorriones
do anidar en los abriles,
del otro á los murallones
fueron después, más que á miles
los malditos, á millones.

Y á cada instante al señor
cantándole el aleluya,
le entraron en tal rencor,
que, cual la del labrador,
tuvo que arrasar la suya.

Justo premio al que inclemente
pudo dejar sin consuelo
á un labrador indigente.

Siempre se ensucia la frente
el loco que escupe al cielo.

SECCIÓN FILOSÓFICA

FÁBULA PRIMERA

YENDO Á MÁS, VENIR Á MENOS

LA ABEJA, EL BURRO Y LA RAMA

La abeja de una rama de romero
formaba su panal de mieles rico;
mas la rama encontrando en un lindero,
se la comió un borrico.
¡Pobre rama olorosa

que el blasón iba á ser de los panales,
y ya entre las mandíbulas asnales
podrá ser, menos miel, cualquiera cosa!
¡ Oh, qué bien con su ejemplo nos declama
lo instable del destino,
cuando al ir á ser miel la noble rama,
el pienso quedó á ser de un vil pollino!

FÁBULA II

CAPRICHOS DEL HADO

EL ESCULTOR Y LOS DOS TRONCOS

Cierto escultor un día,
viendo dos troncos, entre sí decía:
—«De este zoquete vil, lleno de lodo,
un San Roque he de hacer con perro y todo;

y este, aunque para santo mejor era,
del templo servirá para madera.»—

Así el hado cruel, que engaña á tantos,
convierte, con tristísimos ejemplos,
en madera de templos á los santos,
y en santos la madera de los templos.

FÁBULA III

LA INOCENTADA

LA MADRE Y EL HIJO

¡BBB!!»—en inocente fiesta
una madre con cariño
gritaba á un hermoso niño
con una máscara puesta.

Mas de sus gustos avara,
al ver que lloraba el hijo,
arrojándola, le dijo:
«Tonto, si tengo otra cara.»

Y del candor á merced,
á cuantas después hallaba,
el niño les preguntaba:
«¿Cuántas caras tiene usted?»

Y es fama que ya crecido,
llegó el niño á asegurar
que todas suelen mudar
la cara con el vestido.

FÁBULA IV

LA VIDA Y LA MUERTE

EL PADRE Y SUS HIJOS

Juntos con su padre estando
Ana y Luís una mañana,
al plañir de una campana
Luís se santiguó rezando.

Y Ana exclamó con desprecio:
—«¿Por qué rezas?»—Y él al punto:
—«Rezo, dijo, á ese difunto.»
—«Si es que ha nacido uno, necio.»

Y viendo afrentado al hijo,
el padre, con faz severa
mirando á la retrechera,
con voz solemne la dijo:

—«*¡No es rara equivocación,*
pues para ambas cosas, Ana,
siempre una misma campana
toca con un mismo són!»—

FÁBULA V

Á UN GRAN MAL, OTRO MAYOR

EL RUISEÑOR Y EL RATÓN

—

Clamó un ratón sin consuelo,
preso en una cárcel fuerte:
—«¡Imposible es que la suerte
pudiese aumentar mi duelo!» —
Y alzando la vista al cielo
para acusar su dolor,
le preguntó un ruiseñor
de un halcón arrebatado:
—«¿Truecas conmigo tu estado!»—
Y él contestó:—*No señor.*

FÁBULA VI

LECCIONES AMARGAS

EL PADRE, EL HIJO Y EL PERRO

Bramaba el viento, agitado,
cuando subían á un cerro
un padre en su hijo apoyado,
y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre
el viejo desfallecido,
cayó exánime en la cumbre,
entre la nieve aterido.
Y—«marcha,»—al joven le dijo;
«no encuentres cual yo la muerte.»—
—«Pues adiós»—contestó el hijo;
y huyó temiendo igual suerte.
Mas desde un monte cercano,
libre ya de todo empeño,
vió que, *más fiel el alano,*
quedó á morir con su dueño.

FÁBULA VII

LA MUERTE TODO LO IGUALA

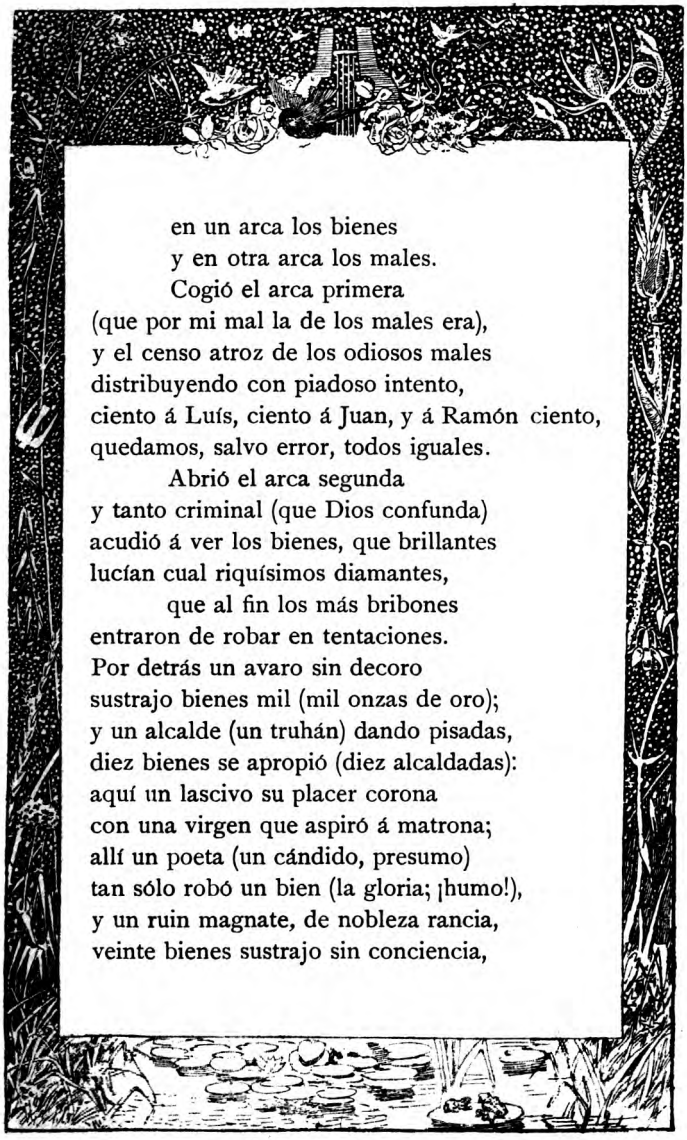
LA VUELTA DEL CAMPESINO

Halló al volver con otros á su tierra
un nuevo cementerio un campesino,
y al cruzar por en medio del camino
vió escrita en él esta inscripción que aterra:
—«Un Ponce de León aquí se encierra:
dobla, al pasar, la frente ¡oh peregrino!
y acata humilde al que postró el destino,
recto juez en la paz, y héroe en la guerra.»—
Fija la vista en los eternos bronces,
gestos de admiración haciendo extraños,
dijo extasiado el campesino entonces:
—«¡Por Dios que son terribles desengaños!
¡Quién les dijera á los ilustres Ponces
que aquí enterré yo un *burro* hace dos años!» —

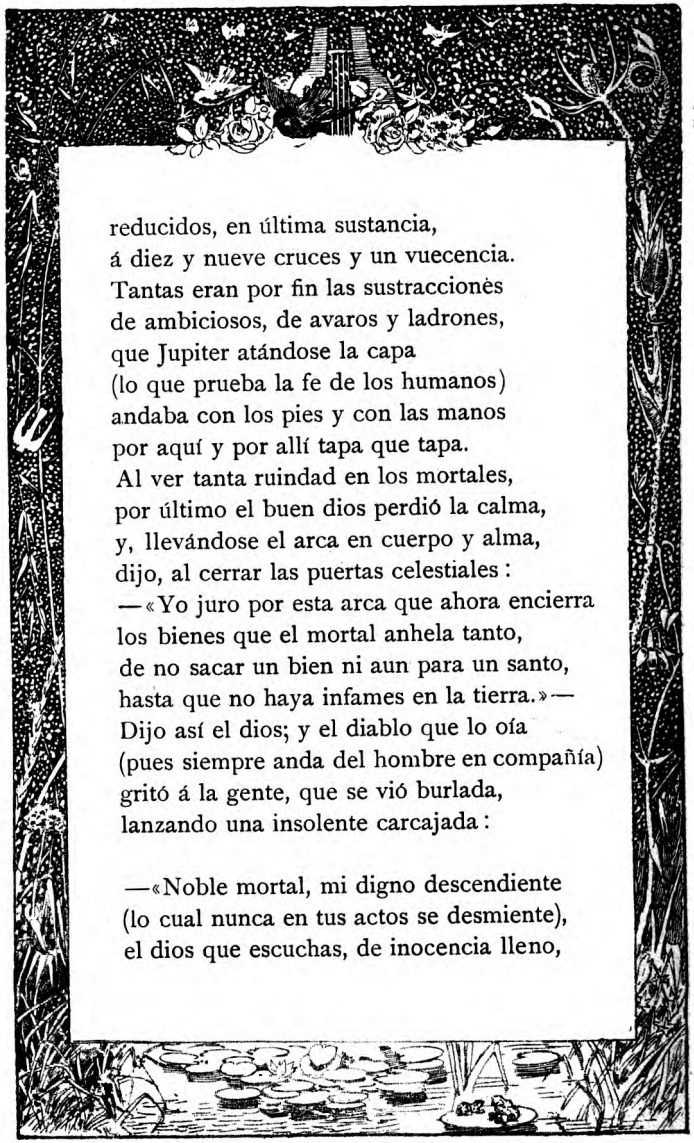
FÁBULA VIII

BIENES PROMETIDOS

El mundo al empezar, si bien me fundo,
Júpiter trajo al mundo,
para dar por igual á los mortales,



en un arca los bienes
y en otra arca los males.
Cogió el arca primera
(que por mi mal la de los males era),
y el censo atroz de los odiosos males
distribuyendo con piadoso intento,
ciento á Luís, ciento á Juan, y á Ramón ciento,
quedamos, salvo error, todos iguales.
Abrió el arca segunda
y tanto criminal (que Dios confunda)
acudió á ver los bienes, que brillantes
lucían cual riquísimos diamantes,
que al fin los más bribones
entraron de robar en tentaciones.
Por detrás un avaro sin decoro
sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);
y un alcalde (un truhán) dando pisadas,
diez bienes se apropió (diez alcaldadas):
aquí un lascivo su placer corona
con una virgen que aspiró á matrona;
allí un poeta (un cándido, presumo)
tan sólo robó un bien (la gloria; ¡humo!),
y un ruin magnate, de nobleza rancia,
veinte bienes sustrajo sin conciencia,



reducidos, en última sustancia,
á diez y nueve cruces y un vuecencia.
Tantas eran por fin las sustraccionès
de ambiciosos, de avaros y ladrones,
que Jupiter atándose la capa
(lo que prueba la fe de los humanos)
andaba con los pies y con las manos
por aquí y por allí tapa que tapa.
Al ver tanta ruindad en los mortales,
por último el buen dios perdió la calma,
y, llevándose el arca en cuerpo y alma,
dijo, al cerrar las puertas celestiales:
—«Yo juro por esta arca que ahora encierra
los bienes que el mortal anhela tanto,
de no sacar un bien ni aun para un santo,
hasta que no haya infames en la tierra.»—
Dijo así el dios; y el diablo que lo oía
(pues siempre anda del hombre en compañía)
gritó á la gente, que se vió burlada,
lanzando una insolente carcajada:

—«Noble mortal, mi digno descendiente
(lo cual nunca en tus actos se desmiente),
el dios que escuchas, de inocencia lleno,

sus bienes te promete, *en siendo bueno:*
si hasta entonces no aguardas otros bienes,
acuéstate á dormir, que *tiempo tienes.*» —

FÁBULA IX

PRINCIPIO Y FIN DE LAS COSAS

EL LABRADOR Y LA MORERA

PRIMERA PARTE

JUAN plantó una morera,
que el que, después de un año, la veía,
con la fe más sincera
loando sus primores, prorrumpía:
—«¡Bien haya el hacedor de tal hechura!—
¡Qué flor, qué tronco, qué hoja, qué verdura!»—

De seda unos gusanos
sus hojas agotaron roedores,
y con dardos insanos
dieron fin las abejas á sus flores,
dejando el árbol de tan ruin manera,
que Juan lo hizo cortar: ¡Adiós, morera!

Así, en suertes no iguales,
llegaron con destino bueno ó malo,
las flores á panales,
las hojas á ser seda, á efigie el palo;
pues os advierto que en mudanza tanta
del rudo tronco Juan hizo una santa.

Y cual de la morera
tuvieron hoja y flor vario destino,
de la misma manera
los hombres tienen encontrado síno;
que el destino es instable como el viento.
Mas, basta de moral y siga el cuento.

SEGUNDA PARTE

A mi lugar un día
la gente se agolpó de la comarca,
do festejar solía
la virgen que llamamos de la Barca ;
santa que yo adoré, santa que aún era
la misma que hizo Juan de la morera.

Y á través de un concierto
que en el templo sonaba en alto coro
(bastante mal por cierto),
sin oir lo sonoro ó no sonoro,
á una vela escuché, no sin trabajo,
que decía á la santa por lo bajo :

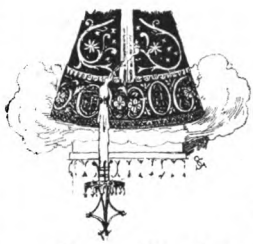
«¿Cómo estamos, hermana?
Yo soy hija también de la morera.
En mi suerte tirana,
fuí flor, llegué á panal y ahora soy cera.
¡Quién al ver la morera nos diría,
que al ser lo que eres, lo que soy sería!»

«Su desdén me acongoja,»
dijo el vestido de la santa entonces;
«llegué á seda desde hoja,
y sus oídos para mí son bronces.
¡Nadie creería, al verme en la morera,
que de un santo del tronco el traje fuera!»

«Calle el necio ropaje,
pues le doy tanto honor,» dijo la santa:
«y cuide no me ultraje
la innoble cera con locura tanta.
¡Las parleras!... las muy... Ave María!
¿Qué hay de común entre las tres?» seguía.

«¿No ven,» las fué diciendo,
«que hasta el mismo escultor que me ha labrado
en acto reverendo
me tributa oblación con noble agrado?»
Y era verdad, que con amor profundo
hasta oraba el buen Juan. ¡Cosas del mundo!

Si empieza la existencia
los seres al nacer mostrando iguales,
en nuestra adolescencia
ya veis que unos son seres celestiales,
ante los cuales los demás oramos.
¿Mas cuál de todos será el fin? Veamos.



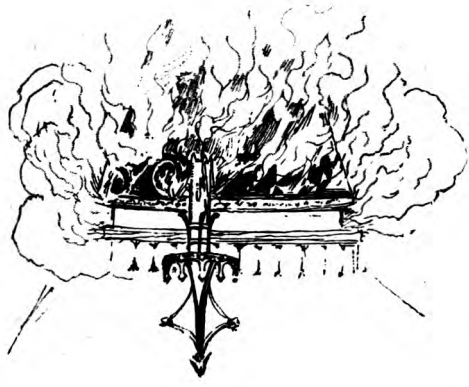
TERCERA PARTE

A la vela inflamada,
«llega,» dijo el vestido, «hermana mía,
y nuestra suerte airada
será así igual hasta la tumba fría.»
Llegó la vela el labio enrojecido,
é inflamado á su luz ardió el vestido.

Crugió entonces la seda;
y arrojando las chispas á millares,
fué ardiendo en ígnea rueda
seda, blandón, imágenes y altares;
siendo al fin, calcinado su ornamento,
juguete vil del agitado viento.

¡Así en la humana vida,
si á unos el hado en ídolos convierte,

mientras que envilecida
la plebe es templo y luz... llega la muerte,
y confunde, con bárbaros ejemplos,
aras, ídolos, luz, galas y templos!



LIBRO CUARTO

DOLORAS

I

COSAS DE LA EDAD

I

Sé que corriendo, Lucía,
tras criminales antojos,
has escrito el otro día
una carta que decía:
—Al espejo de mis ojos.—

»Y aunque mis gustos añejos
marchiten tus ilusiones,
te han de hacer ver mis consejos
que contra tales espejos
se rompen los corazones.

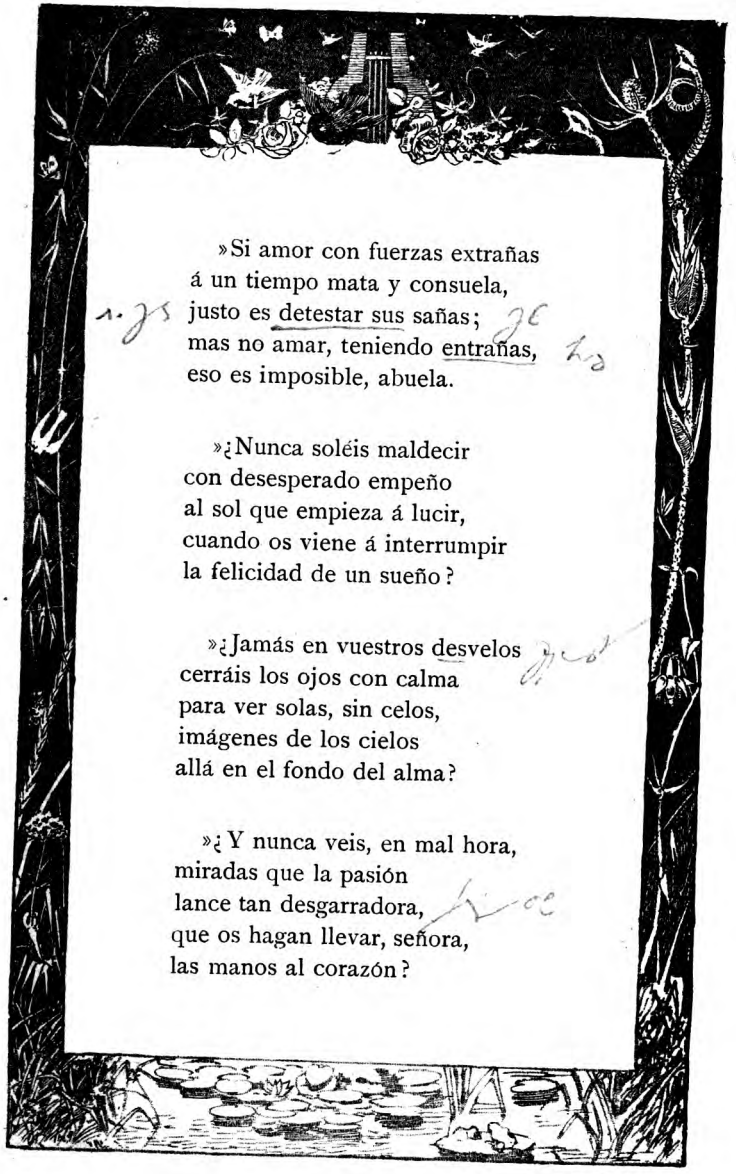
»¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,
el corazón lastimado
á dura cautividad,
si yo volviera á tu edad,
y lo pasado, pasado!

»Por tus locas vanidades,
¡que son, oh niña, no miras
más amargas las verdades,
cuanto allá en las mocedades
son más dulces las mentiras!

»¡Y qué es la tez seductora
con que el semblante se aliña,
luz que la edad descolora!
Mas ¿no me escuchas, traidora?
(¡Pero, señor, *si es tan niña!...*)»—

II

«Conozco, abuela, en lo helado
de vuestra estéril razón,
que en el tiempo que ha pasado,
ó habéis perdido ó gastado
las llaves del corazón.

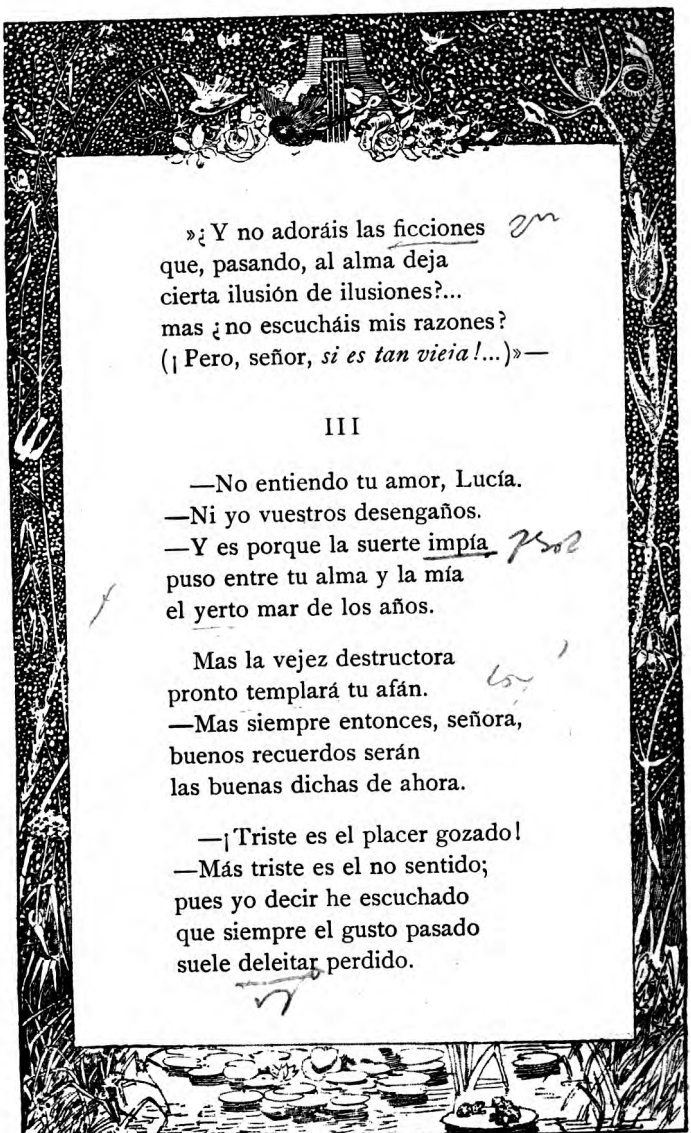


»Si amor con fuerzas extrañas
á un tiempo mata y consuela,
justo es detestar sus sañas;
mas no amar, teniendo entrañas,
eso es imposible, abuela.

»¿Nunca soléis maldecir
con desesperado empeño
al sol que empieza á lucir,
cuando os viene á interrumpir
la felicidad de un sueño?

»¿Jamás en vuestros desvelos
cerráis los ojos con calma
para ver solas, sin celos,
imágenes de los cielos
allá en el fondo del alma?

»¿Y nunca veis, en mal hora,
miradas que la pasión
lance tan desgarradora,
que os hagan llevar, señora,
las manos al corazón?



»¿Y no adoráis las ficciones
que, pasando, al alma deja
cierta ilusión de ilusiones?...
mas ¿no escucháis mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)»—

III

—No entiendo tu amor, Lucía.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
puso entre tu alma y la mía
el yerto mar de los años.

Mas la vejez destructora
pronto templará tu afán.
—Mas siempre entonces, señora,
buenos recuerdos serán
las buenas dichas de ahora.

—¡Triste es el placer gozado!
—Más triste es el no sentido;
pues yo decir he escuchado
que siempre el gusto pasado
suele deleitar perdido.

—Oye á quien bien te aconseja.
—Inútil es vuestra riña.
—Siento tu mal.—No me aqueja.
—(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)
—(¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)—

II

GLORIAS de LA VIDA

AL fuego, cartas de adorados seres,
por quien la sangre derramé viviendo!
arded á impulsos de esa luz, y ardiendo,
con vos se extinga *mi fatal pasión.*

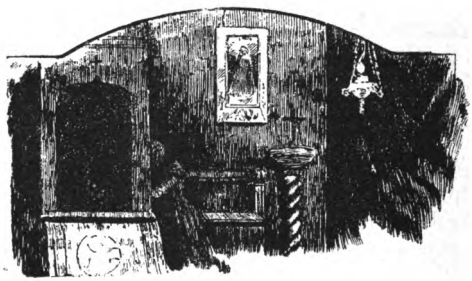
¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
se lleva el aire en fútiles despojos!
¡No su partida lamentéis, mis ojos;
que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, signos que sin fe trazaron
falsas mujeres que adoraba ciego!
VICTORIA, OCTAVIA, INÉS.... ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasión!*

—«¡Nadie en el mundo como yo te adora!»—
¡Arda á su vez la que tan bien mentía!
¡Ay! ¡quién, tal gloria al poseer, diría
que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, enigmas de infernal sentido!
¡Digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en ésta
del torpe error de *mi fatal pasión!*

«¡Huye—dice—el amor, porque su gloria
es pacto vil de la ilusión de un día,
y al fin verás, alma del alma mía,
que humo las glorias de la vida son!



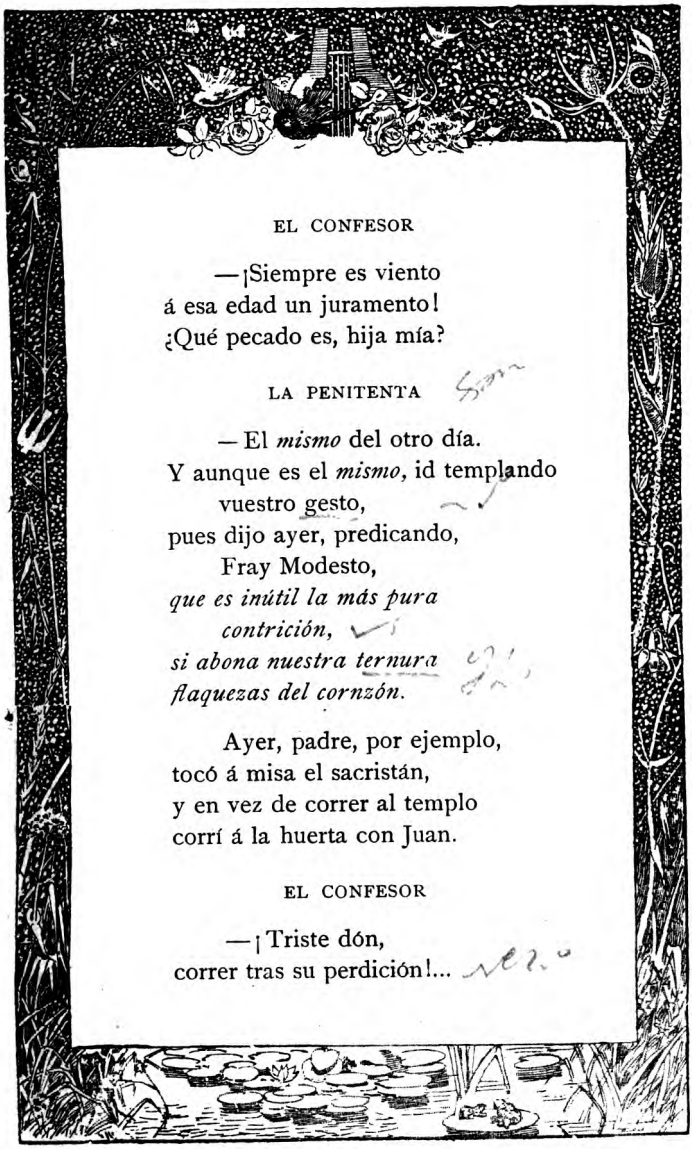
III

PROPÓSITOS VANOS

Nunca te tengas por seguro
en esta vida.

(KEMPIS, lib. I, c. XX.)

PADRE, pequé, y perdonad
si en mi amorosa contienda,
se lleva el viento, á mi edad,
propósitos de la enmienda.



EL CONFESOR

—¡Siempre es viento
á esa edad un juramento!
¿Qué pecado es, hija mía?

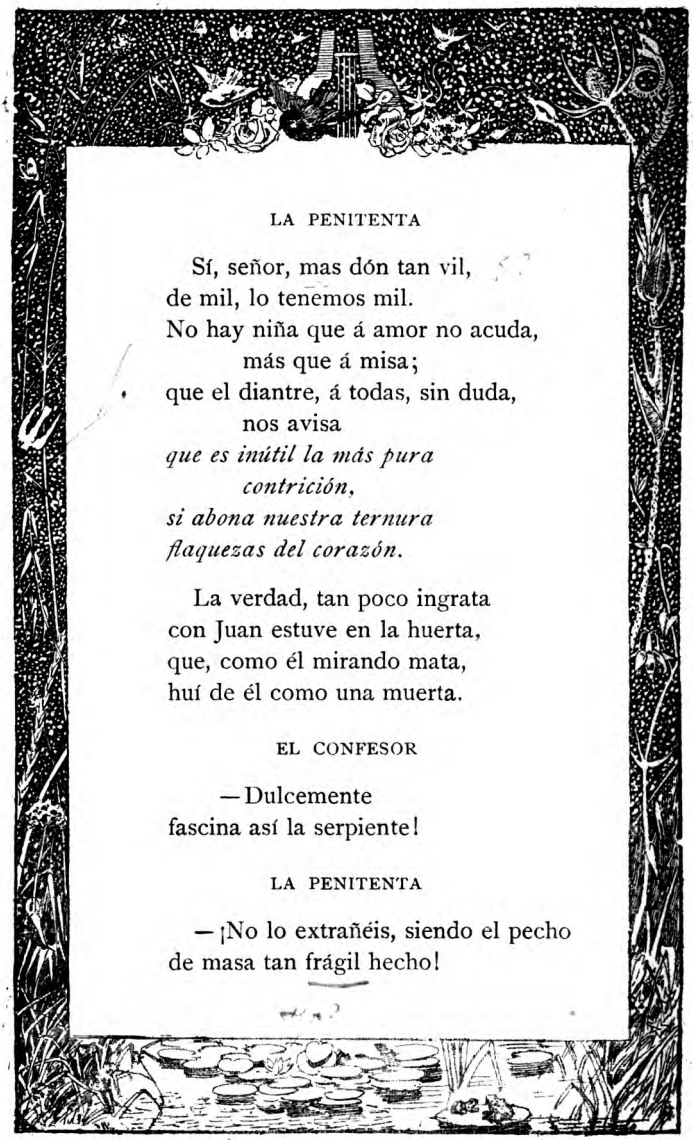
LA PENITENTA

—El *mismo* del otro día.
Y aunque es el *mismo*, id templando
vuestro gesto,
pues dijo ayer, predicando,
Fray Modesto,
que es inútil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del cornzón.

Ayer, padre, por ejemplo,
tocó á misa el sacristán,
y en vez de correr al templo
corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR

—¡Triste dón,
correr tras su perdición!...



LA PENITENTA

Sí, señor, mas dón tan vil,
de mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amor no acuda,
más que á misa;
que el diantre, á todas, sin duda,
nos avisa
que es inútil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón.

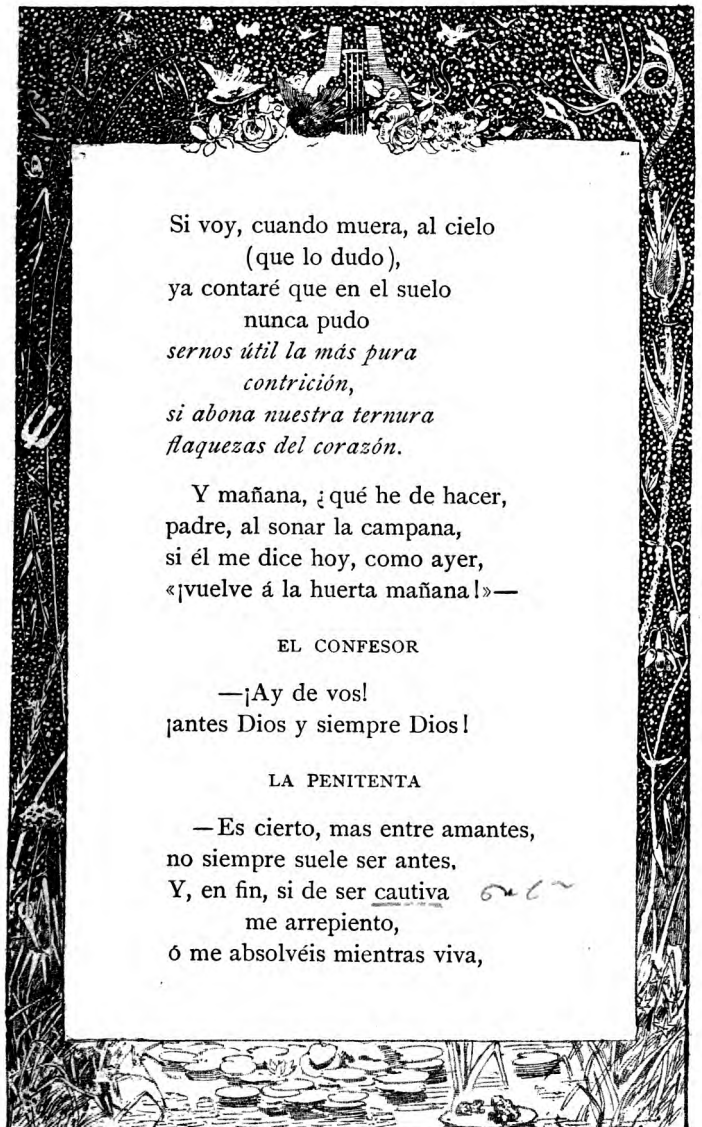
La verdad, tan poco ingrata
con Juan estuve en la huerta,
que, como él mirando mata,
huí de él como una muerta.

EL CONFESOR

—Dulcemente
fascina así la serpiente!

LA PENITENTA

—¡No lo extrañéis, siendo el pecho
de masa tan frágil hecho!



Si voy, cuando muera, al cielo
(que lo dudo),
ya contaré que en el suelo
nunca pudo
sernos útil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón.

Y mañana, ¿qué he de hacer,
padre, al sonar la campana,
si él me dice hoy, como ayer,
«¡vuelve á la huerta mañana!»—

EL CONFESOR

—¡Ay de vos!
¡antes Dios y siempre Dios!

LA PENITENTA

—Es cierto, mas entre amantes,
no siempre suele ser antes.
Y, en fin, si de ser cautiva
me arrepiento,
ó me absolvéis mientras viva,

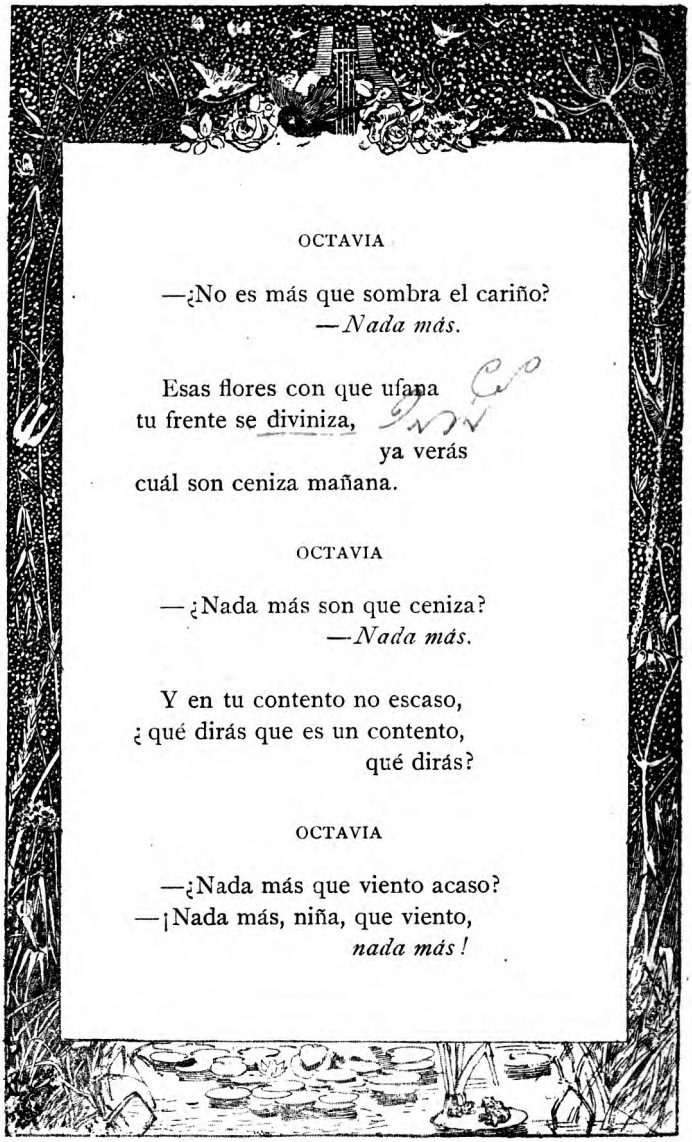
ó presiento
que es inútil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón.—

IV

VANIDAD DE LA HERMOSURA

Á OCTAVIA

Ni amor canto, ni hermosura,
porque ésta es un vano aliño,
y además,
aquél una sombra oscura.



OCTAVIA

—¿No es más que sombra el cariño?
—*Nada más.*

Esas flores con que ufana
tu frente se diviniza,
ya verás
cuál son ceniza mañana.

OCTAVIA

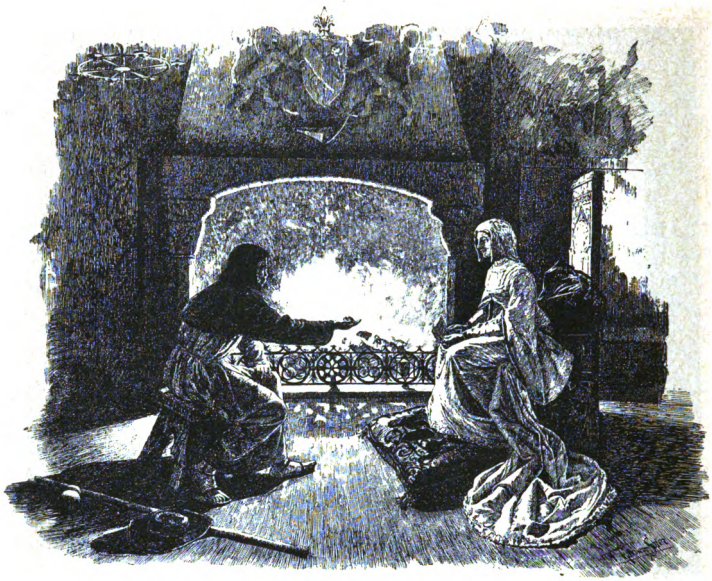
—¿Nada más son que ceniza?
—*Nada más.*

Y en tu contento no escaso,
¿qué dirás que es un contento,
qué dirás?

OCTAVIA

—¿Nada más que viento acaso?
—¡Nada más, niña, que viento,
nada más!

En la edad de las pasiones,
á vueltas de mil enojos,
hallarás
aire, sombras é ilusiones:
¡nada más, luz de mis ojos,
nada más!...—

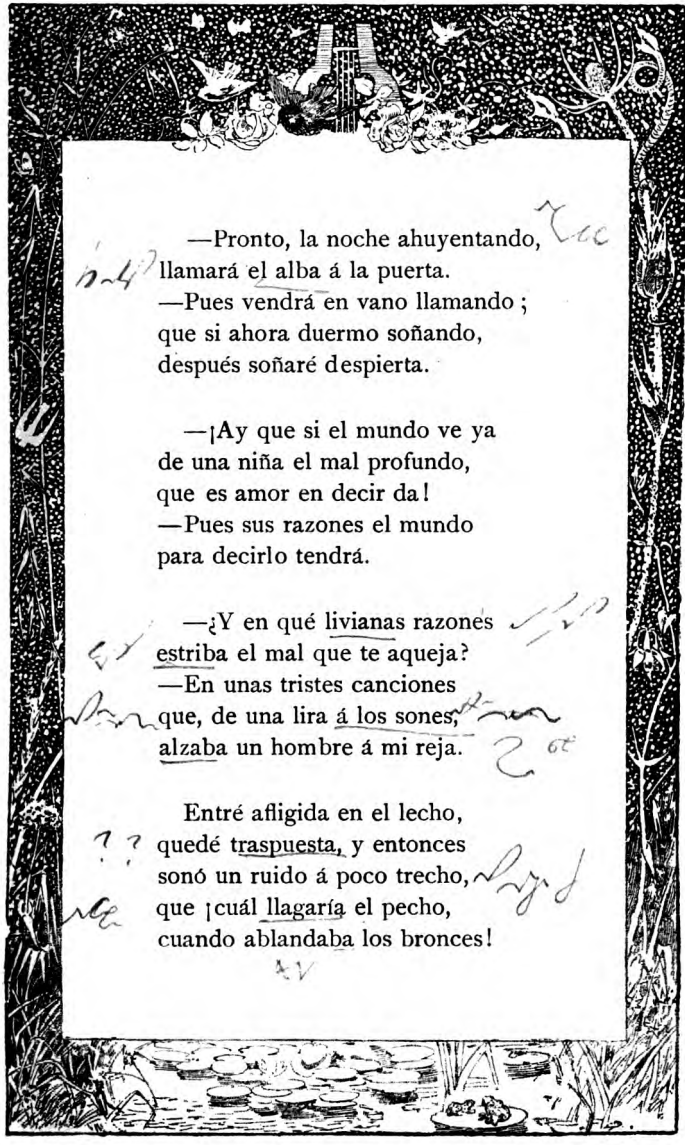


V

LA COMPASIÓN

Niña ¿por qué, desvelada,
suspiras con tal empeño?
—El por qué, madre, no es nada;
sólo me siento hostigada
por las quimeras de un sueño.

—El rostro, niña, sepulta
en la holanda, que el espanto,
viendo las sombras, se abulta.
—Así derramaré, oculta
entre sus pliegues, mi llanto.

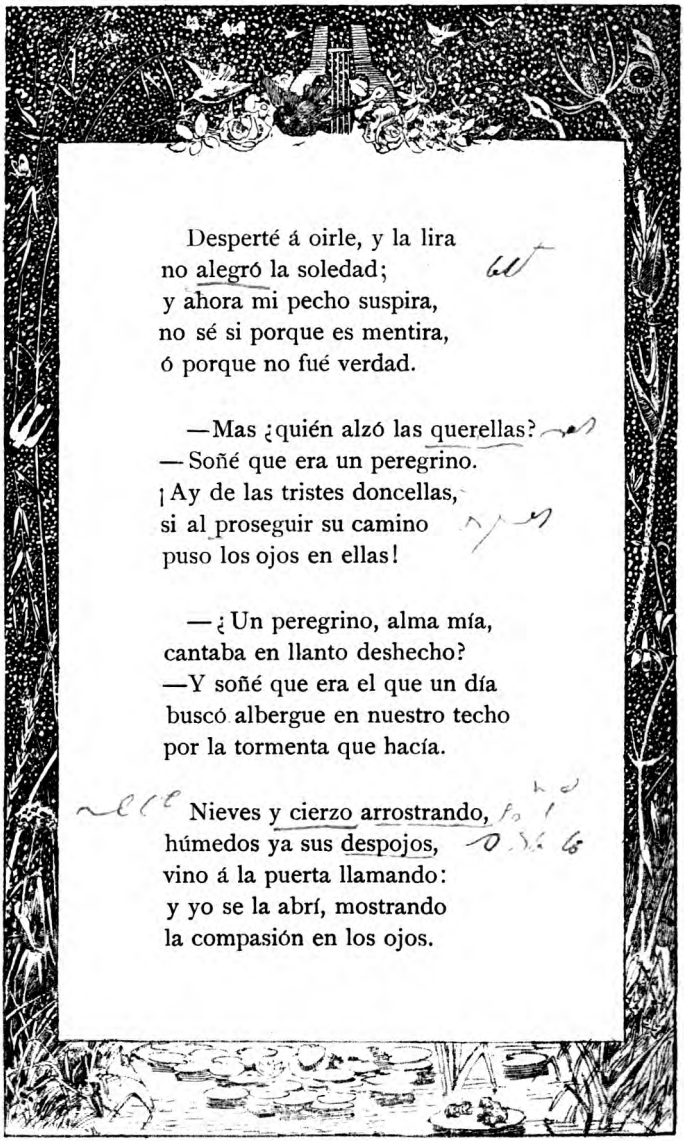


—Pronto, la noche ahuyentando,
llamará el alba á la puerta.
—Pues vendrá en vano llamando ;
que si ahora duermo soñando,
después soñaré despierta.

—¡Ay que si el mundo ve ya
de una niña el mal profundo,
que es amor en decir da!
—Pues sus razones el mundo
para decirlo tendrá.

—¿Y en qué livianas razones
estriba el mal que te aqueja?
—En unas tristes canciones
que, de una lira á los sones,
alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,
quedé traspuesta, y entonces
sonó un ruido á poco trecho,
que ¡cuál llagaría el pecho,
cuando ablandaba los bronces!

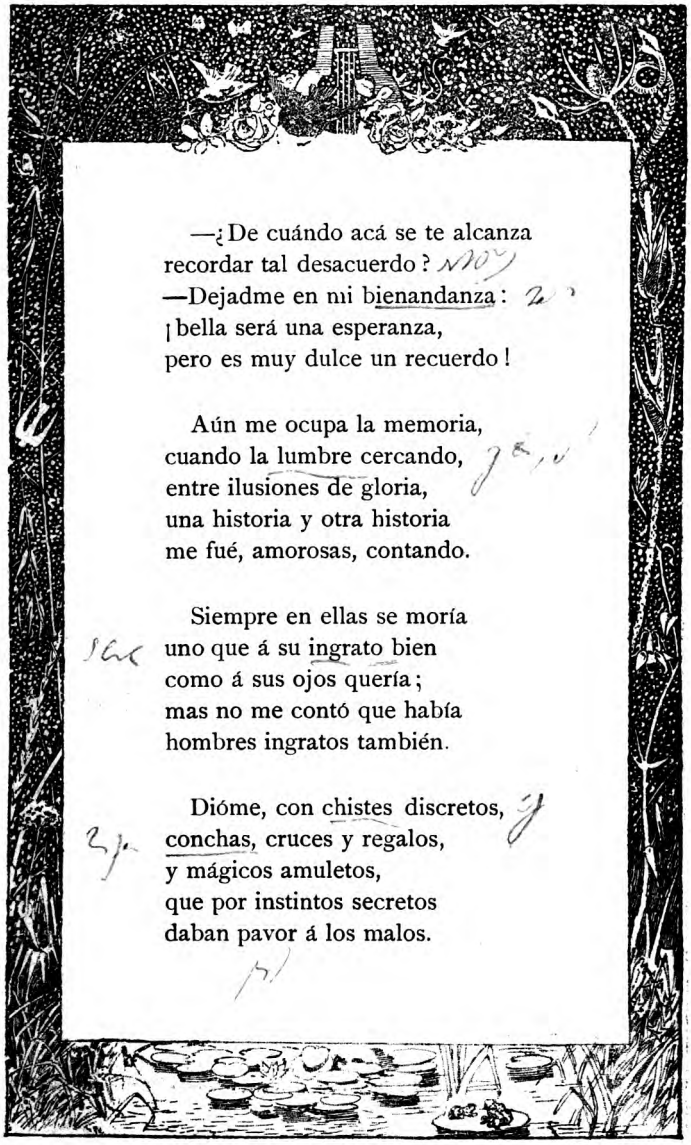


Desperté á oirle, y la lira
no alegró la soledad;
y ahora mi pecho suspira,
no sé si porque es mentira,
ó porque no fué verdad.

—Mas ¿quién alzó las querellas?
—Soñé que era un peregrino.
¡Ay de las tristes doncellas,
si al proseguir su camino
puso los ojos en ellas!

—¿Un peregrino, alma mía,
cantaba en llanto deshecho?
—Y soñé que era el que un día
buscó albergue en nuestro techo
por la tormenta que hacía.

Nieves y cierzo arrostrando,
húmedos ya sus despojos,
vino á la puerta llamando:
y yo se la abrí, mostrando
la compasión en los ojos.

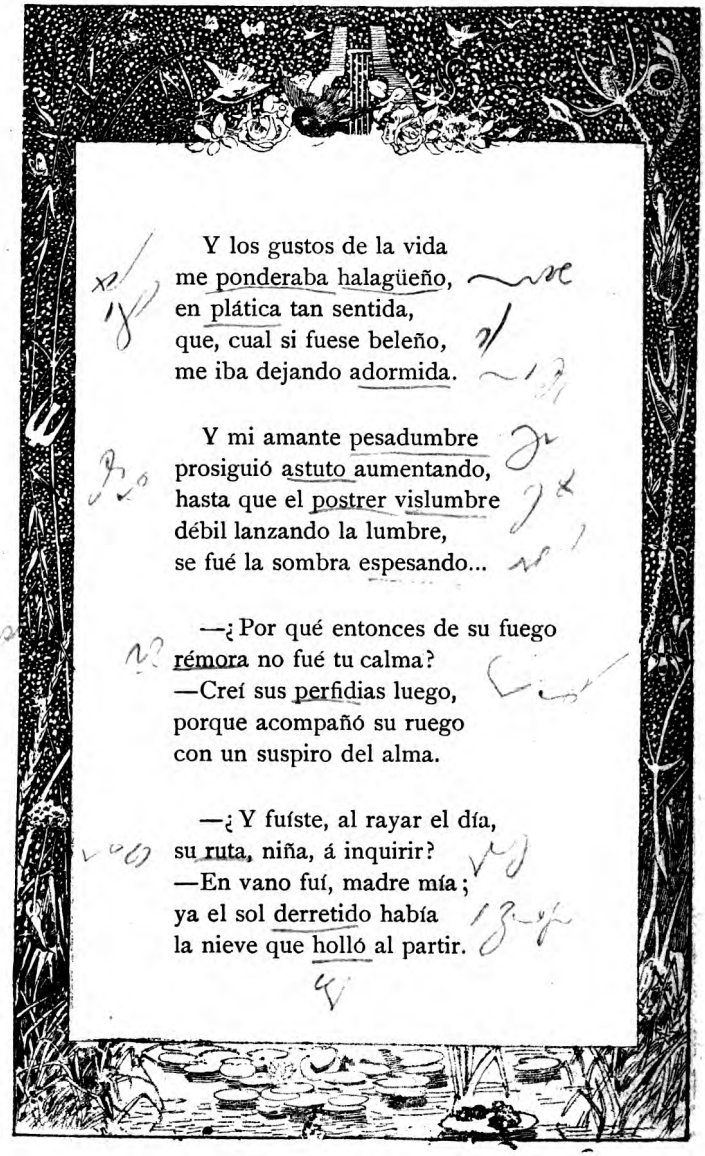


—¿De cuándo acá se te alcanza
recordar tal desacuerdo?
—Dejadme en mi bienandanza:
¡bella será una esperanza,
pero es muy dulce un recuerdo!

Aún me ocupa la memoria,
cuando la lumbre cercando,
entre ilusiones de gloria,
una historia y otra historia
me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moría
uno que á su ingrato bien
como á sus ojos quería;
mas no me contó que había
hombres ingratos también.

Dióme, con chistes discretos,
conchas, cruces y regalos,
y mágicos amuletos,
que por instintos secretos
daban pavor á los malos.



Y los gustos de la vida
me ponderaba halagüeño,
en plática tan sentida,
que, cual si fuese beleño,
me iba dejando adormida.

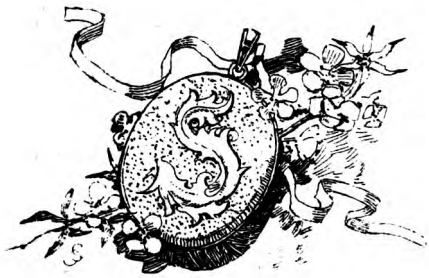
Y mi amante pesadumbre
prosiguió astuto aumentando,
hasta que el postrer vislumbre
débil lanzando la lumbre,
se fué la sombra espesando...

—¿Por qué entonces de su fuego
rémora no fué tu calma?
—Creí sus perfidias luego,
porque acompañó su ruego
con un suspiro del alma.

—¿Y fuíste, al rayar el día,
su ruta, niña, á inquirir?
—En vano fuí, madre mía;
ya el sol derretido había
la nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada
fuí de lugar en lugar...
—¿Y qué hallaste, desgraciada?
—Al cabo de la jornada
hallé el placer de llorar.

—¿Cuál genio, en tan triste día,
á escuchar su frenesí,
más ciega que él te impelía?
—La *compasión*, madre mía...
—Y... ¿quién la tendrá de ti?



VI

CORTA ES LA VIDA

Paróse, una voz sentida
cierto viajero escuchando,
y vió un ave que, rendida,
al pie de un árbol, piando
triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido
mirando desde la grama,
alzaba el postrer gemido
hacia la flexible rama,
que era el sostén de su nido,

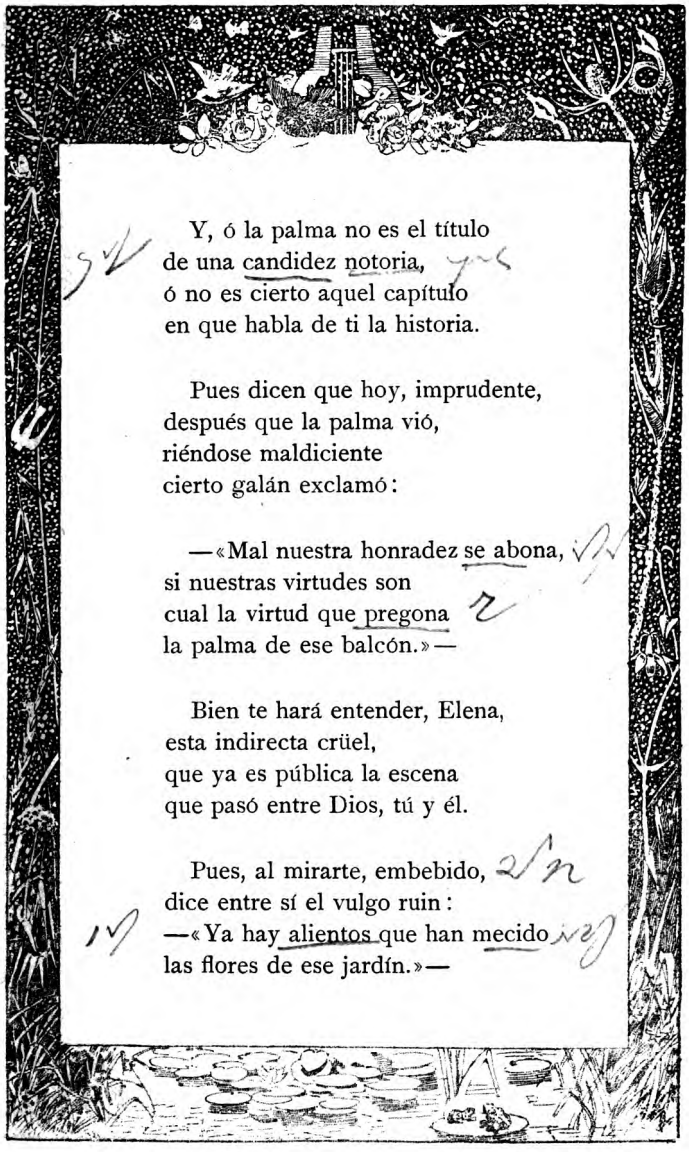
—«He aquí—dijo en su sorpresa—
la imagen de la fortuna:
vagando sin ley alguna,
al fin hallamos la huesa
al mismo pie de la cuna.»—
Y alejándose al momento,
por templar su mal no escaso,
añadió en su pensamiento:
—«¿Cuánto las separa?—*¡Un paso!*
—¿Y qué media entre ambas?—*¡Viento.*

VII

VIRTUD DE LA HIPOCRESÍA

No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te desprecien. Lo que eres, eso eres.
(KEMPIS, lib. II, cap. VI.)

YA he visto con harta pena
que ayer, alma de mi alma,
mandaste colgar, Elena,
de tu balcón una palma.



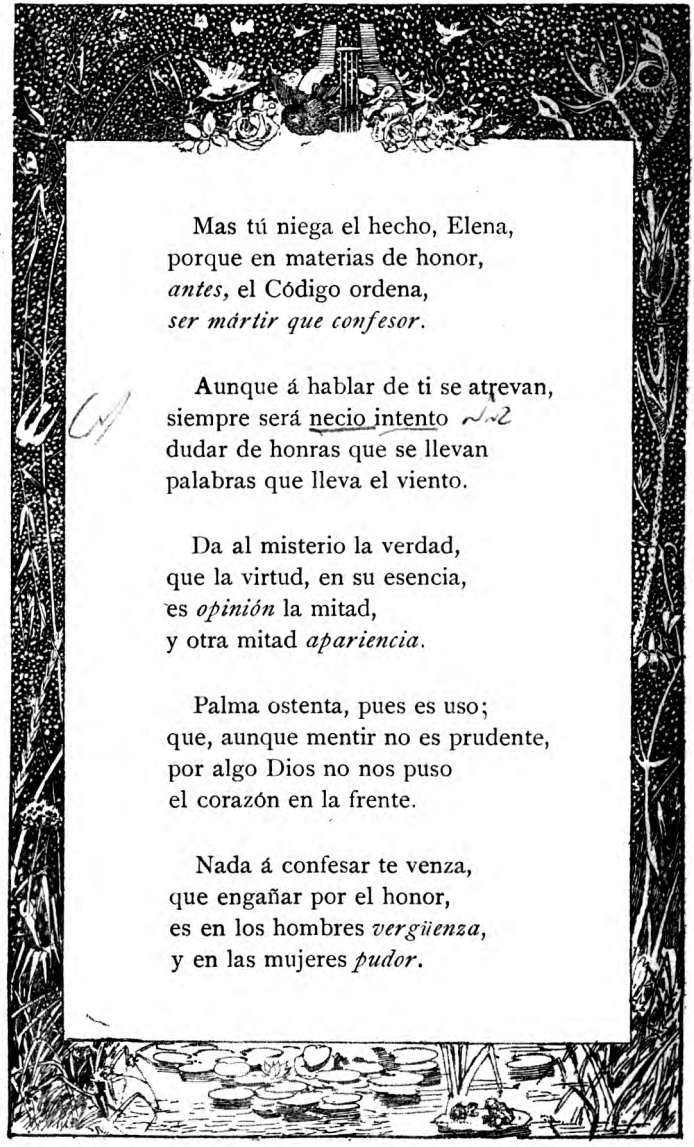
Y, ó la palma no es el título
de una candidez notoria,
ó no es cierto aquel capítulo
en que habla de ti la historia.

Pues dicen que hoy, imprudente,
después que la palma vió,
riéndose maldiciente
cierto galán exclamó:

—«Mal nuestra honradez se abona,
si nuestras virtudes son
cual la virtud que pregona
la palma de ese balcón.»—

Bien te hará entender, Elena,
esta indirecta crüel,
que ya es pública la escena
que pasó entre Dios, tú y él.

Pues, al mirarte, embebido,
dice entre sí el vulgo ruin:
—«Ya hay alientos que han mecido
las flores de ese jardín.»—



Mas tú niega el hecho, Elena,
porque en materias de honor,
antes, el Código ordena,
ser mártir que confesor.

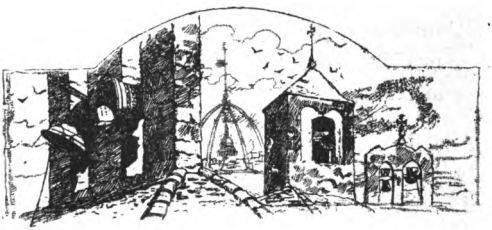
Aunque á hablar de ti se atrevan,
siempre será necio intento
dudar de honras que se llevan
palabras que lleva el viento.

Da al misterio la verdad,
que la virtud, en su esencia,
es *opinión* la mitad,
y otra mitad *apariencia.*

Palma ostenta, pues es uso;
que, aunque mentir no es prudente,
por algo Dios no nos puso
el corazón en la frente.

Nada á confesar te venza,
que engañar por el honor,
es en los hombres *vergüenza,*
y en las mujeres *pudor.*

Y si tu honor duda implica,
no dudes que hay mil que son
cual la virtud que publica
la palma de tu balcón.



VIII

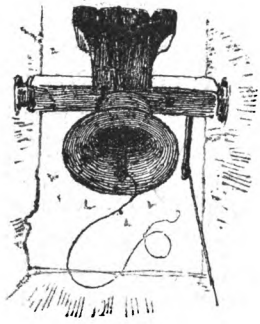
EL CONCIERTO
DE LAS CAMPANAS

(PARA MÚSICA)

Por un *nacido* allí imploran,
y aquí por un *muerto* lloran:
cuando allí tocando están
¡din don, din dan!
tocan aquí en bronco són
¡din dan, din don!

Allí un *vivo*, y aquí un *muerto*.
A tan monstruoso concierto,
labrando mis goces van,
¡din don, din dan!
su tumba en mi corazón:
¡din dan, din don!

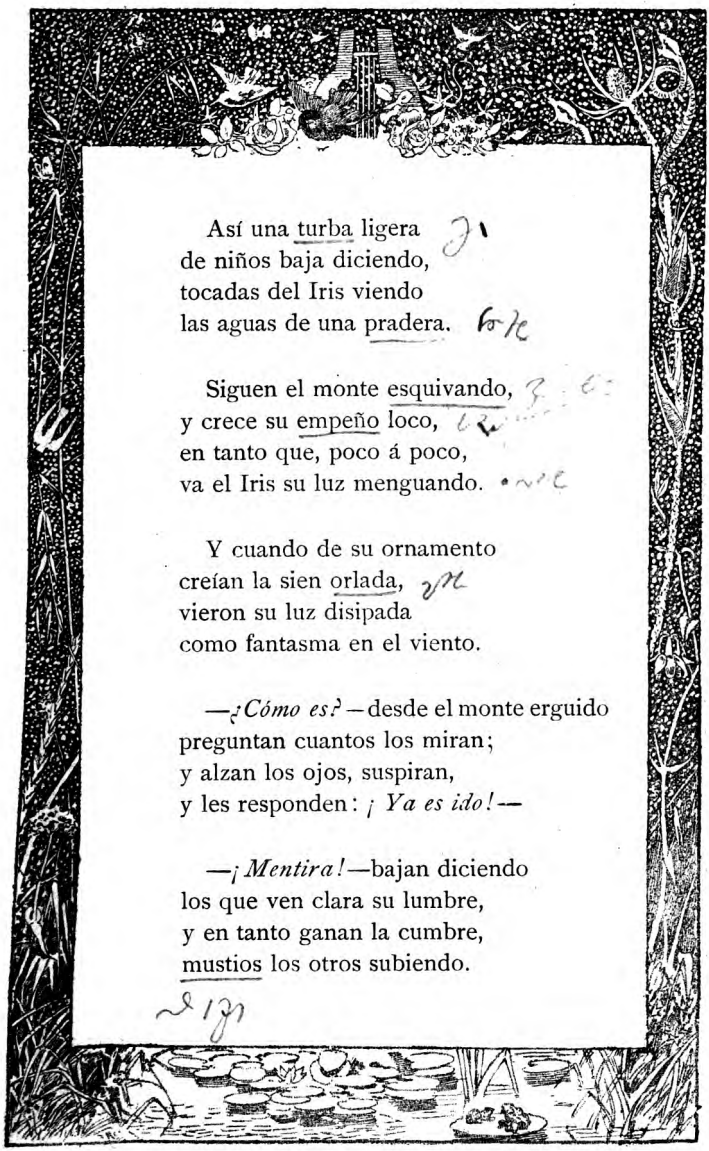
¡Ay, cuán falsamente unida
va con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afán!
¡Din don, din dan!
¡Qué breves las dichas son!
¡Din dan, din don!



IX

VAGUEDAD DEL PLACER

—Al que antes cumpla su anhelo,
logrando la dicha extrema
de dar á su sien diadema
hecha de luces del cielo.»—



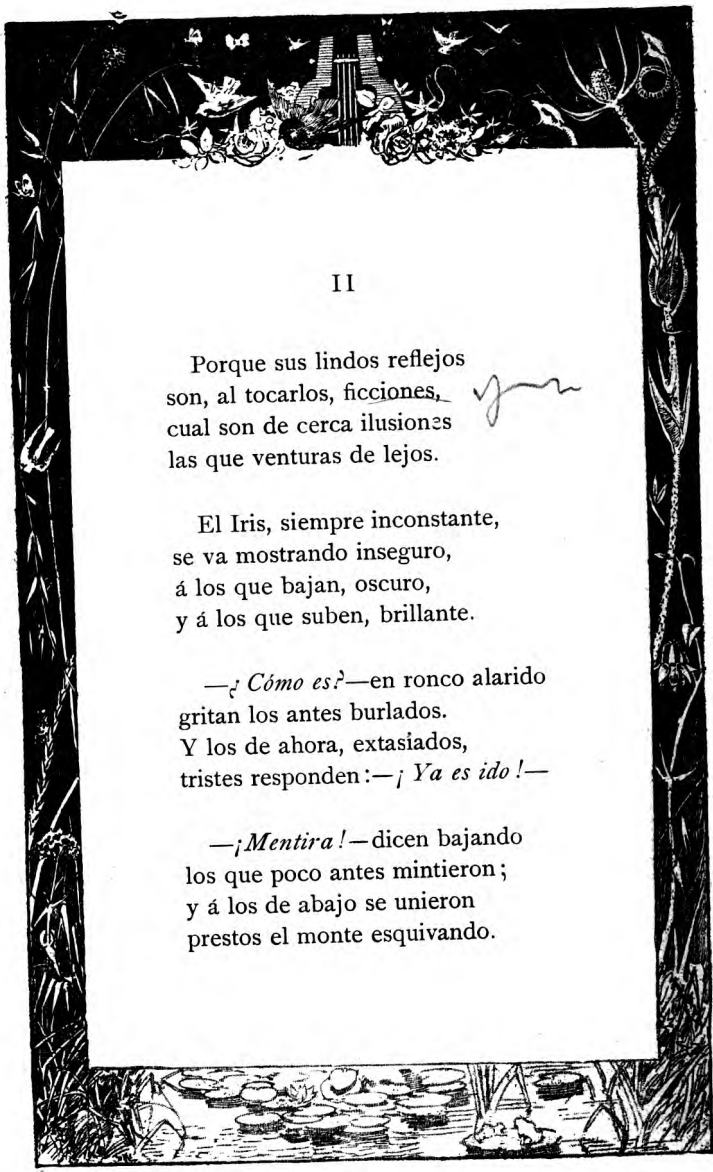
Así una turba ligera
de niños baja diciendo,
tocadas del Iris viendo
las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
y crece su empeño loco,
en tanto que, poco á poco,
va el Iris su luz menguando.

Y cuando de su ornamento
creían la sien orlada,
vieron su luz disipada
como fantasma en el viento.

—*¿Cómo es?*—desde el monte erguido
preguntan cuantos los miran;
y alzan los ojos, suspiran,
y les responden: *¡ Ya es ido!*—

—*¡ Mentira!*—bajan diciendo
los que ven clara su lumbre,
y en tanto ganan la cumbre,
mustios los otros subiendo.



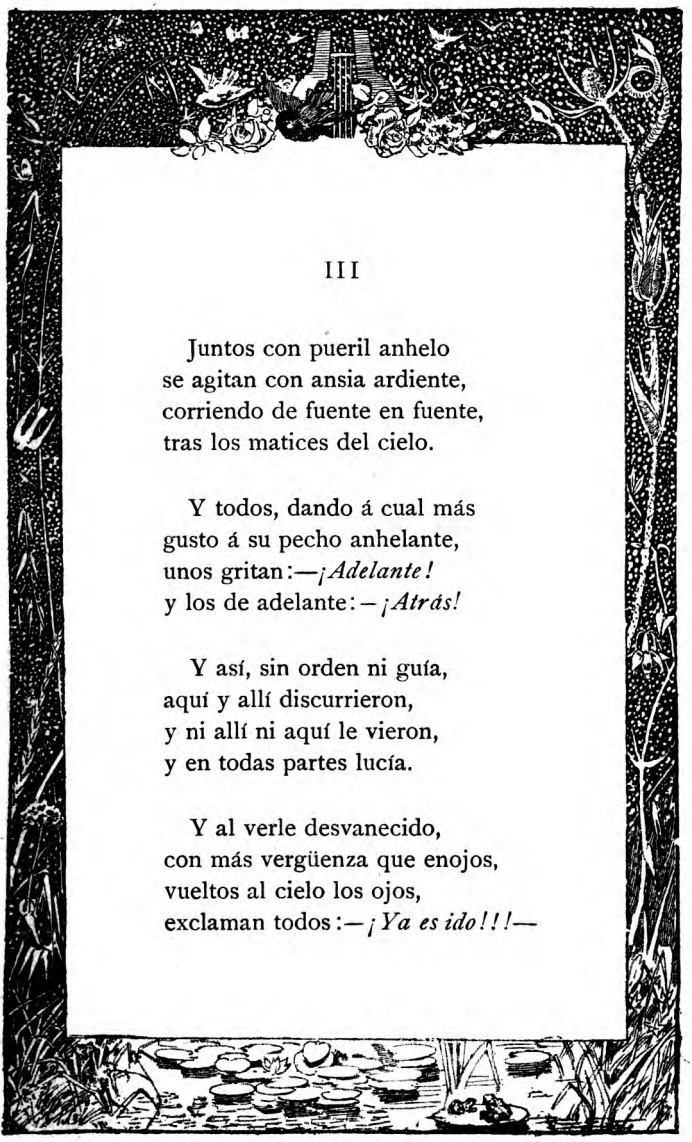
II

Porque sus lindos reflejos
son, al tocarlos, ficciones,
cual son de cerca ilusiones
las que venturas de lejos.

El Iris, siempre inconstante,
se va mostrando inseguro,
á los que bajan, oscuro,
y á los que suben, brillante.

—¿ *Cómo es?*—en ronco alarido
gritan los antes burlados.
Y los de ahora, extasiados,
tristes responden:—¡ *Ya es ido !*—

—¡*Mentira !*—dicen bajando
los que poco antes mintieron;
y á los de abajo se unieron
prestos el monte esquivando.



III

Juntos con pueril anhelo
se agitan con ansia ardiente,
corriendo de fuente en fuente,
tras los matices del cielo.

Y todos, dando á cual más
gusto á su pecho anhelante,
unos gritan:—*¡Adelante!*
y los de adelante:—*¡Atrás!*

Y así, sin orden ni guía,
aquí y allí discurrieron,
y ni allí ni aquí le vieron,
y en todas partes lucía.

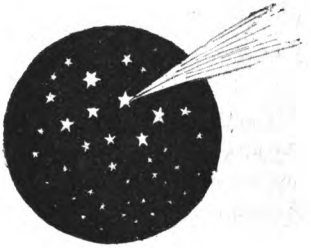
Y al verle desvanecido,
con más vergüenza que enojos,
vueltos al cielo los ojos,
exclaman todos:—*¡Ya es ido!!!*—

IV

Así en eterno cuidado,
aquí y allí nuestro intento
corre fugaz por el viento
tras un placer nunca hallado.

Que el hombre, en su desacuerdo,
llama, al verle en lontananza,
si es delante, una esperanza,
y si es detrás, un recuerdo.

Y aun no marcó en su sentido
el gusto una vana huella,
cuando, imprecando su estrella,
suspira y dice: ¡YA ES IDO!



X

ADIÓS PARA SIEMPRE

Á CAROLINA

Porque no infiel juzguéis á mi memoria,
aunque os digo *por siempre* al huir de vos,
la eternamente lamentable historia
vais á escuchar de mi primer *adiós*.

«Era una niña, como vos, afable,
lozana, y pura y celestial cual vos.»
¡Quién, al dejar un sér tan adorable,
podrá decirle: *¡Para siempre adiós!*

«Partí... y la fama me contó su muerte.»
¡Guárdeos el cielo de su suerte á vos!
Y al recordar su abominable suerte,
dejad que os diga: *¡Para siempre adiós!*

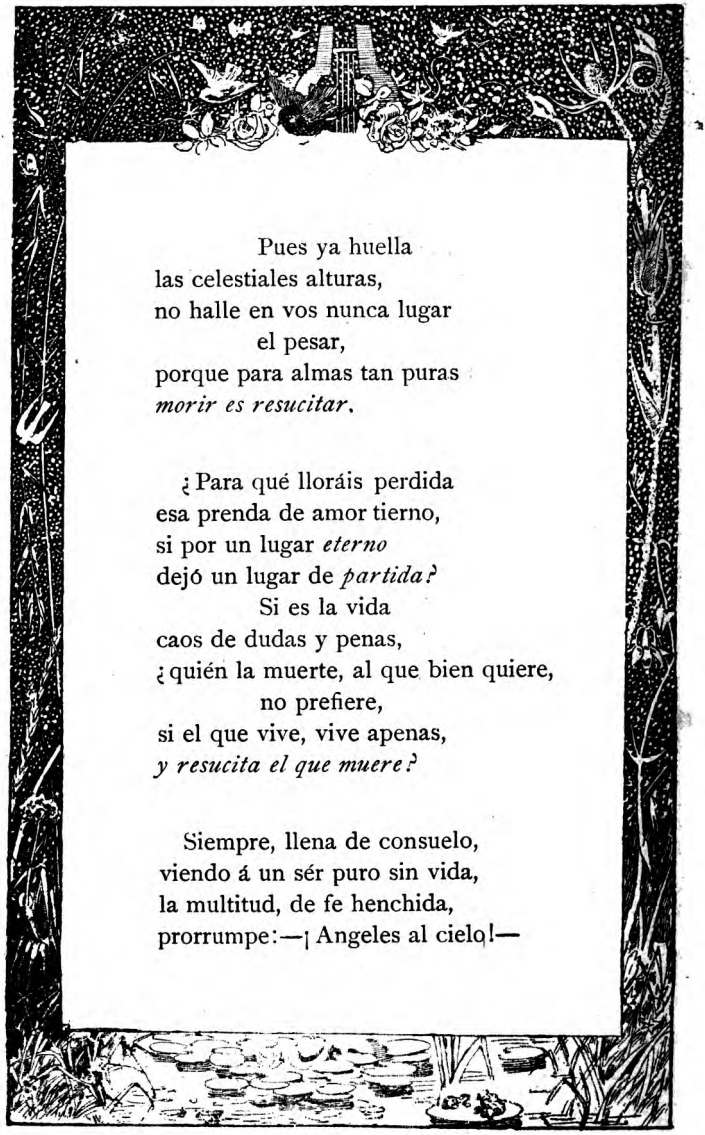
Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
desde aquel día, como ahora á vos,
á cuantos seres con el alma quiero,
¡adiós, les digo, *para siempre adiós!*

XI

PORVENIR DE LAS ALMAS

Á R..., EN LA MUERTE DE SU HIJA

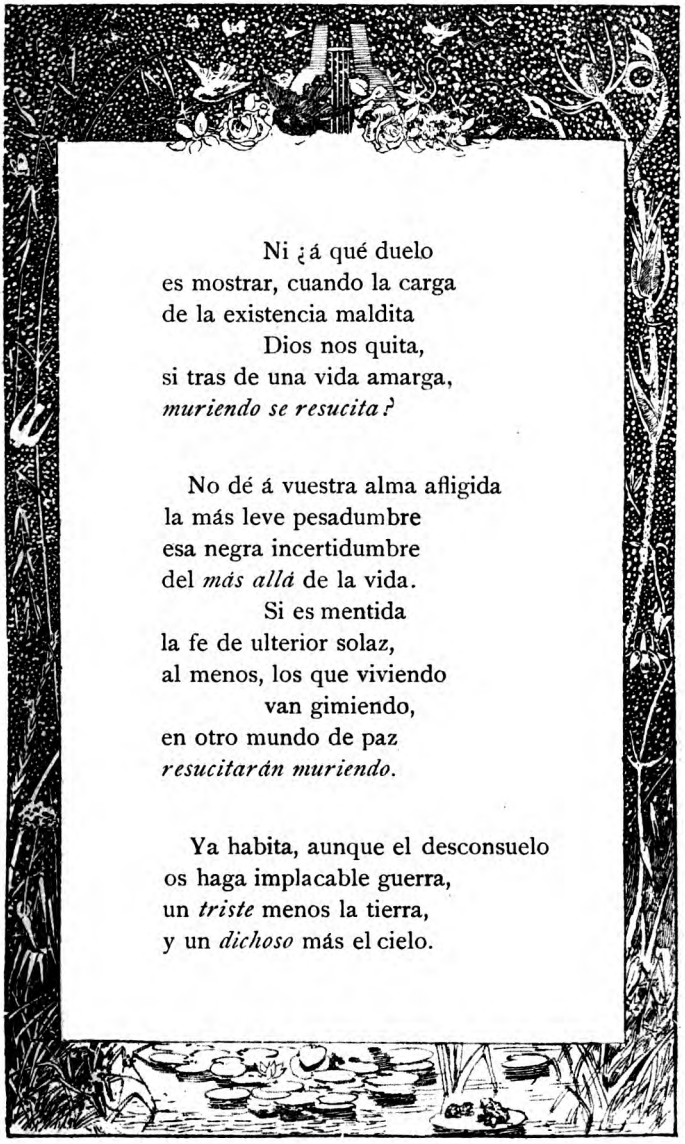
Si de vuestra hija fué estrella
dar tan niña el alma á Dios,
¡ay, feliz mil veces vos!
¡dichosa mil veces ella!



Pues ya huella
las celestiales alturas,
no halle en vos nunca lugar
el pesar,
porque para almas tan puras
morir es resucitar.

¿Para qué lloráis perdida
esa prenda de amor tierno,
si por un lugar *eterno*
dejó un lugar de *partida*?
Si es la vida
caos de dudas y penas,
¿quién la muerte, al que bien quiere,
no prefiere,
si el que vive, vive apenas,
y resucita el que muere?

Siempre, llena de consuelo,
viendo á un sér puro sin vida,
la multitud, de fe henchida,
prorrumpe:—¡Angeles al cielo!—



Ni ¿á qué duelo
es mostrar, cuando la carga
de la existencia maldita
Dios nos quita,
si tras de una vida amarga,
muriendo se resucita?

No dé á vuestra alma afligida
la más leve pesadumbre
esa negra incertidumbre
del *más allá* de la vida.
Si es mentida
la fe de ulterior solaz,
al menos, los que viviendo
van gimiendo,
en otro mundo de paz
resucitarán muriendo.

Ya habita, aunque el desconsuelo
os haga implacable guerra,
un *triste* menos la tierra,
y un *dichoso* más el cielo.

De su vuelo
iréis vos, muriendo, en pos,
si á Dios dais en implorar
sin cesar,
pues para justos cual vos
morir es resucitar.

XII

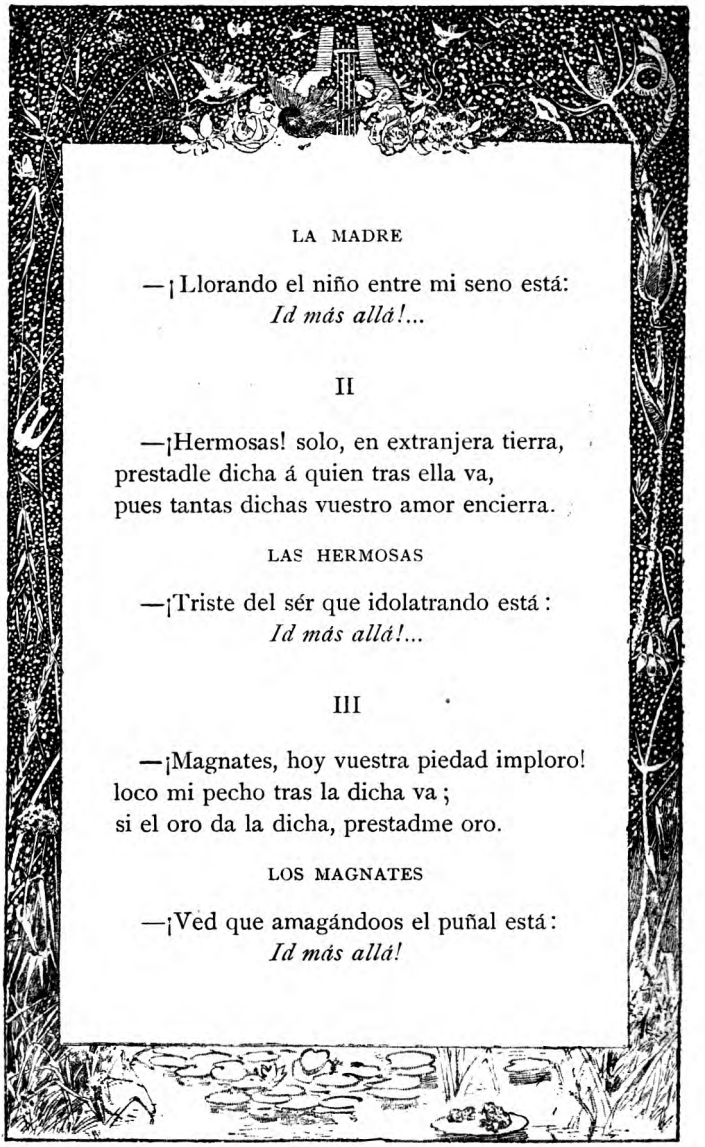
LA DICHA ES LA MUERTE

¡ Sarcasmo ruin de la suerte
para el alma dolorida;
no ver hermosa la vida
sino al dintel de la muerte !

(E. Florentino Sanz.)

I

Niño! á quien guarda el maternal cuidado,
pues que mi pecho tras la dicha va,
tal vez la dicha encontraré á tu lado.



LA MADRE

—¡Llorando el niño entre mi seno está:
Id más allá!...

II

—¡Hermosas! solo, en extranjera tierra,
prestadle dicha á quien tras ella va,
pues tantas dichas vuestro amor encierra.

LAS HERMOSAS

—¡Triste del sér que idolatrando está:
Id más allá!...

III

—¡Magnates, hoy vuestra piedad imploro!
loco mi pecho tras la dicha va;
si el oro da la dicha, prestadme oro.

LOS MAGNATES

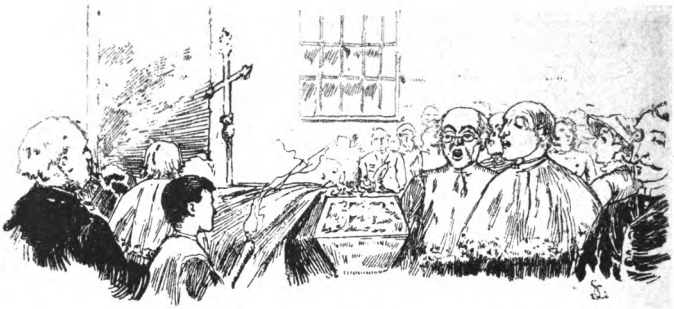
—¡Ved que amagándoos el puñal está:
Id más allá!

IV

—¡Ancianos! presa de infernal batalla
mi pecho en pos de la ventura va.
¿Ni al borde mismo de la tumba se halla?

LOS ANCIANOS

—¡Ni al borde mismo de la tumba está:
Id más allá!...—



XIII

LA OPINIÓN

Á MI QUERIDA PRIMA, JACINTA WHITE DE LLANO

EN LA MUERTE DE SU HIJA

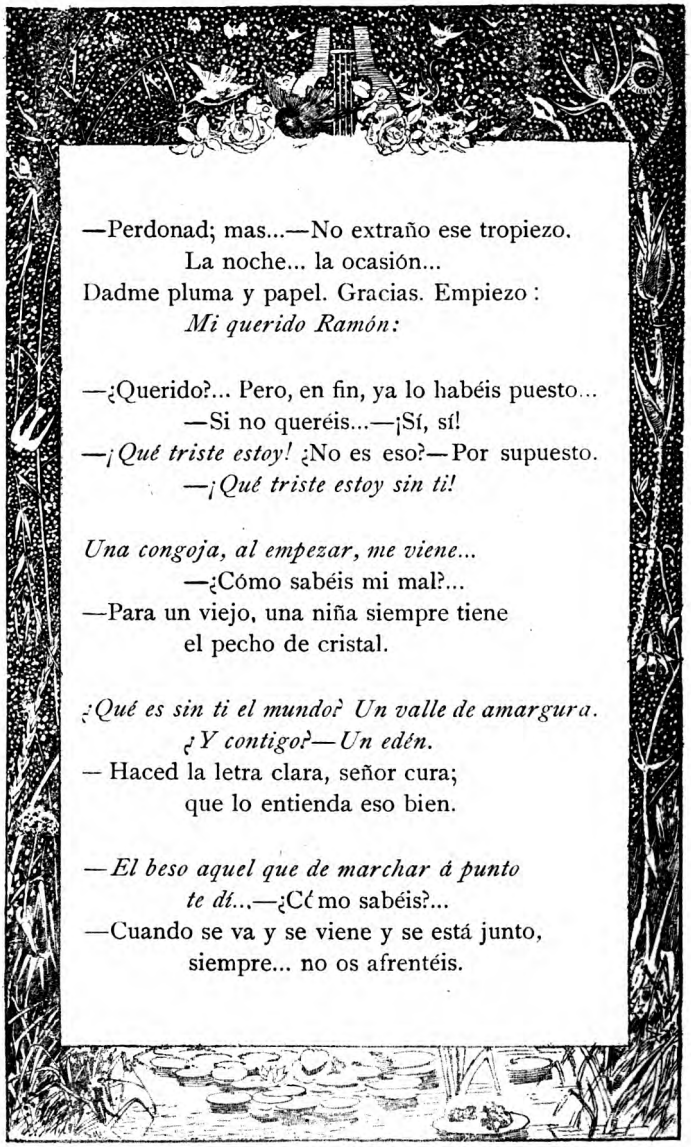
¡POBRE Carolina mía!
¡Nunca la podré olvidar!
Ved lo que el mundo decía
viendo el féretro pasar:
Un clérigo.—Empiece el canto.
El doctor.—¡Cesó el sufrir!
El padre.—¡Me ahoga el llanto!
La madre.—¡Quiero morir!
Un muchacho.—¡Qué adornada!
Un joven.—¡Era muy bella!
Una moza.—¡Desgraciada!
Una vieja.—¡Feliz ella!
—¡Duerme en paz!—dicen los buenos,
—¡Adiós!—dicen los demás.
Un filósofo.—¡Uno menos!
Un poeta.—¡Un ángel más!

XIV

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

I

Escribidme una carta, señor cura.
—Ya sé para quién es.
—¿Sabéis quién es porque una noche oscura
nos visteis juntos?—Pues.



—Perdonad; mas...—No extraño ese tropiezo.
La noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:
Mi querido Ramón:

—¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habéis puesto...
—Si no queréis...—¡Sí, sí!
—*¡Qué triste estoy!* ¿No es eso?—Por supuesto.
—*¡Qué triste estoy sin ti!*

Una congoja, al empezar, me viene...
—¿Cómo sabéis mi mal?...
—Para un viejo, una niña siempre tiene
el pecho de cristal.

¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo?—Un edén.
— Haced la letra clara, señor cura;
que lo entienda eso bien.

—*El beso aquel que de marchar á punto*
te dí...—¿Cómo sabéis?...
—Cuando se va y se viene y se está junto,
siempre... no os afrentéis.

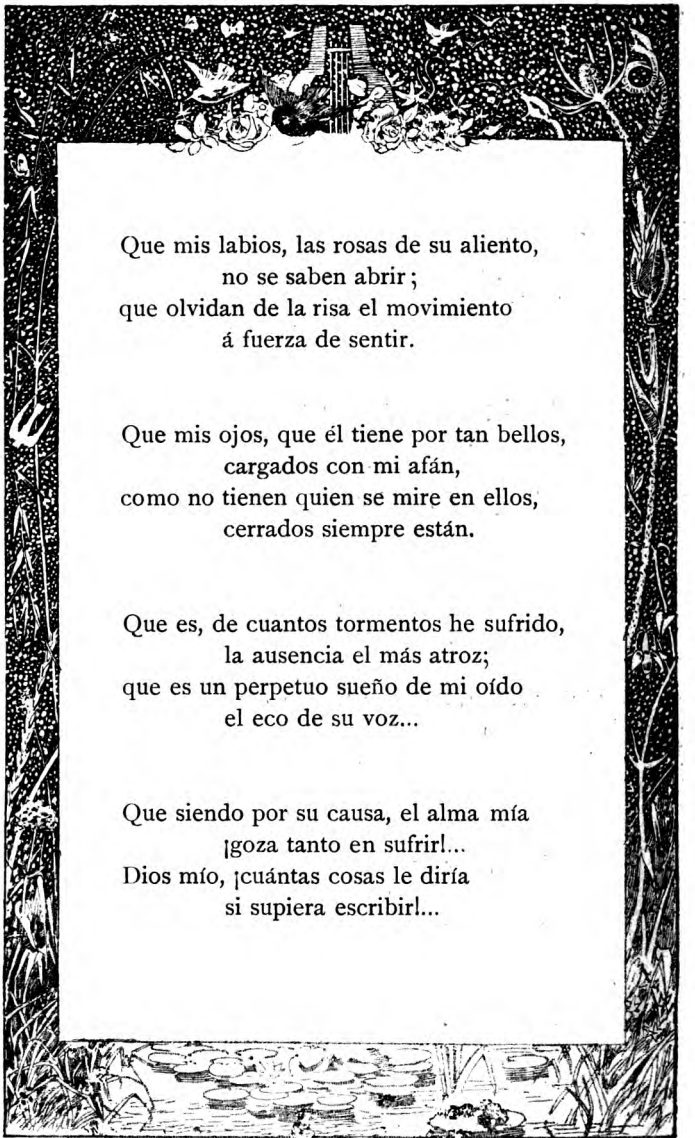
Y si volver tu afecto no procura,
tanto me harás sufrir...
—¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
¡que me voy á morir!

—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo...
—Pues, sí señor ¡morir!
—Yo no pongo *morir*.— ¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

II

¡Señor rector, señor rector! en vano
me queréis complacer,
si no encarnan los signos de la mano
todo el sér de mi sér.

Escribidle, por Dios, que el alma mía
ya en mí no quiere estar;
que la pena no me ahoga cada día...
porque puedo llorar.



Que mis labios, las rosas de su aliento,
no se saben abrir;
que olvidan de la risa el movimiento
á fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
cargados con mi afán,
como no tienen quien se mire en ellos,
cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
la ausencia el más atroz;
que es un perpetuo sueño de mi oído
el eco de su voz...

Que siendo por su causa, el alma mía
¡goza tanto en sufrir!...
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
si supiera escribir!...

III

EPÍLOGO

—Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:
Á don Ramón... En fin,
que es inútil saber para esto arguyo
ni el griego ni el latín.—

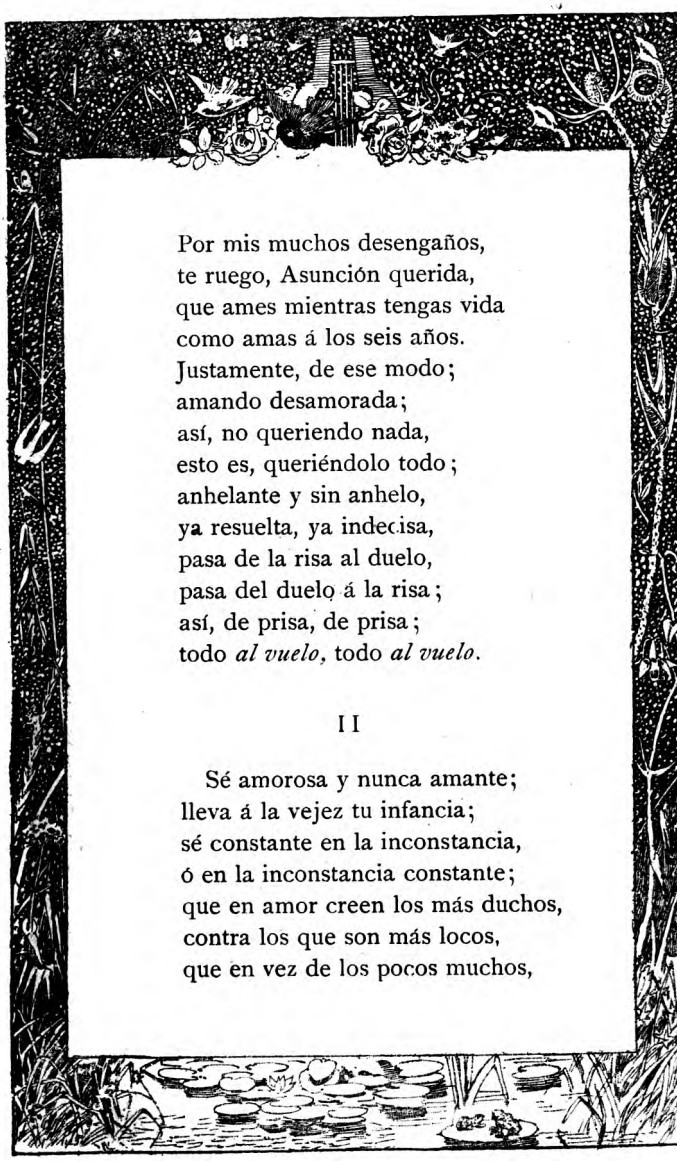
XV

AMAR AL VUELO

Á LA NIÑA ASUNCIÓN DE ZARAGOZA Y DEL PINO

I

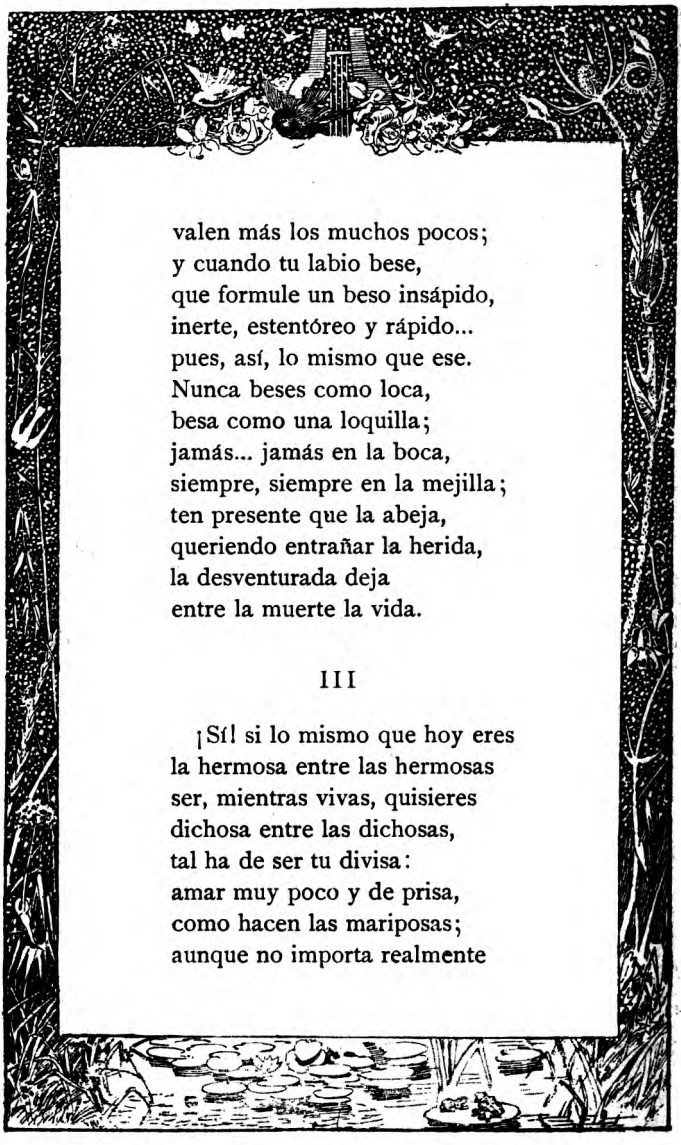
Así, niña encantadora,
porque tus gracias no roben
las huellas que el tiempo deja,
juega como niña ahora,
como niña cuando joven,
como joven cuando vieja.



Por mis muchos desengaños,
te ruego, Asunción querida,
que ames mientras tengas vida
como amas á los seis años.
Justamente, de ese modo;
amando desamorada;
así, no queriendo nada,
esto es, queriéndolo todo;
anhelante y sin anhelo,
ya resuelta, ya indecisa,
pasa de la risa al duelo,
pasa del duelo á la risa;
así, de prisa, de prisa;
todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

II

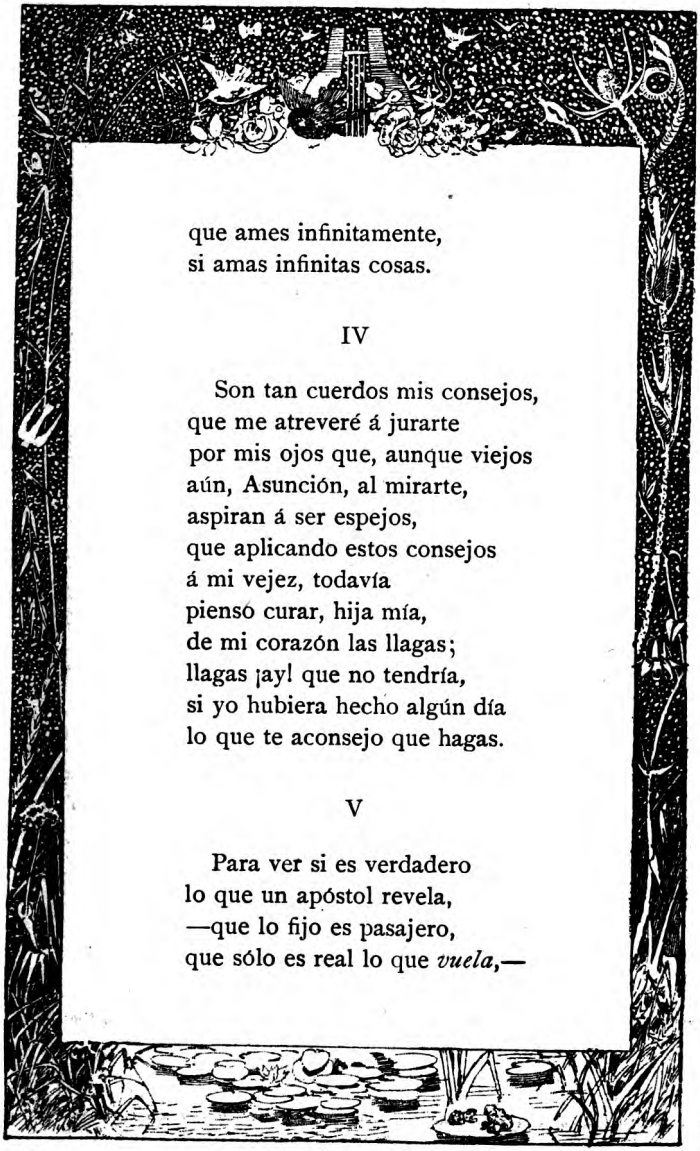
Sé amorosa y nunca amante;
lleva á la vejez tu infancia;
sé constante en la inconstancia,
ó en la inconstancia constante;
que en amor creen los más duchos,
contra los que son más locos,
que en vez de los pocos muchos,



valen más los muchos pocos;
y cuando tu labio bese,
que formule un beso insápido,
inerte, estentóreo y rápido...
pues, así, lo mismo que ese.
Nunca beses como loca,
besa como una loquilla;
jamás... jamás en la boca,
siempre, siempre en la mejilla;
ten presente que la abeja,
queriendo entrañar la herida,
la desventurada deja
entre la muerte la vida.

III

¡Sí! si lo mismo que hoy eres
la hermosa entre las hermosas
ser, mientras vivas, quisieres
dichosa entre las dichosas,
tal ha de ser tu divisa:
amar muy poco y de prisa,
como hacen las mariposas;
aunque no importa realmente



que ames infinitamente,
si amas infinitas cosas.

IV

Son tan cuerdos mis consejos,
que me atreveré á jurarte
por mis ojos que, aunque viejos
aún, Asunción, al mirarte,
aspiran á ser espejos,
que aplicando estos consejos
á mi vejez, todavía
pienso curar, hija mía,
de mi corazón las llagas;
llagas ¡ay! que no tendría,
si yo hubiera hecho algún día
lo que te aconsejo que hagas.

V

Para ver si es verdadero
lo que un apóstol revela,
—que lo fijo es pasajero,
que sólo es real lo que *vuela*,—

tiende el rostro, hermosa niña,
como ese cielo sereno,
ya al cielo, ya á la campiña,
y verás de una mirada
que es lo más rico ó más bueno
lo que vuela ó lo que náda,
como la espuma en los mares,
en el cielo los fulgores,
el incienso en los altares,
en los árboles las flores,
los celajes en el viento,
en el viento los sonidos,
la vida en nuestros sentidos,
y en la vida el pensamiento.

VI

Sigue el plan á que te exhorto,
amando *al vuelo;* hazte cargo,
que el viaje es largo, ¡muy largo!...
y el tiempo corto, ¡muy corto!...
si ligera, no traidora;
sopla el fuego que no abrasa;
quiere, como el que no quiere;

sea siempre como ahora,
tu llanto, nube que pasa,
tu risa, luz que no muere;
ama mucho, mas de modo
que estés siempre enamorada
de un cierto todo que es nada,
de un cierto nada que es todo.
Si ríes, olvida el duelo;
si lloras, pasa á la risa;
así... de prisa, de prisa;
todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

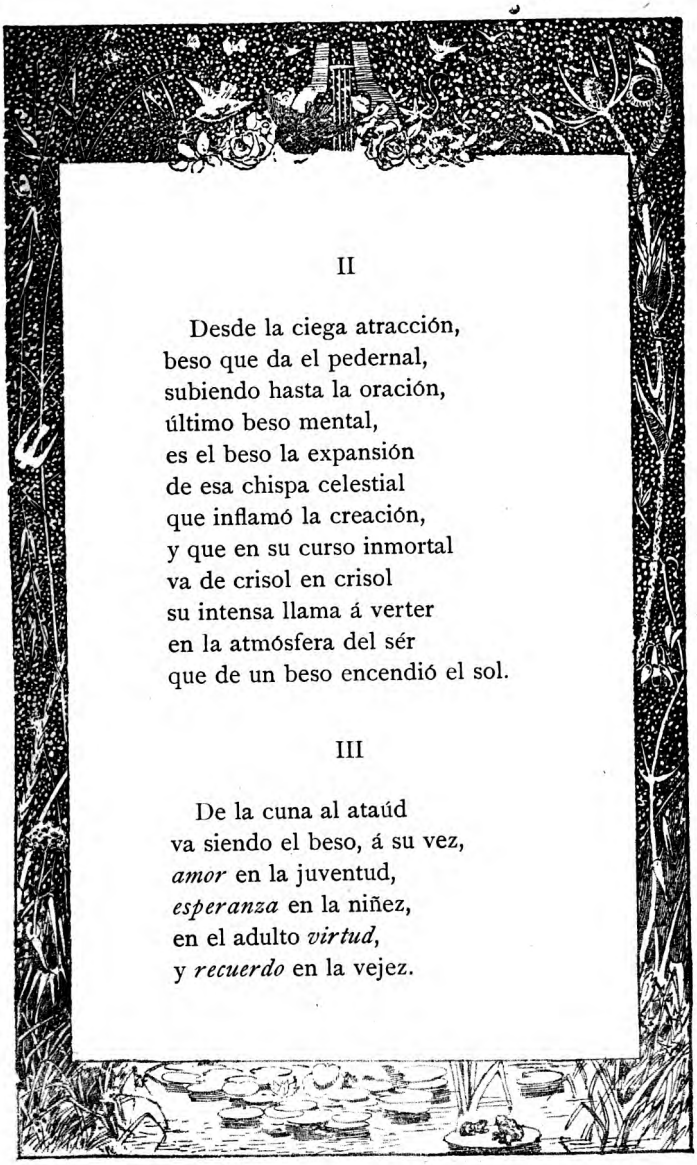
XVI

EL BESO

Mucho hace el que mucho ama.
(KEMPIS, lib. I, c. XV.)

I

Me han contado que al morir
un hombre de corazón,
sintió ó presumió sentir,
en Cádiz repercutir
un beso dado en Cantón.
¿Que es imposible, Asunción?...
Veinte años hace que dí
el primer beso ¡ay de mí!
de mi primera pasión...
¡y todavía, Asunción,
aquel frío que sentí
hace arder mi corazón!

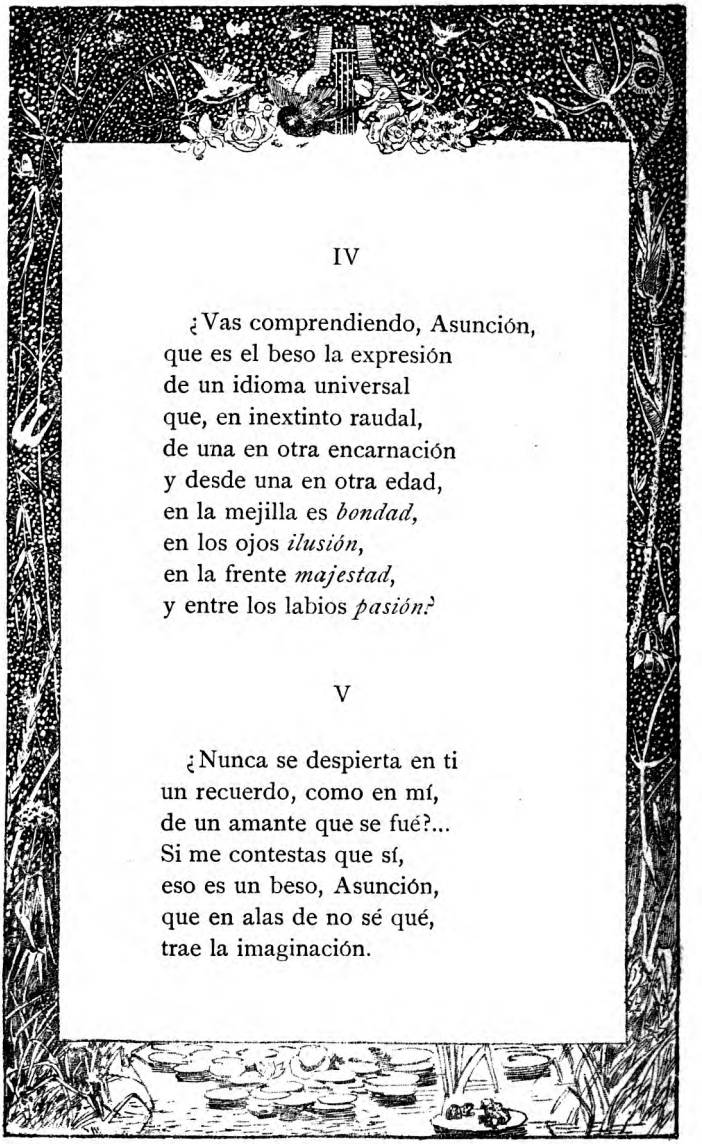


II

Desde la ciega atracción,
beso que da el pedernal,
subiendo hasta la oración,
último beso mental,
es el beso la expansión
de esa chispa celestial
que inflamó la creación,
y que en su curso inmortal
va de crisol en crisol
su intensa llama á verter
en la atmósfera del sér
que de un beso encendió el sol.

III

De la cuna al ataúd
va siendo el beso, á su vez,
amor en la juventud,
esperanza en la niñez,
en el adulto *virtud*,
y *recuerdo* en la vejez.

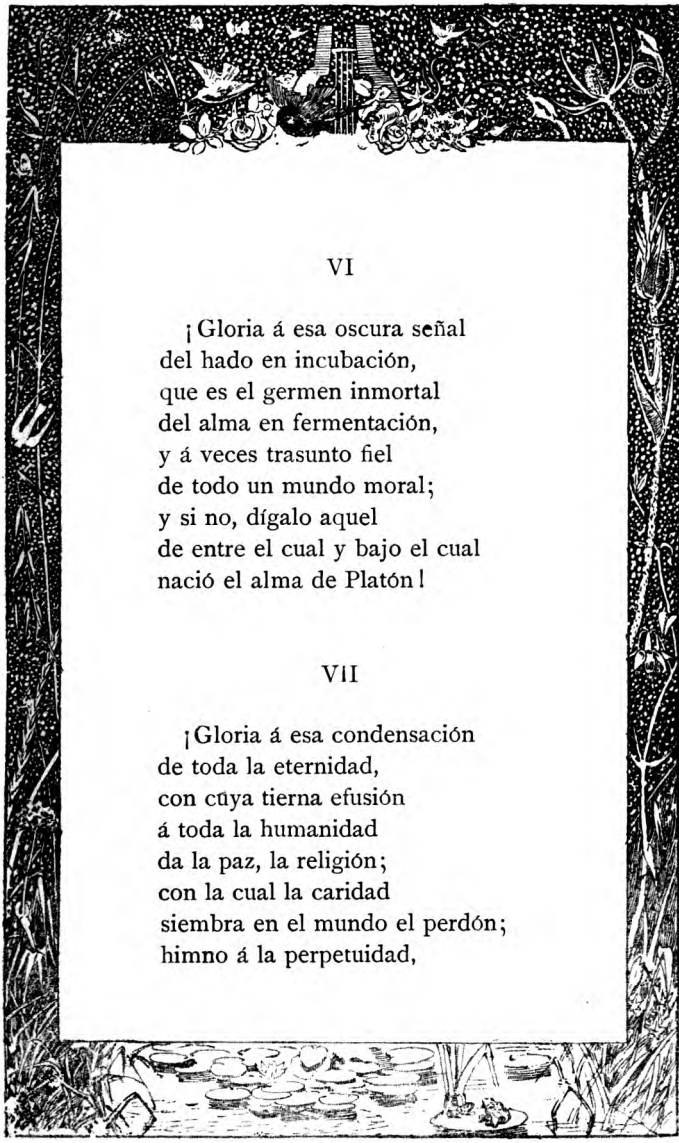


IV

¿Vas comprendiendo, Asunción,
que es el beso la expresión
de un idioma universal
que, en inextinto raudal,
de una en otra encarnación
y desde una en otra edad,
en la mejilla es *bondad*,
en los ojos *ilusión*,
en la frente *majestad*,
y entre los labios *pasión*?

V

¿Nunca se despierta en ti
un recuerdo, como en mí,
de un amante que se fué?...
Si me contestas que sí,
eso es un beso, Asunción,
que en alas de no sé qué,
trae la imaginación.

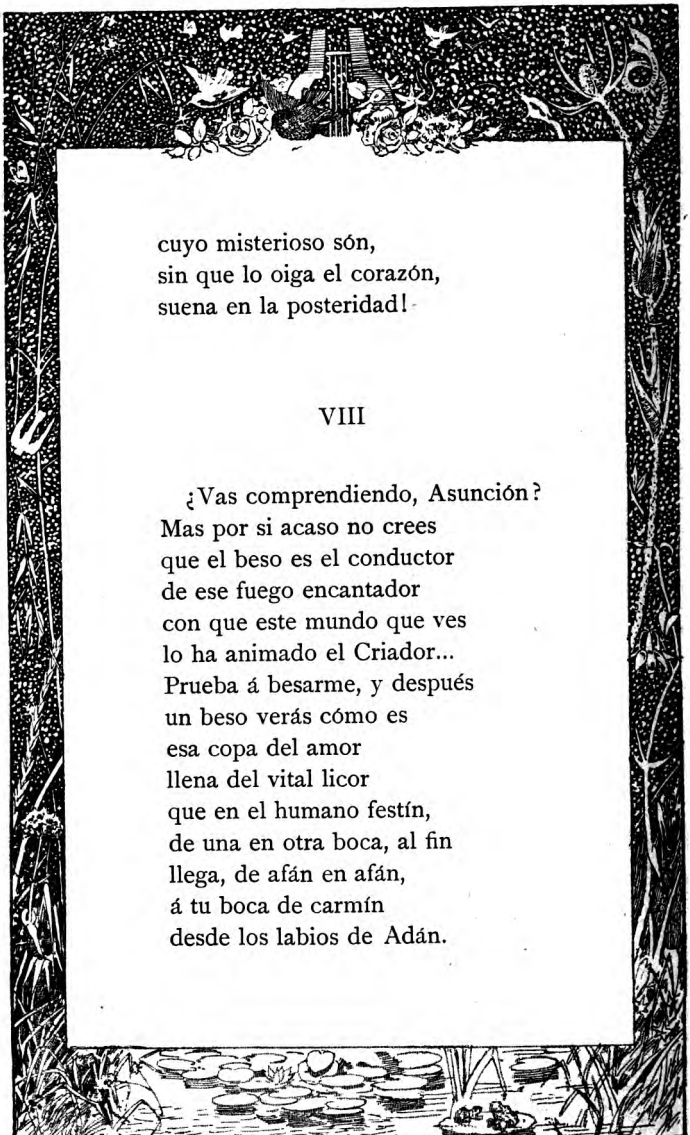


VI

¡Gloria á esa oscura señal
del hado en incubación,
que es el germen inmortal
del alma en fermentación,
y á veces trasunto fiel
de todo un mundo moral;
y si no, dígalo aquel
de entre el cual y bajo el cual
nació el alma de Platón!

VII

¡Gloria á esa condensación
de toda la eternidad,
con cuya tierna efusión
á toda la humanidad
da la paz, la religión;
con la cual la caridad
siembra en el mundo el perdón;
himno á la perpetuidad,



cuyo misterioso són,
sin que lo oiga el corazón,
suena en la posteridad!

VIII

¿Vas comprendiendo, Asunción?
Mas por si acaso no crees
que el beso es el conductor
de ese fuego encantador
con que este mundo que ves
lo ha animado el Criador...
Prueba á besarme, y después
un beso verás cómo es
esa copa del amor
llena del vital licor
que en el humano festín,
de una en otra boca, al fin
llega, de afán en afán,
á tu boca de carmín
desde los labios de Adán.

IX

Prueba en mí, por compasión,
esa clara iniciación
de un oscuro porvenir;
y entonces, bella Asunción,
comprenderás, si al morir,
un hombre de corazón,
habrá podido sentir,
en Cádiz repercutir
un beso dado en Cantón.

XVII

COSAS DEL TIEMPO

PASAN veinte años; vuelve él,
y al verse, exclaman él y ella:
(—¡Santo Dios! ¿y éste es aquél?...)
(—¡Dios mío! ¿y ésta es aquella?...)

XVIII

TODO ESTÁ EN EL CORAZÓN

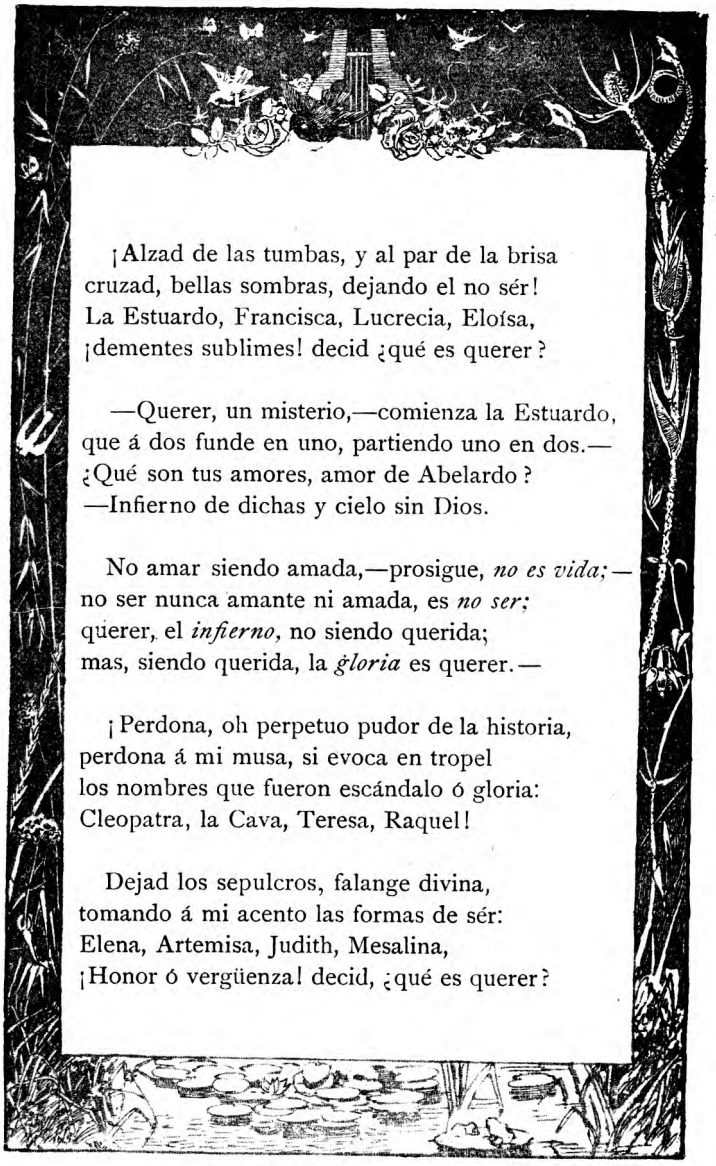
La reina que enloquecía
por Don Felipe el Hermoso,
la tumba al ver de su esposo,
—¡Todo está allí!!—se decía.
Sus restos exhumó un día,
mas nada allí vió, y así,
en vez del—todo está allí,—
desde tan triste ocasión,
señalando al corazón,
decía:—¡Todo está aquí!—

XIX

¿QUÉ ES AMOR?

Cual es cada uno en lo interior,
tal juzga lo de fuera.
(KEMPIS, lib. II, cap IV.)

DUDANDO, Enriqueta, tu pura inocencia,
si amor, que aún no sientes, es dicha ó dolor,
pretendes que diga mi amarga experiencia,
¡feliz, pues lo ignoras! ¿qué cosa es amor?



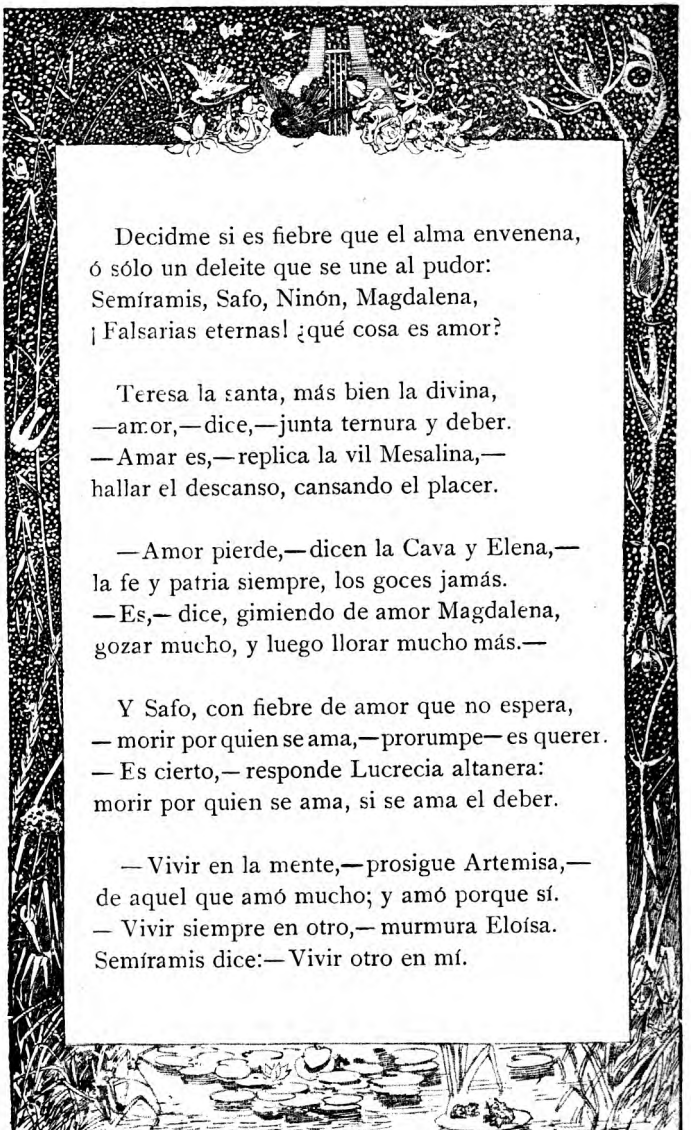
¡Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
cruzad, bellas sombras, dejando el no sér!
La Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloísa,
¡dementes sublimes! decid ¿qué es querer?

—Querer, un misterio,—comienza la Estuardo,
que á dos funde en uno, partiendo uno en dos.—
¿Qué son tus amores, amor de Abelardo?
—Infierno de dichas y cielo sin Dios.

No amar siendo amada,—prosigue, *no es vida;*—
no ser nunca amante ni amada, es *no ser;*
querer, el *infierno*, no siendo querida;
mas, siendo querida, la *gloria* es querer.—

¡Perdona, oh perpetuo pudor de la historia,
perdona á mi musa, si evoca en tropel
los nombres que fueron escándalo ó gloria:
Cleopatra, la Cava, Teresa, Raquel!

Dejad los sepulcros, falange divina,
tomando á mi acento las formas de sér:
Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,
¡Honor ó vergüenza! decid, ¿qué es querer?



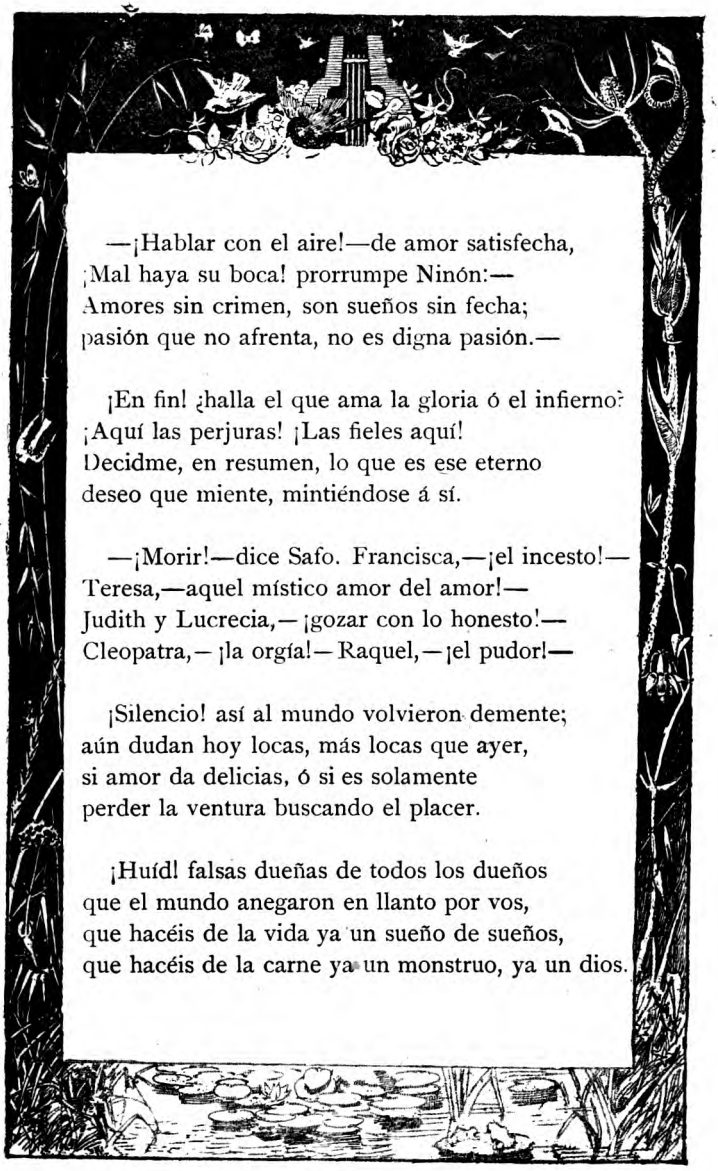
Decidme si es fiebre que el alma envenena,
ó sólo un deleite que se une al pudor:
Semíramis, Safo, Ninón, Magdalena,
¡Falsarias eternas! ¿qué cosa es amor?

Teresa la santa, más bien la divina,
—amor,—dice,—junta ternura y deber.
—Amar es,—replica la vil Mesalina,—
hallar el descanso, cansando el placer.

—Amor pierde,—dicen la Cava y Elena,—
la fe y patria siempre, los goces jamás.
—Es,— dice, gimiendo de amor Magdalena,
gozar mucho, y luego llorar mucho más.—

Y Safo, con fiebre de amor que no espera,
— morir por quien se ama,—prorumpe— es querer.
— Es cierto,— responde Lucrecia altanera:
morir por quien se ama, si se ama el deber.

— Vivir en la mente,—prosigue Artemisa,—
de aquel que amó mucho; y amó porque sí.
— Vivir siempre en otro,— murmura Eloísa.
Semíramis dice:—Vivir otro en mí.



—¡Hablar con el aire!—de amor satisfecha,
¡Mal haya su boca! prorrumpe Ninón:—
Amores sin crimen, son sueños sin fecha;
pasión que no afrenta, no es digna pasión.—

¡En fin! ¿halla el que ama la gloria ó el infierno?
¡Aquí las perjuras! ¡Las fieles aquí!
Decidme, en resumen, lo que es ese eterno
deseo que miente, mintiéndose á sí.

—¡Morir!—dice Safo. Francisca,—¡el incesto!—
Teresa,—aquel místico amor del amor!—
Judith y Lucrecia,—¡gozar con lo honesto!—
Cleopatra,—¡la orgía!—Raquel,—¡el pudor!—

¡Silencio! así al mundo volvieron demente;
aún dudan hoy locas, más locas que ayer,
si amor da delicias, ó si es solamente
perder la ventura buscando el placer.

¡Huíd! falsas dueñas de todos los dueños
que el mundo anegaron en llanto por vos,
que hacéis de la vida ya un sueño de sueños,
que hacéis de la carne ya un monstruo, ya un dios.

¿Amor en vosotras es todo ó no es nada,
verdad ó mentira, virtud ó placer?
¡Odiosa falange del mundo adorada,
pues sois siempre un caos, ¡tornad al no ser!

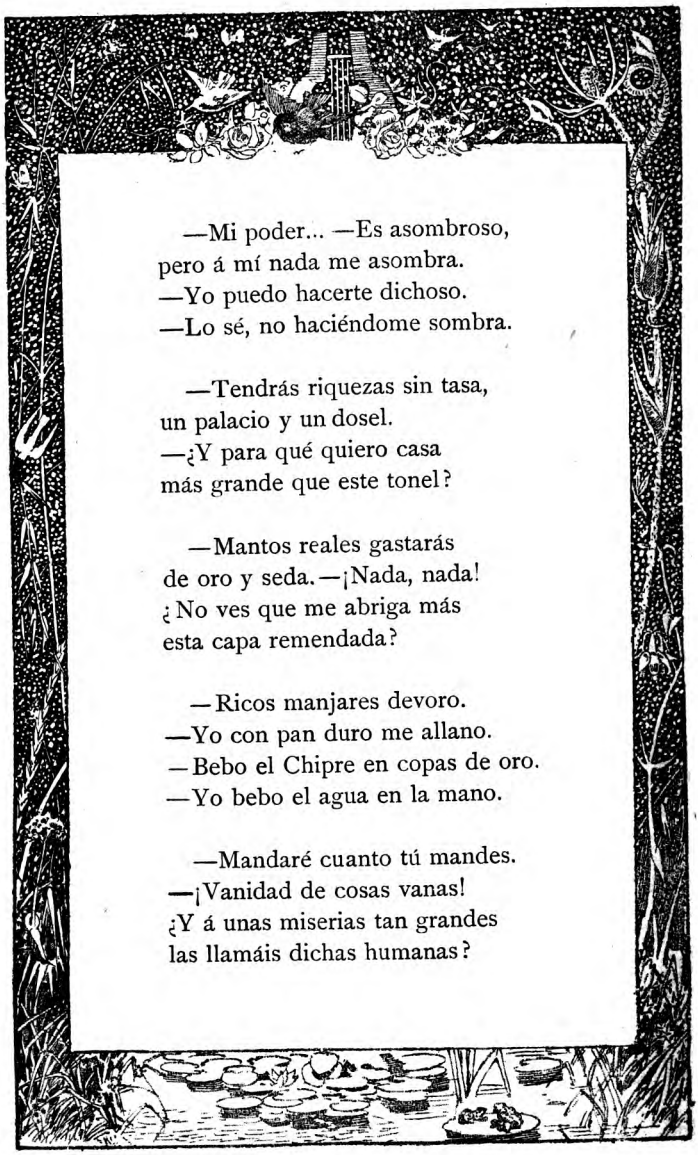
¡Maldito aquelarre de diosas, que ignora
si amor cura ó mata, si afrenta ó da honor!
—Ya oíste, Enriqueta; si sabes, ahora
responde tú misma: ¿qué cosa es amor?—

XX

LAS DOS GRANDEZAS

Uno altivo, otro sin ley,
así dos hablando están;
—Yo soy Alejandro el rey.
—Y yo Diógenes el can.

—Vengo á hacerte más honrada
tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí?—Yo, nada;
que no me quites el sol.



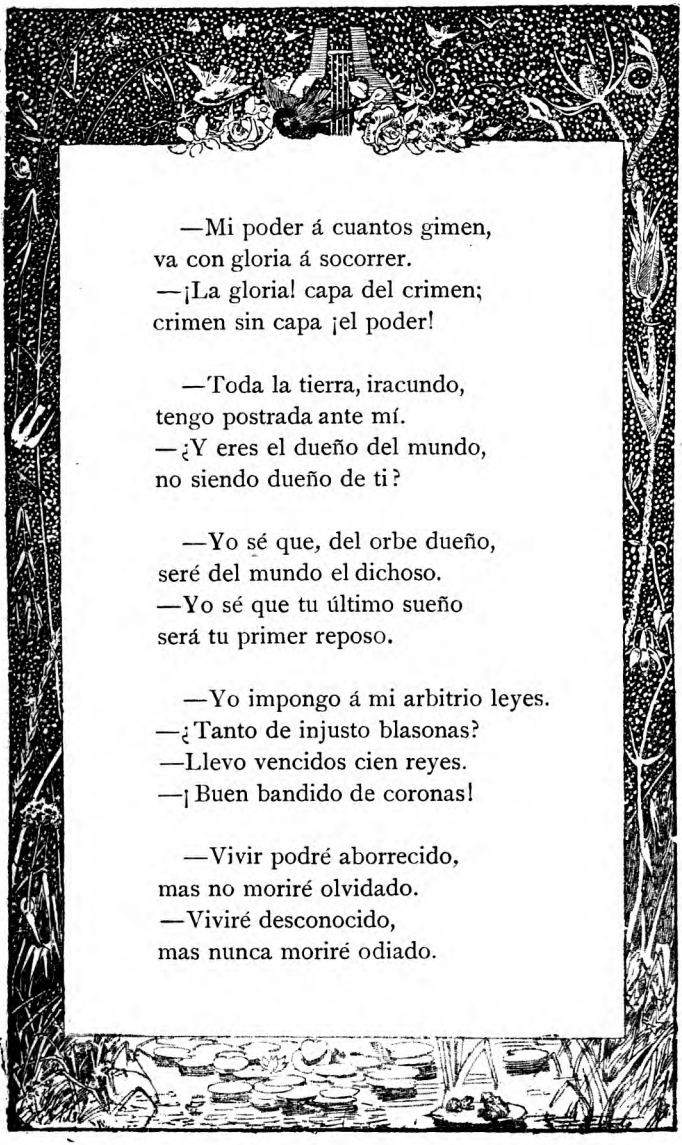
—Mi poder... —Es asombroso,
pero á mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé, no haciéndome sombra.

—Tendrás riquezas sin tasa,
un palacio y un dosel.
—¿Y para qué quiero casa
más grande que este tonel?

—Mantos reales gastarás
de oro y seda.—¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
esta capa remendada?

—Ricos manjares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.

—Mandaré cuanto tú mandes.
—¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
las llamáis dichas humanas?



—Mi poder á cuantos gimen,
va con gloria á socorrer.
—¡La gloria! capa del crimen;
crimen sin capa ¡el poder!

—Toda la tierra, iracundo,
tengo postrada ante mí.
—¿Y eres el dueño del mundo,
no siendo dueño de ti?

—Yo sé que, del orbe dueño,
seré del mundo el dichoso.
—Yo sé que tu último sueño
será tu primer reposo.

—Yo impongo á mi arbitrio leyes.
—¿Tanto de injusto blasonas?
—Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!

—Vivir podré aborrecido,
mas no moriré olvidado.
—Viviré desconocido,
mas nunca moriré odiado.

—¡Adiós! pues romper no puedo
de tu cinismo el crisol.
—¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
pues no me quitas el sol!—

Y al partir, con mutuo agravio,
uno altivo, otro implacable,
—¡Miserable! dice el sabio;
y el rey dice:—¡Miserable!

XXI

SUFRIR ES VIVIR

Á mi querido amigo D. Eduardo Bustillo

Maldiciendo mi dolor,
á Dios clamé de esta suerte:
—Haced que el tiempo, Señor,
venga á arrancarme este amor
que me está dando la muerte.—
Mis súplicas escuchando,
su interminable camino
de orden de Dios acortando,
corriendo, ó más bien, volando,
como siempre el tiempo vino.

Y—voy tu mal á curar,—
dijo; y cuando el bien que adoro
me fué del pecho á arrancar,
me entró un afán de llorar
que, aun de recordarlo, lloro.
Temiendo por mi pasión
penas sufrí tan extrañas,
que aprendió mi corazón
que una misma cosa son
mis penas y mis entrañas.
Y feliz con mi dolor,
gritó mi alma arrepentida:
—Decid al tiempo, Señor,
que no me arranque este amor,
que es arrancarme la vida.—

XXII

LOS DOS ESPEJOS

En el cristal de un espejo
á los cuarenta me ví,
y hallándome feo y viejo,
de rabia el cristal rompí.

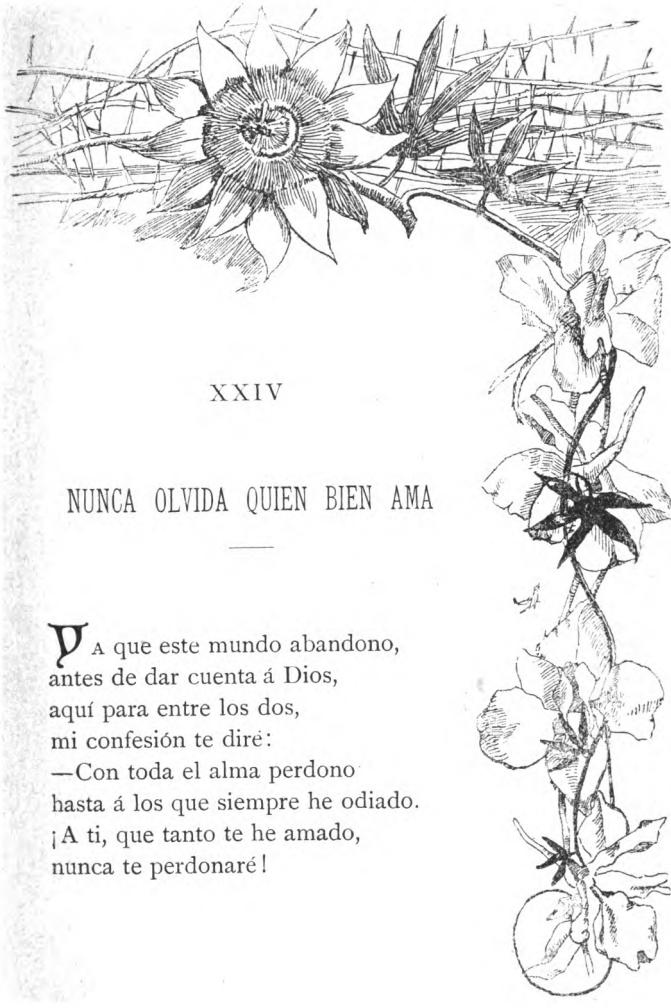
Del alma en la transparencia
mi rostro entonces miré,
y tal me ví en la conciencia,
que el corazón me rasgué.

Y es que, perdiendo el mortal
la fe, juventud y amor,
¡ se mira al espejo, y mal !
¡ se ve en el alma, y... peor !

XXIII

AMOR Y GLORIA

Sobre arena y sobre viento
lo ha fundado el cielo todo!
lo mismo el mundo del lodo,
que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimiento
sólo aire y arena son.
¡Torres con que la ilusión
mundo y corazones llena,
las del mundo sois arena,
y aire las del corazón!



XXIV

NUNCA OLVIDA QUIEN BIEN AMA

Ya que este mundo abandono,
antes de dar cuenta á Dios,
aquí para entre los dos,
mi confesión te diré:
—Con toda el alma perdono
hasta á los que siempre he odiado.
¡A ti, que tanto te he amado,
nunca te perdonaré!

XXV

LOS DOS PECADORES

Tú pecas porque me adoras,
y yo peco por gozar;
y en tan diverso pecar,
yo río cuando tú lloras.
¡Maldigo mis dulces horas,
y bendigo tu tormento!
Podrá tu remordimiento
llevarte á un dichoso estado.
¡Yo sí que soy desdichado,
que peco y no me arrepiento!

XXVI

MUERTOS QUE VIVEN

Á MI HERMANO POLÍTICO D. JOSÉ MARÍA VALDÉS

EN LA MUERTE DE SU HIJA GUILLERMINA

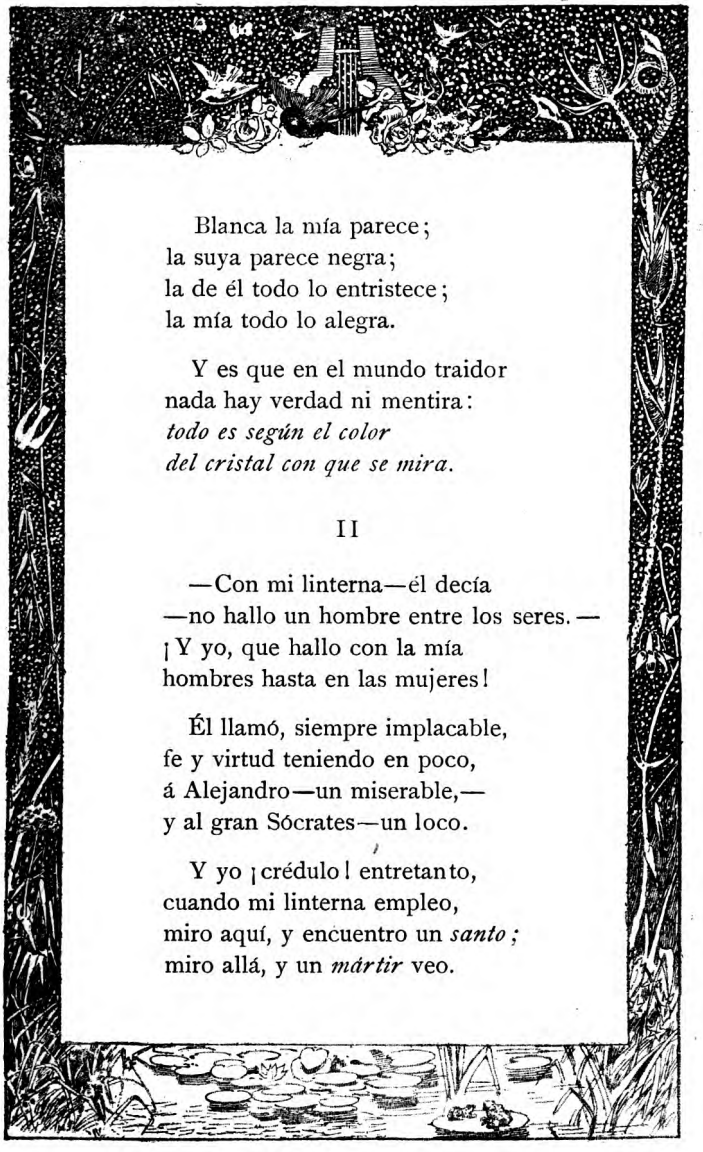
Con tierna melancolía
van á una niña á enterrar
y el padre, al verla pasar,
dice llorando:—¡Hija mía!
¡La pierdo cuando aún vivía
con la fe de la ilusión!...—
Mas se templó su aflicción
mirando al cortejo, y viendo
tantos que, sin fe viviendo,
llevan muerto el corazón.

XXVII

LAS DOS LINTERNAS

Á D. Gumersindo Laverde Ruiz

De Diógenes compré un día
la linterna á un mercader.
Distan la suya y la mía
cuanto hay de ser á no ser.



Blanca la mía parece;
la suya parece negra;
la de él todo lo entristece;
la mía todo lo alegra.

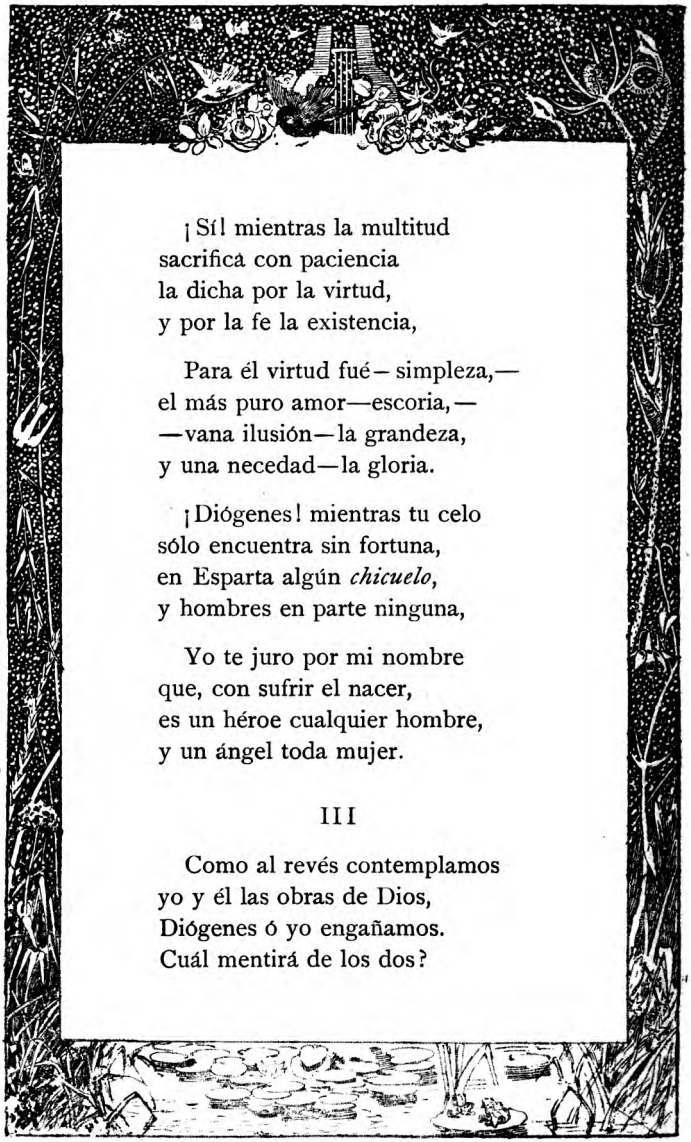
Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.

II

—Con mi linterna—él decía
—no hallo un hombre entre los seres.—
¡Y yo, que hallo con la mía
hombres hasta en las mujeres!

Él llamó, siempre implacable,
fe y virtud teniendo en poco,
á Alejandro—un miserable,—
y al gran Sócrates—un loco.

Y yo ¡crédulo! entretanto,
cuando mi linterna empleo,
miro aquí, y encuentro un *santo;*
miro allá, y un *mártir* veo.



¡Sí! mientras la multitud
sacrifica con paciencia
la dicha por la virtud,
y por la fe la existencia,

Para él virtud fué—simpleza,—
el más puro amor—escoria,—
—vana ilusión—la grandeza,
y una necedad—la gloria.

¡Diógenes! mientras tu celo
sólo encuentra sin fortuna,
en Esparta algún *chicuelo*,
y hombres en parte ninguna,

Yo te juro por mi nombre
que, con sufrir el nacer,
es un héroe cualquier hombre,
y un ángel toda mujer.

III

Como al revés contemplamos
yo y él las obras de Dios,
Diógenes ó yo engañamos.
Cuál mentirá de los dos?

¿Quién es, en pintar, más fiel,
las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él,
la virtud dirá que yo.

Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.

XXVIII

EL MAYOR CASTIGO

CUANDO de Virgilio en pos
fué el Dante al infierno á dar,
su conciencia, hija de Dios,
dejó á la puerta al entrar.

Después que á salir volvió,
su conciencia el Dante hallando,
con ella otra vez cargó,
mas dijo así suspirando:

—Del infierno, en lo profundo,
no ví tan atroz sentencia
como es la de ir por el mundo
cargado con la conciencia.—

XXIX

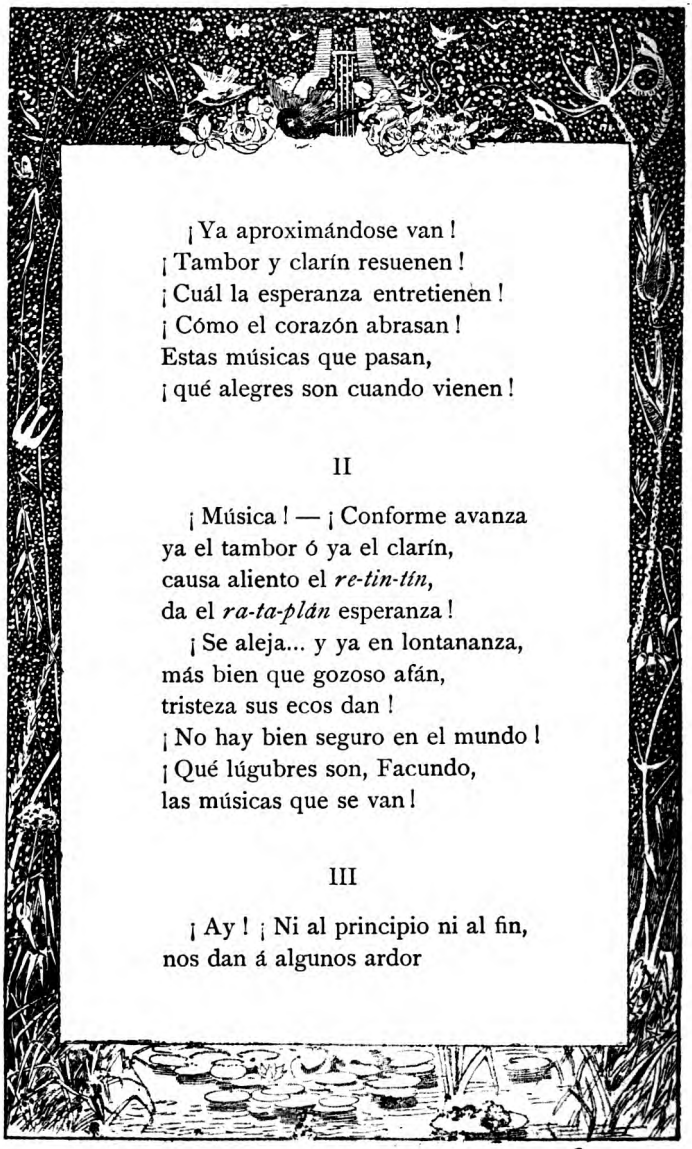
MÚSICAS QUE PASAN

Todas las cosas pasan y tú con ellas.
(KEMPIS, lib. II, cap. I.)

Á MI QUERIDO AMIGO D. FACUNDO GOÑI

I

¡MÚSICA!—¡Qué aliento dan
y qué esperanzas sin fin,
el *re-tin-tín* del clarín,
del tambor el *ra-ta-plán!*



¡Ya aproximándose van!
¡Tambor y clarín resuenen!
¡Cuál la esperanza entretienen!
¡Cómo el corazón abrasan!
Estas músicas que pasan,
¡qué alegres son cuando vienen!

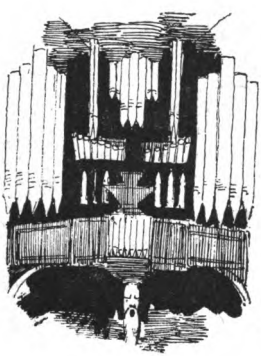
II

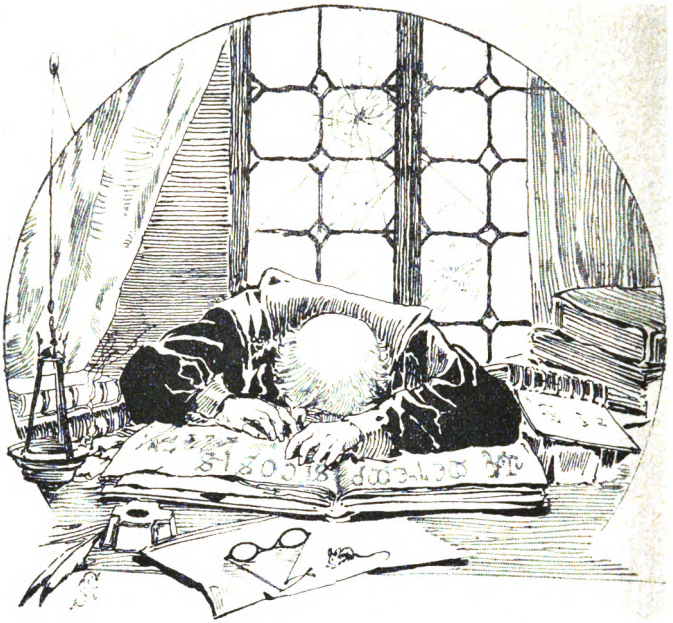
¡Música! — ¡Conforme avanza
ya el tambor ó ya el clarín,
causa aliento el *re-tin-tín*,
da el *ra-ta-plán* esperanza!
¡Se aleja... y ya en lontananza,
más bien que gozoso afán,
tristeza sus ecos dan!
¡No hay bien seguro en el mundo!
¡Qué lúgubres son, Facundo,
las músicas que se van!

III

¡Ay! ¡Ni al principio ni al fin,
nos dan á algunos ardor

el *ra-ta-plán* del tambor,
del clarín el *re-tin-tín!*
¡Tu esplín, Facundo, y mi esplín...
para músicas están!
¡Poco nuestro antiguo afán
las músicas entretienen,
ni cuando alegres se vienen,
ni cuando tristes se van!



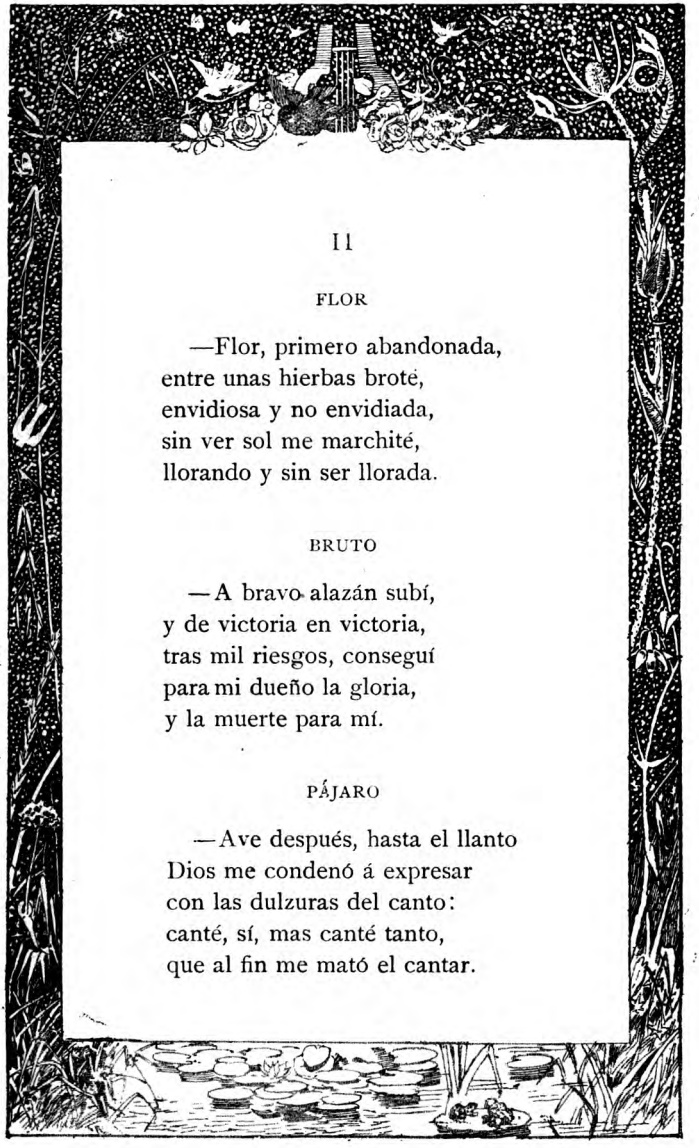


XXX

La Metempsícosis

I

Hallé una historia, lector,
en un viejo pergamino,
donde prueba un sabio autor,
¡ay! que el variar de destino,
sólo es variar de dolor.



II

FLOR

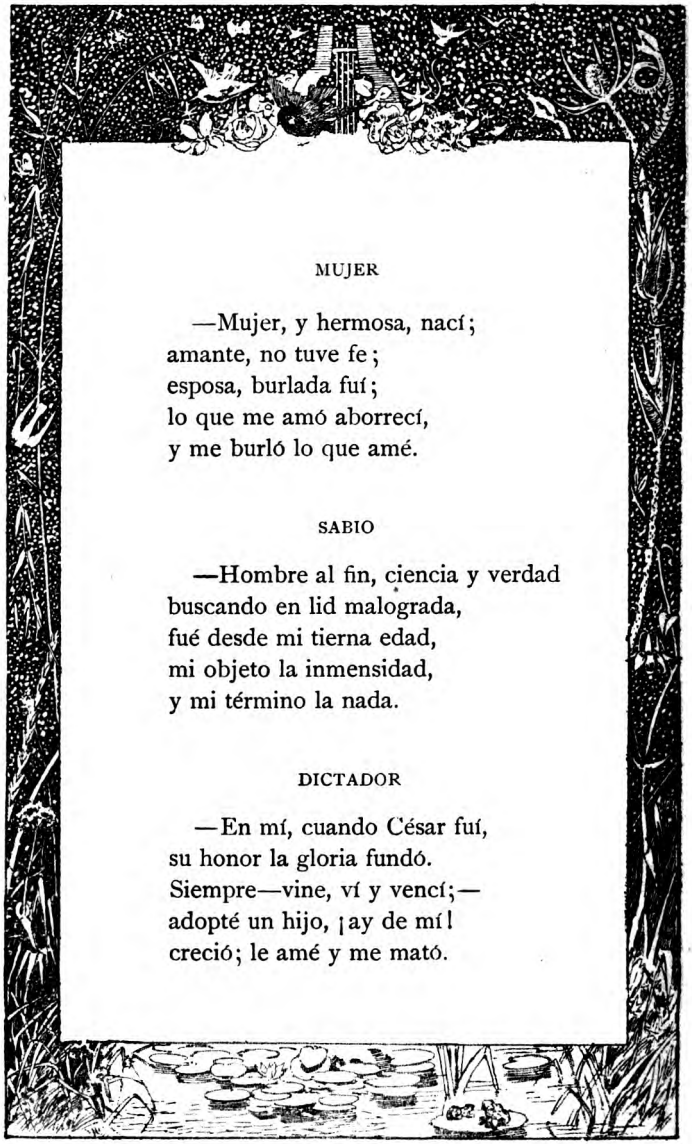
—Flor, primero abandonada,
entre unas hierbas broté,
envidiosa y no envidiada,
sin ver sol me marchité,
llorando y sin ser llorada.

BRUTO

—A bravo alazán subí,
y de victoria en victoria,
tras mil riesgos, conseguí
para mi dueño la gloria,
y la muerte para mí.

PÁJARO

—Ave después, hasta el llanto
Dios me condenó á expresar
con las dulzuras del canto:
canté, sí, mas canté tanto,
que al fin me mató el cantar.



MUJER

—Mujer, y hermosa, nací;
amante, no tuve fe;
esposa, burlada fuí;
lo que me amó aborrecí,
y me burló lo que amé.

SABIO

—Hombre al fin, ciencia y verdad
buscando en lid malograda,
fué desde mi tierna edad,
mi objeto la inmensidad,
y mi término la nada.

DICTADOR

—En mí, cuando César fuí,
su honor la gloria fundó.
Siempre—vine, ví y vencí;—
adopté un hijo, ¡ay de mí!
creció; le amé y me mató.

HOMBRE

—La escala transmigradora
de mis cien formas y modos
vuelvo ya á bajar; y ahora
un hombre soy, que, cual todos,
vive, espera, sufre y llora.—

III

Después de saber, lector,
la historia del pergamino,
¿qué importa ser hombre ó flor
¡ay! si el variar de destino
sólo es variar de dolor?

XXXI

LAS DOS TUMBAS

¡Cuán honda, oh cielos, será,
dije, mi tumba mirando,
que va tragando, tragando,
cuánto nació y nacerá!

Y huyendo del vil rincón
donde al fin seré arrojado,
los ojos metí espantado
dentro de mi corazón.

Mas cuando dentro miré,
mis ojos en él no hallaron
¡ni un sér de los que me amaron,
ni un sér de los que yo amé!

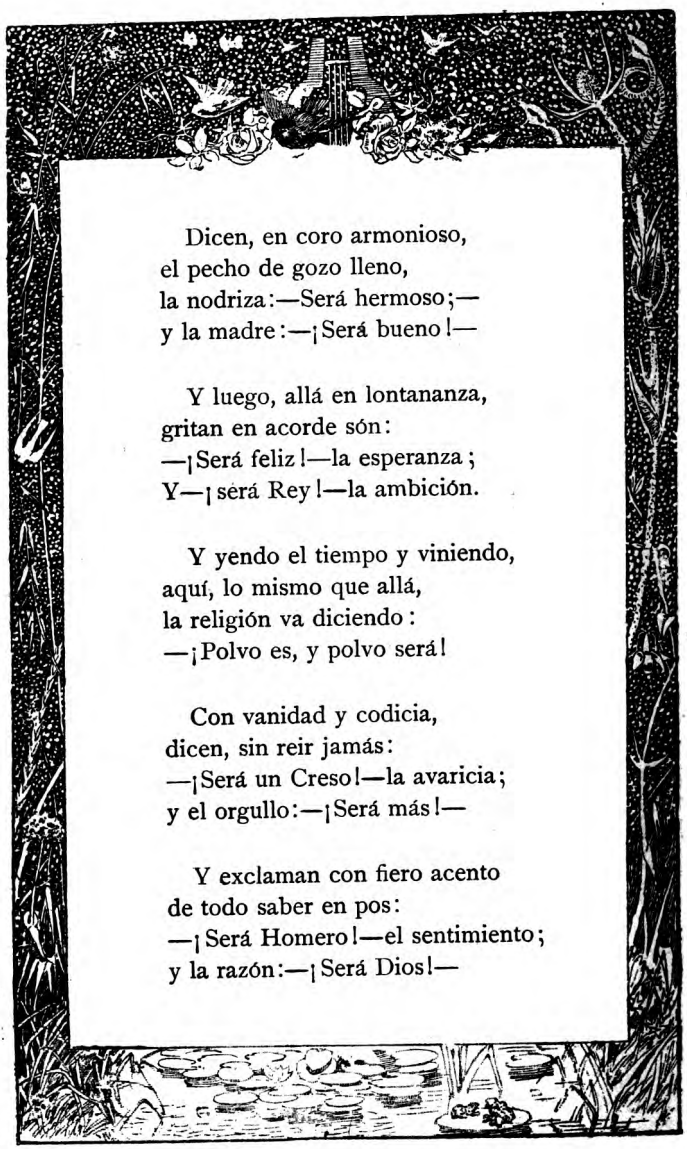
Si no hallo aquí una ilusión,
y allí sólo hallo el vacío,
¿cuál es más hondo, Dios mío,
mi tumba, ó mi corazón?

XXXII

LA VERDAD Y LAS MENTIRAS

Á Fernando Álvarez y Guijarro

Cuando por todo consuelo,
un sacerdote, al nacer,
nos dice en nombre del cielo:
—Polvo es, y polvo ha de ser,—



Dicen, en coro armonioso,
el pecho de gozo lleno,
la nodriza:—Será hermoso;—
y la madre:—¡Será bueno!—

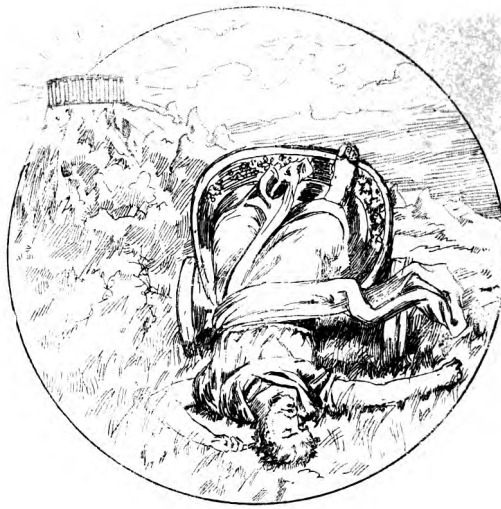
Y luego, allá en lontananza,
gritan en acorde són:
—¡Será feliz!—la esperanza;
Y—¡será Rey!—la ambición.

Y yendo el tiempo y viniendo,
aquí, lo mismo que allá,
la religión va diciendo:
—¡Polvo es, y polvo será!

Con vanidad y codicia,
dicen, sin reir jamás:
—¡Será un Creso!—la avaricia;
y el orgullo:—¡Será más!—

Y exclaman con fiero acento
de todo saber en pos:
—¡Será Homero!—el sentimiento;
y la razón:—¡Será Dios!—

Y en tanto la religión,
al morir, como al nacer,
repite:—No hay remisión;
¡Polvo es, y polvo ha de ser!—



XXXIII

LA AMBICIÓN

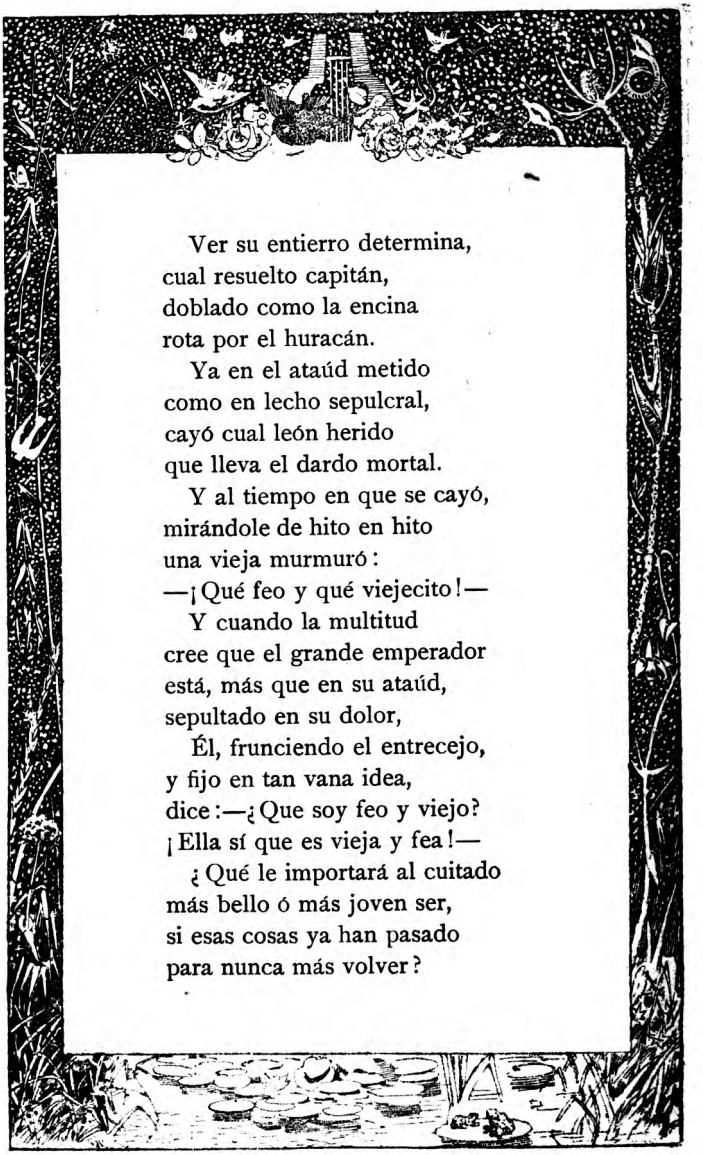
A un monte una vez subí,
y de cansado me eché;
mas luego que lo bajé,
de confiado caí.

¡Déjame, ambición, aquí
hasta morir descansando!
¿Qué ganaré ambicionando,
si cuanto más suba entiendo
que me he de cansar subiendo,
y me he de caer bajando?

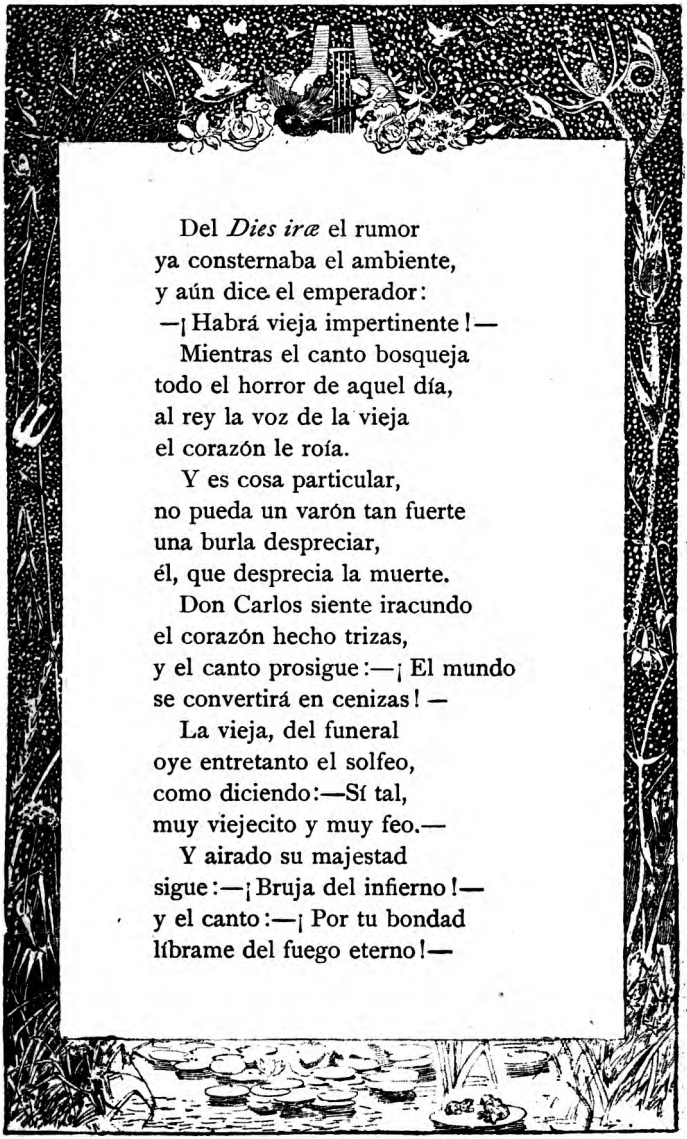
XXXIV

LOS GRANDES HOMBRES

De Yuste en el santuario
Carlos Quinto, emperador,
valientemente al calvario
subiendo de su dolor,



Ver su entierro determina,
cual resuelto capitán,
doblado como la encina
rota por el huracán.
Ya en el ataúd metido
como en lecho sepulcral,
cayó cual león herido
que lleva el dardo mortal.
Y al tiempo en que se cayó,
mirándole de hito en hito
una vieja murmuró:
—¡Qué feo y qué viejecito!—
Y cuando la multitud
cree que el grande emperador
está, más que en su ataúd,
sepultado en su dolor,
Él, frunciendo el entrecejo,
y fijo en tan vana idea,
dice:—¿Que soy feo y viejo?
¡Ella sí que es vieja y fea!—
¿Qué le importará al cuitado
más bello ó más joven ser,
si esas cosas ya han pasado
para nunca más volver?



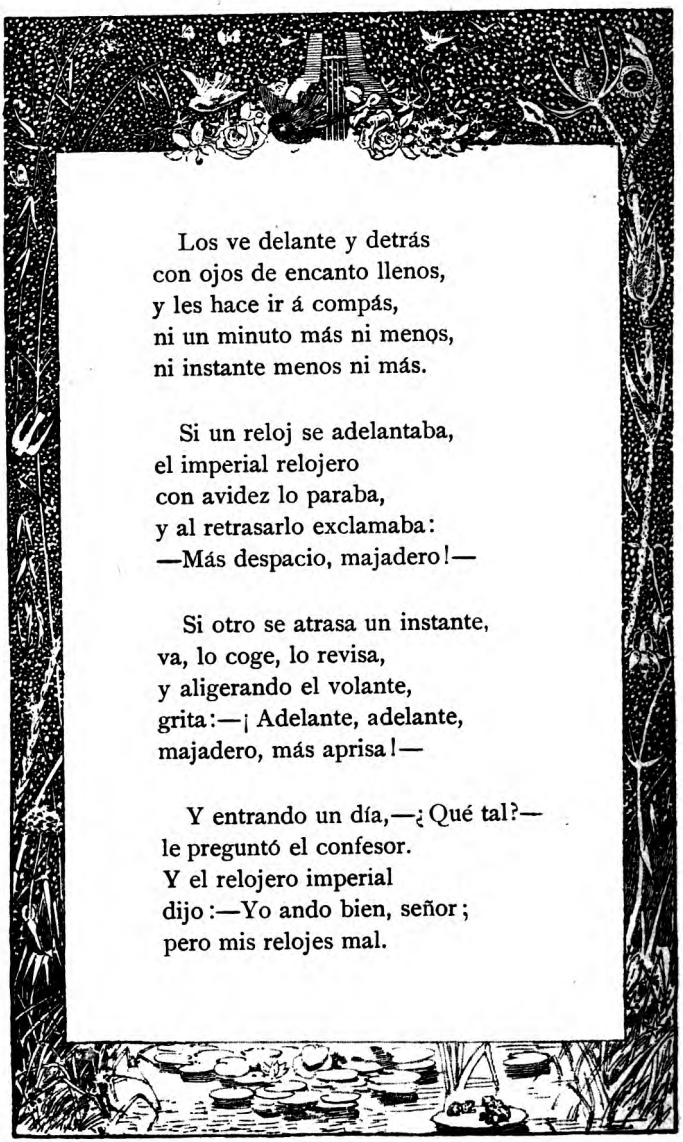
Del *Dies iræ* el rumor
ya consternaba el ambiente,
y aún dice el emperador:
—¡Habrá vieja impertinente!—
Mientras el canto bosqueja
todo el horror de aquel día,
al rey la voz de la vieja
el corazón le roía.
Y es cosa particular,
no pueda un varón tan fuerte
una burla despreciar,
él, que desprecia la muerte.
Don Carlos siente iracundo
el corazón hecho trizas,
y el canto prosigue:—¡El mundo
se convertirá en cenizas!—
La vieja, del funeral
oye entretanto el solfeo,
como diciendo:—Sí tal,
muy viejecito y muy feo.—
Y airado su majestad
sigue:—¡Bruja del infierno!—
y el canto:—¡Por tu bondad
líbrame del fuego eterno!—

Calla el coro; alza el semblante
pálido el emperador,
surgiendo allí semejante
á la estatua del dolor;
Y cuando el monje imperial
vuelve á su celda apartada,
mostrando algo de fatal
en su frente devastada.
Por todo su sér refleja
santa humildad, puro amor;
tan sólo miró á la vieja
con humos de emperador.

XXXV

Los Relojes del Rey Carlos

Carlos Quinto el estorzado
se encuentra asaz divertido
de cien relojes rodeado,
cuando va, en Yuste olvidado,
hacia el reino del olvido.

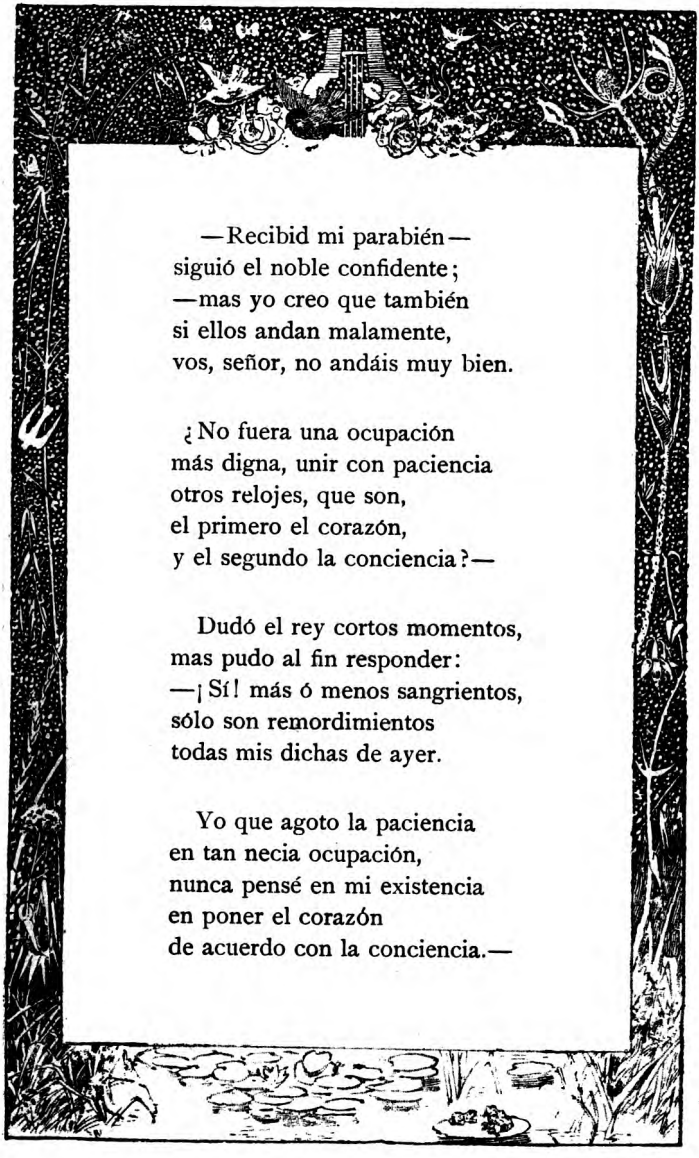


Los ve delante y detrás
con ojos de encanto llenos,
y les hace ir á compás,
ni un minuto más ni menos,
ni instante menos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
el imperial relojero
con avidez lo paraba,
y al retrasarlo exclamaba:
—Más despacio, majadero!—

Si otro se atrasa un instante,
va, lo coge, lo revisa,
y aligerando el volante,
grita:—¡ Adelante, adelante,
majadero, más aprisa!—

Y entrando un día,—¿ Qué tal?—
le preguntó el confesor.
Y el relojero imperial
dijo:—Yo ando bien, señor;
pero mis relojes mal.

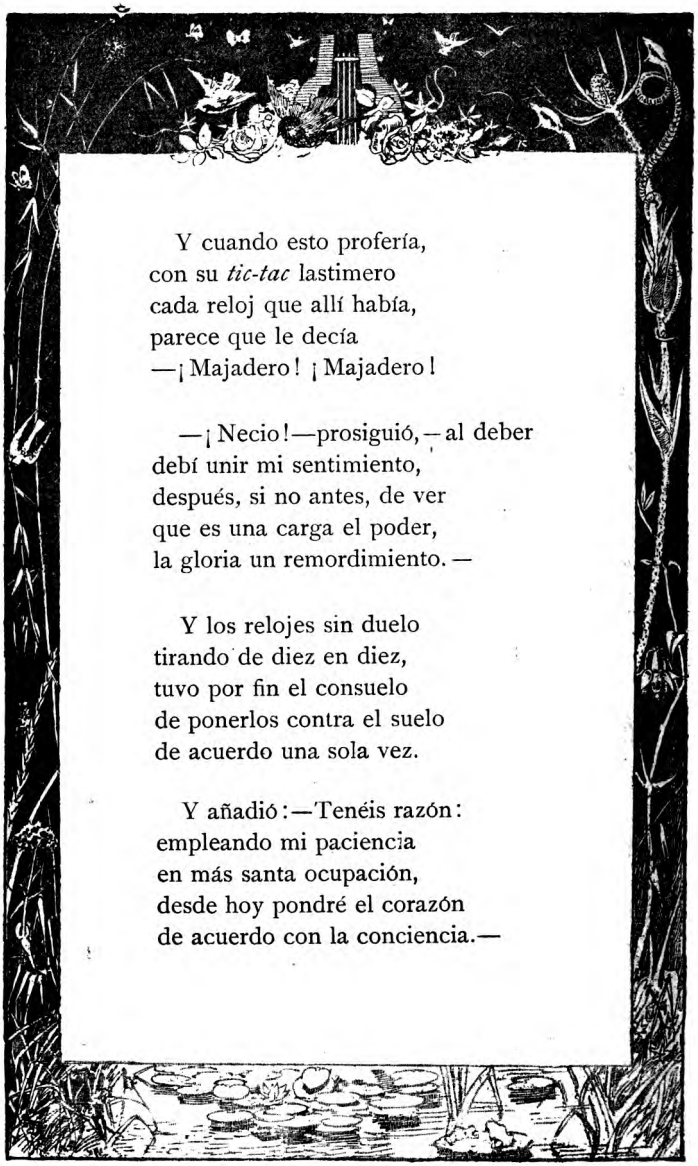


—Recibid mi parabién—
siguió el noble confidente;
—mas yo creo que también
si ellos andan malamente,
vos, señor, no andáis muy bien.

¿No fuera una ocupación
más digna, unir con paciencia
otros relojes, que son,
el primero el corazón,
y el segundo la conciencia?—

Dudó el rey cortos momentos,
mas pudo al fin responder:
—¡Sí! más ó menos sangrientos,
sólo son remordimientos
todas mis dichas de ayer.

Yo que agoto la paciencia
en tan necia ocupación,
nunca pensé en mi existencia
en poner el corazón
de acuerdo con la conciencia.—



Y cuando esto profería,
con su *tic-tac* lastimero
cada reloj que allí había,
parece que le decía
—¡Majadero! ¡Majadero!

—¡Necio!—prosiguió,—al deber
debí unir mi sentimiento,
después, si no antes, de ver
que es una carga el poder,
la gloria un remordimiento.—

Y los relojes sin duelo
tirando de diez en diez,
tuvo por fin el consuelo
de ponerlos contra el suelo
de acuerdo una sola vez.

Y añadió:—Tenéis razón:
empleando mi paciencia
en más santa ocupación,
desde hoy pondré el corazón
de acuerdo con la conciencia.—

XXXVI

TODO Y NADA

¡Cuánta dicha! y ¡cuánta gloria!—
dije, entre humillado y fiero,
leyendo una vez la historia
del emperador Severo.
Y cuando á verle llegué
—Yo en cambio,—humilde exclamé:
—no fuí nada, y nada es todo.—
Mas con humildad mayor,
ví que al fin de la jornada
exclamó el emperador:
—Yo fuí todo, y todo es nada.—

XXXVII

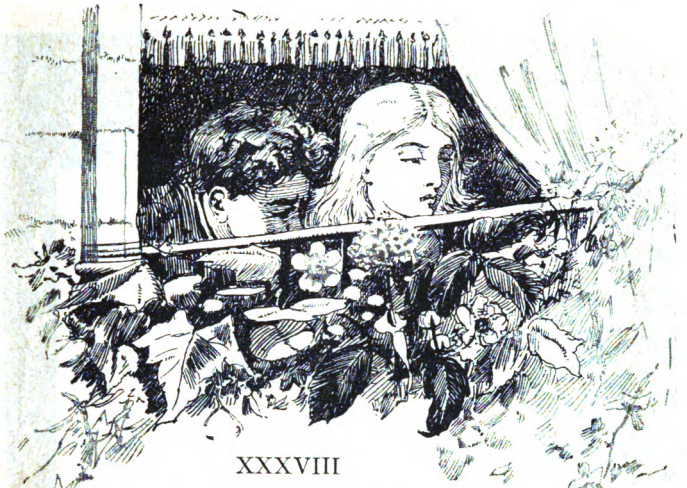
LOS DOS MIEDOS

I

Al comenzar la noche de aquel día,
ella, lejos de mí,
—¿Por qué te acercas tanto?—me decía;
—¡Tengo miedo de ti!—

II

Y después que la noche hubo pasado,
dijo, cerca de mí:
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin ti!—



XXXVIII

Á REY MUERTO REY PUESTO

El principio de toda tentación
es no ser uno constante...
(KEMPIS, lib. I, cap. XII.)

Murió por ti; su entierro al otro día
pasar desde el balcón juntos miramos;
y espantados tal vez de tu falsía
en tu alcoba los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiescat* se oía. Al verte triste,
yo la trenza besé de tus cabellos,
y—¡traición! ¡sacrilegio!—me dijiste.
Seguía el *de profundis* y gemimos...
el muerto y el terror fueron pasando...
y al ver luego la luz, cuando salimos,
—¡qué vergüenza!,—exclamaste suspirando.
Decías la verdad. ¡Aquel entierro!...
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...
Después ¡la oscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traición! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

XXXIX

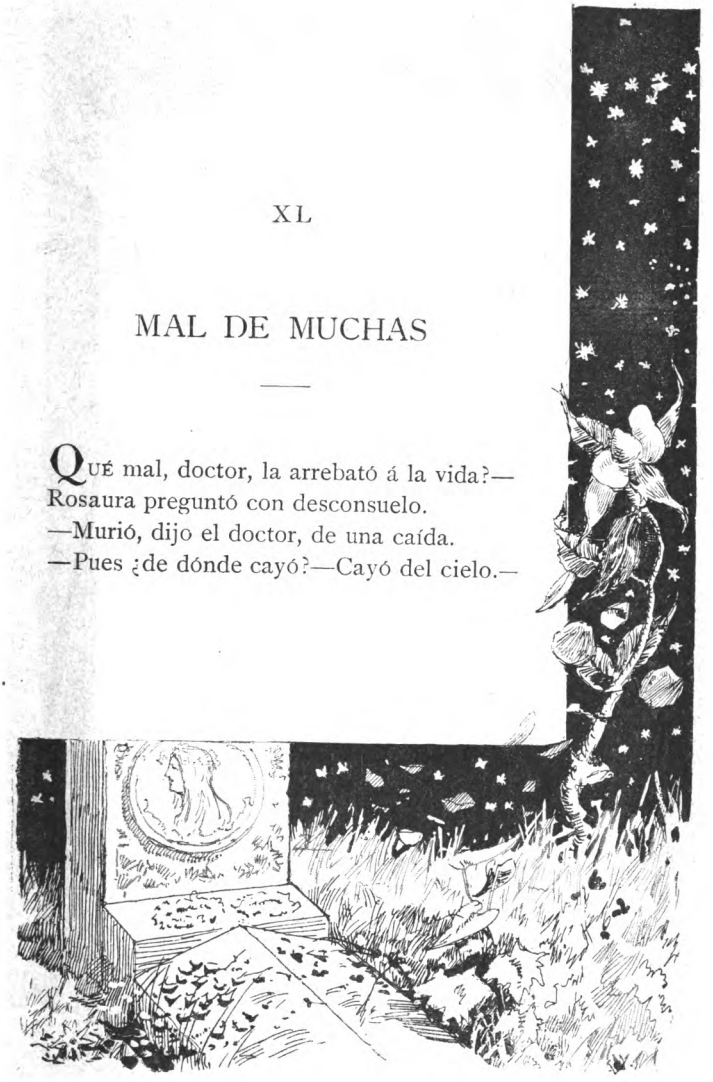
HASTÍO

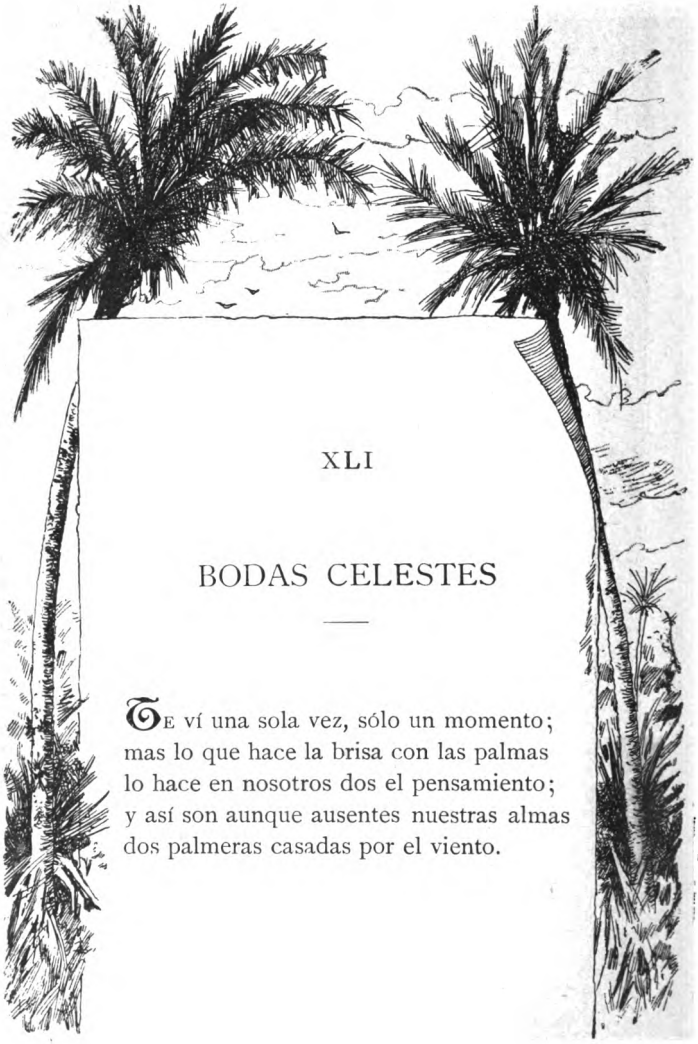
Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.

XL

MAL DE MUCHAS

Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?—
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caída.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.—

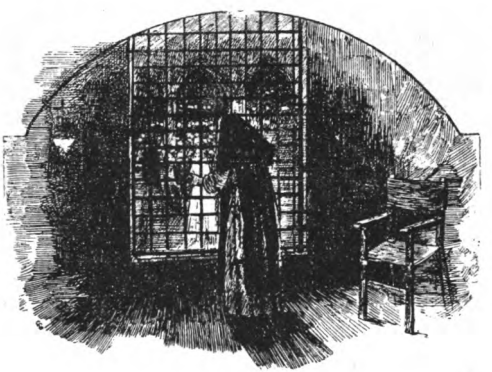




XLI

BODAS CELESTES

Te ví una sola vez, sólo un momento;
mas lo que hace la brisa con las palmas
lo hace en nosotros dos el pensamiento;
y así son aunque ausentes nuestras almas
dos palmeras casadas por el viento.



XLII

LAS DOS ESPOSAS

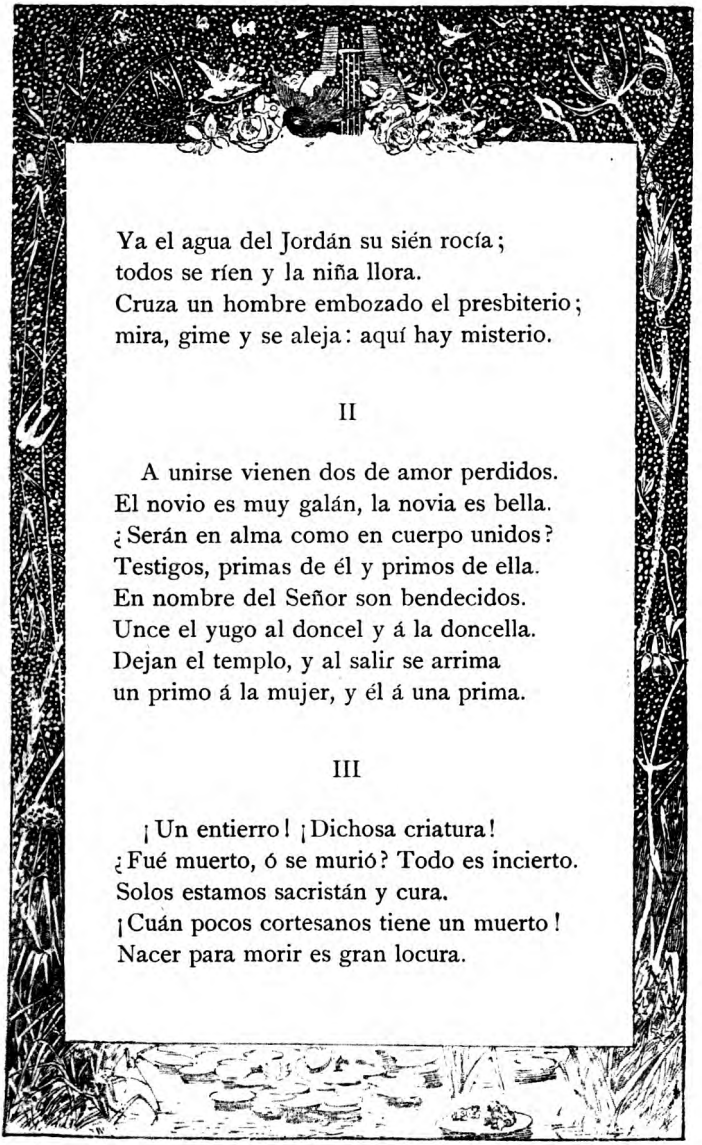
Sor Luz, viendo á Rosaura cierto día
casándose con Blas,
—¡Oh, qué esposo tan bello! se decía,
pero el mío lo es más! —
Luego en la esposa del mortal miraba
la risa del amor,
y, sin poderlo remediar, ¡lloraba
la esposa del Señor!

XLIII

MEMORIAS DE UN SACRISTÁN

I

Dos de Abril. Un bautizo. ¡Hermoso día!
El nacido es mujer, sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.



Ya el agua del Jordán su sién rocía;
todos se ríen y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
mira, gime y se aleja: aquí hay misterio.

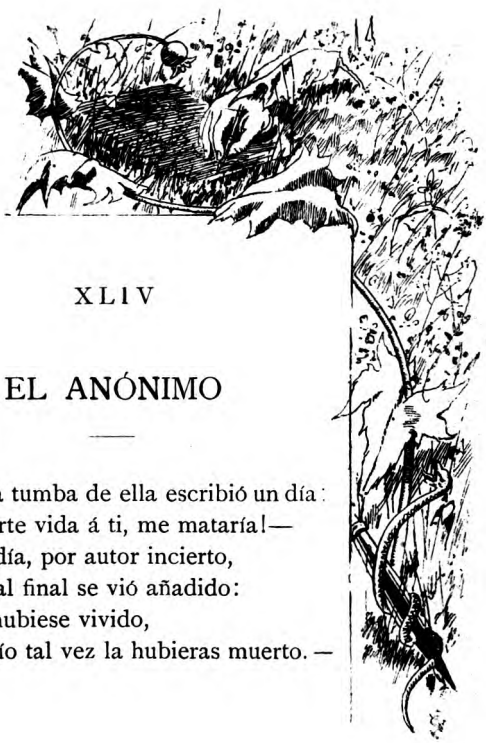
II

A unirse vienen dos de amor perdidos.
El novio es muy galán, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?
Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
un primo á la mujer, y él á una prima.

III

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto, ó se murió? Todo es incierto.
Solos estamos sacristán y cura.
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.

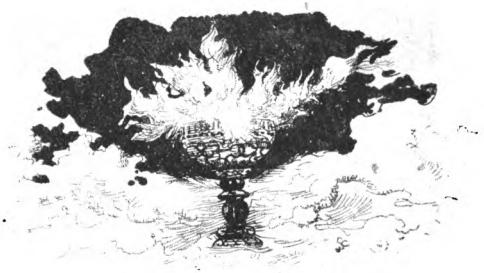
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: ¡después... ¡quién sabe!



XLIV

EL ANÓNIMO

Sobre la tumba de ella escribió un día:
—¡Por darte vida á ti, me mataría!—
Y al otro día, por autor incierto,
con lápiz al final se vió añadido:
—Si ella hubiese vivido,
ya de hastío tal vez la hubieras muerto.—



XLV

¡ASÍ!

I

MIRA hacia allá. Tu eléctrica mirada
¿por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcán! ¡muero abrasada!
¡No me mires así!—

II

—Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes
ya no se clavan con ardor en mí;
si he de vivir, mírame *así*... como antes...
Fíjate bien: *¡así!*—

XLVI

EL ALMA EN VENTA

Así con Satanás Julio habló un día:
—¿Quieres comprarme el alma?—Vale poco.
—Tan sólo por un beso la daría.
—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
—La compras?—No.—Porqué?—Porque ya es mía.

XLVII

LO DE SIEMPRE

I

Un galán la adoraba
y ella reía, mientras él lloraba.

II

Después de cierto día,
mientras ella lloraba él se reía.

XLVIII

LA VIUDA Y EL FILÓSOFO

ELLA:—Muerto mi bien me matará la pena.
ÉL:—¡Ay! ¡cuánto envidia ese dolor mi hastío!
ELLA:—Urna es mi corazón de polvo llena!
ÉL:—Mi pecho es un sarcófago vacío.
ELLA:—¡No hay suerte tan cruel como mi suerte!
ÉL:—¡Dichosa la que amó y ha sido amada!
ELLA:—¡Hoy en mi corazón reina la muerte!
ÉL:—¡En el mío es peor, reina la nada!

XLIX

PARA querer á un rico, que es un necio,
por pobre me entregaste al abandono.
Si ha sido por codicia, te desprecio.
si ha sido por amor.... ¡ te lo perdono !

I.

ELLOS Y ELLAS

Se quieren dos; y él y ella
de amor, ó de bondad, el pecho lleno,
mientras él nos pregunta «¿es bella, es bella?»
ella va preguntando: «¿es bueno, es bueno?»

LI

El Amor y la Fe

AL PIE DEL RETRATO DE QUINTANA

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA CONDESA DE ANTILLÓN

Jamás cantó la fe ni los placeres,
pero probó su musa soberana
que no son ilusiones los deberes,
ni el patriotismo una palabra vana.
Mas, no adorando á Dios ni á las mujeres,
¿cómo amaba y creía el gran Quintana?
Yo, exceptuando el amor, nada deseo.
Si suprimís á Dios, en nada creo.

LII

CUESTIÓN DE NOMBRE

De una hermosa pagana la existencia
salvó un cristiano, y, con fervor divino
la pagana dió gracias al *Destino*,
y el cristiano alabó la *Providencia*.

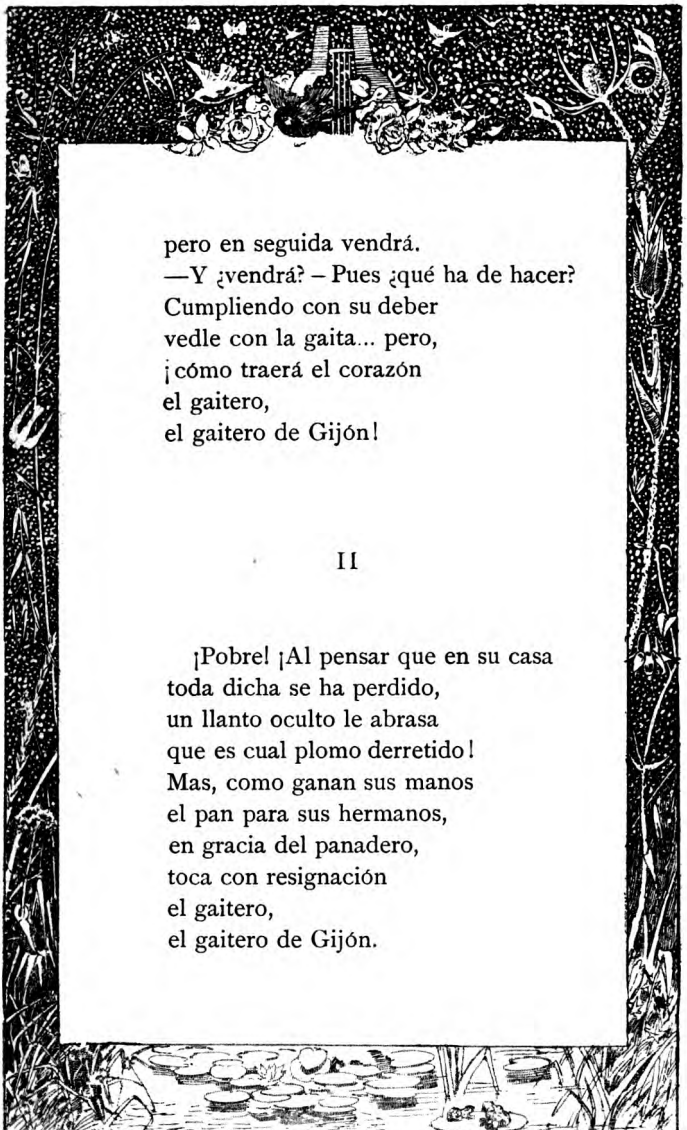
LIII

EL GAITERO DE GIJÓN

Á MI SOBRINA GUILLERMINA CAMPOAMOR Y DOMÍNGUEZ

I

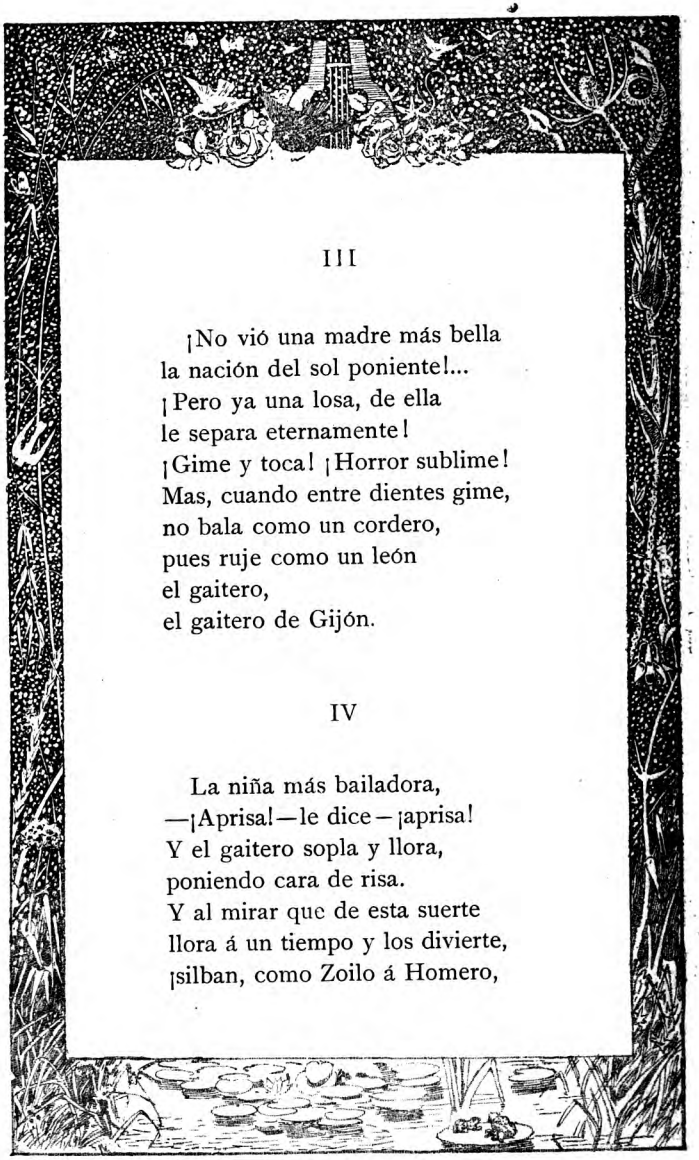
Ya se está el baile arreglando
y el gaitero ¿dónde está?
—Está á su madre enterrando,



pero en seguida vendrá.
—Y ¿vendrá? – Pues ¿qué ha de hacer?
Cumpliendo con su deber
vedle con la gaita... pero,
¡cómo traerá el corazón
el gaitero,
el gaitero de Gijón!

II

¡Pobre! ¡Al pensar que en su casa
toda dicha se ha perdido,
un llanto oculto le abrasa
que es cual plomo derretido!
Mas, como ganan sus manos
el pan para sus hermanos,
en gracia del panadero,
toca con resignación
el gaitero,
el gaitero de Gijón.

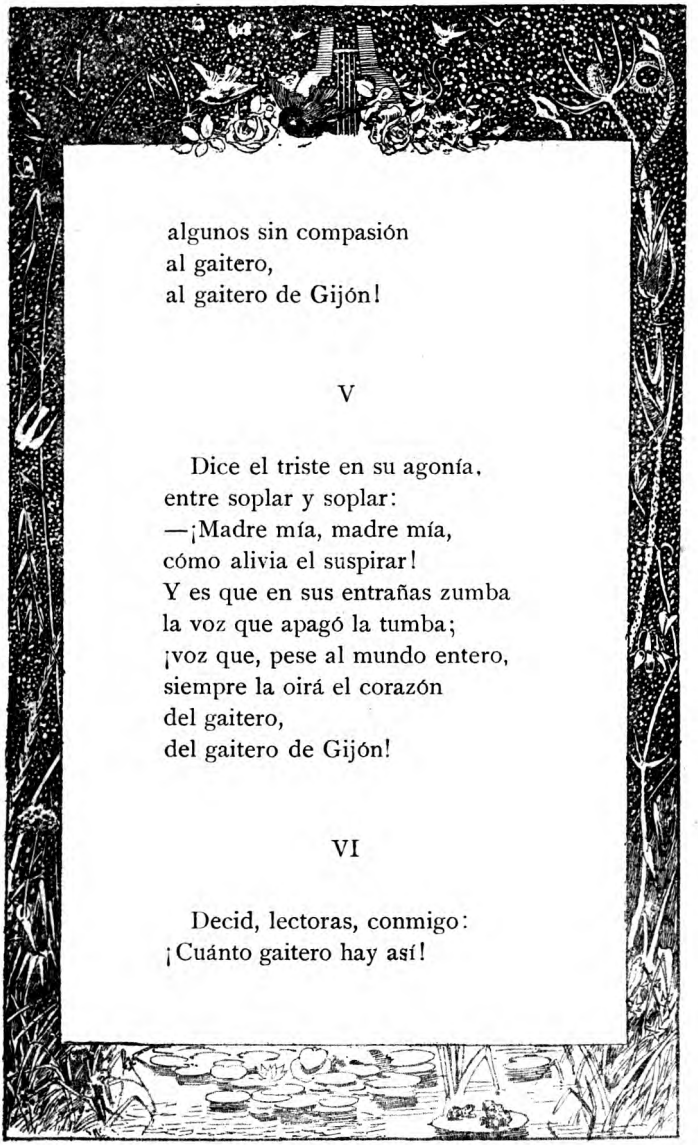


III

¡No vió una madre más bella
la nación del sol poniente!...
¡Pero ya una losa, de ella
le separa eternamente!
¡Gime y toca! ¡Horror sublime!
Mas, cuando entre dientes gime,
no bala como un cordero,
pues ruje como un león
el gaitero,
el gaitero de Gijón.

IV

La niña más bailadora,
—¡Aprisa!—le dice—¡aprisa!
Y el gaitero sopla y llora,
poniendo cara de risa.
Y al mirar que de esta suerte
llora á un tiempo y los divierte,
¡silban, como Zoilo á Homero,



algunos sin compasión
al gaitero,
al gaitero de Gijón!

V

Dice el triste en su agonía,
entre soplar y soplar:
—¡Madre mía, madre mía,
cómo alivia el suspirar!
Y es que en sus entrañas zumba
la voz que apagó la tumba;
¡voz que, pese al mundo entero,
siempre la oirá el corazón
del gaitero,
del gaitero de Gijón!

VI

Decid, lectoras, conmigo:
¡Cuánto gaitero hay así!

Preguntáis ¿por quién lo digo?
Por vos lo digo, y por mí.
¿No veis que al hacer, lectoras,
doloras y más doloras,
mientras yo de pena muero,
vos las recitáis, al són
del gaitero,
del gaitero de Gijón?...

LIV

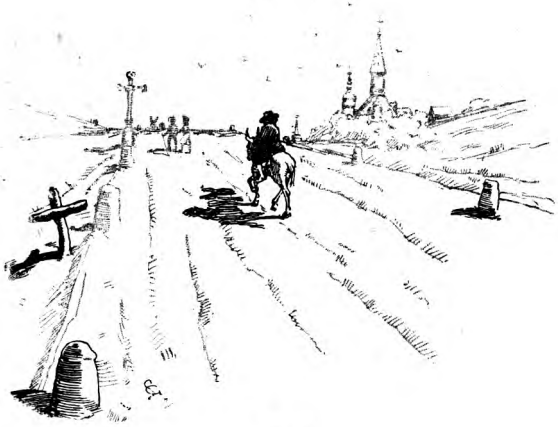
LOS EXTREMOS SE TOCAN

Mientras la abuela una muñeca aliña
y, haciéndose la niña, se consuela;
haciéndose la vieja, usa la niña
el báculo y la cofia de su abuela.

LV

LA CONDICIÓN

Al regresar del otero,
lleno de gozo y cariño
les dió á una niña y un niño
dos pájaros un cabrero.
Dándole un beso primero,
la niña al suyo soltó;
al pájaro que quedó
no se le pudo soltar,
porque el niño, por jugar,
el cuello le retorció.



LVI

VERDAD DE LAS TRADICIONES

I

Ví una cruz en despoblado
un día que al campo fuí
y un hombre me dijo:—«Allí
mató á un ladrón un soldado.»

II

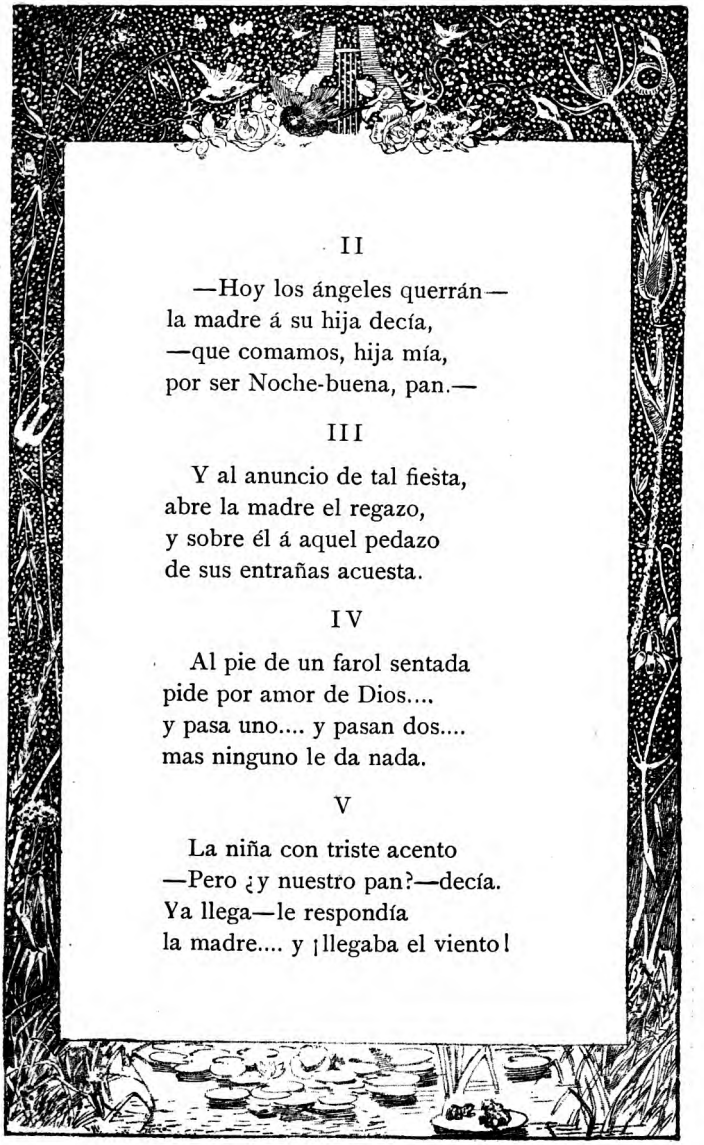
Y ¡oh pérfida tradición!
Cuando del campo volví
otro hombre me dijo:—«Allí
mató á un soldado un ladrón.»

LVII

LA NOCHE-BUENA

I

Son hija y madre; y las dos
con frío, con hambre y pena,
piden en la Noche-Buena
una limosna por Dios.



II

—Hoy los ángeles querrán—
la madre á su hija decía,
—que comamos, hija mía,
por ser Noche-buena, pan.—

III

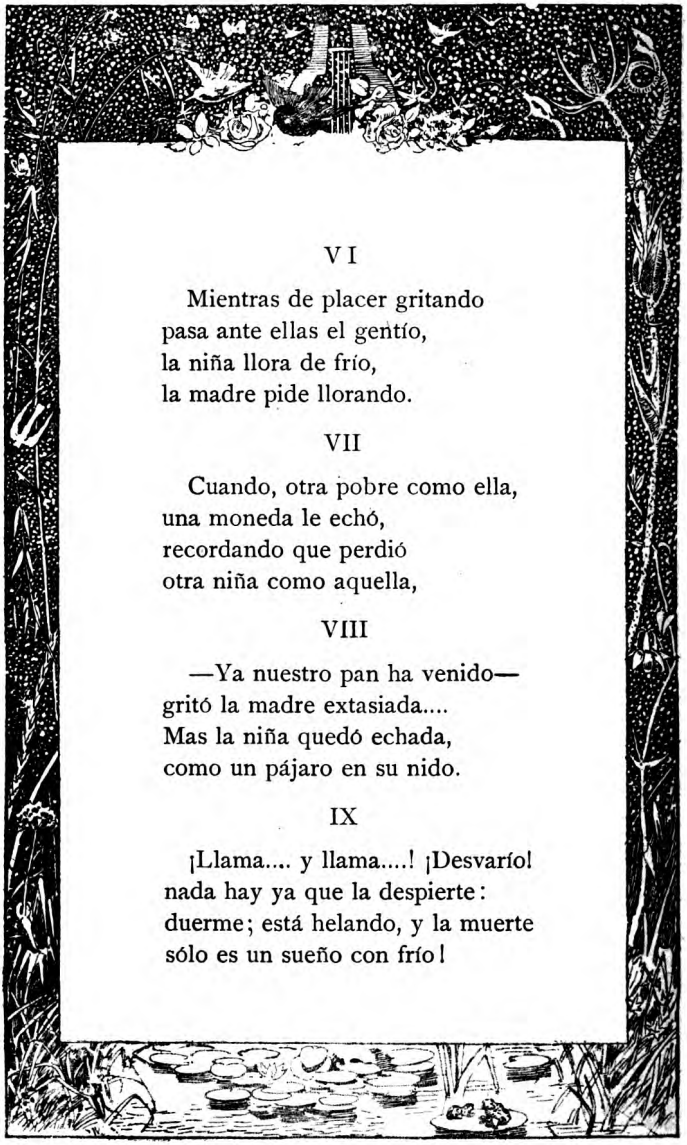
Y al anuncio de tal fiesta,
abre la madre el regazo,
y sobre él á aquel pedazo
de sus entrañas acuesta.

IV

Al pie de un farol sentada
pide por amor de Dios....
y pasa uno.... y pasan dos....
mas ninguno le da nada.

V

La niña con triste acento
—Pero ¿y nuestro pan?—decía.
Ya llega—le respondía
la madre.... y ¡llegaba el viento!



VI

Mientras de placer gritando
pasa ante ellas el gentío,
la niña llora de frío,
la madre pide llorando.

VII

Cuando, otra pobre como ella,
una moneda le echó,
recordando que perdió
otra niña como aquella,

VIII

—Ya nuestro pan ha venido—
gritó la madre extasiada....
Mas la niña quedó echada,
como un pájaro en su nido.

IX

¡Llama.... y llama....! ¡Desvarío!
nada hay ya que la despierte:
duerme; está helando, y la muerte
sólo es un sueño con frío!

X

La toca. Al verla tan yerta,
se alza; hacia la luz la atrae,
se espanta, vacila.... y cae
á plomo la niña muerta.

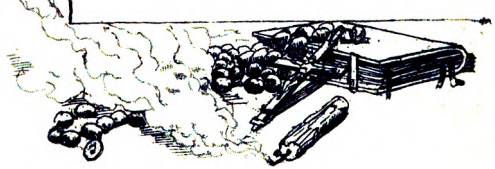
XI

¡Del suelo, de angustia llena,
la madre á su hija levanta!...
Y en tanto un dichoso canta:
—¡Esta noche es Noche-buena!...

LVIII

LAS BUENAS PECADORAS

Después de días de tormentas llenos
te ví en misa rezar con santa calma,
y dije para mí:—«¡Del mal el menos,
da el cuerpo al diablo pero á Dios el alma!»



LIX

LA LEY DEL EMBUDO

De su honor, en menoscabo,
faltó un esposo á su esposa;
ella perdonó amorosa
y el público dijo:—¡Bravo!
Faltó la mujer al cabo,
harta de tanto desdén,
y el falso esposo ¿también
perdonó á la esposa? No:
el esposo la mató
y el público dijo:—¡Bien!

LX

ROGAD Á TIEMPO

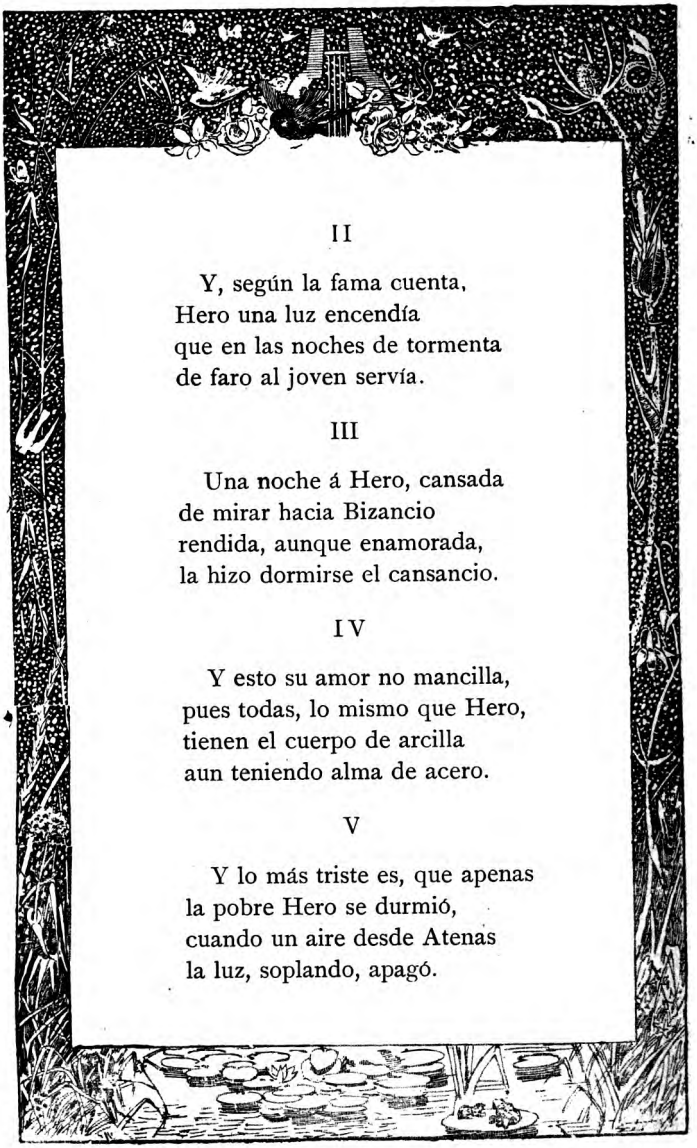
Marchando con su madre, Inés resbala,
cae al suelo, se hiere y disputando
se hablan así después las dos llorando:
—¡Si no fueras tan mala!...—No soy mala.
—¿Qué hacías al caer?...—¡Iba rezando!

LXI

HERO Y LEANDRO

I

A Hero, Leandro adoraba,
y, por verla, enamorado
el Helesponto cruzaba
todas las noches á nado.



II

Y, según la fama cuenta,
Hero una luz encendía
que en las noches de tormenta
de faro al joven servía.

III

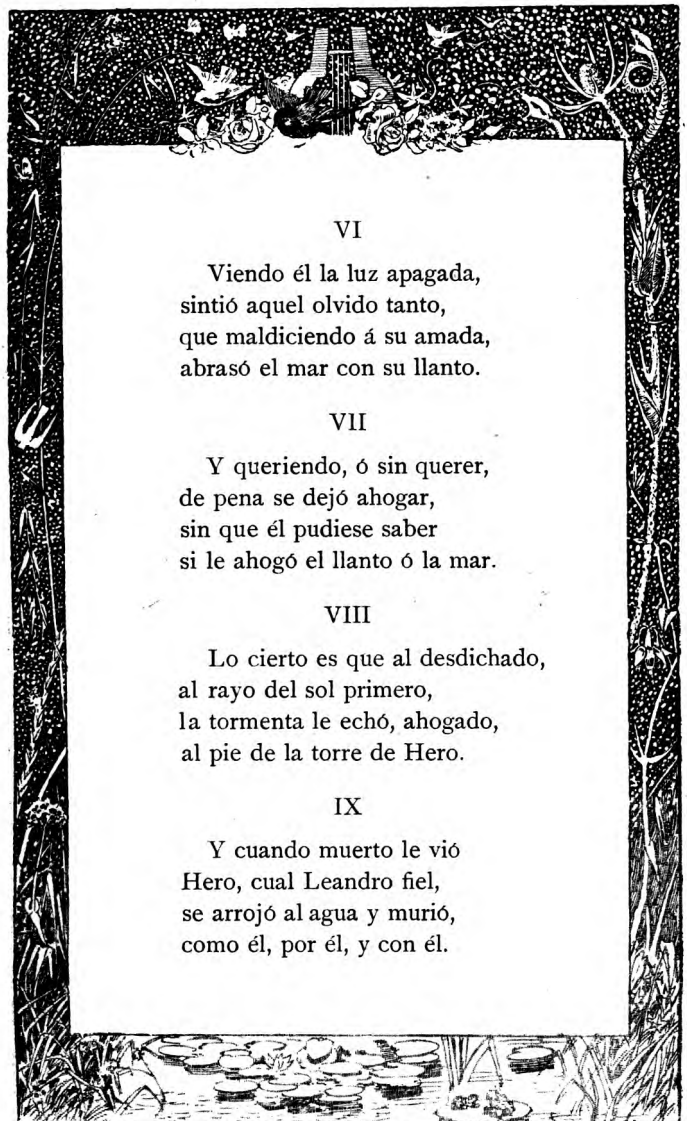
Una noche á Hero, cansada
de mirar hacia Bizancio
rendida, aunque enamorada,
la hizo dormirse el cansancio.

IV

Y esto su amor no mancilla,
pues todas, lo mismo que Hero,
tienen el cuerpo de arcilla
aun teniendo alma de acero.

V

Y lo más triste es, que apenas
la pobre Hero se durmió,
cuando un aire desde Atenas
la luz, soplando, apagó.



VI

Viendo él la luz apagada,
sintió aquel olvido tanto,
que maldiciendo á su amada,
abrasó el mar con su llanto.

VII

Y queriendo, ó sin querer,
de pena se dejó ahogar,
sin que él pudiese saber
si le ahogó el llanto ó la mar.

VIII

Lo cierto es que al desdichado,
al rayo del sol primero,
la tormenta le echó, ahogado,
al pie de la torre de Hero.

IX

Y cuando muerto le vió
Hero, cual Leandro fiel,
se arrojó al agua y murió,
como él, por él, y con él.

X

¡Que ellas, fuertes en amar
y flacas en resistir,
si duermen para esperar,
despiertan para morir!

LXII

GUARDAS INÚTILES

I

Ya anocheció: ¿quieres que hablemos, Lola,
aquí, á solas los dos?
—La que es buena, señor, nunca está sola,
pues está con su madre ó está con Dios.

II

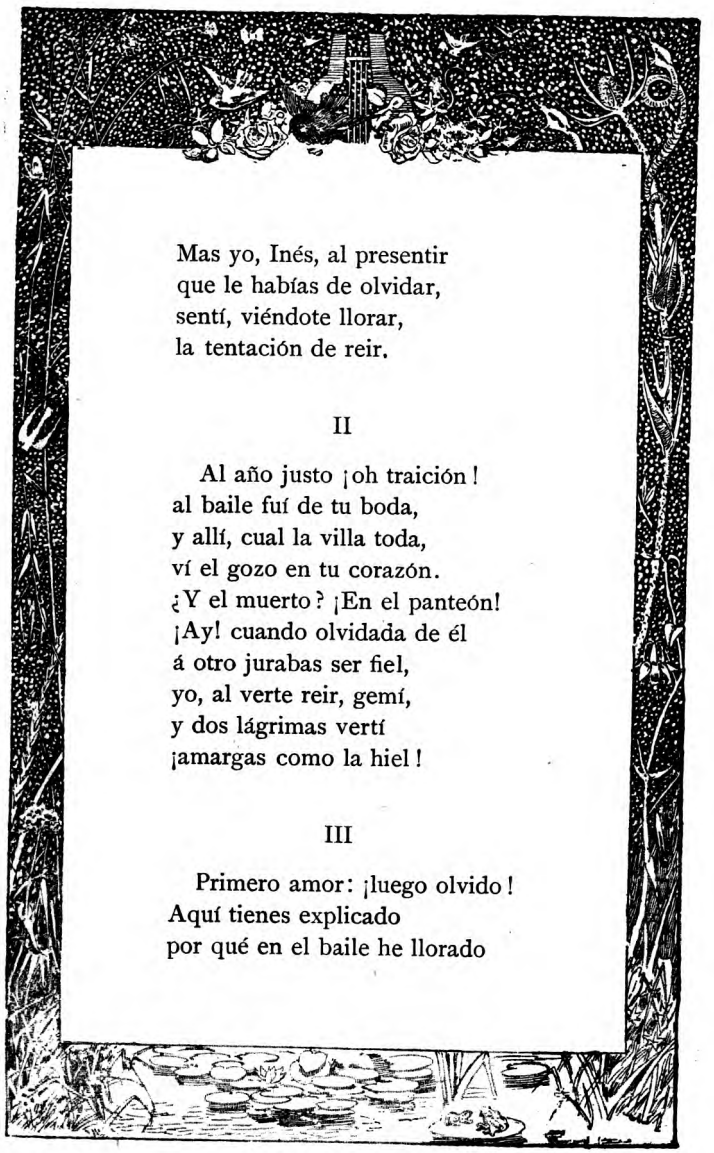
—Lola, ¿es verdad que un día os encontraron
solos, allí, á los dos?
—Eso es porque aquel día se quedaron
mi madre en casa y en el cielo Dios.

LXIII

CONTRASTES

I

¡Mucho le amaste y te amó!
¿Recuerdas por quién lo digo?
Era tu amante y mi amigo.
¡Amaba, sufrió... y murió!
Cuando su entierro pasó,
todos te oyeron gemir.



Mas yo, Inés, al presentir
que le habías de olvidar,
sentí, viéndote llorar,
la tentación de reir.

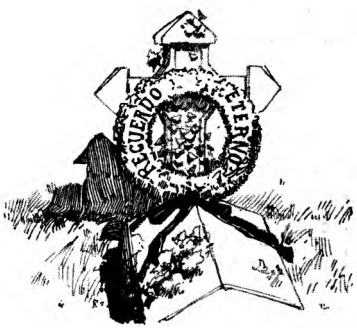
II

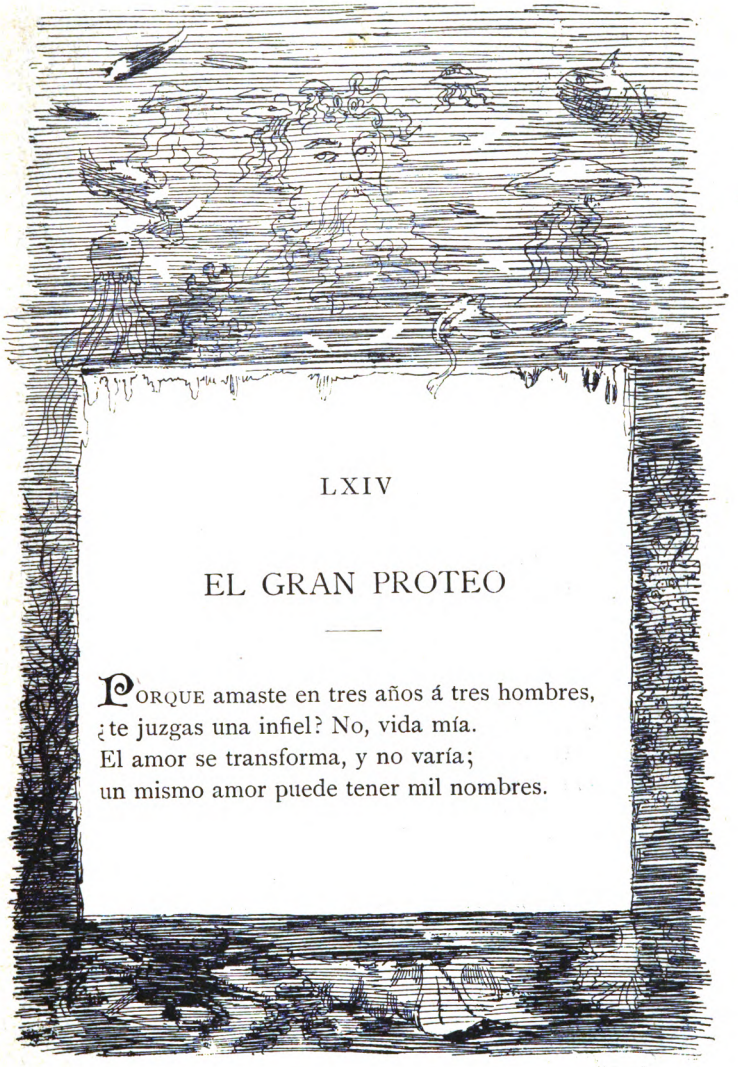
Al año justo ¡oh traición!
al baile fuí de tu boda,
y allí, cual la villa toda,
ví el gozo en tu corazón.
¿Y el muerto? ¡En el panteón!
¡Ay! cuando olvidada de él
á otro jurabas ser fiel,
yo, al verte reir, gemí,
y dos lágrimas vertí
¡amargas como la hiel!

III

Primero amor: ¡luego olvido!
Aquí tienes explicado
por qué en el baile he llorado

y en el entierro he reído.
¡Siempre este contraste ha sido
ley del sentir y el pensar!
¡Por eso no hay que extrañar
que, quien lee en lo porvenir,
vaya á un entierro á reir
y acuda á un baile á llorar!





LXIV

EL GRAN PROTEO

Porque amaste en tres años á tres hombres,
¿te juzgas una infiel? No, vida mía.
El amor se transforma, y no varía;
un mismo amor puede tener mil nombres.

LXV

LOS PROGRESOS DEL AMOR

I

Así un esposo le escribió á su esposa:
—«Ó vienes, ó me voy. Te amo de modo
¡que es imposible que yo viva, hermosa,
un mes lejos de ti!
¡Mi amor es tan profundo, tan profundo,
que te prefiero á todo, á todo, á todo!...»—
Y ella exclamó:—«No hay nada en este mundo
que él quiera como á mí!»—

II

Mas pasan unos meses, y la escribe:
—«¡Qué hermoso debe estar nuestro hijo amado!
¡Sólo él, él sólo, en mis entrañas vive!
Piensa en él más que en ti.
Su cuna se pondrá junto á mi cama.
No hay cielo para mí más que á su lado.»—
Y ella prorrumpe:—«¡Es que, el ingrato, ya ama
al hijo más que á mí!»—

III

Después de algunos años la escribía:
—«Espérame. Ya sabes lo que quiero:
Mucho orden, mucha paz y economía.
¿Estás? Yo soy así.
Cierra el coche; me espanta el reumatismo.
Avísale que voy al cocinero.»—
Y ella pensó:—«Se quiere ya á sí mismo
más que al hijo y que á mí!»—

LXVI

EL ÚLTIMO AMOR

I

Ve un hombre amante á una mujer muy bella;
mas por fatal disposición del hado,
ella es más joven y él
calla su amor, porque le apartan de ella
treinta años, en que el triste ha derramado
un mar de llanto y hiel.

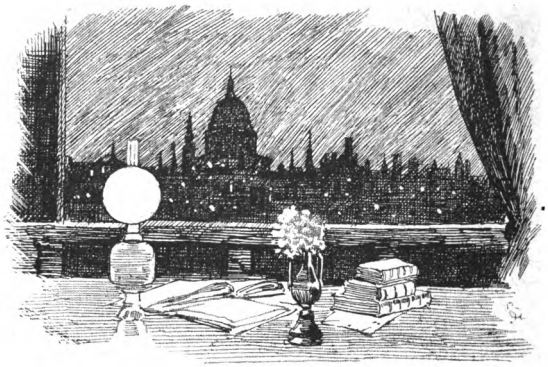
II

¿Qué pasa luego? Nada. Que entre tanto
que ella un amor inmenso, aunque tardío,
mira en él con piedad,
por la parte de allá del mar de llanto,
«¡Adiós—dice él—último sueño mío,
hasta la eternidad!»...

LXVII

VENUS SACRATÍSIMA

Una estatua de Venus Citerea
vió un Abad en un huerto abandonado;
la vistió, y con fervor
llevándosela al templo de una aldea,
transformó aquella afrenta del pasado
en virgen del pudor.
¡Grande impiedad! La Diosa que en Oriente
se hace adorar, porque al desnudo ostenta
su hermosura carnal,
cubierta con un velo, en Occidente
encantando á los fieles, representa
la belleza moral!
¡Hondos misterios de la fe, que ignoro!
Se deja Venus contemplar sin velo,
y es ideal lo real.
Mas se cubre después con seda y oro,
y Venus pasa del Olimpo al Cielo,
y es lo real ideal.



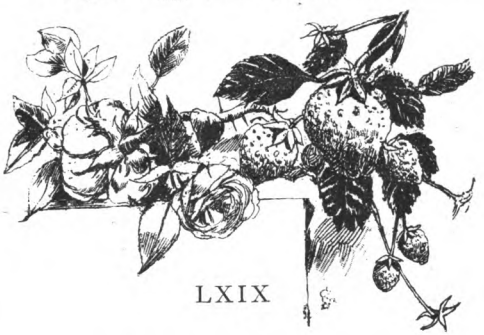
LXVIII

UNA CITA EN EL CIELO

«En la noche del día de mi santo»
(á Londres me escribiste)
«mira la estrella que miramos tanto
la noche en que partiste.»—

Pasó la noche de aquel día, y luego
me escribiste exaltada:
—«Uní en la estrella á tu mirar de fuego
mi amorosa mirada.»—

Mas todo fué ilusión; la noche aquella,
con harta pena mía,
no pude ver nuestra querida estrella...
porque en Londres llovía.



LXIX

ROSAS Y FRESAS

I

Porque lleno de amor te mandé un día
una rosa entre fresas, Juana mía,
tu boca, con que á todos embelesas,
besó la rosa sin comer las fresas.

II

Al mes de tu pasión, una mañana
te envié otra rosa entre las fresas, Juana;
mas tu boca, con ansia, y no amorosa,
comió las fresas sin besar la rosa.

LXX

EL GRAN FESTÍN

De un junco desprendido, á una corriente
un gusano cayó;
y una trucha, saltando de repente,
voraz se lo tragó.
Un martín-pescador cogió á la trucha
con carnívoro afán;
y al pájaro después, tras fiera lucha,
lo apresó un gavilán.
Vengando esta cruel carnicería,
un diestro cazador

dió un tiro al gavilán, que se comía
al martín-pescador.
Pero ¡ay! al cazador desventurado
que al gavilán hirió,
por cazar sin licencia, y en vedado,
un guarda lo mató.
A otros nuevos gusanos dará vida
del muerto la hediondez,
para volver, la rueda concluída,
á empezar otra vez.

*
* *

¿Y el amor? ¿Y la dicha? Los nacidos
¿no han de tener más fin
que el de ser comedores y comidos
del universo en el atroz festín?...

LXXI

CABALLOS Y CABALLEROS

I

Cercado un francés quedó;
pero, escapando ligero
el caballo, al caballero
de los prusianos salvó.
De estos el corcel huyó
con tanto ardor y constancia,
que el francés con arrogancia
después que pasó el rastrillo

desde su propio castillo
libre gritó: —¡Viva Francia!»

II

Sitiado por hambre, y fiero
destrozándolo á sablazos,
se fué comiendo á pedazos
al caballo el caballero.

—¿Al que lo salvó primero
lo pudo él matar después? —
¡Sí! Por un vil interés
hacen mil gentes que callo
lo que hizo con su caballo
el caballero francés!

LXXII

LO QUE ES EL OLIMPO

¿Qué es el Olimpo? – Para el niño un juego
de pájaros, de músicas y flores.—
¿Qué es para el joven? —Lupanar de amores,
eterna forma del Olimpo griego.—
¿Qué es para el hombre? – Para el hombre ciego
es un templo de glorias y de honores;
y el viejo se lo finge en sus dolores
como un rincón de paz y de sosiego.—
Y el viejo ya senil ¿en qué convierte
del Olimpo la espléndida morada?—
En un *no sér*, que es menos que la muerte.
Así la infancia y la vejez helada
van cambiando el Olimpo de esta suerte
en *flores*, en *amor*, en *paz*, en *nada!*

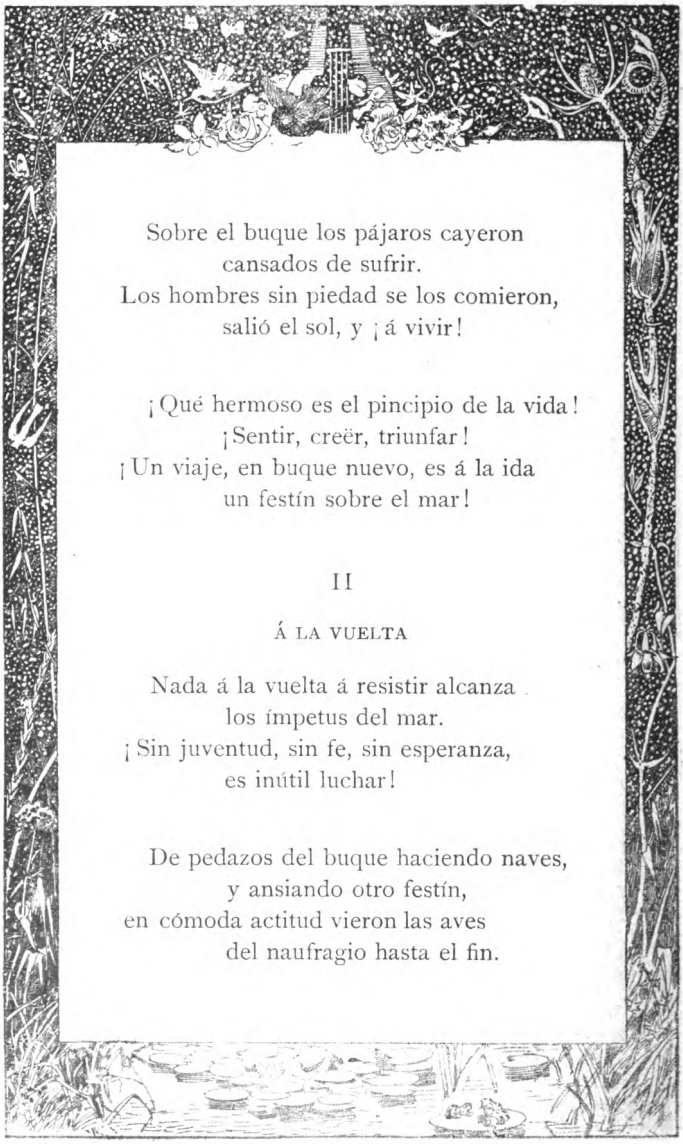
LXXIII

VIAJE REDONDO

I

Á LA IDA

Parte el buque, y lo bate inútilmente
la tempestad. ¿Por qué?
Porque, al ir, la tormenta es impotente
contra el genio y la fe.



Sobre el buque los pájaros cayeron
cansados de sufrir.
Los hombres sin piedad se los comieron,
salió el sol, y ¡á vivir!

¡Qué hermoso es el pincipio de la vida!
¡Sentir, creër, triunfar!
¡Un viaje, en buque nuevo, es á la ida
un festín sobre el mar!

II

Á LA VUELTA

Nada á la vuelta á resistir alcanza
los ímpetus del mar.
¡Sin juventud, sin fe, sin esperanza,
es inútil luchar!

De pedazos del buque haciendo naves,
y ansiando otro festín,
en cómoda actitud vieron las aves
del naufragio hasta el fin.

Y haciendo ellas después lo que antes vieron,
con un hambre voraz
las aves á los hombres se comieron...
¡y todo quedó en paz!

LXXIV

LOS TRES GUARDAPELOS

I

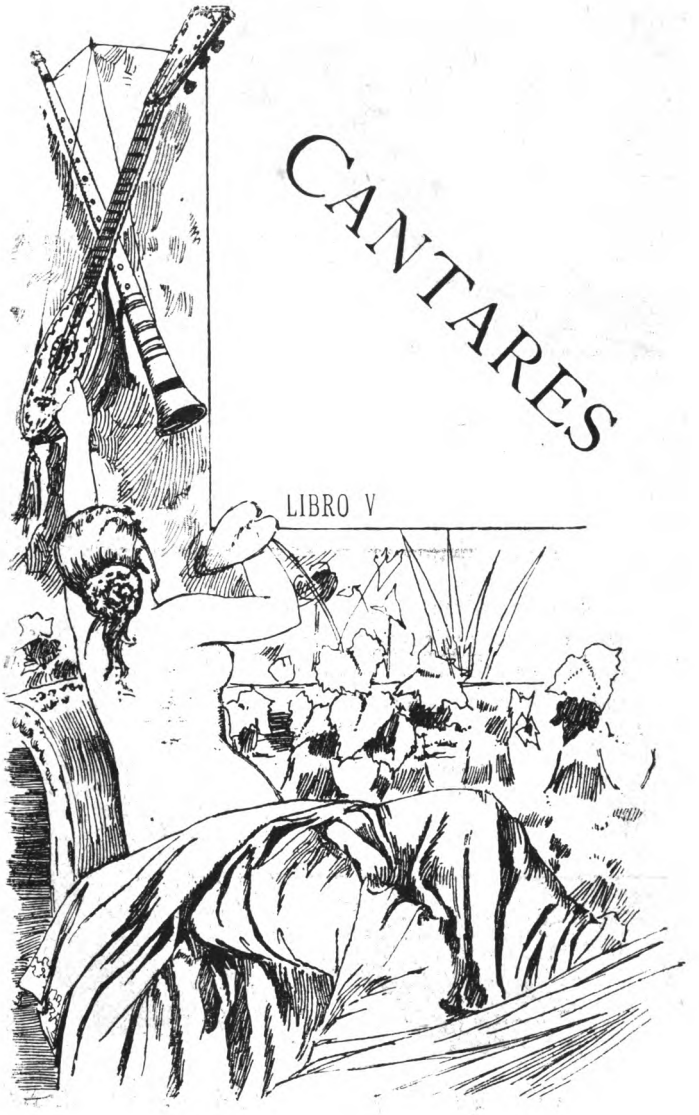
La madre de mi amor que está en el cielo
cuando era niño aún, como un tesoro
llevaba en un hermoso guardapelo
cabellos míos del color del oro.

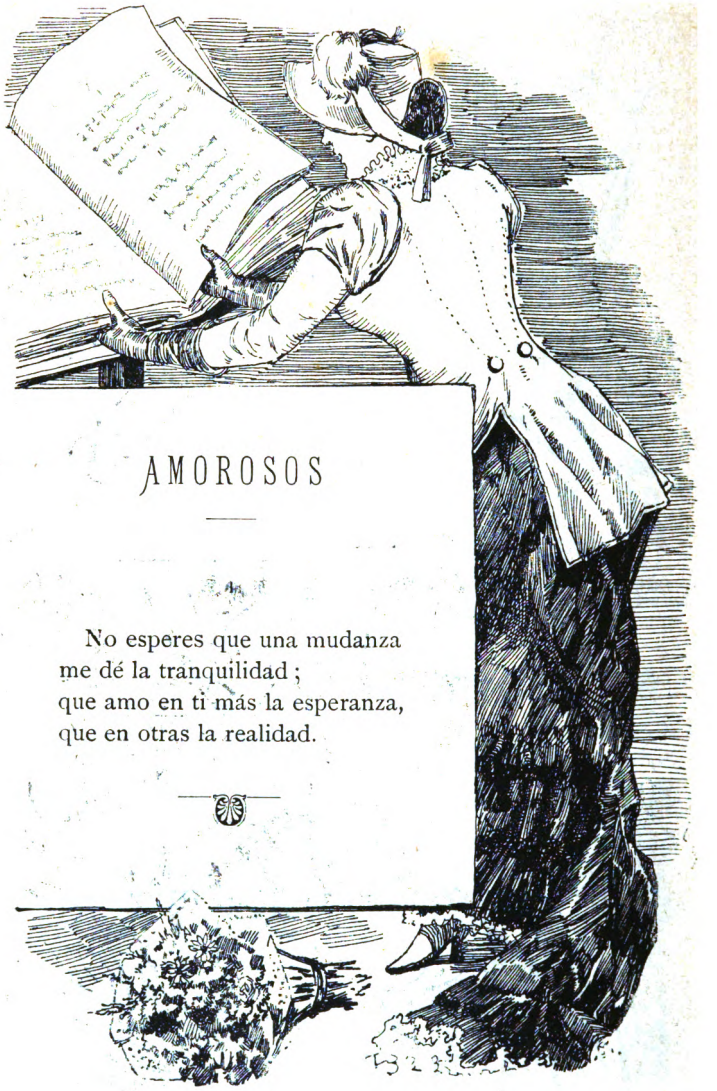
II

Otra mujer que con el alma toda
me quiere, tan leal como hechicera
aún guarda desde el día de mi boda
un rizo de mi oscura cabellera.

III

¡Ay! como nadie por horror al frío
quiere hoy tocar de mi cabeza al hielo,
ya sólo para ti, cabello mío,
mi sepulcro será tu guardapelo!


CANTARES
LIBRO V



AMOROSOS

No esperes que una mudanza
me dé la tranquilidad;
que amo en ti más la esperanza,
que en otras la realidad.

II

Como no vives tú en mí,
vivo en ti, mas no contigo;
y hastá no vivo conmigo,
como vivo sólo en ti.

III

Está tu imagen, que admiro,
tan pegada á mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.

IV

Perdí media vida mía
por cierto placer fatal,
y la otra media daría
por otro placer igual.

V

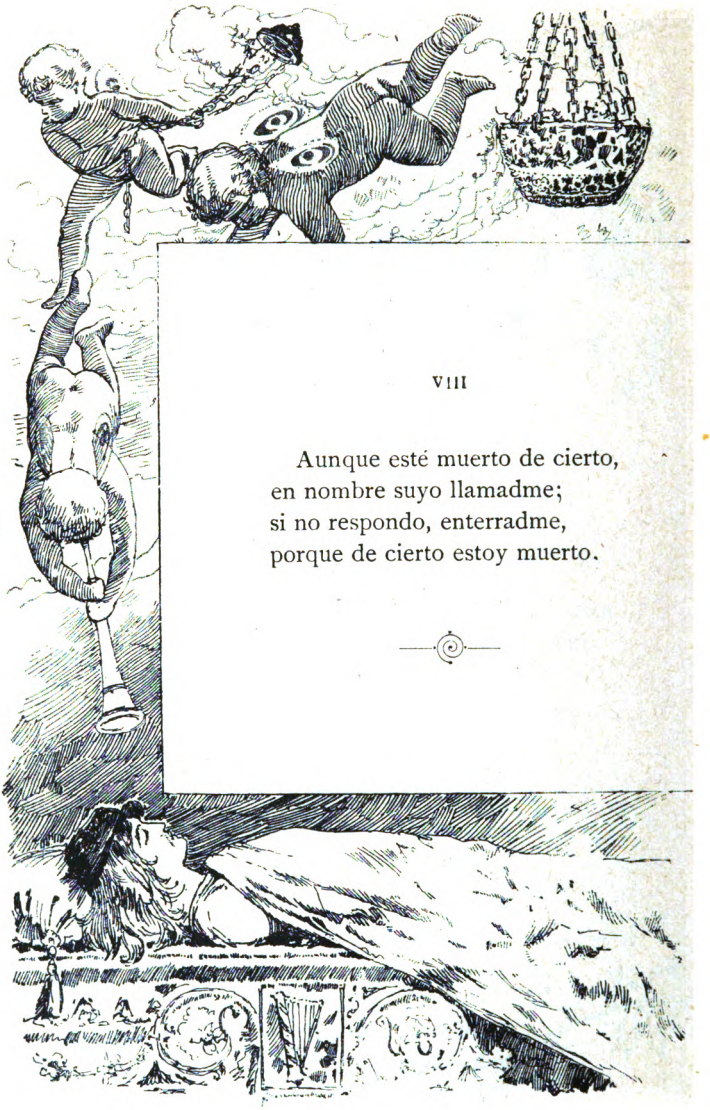
Más cerca de mí te siento
cuanto más huyo de ti,
pues tu imagen es en mí
sombra de mi pensamiento.

VI

Sueñe ó vele, no hay respiro
para mi ardiente deseo,
pues sueño cuando te miro
y cuando sueño te veo.

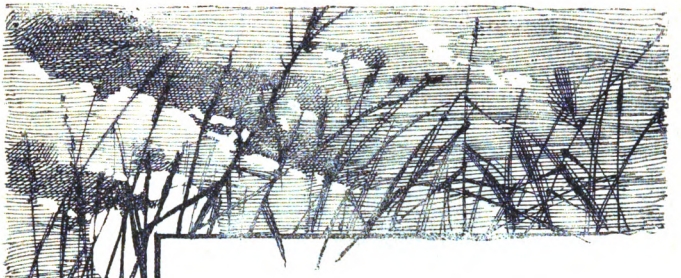
VII

Cuantos te han tratado y tratan,
en tu amor aprender suelen,
todos, las penas que duelen,
yo, los dolores que matan.



VIII

Aunque esté muerto de cierto,
en nombre suyo llamadme;
si no respondo, enterradme,
porque de cierto estoy muerto.

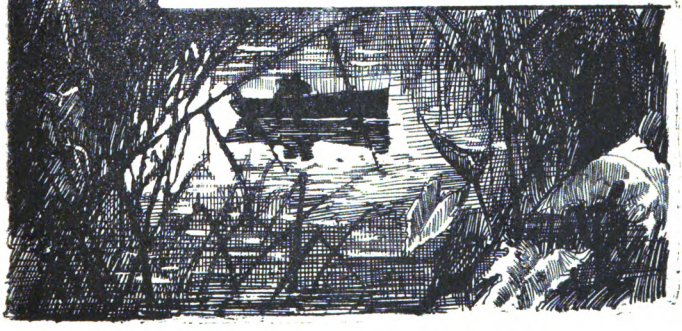


IX

Marcho á la luz de la luna
de su sombra tan en pos,
que no hacen más sombra que una,
siendo nuestros cuerpos dos.

X

Dios, que nos crió á los dos,
podrá hacer que yo me muera;
pero hacer que no te quiera,
Dios podría... porque es Dios.



XI

Las malas son esas penas
que sin matar nos maltratan;
las que de un golpe nos matan,
¡esas sí que son las buenas!

XII

Ten paciencia, corazón;
que es mejor, á lo que veo,
deseo sin posesión,
que posesión sin deseo.

XIII

Aún dí poco por tu amor,
aunque por él dí, constante,
veinte años por un instante,
la dicha por un favor.

XIV

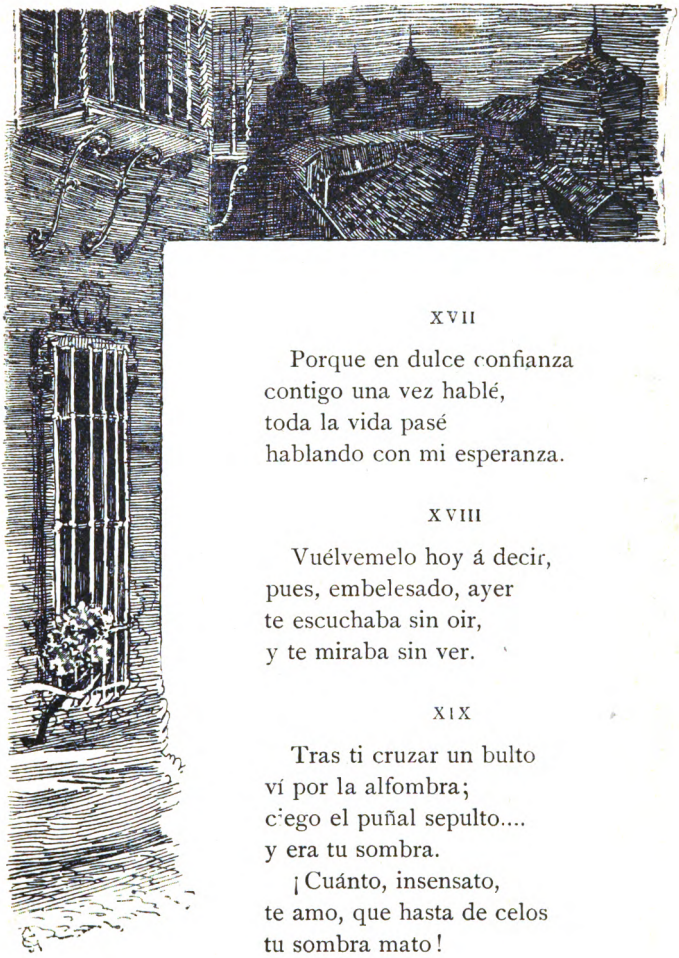
Absorto en ti mi deseo,
tan sólo en tu amor creí;
pero ahora en nada creo,
desde que no creo en ti.

XV

Ir hacia Atocha la ví;
la seguí, miré, miró;
y no *vine, ví* y *vencí;*
yo vine, ví, y me venció.

XVI

Es tanta mi ceguedad,
que te amo, aunque estoy seguro
que con amarte aventuro
mi dicha en la eternidad.



XVII

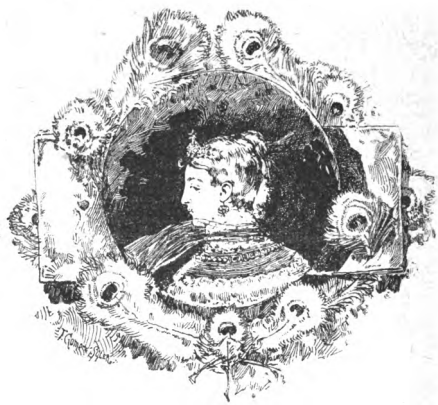
Porque en dulce confianza
contigo una vez hablé,
toda la vida pasé
hablando con mi esperanza.

XVIII

Vuélvemelo hoy á decir,
pues, embelesado, ayer
te escuchaba sin oir,
y te miraba sin ver.

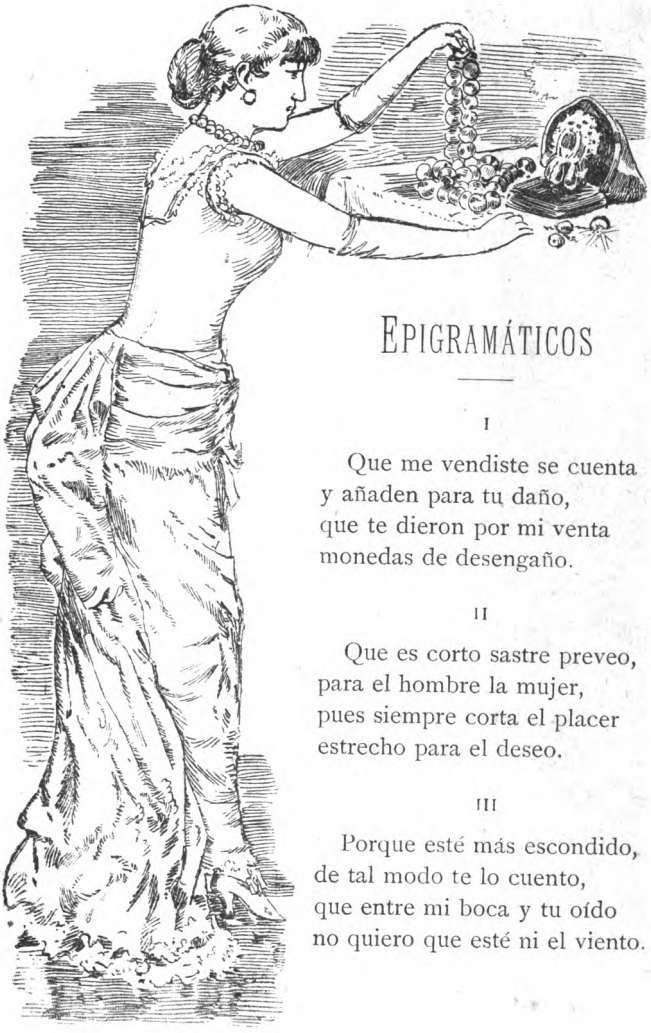
XIX

Tras ti cruzar un bulto
ví por la alfombra;
c'ego el puñal sepulto....
y era tu sombra.
¡Cuánto, insensato,
te amo, que hasta de celos
tu sombra mato!



XX

Que es matarme, confieso,
el olvidarme:
aborréceme, que eso
ya es recordarme.
Por Dios te pido
que me entregues al odio,
mas no al olvido.



EPIGRAMÁTICOS

I

Que me vendiste se cuenta
y añaden para tu daño,
que te dieron por mi venta
monedas de desengaño.

II

Que es corto sastre preveo,
para el hombre la mujer,
pues siempre corta el placer
estrecho para el deseo.

III

Porque esté más escondido,
de tal modo te lo cuento,
que entre mi boca y tu oído
no quiero que esté ni el viento.

IV

Sin antifaz te veía,
y una vez con él te ví;
sin él no te conocía,
mas con él te conocí.

V

Si te ha absuelto el confesor
de aquello del Cabañal,
ó tú te confiesas mal,
ó él te confiesa peor.

VI

¡ Que no me conoce, ayer
juró por no sé qué santo!
¿ Cómo me ha de conocer
si yo la conozco tanto?...

VII

Aunque al salir tú del puerto
quedé más muerto que vivo,
verás, por esta que escribo,
que, con efecto, no he muerto.

VIII

Levanta ese rostro inquieto
y el mirarme no te asombre;
que, aunque agraviado, soy hombre
que muero con mi secreto.

IX

Yo no soy como aquel santo
que dió media capa á un pobre:
ten de mi amor todo el manto,
y si te sobra, que sobre.

X

Es el amor un galán
que ni hambre ni hartura quiere,
pues lo mata el mucho pan,
y con poco pan se muere.

XI

Con desdén me has molestado,
y hoy con celos me molestas,
y más bostezos me cuestas
que suspiros me has costado.

XII

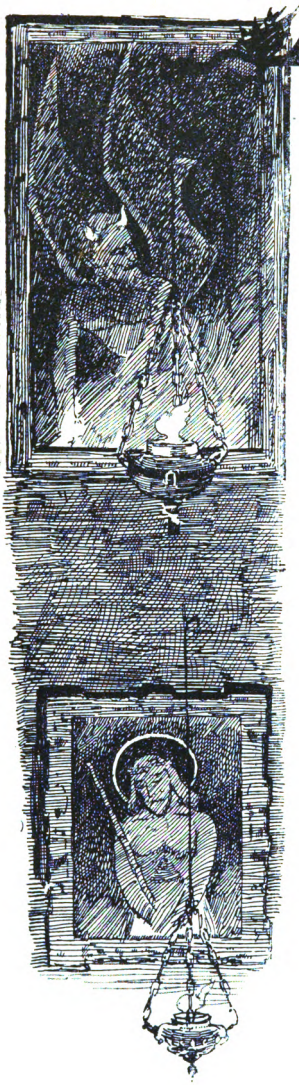
No engañarías, á fe,
su fe con tan buenos modos,
si éste y aquél, y ése y todos
supieran lo que yo sé.

XIII

Cual vil cazador me trata
la cazadora á quien amo:
se esconde, saca el reclamo,
va la perdíz, y la mata.

XIV

Pues yo la perdiz anhelo,
el mochuelo es para ti;
ó bien para ti el mochuelo,
y la perdiz para mí.



XV

Como en la iglesia te ví
después de lo de la fiesta,
me santigüé y prorrumpí:
«¿Quién dirá que aquella es esta?»

XVI

Cuando cobrar una de uno
quiere prenda que aún no dió,
esa una vendió á alguno
lo que alguno no pagó.

XVII

En vano al pie de un retablo
le juras á Dios ser fiel;
después que fuíste de aquél,
sólo puedes ser del diablo.

XVIII

Casi te lo agradecí
cuando el engaño toqué,
pues si loco me acosté,
filósofo amanecí.

XIX

Loca por mí te figuras,
mas ya ven los que te advierten,
que nunca haces más locuras
que aquellas que te divierten.

XX

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta á empezar.

XXI

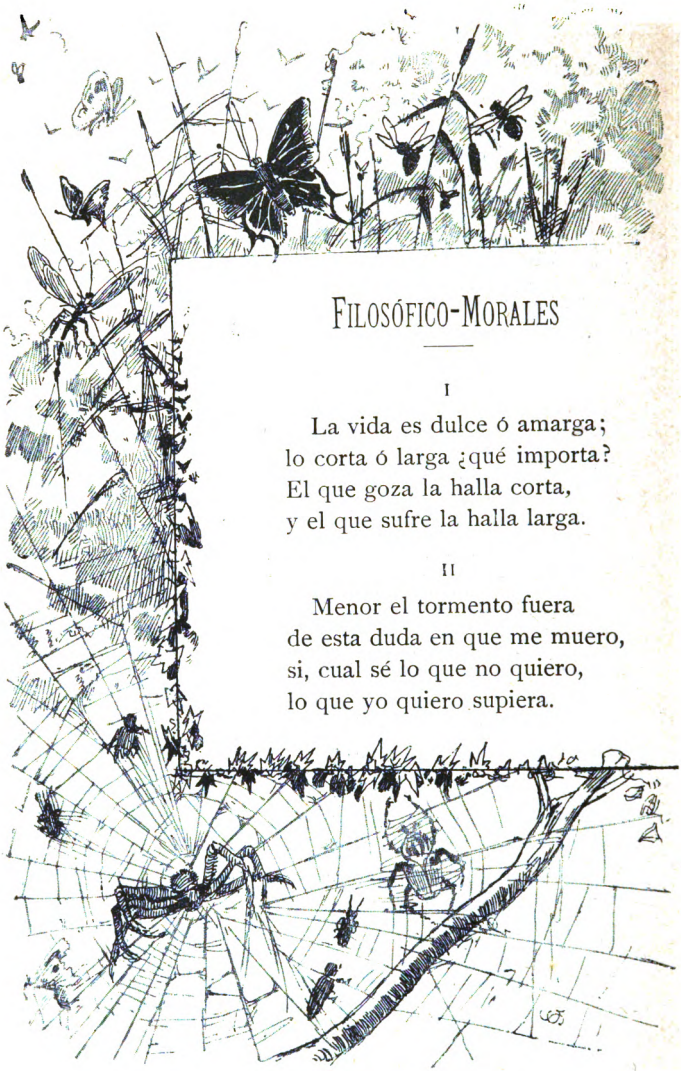
Entonces, con el deseo,
sin mirarte te veía;
pasó algún tiempo; y hoy día
si te miro, no te veo.

XXII

Diciéndolo, no diré
lo que aquel pinar esconde;
allí, ya recuerdas dónde,
nos pasó, ya sabes qué.

XXIII

Si es fácil una hermosa,
voy y la dejo;
si es difícil la cosa,
también me alejo.
Niñas, cuidad
de amar siempre con fácil
dificultad.



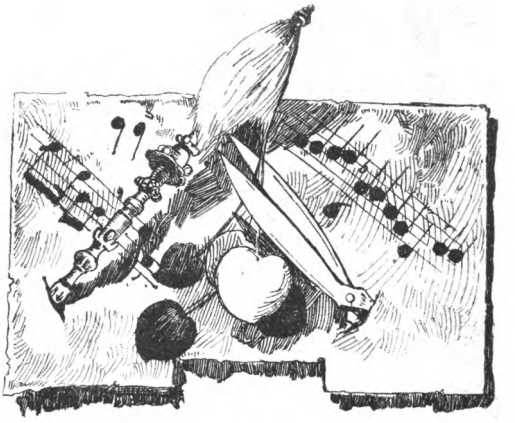
Filosófico-Morales

I

La vida es dulce ó amarga;
lo corta ó larga ¿qué importa?
El que goza la halla corta,
y el que sufre la halla larga.

II

Menor el tormento fuera
de esta duda en que me muero,
si, cual sé lo que no quiero,
lo que yo quiero supiera.

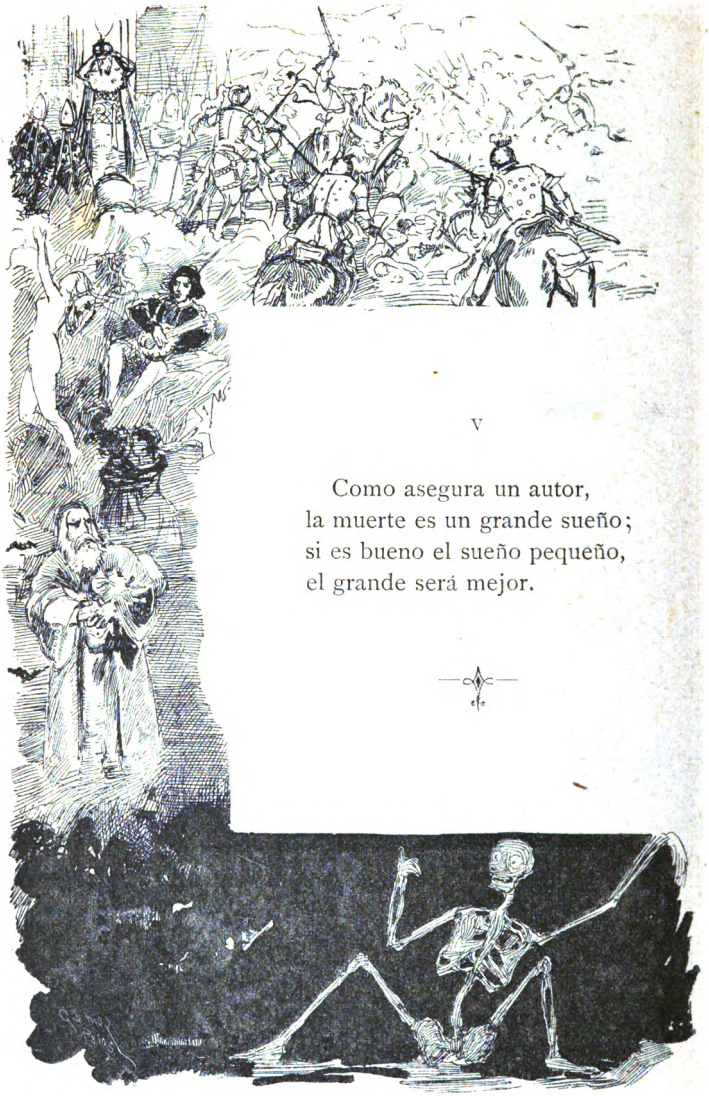


III

Mal hizo el que hizo el encargo
de hacer las cosas al gusto;
todo es corto ó todo es largo,
y nada nos viene justo.

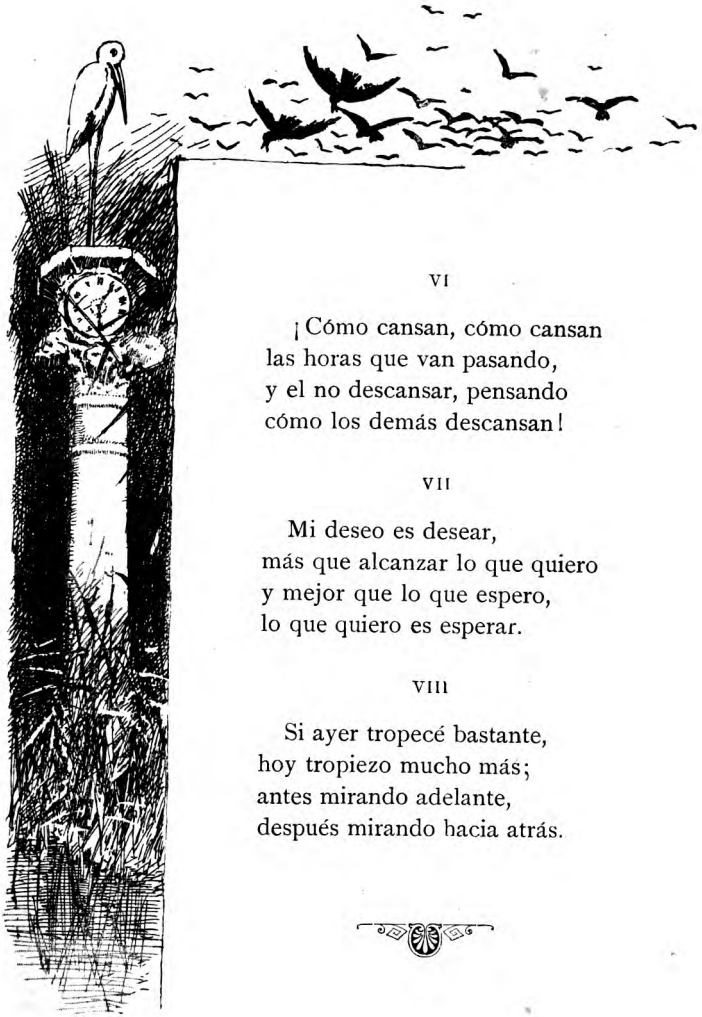
IV

Para divertir su afán
cantaba á su reja un loco:
—Unos estamos por poco
y otros por poco no están.



V

Como asegura un autor,
la muerte es un grande sueño;
si es bueno el sueño pequeño,
el grande será mejor.



VI

¡Cómo cansan, cómo cansan
las horas que van pasando,
y el no descansar, pensando
cómo los demás descansan!

VII

Mi deseo es desear,
más que alcanzar lo que quiero
y mejor que lo que espero,
lo que quiero es esperar.

VIII

Si ayer tropecé bastante,
hoy tropiezo mucho más;
antes mirando adelante,
después mirando hacia atrás.

IX

La tumba es al lecho igual;
pero bien sabido ten
que en uno se duerme mal,
y en otra se duerme bien.

X

Si como se sabe ya,
el que *espera desespera,*
quien, como yo, nada espera,
¡cuál se desesperará!

XI

Tengo un consuelo fatal
en medio de mi dolor,
y es, que hallándome tan mal
nunca podré estar peor.

XII

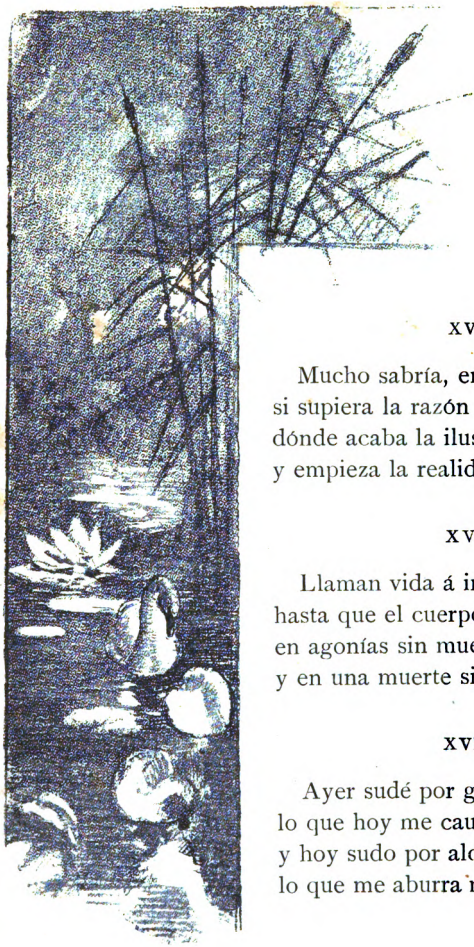
Con permiso del Eterno
dudo cuál será mayor,
si aquel dolor del infierno,
ó este infierno de dolor.

XIII

Ya ni por saber trabajo,
que es este mundo de prueba;
quien sabe por qué me trajo,
ya sabrá por qué me lleva.

XIV

No vengas, falso contento,
llamando á mi corazón,
pues traes en la ilusión
envuelto el remordimiento.



XV

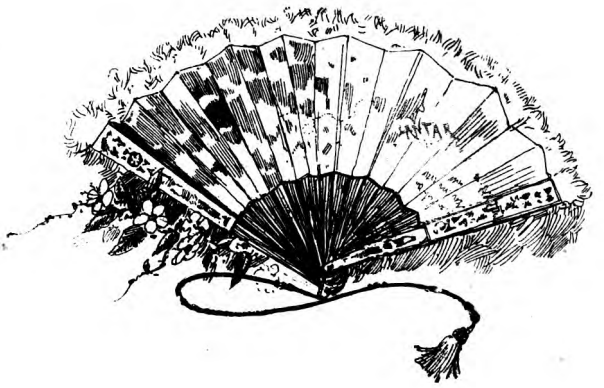
Mucho sabría, en verdad,
si supiera la razón
dónde acaba la ilusión
y empieza la realidad.

XVI

Llaman vida á ir de esta suerte
hasta que el cuerpo sucumba,
en agonías sin muerte,
y en una muerte sin tumba.

XVII

Ayer sudé por ganar
lo que hoy me causa desgana,
y hoy sudo por alcanzar
lo que me aburra mañana.

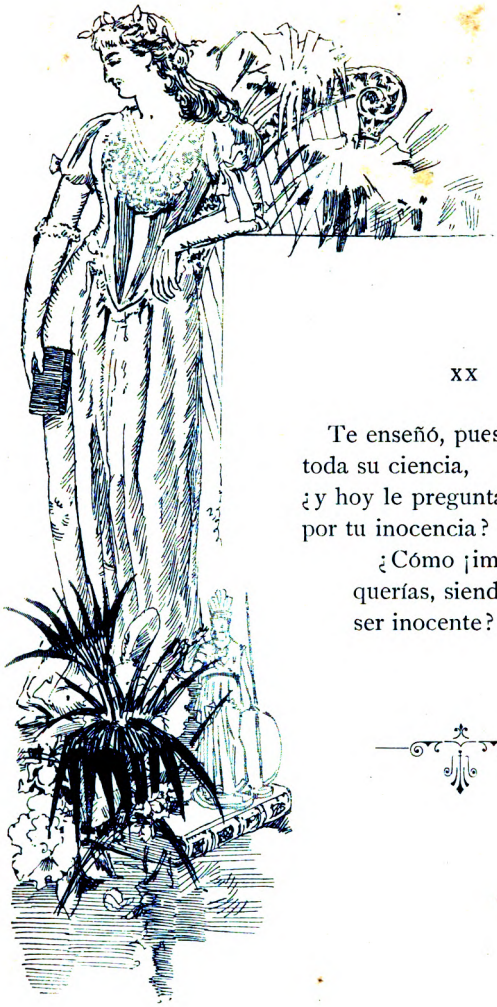


XVIII

Piensa con ojos serenos
cómo y cuándo morirás;
que siendo el morir lo más,
el cómo y cuando es lo menos.

XIX

Mi madre, que me amaba
con desvarío,
siempre al verme exclamaba:
—¡Consuelo mío!—
¡Y hoy, santo cielo,
quién consolar pudiera
á aquel consuelo!



XX

Te enseñó, pues quisiste,
toda su ciencia,
¿y hoy le preguntas ¡triste!
por tu inocencia?
¿Cómo ¡imprudente!
querías, siendo sabia,
ser inocente?

ÍNDICE

Pág.

D. Ramón de Campoamor 7
Campoamor 13
Dedicatoria. 41
Libro primero.—*Ternezas y flores.*—La niña y la mariposa. 45
Á Felisa, el día de su casamiento con D. Salustiano de Olózaga 53
La rueda del amor. 61
Tu boca. 68
La beata de máscara. 73
Su imagen. 75
Á unos ojos. 79
Libro segundo.—*Ayes del alma.*—Á la reina Cristina. 85
Al regreso de S. M. la reina D.ª María Cristina 90
Sonetos.—El descreimiento. Á S. M. la Reina D.ª Isabel II 97
La duda. 98
La vida humana. 99
Catón de Útica. 100
Los egoístas. 101
Los celos. 102
Amor conyugal. 103
Amar y querer. 104
El busto de nieve 105
Los padres y los hijos. 106
Los hijos y los padres. 107
Epitafios.—Sobre la tumba de la Sra. D.ª Carmen Arana de Garcia, su hija Julia. 111
Sobre la tumba de D. Joaquín Ferreres. 112
Epístolas.—Á mi madre. 115
Epístola moral.—Á D. F. F. Golfín. 120
Madrigales.—Á B. 131
Á N. 132
Á M. L. 133
Á M. B. 134
Á L. 135
Á Natalia y á Gonzalo Segovia en sus bodas. 136
Libro tercero.—*Fábulas.—Sección política.*—Fábula I. El reino de los beodos. 139
Fábula II.—El arquitecto y el andamio. 142
Fábula III.—La col y la rosa. 143
Fábula IV.—Guerras civiles. 144
Fábula V.—El ladrón y el sargento. 146
Fábula VI.—Tiranías justas 147
Sección religiosa.—Fábula.—La urraca, la rama, el árbol, la tierra y el sol. . 150

Pág.

Sección moral.—Fábula I.—El chico, el mulo y el gato. 153
Fábula II.—El viejo y el mendigo. 155
Fábula III.—La encina y el rosal. 157
Fábula IV.—El mancebo y los pájaros. 159
Fábula V.—El muchacho, el podador y el manzano. 160
Fábula VI.—El pastor y el insecto. 162
Fábula VII.—El alcornoque y la enredadera. 165
Fábula VIII.—La urraca y la gallina. 168
Fábula IX.—El lugareño y el magnate. 169
Sección filosófica.—Fábula I.—La abeja, el burro y la rama. 172
Fábula II.—El escultor y los dos troncos. 174
Fábula III.—La madre y el hijo. 176
Fábula IV.—El padre y sus hijos. 178
Fábula V.—El ruiseñor y el ratón. 180
Fábula VI.—El padre, el hijo y el perro. 181
Fábula VII.—La vuelta del campesino. 183
Fábula VIII.—Bienes prometidos. 184
Fábula IX.—El labrador y la morera. 188
Libro cuarto.—*Doloras.*—I.—Cosas de la edad. 197
II.—Glorias de la vida. 202
III.—Propósitos vanos. 204
IV.—Vanidad de la hermosura. 209
V.—La compasión. 212
VI.—Corta es la vida. 218
VII.—Virtud de la hipocresía. 220
VIII.—El concierto de las campanas. 224
IX.—Vaguedad del placer. 226
X.—Adiós para siempre. 231
XI.—Porvenir de las almas. 233
XII.—La dicha es la muerte. 237
XIII.—La opinión. 240
XIV.—¡Quién supiera escribir! 241
XV.—Amar al vuelo. 246
XVI.—El Beso. 252
XVII.—Cosas del tiempo. 258
XVIII.—Todo está en el corazón. 259
XIX.—¿Qué es amor? 260
XX.—Las dos grandezas. 265
XXI.—Sufrir es vivir. 269
XXII.—Los dos espejos. 271
XXIII.—Amor y gloria. 272
XXIV.—Nunca olvida quien bien ama. 273
XXV.—Los dos pecadores. 274
XXVI.—Muertos que viven. 275
XXVII.—Las dos linternas. 276
XXVIII.—El mayor castigo. 280
XXIX.—Músicas que pasan. 281
XXX.—La Metempsicosis. 284
XXXI.—Las dos tumbas. 288

Pág.

XXXII.—La verdad y las mentiras. 289
XXXIII.—La ambición. 292
XXXIV.—Los grandes hombres 293
XXXV.—Los relojes del rey Carlos. 297
XXXVI.—Todo y nada. 301
XXXVII.—Los dos miedos. 302
XXXVIII.—A rey muerto rey puesto 303
XXXIX.—Hastío. 304
XL.—Mal de muchas.. 305
XLI.—Bodas celestes.. 306
XLII.—Las dos esposas. 307
XLIII.—Memorias de un sacristán. 308
XLIV.—El anónimo. 311
XLV.—¡Así! 312
XLVI.—El alma en venta. 313
XLVII.—Lo de siempre. 314
XLVIII.—La viuda y el filósofo.. 315
XLIX.—Para querer á un rico. 316
L.—Ellos y ellas.. 317
LI.—El amor y la fe. 318
LII.—Cuestión de nombre. 319
LIII.—El gaitero de Gijón.. 320
LIV.—Los extremos se tocan. 325
LV.—La condición. 326
LVI.—Verdad de las tradiciones. 327
LVII.—La noche buena. 328
LVIII.—Las buenas pecadoras. 332
LIX.—La ley del embudo. 333
LX.—Rogad á tiempo. 334
LXI.—Hero y Leandro. 335
LXII.—Guardas inútiles. 339
LXIII.—Contrastes. 340
LXIV.—El gran Proteo. 343
LXV.—Los progresos del amor.. 344
LXVI.—El último amor. 345
LXVII.—Venus sacratísima. 346
LXVIII.—Una cita en el cielo. 348
LXIX.—Rosas y fresas. 349
LXX.—El gran festín.. 350
LXXI.—Caballos y caballeros. 352
LXXII.—Lo que es el Olimpo.. 354
LXXIII.—Viaje redondo. 355
LXXIV.—Los tres guardapelos 358
LIBRO QUINTO.—*Cantares*.. 359

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 063624446